

1  
29

**Armando De Palma**  
**Raniero Panzieri**  
**Michele Salvati**  
**Bianca Beccalli**  
**Antonio Lettieri**  
**André Gorz**



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5331083181

**La división capitalista del trabajo**



**Cuadernos de Pasado y Presente / 32**  
**Córdoba**

## LA ORGANIZACION CAPITALISTA DEL TRABAJO EN EL CAPITAL DE MARX

### 1. LA SOCIOLOGIA MARXIANA DE LA INDUSTRIA

La conexión entre las fuerzas productivas (el aparato tecnológico y la organización del trabajo) y las relaciones sociales que se instituyen en el interior de la cooperación —con frecuencia implícita en los estudios tecnológicos y sociológicos de las primeras décadas del siglo XIX— había sido elaborada por Marx ya en *La ideología alemana*, aunque no de manera rigurosa. En efecto, el conocimiento de los sociólogos e historiadores de la industria a través de las lecturas del período parisino y del material recogido por Engels en Inglaterra para la preparación de su libro sobre la clase obrera inglesa se remonta a los años 1844-46. Además, durante el exilio en Bruselas, Marx había leído por primera vez dos autores —Charles Babbage y Andrew Ure— que dejaron profundas señales en su concepción de la sociedad industrial. Sin embargo, en el esbozo de historia de la industria contenido en *La ideología alemana*, Marx se limitaba a ligeras menciones sobre la manufactura y la gran industria, insistiendo particularmente en la conexión entre el modo de producción y el conjunto de las instituciones de la sociedad civil.

En la sección cuarta del libro I de *El capital*, en la que el objeto de la investigación se concentra sobre los tipos de organización del trabajo y sobre las relaciones sociales ligadas a ellos, Marx emplea deliberadamente un esquema de referencia a partir del cual la relación entre las fuerzas productivas y las formas de cooperación es articulada en dos conexiones más particulares: 1) la relación entre los instrumentos de trabajo y la organización del proceso de trabajo; 2) la relación entre la organización en su conjunto y las relaciones sociales dentro de la cooperación. Estas conexiones definen las dos direcciones fundamentales de búsqueda en la sección cuarta, y al mismo tiempo delimitan un campo preciso dentro del cual Marx estudia las formas de enajenación inherentes a las relaciones sociales capitalistas. Ellas ya habían sido distinguidas en la *Miseria de la filosofía* (1847) cuando Marx, en polémica con

Tapa: Miguel De Lorenzi  
Diagramación José Grimberg

Primera edición, agosto de 1972

Segunda edición, marzo de 1974

© Ediciones Pasado y Presente

Editado por Siglo XXI Argentina Editores S.A.  
Córdoba 2064, Buenos Aires

Derechos reservados conforme a la ley nº 11723  
Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Proudhon, había establecido por primera vez los criterios metodológicos para el análisis de las estructuras organizativas y sociales del proceso de trabajo. Si la conexión entre la organización del trabajo y las relaciones de cooperación era una especificación de la conexión más amplia entre el modo de producción y la sociedad civil, el estudio de la organización del trabajo exigía la formulación rigurosa de una apropiada hipótesis explicativa bajo la forma de relación entre los instrumentos del trabajo y la organización<sup>1</sup>.

En los años de estudio y de preparación de *El capital*, Marx retoma los textos de Ure y de Babbage, y profundiza su conocimiento de la historia de la tecnología con nuevas lecturas a la vez que asiste a cursos prácticos para obreros especializados<sup>2</sup>. A través de estos estudios y estas experiencias, precisa dichas conexiones y encuentra además, una importante confirmación de ellas en la historia de la organización militar<sup>3</sup>. Finalmente, en la sección cuarta, las dos conexiones son explícitamente reconocidas como principios directivos de la investigación sociológica sobre la industria. En el análisis de la producción "se puede estudiar ventajosamente y en sus particularidades la distinción entre los diferentes modos de producción que están en la base de los diferentes medios de producción, como también el nexo entre las relaciones sociales de producción y aquellos modos de producción"<sup>4</sup>.

En los escritos de 1844 y en *La ideología alemana* el concepto de enajenación había sido definido con referencia a la propiedad privada, a la división entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, en una palabra, a la existencia de las clases. En aquellos escritos, y sobre todo en los primeros, Marx había realizado la tentativa de conectar las categorías económicas con el trabajo enajenado, que era así elevado a principio general de interpretación de la totalidad de las relaciones sociales<sup>5</sup>. Sin embargo, el análisis del trabajo realizado en las obras juveniles hacía completa abstracción de la organización productiva y de las relaciones sociales en su interior, y daba sólo indicaciones sumarias acerca del contexto social. El reconocimiento de la plusvalía como finalidad de la producción capitalista y la teoría según la cual su formación se opera no en la esfera de la circulación sino en la esfera de la producción, permitieron a Marx estudiar la organización productiva en sus fases históricas como método de extorsión de plusvalía. Individualizadas las condiciones de la producción capitalista en la existencia del trabajador como libre propietario de la mercancía fuerza de trabajo,

en el carácter *constrictivo* de la venta de la fuerza de trabajo debido a la separación del trabajador de los medios de producción y de subsistencia, y finalmente en la existencia del capitalista que, en cuanto propietario exclusivo de los medios de producción, está en condiciones de emplear un número considerable de obreros, Marx indicaba en aquellas condiciones el fundamento de la relación autoritaria entre capitalista y obrero y de la subordinación del obrero al capitalista. La introducción de las conexiones entre los medios de trabajo y la organización de la producción, y entre esta última y la estructura de la cooperación, permitía ahora individualizar en la historia del capitalismo diferentes *estadios industriales*, respecto a los cuales era posible estudiar las diversas formas de la autoridad y de la dependencia, el significado diferente de valor de uso, en una palabra las distintas formas de enajenación.

Aquí debemos prescindir necesariamente tanto de un análisis de la formación del concepto de plusvalía como de un examen de su funcionamiento y de su validez en la teoría económica. Nos interesa simplemente establecer el significado sociológico en cuanto fin de la producción capitalista y, consecuentemente, enfocar la dimensión sociológica de la enajenación<sup>6</sup>. El concepto de plusvalía será considerado sólo en la medida en que permite asignar un significado social al trabajo y entra a constituir las relaciones en el interior de la cooperación capitalista. Dicho concepto permite además concebir a la organización productiva como un todo, es decir como un organismo orientado hacia la realización del objetivo de la plusvalía, y desde este punto de vista contribuye a determinar el significado social de las estructuras del organismo. En segundo lugar, la adopción de la plusvalía como objetivo de la producción permite considerar a las formas de organización del trabajo como técnicas particulares para su realización; de tal manera el estudio de las estructuras organizativas deviene la condición necesaria para comprender las relaciones sociales dentro de la fábrica. La plusvalía constituye, por tanto, el fundamento de la integración de dos direcciones de investigación —el estudio de las organizaciones productivas y de las consecuencias sociales del trabajo de fábrica— que habían sido llevadas de modo relativamente autónomo por Babbage y Ure por un lado y por Gaskell, Buret y Engels por el otro<sup>7</sup>. Por otra parte Marx no se limitó a integrar y a sistematizar direcciones de búsqueda preexistentes, sino que impulsó la investigación de las estructuras sociales dentro de los lugares de trabajo y dio en este campo, desde

el punto de vista del método y del rigor formal, una importante contribución a la sociología de la industria. La investigación de Marx en la sección cuarta se orienta por tanto en tres direcciones fundamentales: 1) la organización productiva, 2) las relaciones sociales dentro del lugar de trabajo y la conexión entre las estructuras de la producción y el contexto social. Esta área de problemas define el campo propio de la sociología marxiana de la industria y justifica al mismo tiempo la elección de la sección cuarta como el texto más significativo a tal respecto por lo acabado y sistemático.

## 2. COOPERACION Y ENAJENACION EN EL PROCESO DE TRABAJO CAPITALISTA

Marx define las *condiciones naturales eternas* del proceso de trabajo en general y por lo tanto, de cada modo particular de existencia, haciendo abstracción en un primer momento del carácter cooperativo del trabajo. La actividad de trabajo es considerada como la respuesta orientada hacia la satisfacción de una necesidad, y tal carácter orientado o finalista constituye uno de los dos elementos de la racionalidad de la acción, porque sólo a partir de un proyecto el hombre puede producir, regular y controlar las transformaciones de la naturaleza. Desde este punto de vista la *actividad conforme a un fin* es lo que distingue la acción racional de las formas de acción instintivas y animales. El medio de trabajo, insertándose como *conductor* entre el hombre y la naturaleza, permite guiar la acción conforme al fin, convirtiéndose así en el segundo elemento de la acción racional<sup>8</sup>.

Cuando Marx define las categorías del proceso de trabajo como condiciones naturales eternas, alcanza una rigurosa articulación conceptual de aquel aspecto del proceso de objetivación correspondiente a la relación del hombre con la naturaleza. Como él mismo lo dice, en este concepto de trabajo "ni tuvimos necesidad de presentar al trabajador en relación con otros trabajadores. Fueron suficientes de una parte el hombre y su trabajo y de la otra la naturaleza y sus materiales"<sup>9</sup>. Si este análisis permite construir un modelo de acción racional, su función efectiva consiste en suministrar una verificación indirecta de aquel principio establecido en los *Manuscritos* según el cual la actividad humana y la relación hombre-naturaleza adquieren un significado de valor solamente a través de la

relación social; lo que significa que una consideración sociológica del trabajo requiere como condición ulterior la existencia de la cooperación entre los individuos. Solamente a través de la dimensión de la cooperación se podrán extraer las condiciones efectivas dentro de las cuales se desenvuelve el trabajo y será posible considerarlo desde el punto de vista de la enajenación<sup>10</sup>.

El concepto de cooperación había sido elaborado por primera vez por Marx en *La ideología alemana* en conexión con la división social del trabajo; ambos conceptos le servían para expresar el carácter social de la producción y eran considerados como sinónimos. La cooperación era introducida como instrumento para el análisis sociológico de los modos de producción y definida mediante tres variables: 1) las condiciones de la cooperación (propiedad común de las condiciones de producción, relación inmediata de señorío y servidumbre, relación de dinero entre asalariado y capitalista); 2) el modo de cooperación (tipos de organización del trabajo); 3) el fin de la producción<sup>11</sup>. La definición del interés colectivo como "dependencia recíproca de los individuos entre los cuales está dividido el trabajo"<sup>12</sup>, que establece precisamente el nexo entre la cooperación y la división del trabajo, muestra también que la relación que subsiste entre los individuos cooperantes es una relación de dependencia susceptible de asumir distintos significados. La cooperación desarrolla y multiplica la fuerza productiva de los individuos en relación a diferentes tipos de relaciones sociales y a diferentes formas de poder social. El poder podrá ser el de la colectividad y entonces se dará el *poder unificado* de los individuos, o bien podrá presentarse como una *potencia extraña* fuera de su control<sup>13</sup>.

La estrecha conexión entre las definiciones de cooperación y de división social del trabajo muestra que en *La ideología alemana* el concepto de cooperación tiene un campo de validez muy extendido, en cuanto abarca el conjunto de las actividades productivas y sus conexiones. En *El capital*, Marx restringe la extensión de este concepto a los lugares de trabajo, recurriendo a otras dos variables: la simultánea presencia espacial de los cooperantes y la contemporaneidad de ejecución de las distintas operaciones, por las cuales los individuos trabajan al mismo tiempo y uno junto al otro, realizando una integración recíproca<sup>14</sup>. La presencia espacial simultánea y la contemporaneidad son las condiciones del trabajo social, es decir caracterizan la socialidad de la acción de los individuos. Además la asignación de las operaciones a cada individuo establece el modo en

el que el trabajo es organizado, y por consiguiente, los diferentes tipos de cooperación. El plan de la cooperación indica que la cooperación es una estructura integrada, orientada hacia la realización de un objetivo; ella cumple la función de coordinar a los individuos con vistas al objetivo común fijado por el proceso de trabajo y/o la conexión de los diferentes procesos de trabajo. Desde el punto de vista de una operación específica, esta función es expresada mediante la función directiva.

El plano de la cooperación —una estructura típica del trabajo en común, correspondiente a la noción de acción de trabajo conforme a un fin— garantiza al mismo tiempo la estabilidad del organismo social, la integración de los individuos y el mantenimiento del fin común. El plan y el objetivo definen por tanto la integración y la interdependencia de las partes del sistema, y están estrechamente conectados a su vez con la función directiva que coordina las partes con vistas al fin común. La dirección es situada por Marx en el mismo nivel de abstracción que el concepto de cooperación o mejor dicho, constituye una articulación de él; ella es una de esas categorías generales que permiten un discurso sobre cualquier proceso de trabajo particular. "Todo trabajo directamente social o colectivo en gran escala, requiere en mayor o menor medida una dirección que establezca un enlace armónico entre las diversas actividades individuales y ejecute las funciones generales que brotan de los movimientos del organismo productivo total, a diferencia de los que realizan los órganos individuales"<sup>15</sup>. "La función directiva debe ser definida por lo tanto en términos de condiciones generales, y con referencia a la escala de la cooperación y al grado de complejidad que son a su vez condiciones generales." En este nivel de abstracción, tal función "es solamente una función especial que se desprende de la naturaleza del proceso social del trabajo, como algo inherente a él"<sup>16</sup>; en otros términos, para definir la dirección no es preciso recurrir a variables distintas de las que constituyen al concepto de cooperación. Este concepto muestra in vivo el modelo organicista que Marx adoptó para estudiar las organizaciones. Marx concibe la cooperación como cuerpo productivo de conjunto, es decir como un organismo constituido por un conjunto de estructuras u órganos autónomos; a su vez, la armonía y la integración de las estructuras del organismo no es una estructura del organismo, sino una función general que establece la conexión entre las partes. Además, la fuerza productiva desarrollada por el trabajo combinado

(es decir el trabajo ejecutado por el conjunto de los obreros cooperantes u obrero combinado) es siempre mayor que la suma mecánica de las fuerzas de los trabajadores individuales. La organización es considerada siempre en su conjunto, es decir en sus funciones generales, en base a las cuales es posible luego estudiar el funcionamiento de sus partes.

En general el estudio de la organización del proceso de trabajo vierte sobre el modo en el que las distintas operaciones son asignadas a los individuos cooperantes. Marx define una primera forma de cooperación llamada cooperación simple en la cual el proceso de trabajo puede ser indiviso o subdividido en operaciones, sin que por ello su asignación se presente bajo la forma de división del trabajo en sentido estricto. Además, estas pueden ser las mismas para todos los cooperantes o bien pueden ser del mismo tipo, es decir homogéneas. La cooperación simple con asignación de operaciones del mismo tipo es definida en base a la temporaneidad de la división del trabajo<sup>17</sup>. Desde este punto de vista las dos nociones de homogeneidad y heterogeneidad de las operaciones definen respectivamente la división del trabajo temporánea y la permanente. En efecto, un proceso de trabajo subdividido en operaciones homogéneas o del mismo tipo no requiere que cada individuo deba especializarse y realizar siempre una determinada operación; puede en cada oportunidad cambiar de tipo de operación según la necesidad del momento. En última instancia, el obrero estará siempre en posesión de un oficio completo (en sentido artesanal), aunque en determinadas condiciones realizará solamente una o algunas de las distintas operaciones exigidas por ese oficio.

El conjunto de los conceptos hasta ahora expuestos torna posible un análisis técnico de los procesos de trabajo desde el punto de vista de los métodos de organización, pero no permite establecer las condiciones sociales bajo las cuales se realizan. El examen de estas condiciones requiere, en efecto, la introducción de otros conceptos; a tal fin es preciso atribuir a las variables del concepto de cooperación los valores correspondientes a las distintas estructuras sociales. La definición de la cooperación capitalista presupone por lo tanto la explicitación de las condiciones generales del modo capitalista de producción. El carácter capitalista de la cooperación es determinado por el fin de la producción que consiste en la apropiación de la mayor plusvalía posible, por la configuración del proceso de trabajo como proceso de consumo de la fuerza de trabajo por parte del

capitalista, por el control que ejerce el capitalista sobre los individuos cooperantes y por la propiedad del producto por parte del capitalista<sup>18</sup>. Sobre la base de estas condiciones es posible ya explicar explícitamente dos significados de enajenación que Marx había establecido desde los Manuscritos: la enajenación del producto en cuanto resultado del consumo de una mercancía que el capitalista ha adquirido y la enajenación del trabajo, en el sentido que en la cooperación el obrero pierde el control sobre su propio trabajo<sup>19</sup>.

La subordinación del obrero al capitalista, que en general es expresada por los economistas como dominio del capital sobre el trabajo, debe ser estudiada con referencia al concepto de dirección cuando las relaciones sociales son consideradas en el interior de la cooperación. En este caso la dirección no tiene solamente el significado de condición mínima del proceso de trabajo, sino —dado el contexto de relaciones sociales en la que está insertada— deviene la función exclusiva del capitalista y recibe la connotación agregada de dirección autoritaria. “El papel directivo del capitalista no es solamente una función especial que se desprende de la naturaleza del proceso social del trabajo, como algo inherente a él; es también una función de explotación en el proceso social del trabajo, función determinada por el inevitable antagonismo entre el explotador y la materia prima de su explotación<sup>20</sup>”. El mismo Marx, polemizando con cierto economistas, suministra una verificación directa de la distinción entre conceptos que tienen significados diferentes de acuerdo a sus diversos grados de abstracción. El economista cuando examina el modo de producción capitalista “identifica y confunde la función dirigente impuesta por el carácter del proceso colectivo de trabajo y aquella que tiene su raíz en el carácter capitalista, y por tanto antagonico, de este proceso. El capitalista no es tal capitalista por ser director industrial, sino al revés: es director industrial por ser capitalista<sup>21</sup>”. El concepto de dirección puede desempeñar, por consiguiente, la función de indicar una condición necesaria de la cooperación o bien puede servir para establecer el significado social de una determinada relación en el interior de una forma de cooperación. Esta distinción entre funciones y significados diferentes del concepto de dirección es un instrumento metodológico fundamental, sobre todo cuando se deben estudiar grandes organizaciones productivas en las que el carácter técnico de la función directiva se torna de tal manera predominante que oscurece el hecho de que ella siempre es también función social de un grupo

de poder. Este procedimiento permite no sólo no confundir conceptos que se colocan a niveles distintos de abstracciones, sino de establecer relaciones continuas entre el aparato tecnológico del proceso de trabajo, las estructuras de los procesos de decisión y el significado de las relaciones sociales en la cooperación: en términos marxianos, entre las formas de enajenación. Esta conexión se torna evidente en el análisis de la manufactura y de la gran industria, donde por un lado el concepto de cooperación en todas sus articulaciones posibilita la investigación sociológica y por el otro, las categorías de dirección autoritaria y de plan y fin capitalista de la producción asumen valores diversos en estos dos tipos de cooperación.

Establecidos los dos niveles de abstracción sobre los cuales se sitúan las categorías sociológicas, se plantea ahora el problema, con referencia a la función directiva, de establecer sus “características específicas en cuanto función específica del capital”<sup>22</sup>. El concepto de fin capitalista de la producción permite determinar el significado social de la dirección y en general de todas las relaciones dentro de la cooperación. En este sentido se puede decir ahora que la plusvalía sirve de criterio selectivo de las relaciones sociales significativas: desde este punto de vista la plusvalía tiene en El capital la misma función que la enajenación tenía en los Manuscritos y en La ideología alemana.

La dirección autoritaria tiene, en general, una función de explotación de los obreros empleados para obtener la mayor cantidad posible de plusvalía; en particular, ella controla y reprime el comportamiento de resistencia de los subordinados. Las actividades de trabajo deben ser reguladas mediante normas que regulen el desarrollo del trabajo y el uso de los instrumentos<sup>23</sup>. “Al crecer el volumen de los medios de producción que se enfrentan con el obrero asalariado como propiedad ajena [*fremdes Eigentum*], crece también la necesidad de fiscalizar su empleo, evitando que se malgasten o derrochen<sup>24</sup>”. Con el engrandecimiento de la organización se requieren normas de control cada vez más elaboradas, condicionadas al mismo tiempo por la estructura del proceso de trabajo social y por la propiedad ajena, respecto a la cual la dirección autoritaria adquiere relevancia sociológica. Marx muestra por un lado que la solución organizativa planteada por las eventuales transformaciones en la producción debe ser referida a las exigencias técnicas del proceso de trabajo, pero por el otro estudia tal solución refiriéndola

a la estructura del proceso decisional existente en la cooperación capitalista<sup>25</sup>. A diferencia de las normas de control, las normas que tienen la función específica de reprimir el comportamiento de resistencia de los subordinados son un requisito típico del funcionamiento de la cooperación capitalista. La distinción entre normas de control y normas de represión, que hemos explicitado en el texto de Marx, es muy importante porque no sólo permite iluminar los criterios metodológicos de fondo del discurso sociológico marxiano, sino que muestra también que el modelo de valor del comunismo opera en el interior de la misma investigación empírica. Según Marx, mientras las normas de control constituyen la condición necesaria de cualquier organización productiva y es siempre posible discriminar sus funciones técnicas de la función social, las normas de represión tienen exclusivamente un significado social y su campo de validez está circunscripto a aquellas formas de cooperación que se constituyen sobre la base de la separación exclusiva entre las funciones de ejecución y las funciones de dirección. En efecto, ya que, como veremos, en la fábrica comunista el cuerpo de trabajo social asume como propia la totalidad de las funciones directivas, no tiene sentido hablar de normas de represión.

Dado el objetivo de la plusvalía, la resistencia de los obreros y su represión son una consecuencia necesaria del antagonismo entre el capitalista y el obrero. La complejidad de la organización requiere normas cada vez más autoritarias: "al crecer la masa de obreros empleados simultáneamente, crece su fuerza de resistencia, aumentando también, como es lógico, la presión del capital para vencerla"<sup>26</sup>. Emerge aquí el carácter necesario del conflicto que impone siempre la individualización de las normas como instrumentos represivos. El análisis de la función directiva capitalista muestra cómo la interconexión de las partes del sistema y su orientación hacia un objetivo común —que desde un punto de vista general son consideradas "idealmente como plan", se configuran "prácticamente, como la autoridad del capitalista, como el poder de una voluntad ajena que somete su actividad a los fines perseguidos por aquélla"<sup>27</sup>. Lo que en los *Manuscritos* se presentaba como enajenación del trabajo, en *El capital* —en el cual Marx ha precedido a un estudio analítico del funcionamiento de las organizaciones productivas y de las relaciones sociales en su interior— se representa en una formulación bastante más precisa y articulada. Marx abandonó el lenguaje filosófico de los años juveniles y se sirvió de conceptos

que tornan posible la integración de la categoría de enajenación en la investigación empírica. El ente extraño y hostil se ha convertido en la dirección despótica del capitalista, es decir en el conjunto de las normas de control y represión. La enajenación del trabajo es reformulada sobre la base de los resultados del análisis de las organizaciones productivas y de las estructuras de la cooperación; Marx no habla más simplemente del trabajo que está fuera de los obreros, ahora afirma que "la coordinación de sus funciones y su unidad como organismo productivo radican fuera de ellos, en el capital, que los reúne y mantiene en cohesión"<sup>28</sup>. El proceso de enajenación se configura como exclusión de las decisiones que presiden la formulación de las normas, manteniéndose invariable el hecho de que en este contexto la participación en las decisiones comporta necesariamente la eliminación del antagonismo inevitable que es la condición de la exclusión, y al mismo tiempo la sustitución de los valores que orientan aquellas decisiones.

El carácter capitalista de la dirección, tanto en la cooperación como en los análisis particulares de la manufactura y de la fábrica, conduce a Marx a privilegiar o de cualquier manera a dar relieve determinante a tal relación social, atribuyéndole un rol explicativo respecto a todas las otras relaciones que se despliegan en el proceso productivo. Las relaciones entre los obreros no sólo son referidas continuamente a la relación de la dirección capitalista, sino que el significado del trabajo en común se califica precisamente en base a tal referencia. "Como personas independientes, los obreros son individuos que entran en relaciones con el mismo capital, pero no entre sí. Su cooperación comienza en el proceso de trabajo, es decir, cuando ya han dejado de pertenecerse a sí mismo. Al entrar en el proceso de trabajo son absorbidos por el capital. Como obreros que cooperan a un resultado, como miembros de un organismo trabajador, no son más que una modalidad especial de existencia del capital para el que trabajan". Por consiguiente, la cooperación entre obreros asalariados es, además, un simple resultado del capital que los emplea simultáneamente"<sup>29</sup>. Los obreros están en relación de subordinación respecto a los procesos de decisión, y a tal subordinación participa también su trabajo, en cuanto función de los objetivos de dirección. En consecuencia, el carácter social de la fuerza de trabajo combinada no es adquirido por parte de los obreros como significado de sus trabajos individuales. El carácter social de la fuerza de trabajo, derivado del hecho de ser fuerza de trabajo

combinada, no deviene significado del trabajo individual, es extraño al obrero individual. También aquí el proceso de trabajo adquiere el significado fundamental sólo en relación a la dirección capitalista: fuera de tal referencia sigue siendo una relación entre trabajadores individuales despojada de todo contenido social. Podremos extraer así dos significados ulteriores de enajenación, referibles a las connotaciones presentes en los *Manuscritos*. En la cooperación los obreros dejan de pertenecerse a sí mismos, porque la enajenación del trabajo se configura como cooperación en un proceso de trabajo constituido por un plan y por decisiones extrañas, en última instancia por valores instrumentales. "El proceso de trabajo es un proceso que se desarrolla entre cosas que el capitalista *ha comprado*, entre cosas que *le pertenecen*"<sup>30</sup>. Pero si las relaciones sociales en la cooperación están reducidas a relaciones entre cosas, las relaciones entre los obreros son a su vez instrumentales porque se configuran según criterios no inherentes a su libre actividad productiva, es decir impuestos por la dirección capitalista. La enajenación del obrero por el obrero se representa así en *El capital* en la idéntica conexión con los demás tipos de enajenación establecidos en los *Manuscritos*. También aquí, como en otras páginas juveniles, lo que unifica y conecta los distintos significados es en efecto la referencia, no más explícita sino siempre operante, a la actividad humana en cuanto empapa la totalidad del ser del hombre. La conexión entre el significado humano de la actividad productiva y la configuración de las relaciones sociales —establecida en los escritos de 1844 y en *La ideología alemana*— se presenta nuevamente en el concepto de cooperación a través de una articulación conceptual más compleja. Las formas de la cooperación constituyen los modos en los que el hombre enajena o realiza su propio ser en la actividad productiva social. Respecto a los escritos juveniles, permanece constante no sólo el plano de las condiciones de enajenación, sino también el término de referencia del concepto: la actividad productiva como inclusiva del ser del hombre. Pero la constante más significativa es la función explicativa que ejerce en la investigación sociológica el uso del concepto de enajenación: una de sus consecuencias inmediatas es la interpretación de la cooperación capitalista como antagonismo necesario. La integración de un amplio contexto de investigación empírica de un elemento conceptual elaborado desde años juveniles no ha modificado sustancialmente su importancia crítica. Para una interpretación de las relaciones sociales que se

valga del concepto de enajenación está excluida toda posibilidad de establecer de modo unívoco el significado de pérdida o de realización del ser del hombre. Desde este punto de vista el conflicto —como también el carácter autoritario y constrictivo de la función directiva— no puede dejar de configurarse en una relación de conexión deductiva con la enajenación.

### 3. LA ORGANIZACION MANUFACTURERA DEL TRABAJO

El fin de la producción capitalista, que consiste en la producción de la mayor plusvalía posible y por tanto en una exigencia cada vez mayor de aumentar la fuerza productiva, es el trámite por medio del cual la cooperación pasa de sus formas simples a las fases caracterizadas por la introducción de la división del trabajo y de las máquinas. La exigencia de la innovación técnica del proceso de trabajo, en efecto, deriva solamente de la cooperación bajo dirección capitalista y no de los tipos precapitalistas de cooperación.

La definición de la cooperación con división manufacturera del trabajo presupone un esclarecimiento previo del significado de este concepto, que Marx había anteriormente distinguido en los *Manuscritos* del concepto de división social del trabajo<sup>31</sup>. La función de esta distinción, no explicitada entonces, es enunciada por primera vez en *Miseria de la filosofía*<sup>32</sup>, pero se torna operante sólo en *El capital*, donde la división manufacturera del trabajo es asumida como campo específico de investigación. El atributo común expresado por los dos conceptos consiste en el carácter social del trabajo definible en términos de *inter-conexión* o *dependencia* de las actividades entre las que está dividido el trabajo, es decir en términos de *cooperación*<sup>33</sup>. Sin embargo, más que las analogías, a Marx le preocupa fijar los elementos de diferenciación, que les sirven, sea para establecer las condiciones históricas de la organización manufacturera del trabajo, sea para fundar una crítica a la insuficiente caracterización que tienen ambos conceptos en Adam Smith. Con referencia a los dos significados conocidos de cooperación, en la sociedad las relaciones entre los productores independientes son mediados por el intercambio de mercancías; en el lugar de trabajo las relaciones entre los cooperantes son directas. Con referencia al producto, en la sociedad los productores independientes producen mercancías, mientras en el lugar de trabajo cada uno de los obreros



no produce el producto concluido que es en cambio el término final de todo el proceso de trabajo. Finalmente, refiriéndonos a la forma capitalista de cooperación, la dependencia recíproca de las actividades en la sociedad capitalista se configura como concurrancia y anarquía, y en el lugar de trabajo como dirección autoritaria<sup>34</sup>.

Mientras en Babbage la división del trabajo había sido asumida como modelo de organización racional, Ure había esclarecido sus límites y la había contrapuesto a un tipo de organización fundada sobre el sistema automático. Wilhelm Schulz, delineando una historia de la producción material, había situado históricamente la división del trabajo en el período manufacturero, intermedio entre la fase artesanal y la fase de la fabricación con máquinas. Más aún, había sido precisamente Schulz quien usó el término manufactura para indicar la organización basada sobre la división del trabajo. Por consiguiente, la individualización de la manufactura como fase determinada en la historia de la industria era un dato adquirido de la cultura histórico-económica de la época, y Marx no hacía otra cosa que recuperar de Ure y de Schulz el concepto y el término<sup>35</sup>.

La manufactura —que Marx considera como la forma característica del proceso de producción capitalista entre la mitad del siglo XVI y el último tercio del siglo XVIII— es definida como la cooperación en la que el proceso de trabajo está dividido y conectado en operaciones diferentes o heterogéneas que son el resultado de la descomposición de una actividad artesanal y que son asignadas de manera permanente a obreros individuales<sup>36</sup>. La condición de existencia de este tipo de organización consiste en la asignación exclusiva de un obrero a una operación determinada. Esta asignación tiene tres consecuencias: en primer lugar, torna unilateral la actividad artesanal, en segundo lugar, restringe la esfera de acción del trabajo, en tercer lugar, acrecenta la eficiencia de la acción del trabajo. Las distintas operaciones del proceso de trabajo dividido son denominadas operaciones parciales o funciones exclusivas si son consideradas desde el punto de vista de su asignación; los obreros que cumplen las operaciones parciales son llamados a su vez obreros parciales. La cooperación que se realiza con esta organización del trabajo es definida por Marx como “un mecanismo de producción cuyos órganos son hombres”<sup>37</sup>.

El procedimiento a través del cual se llega a la organización manufacturera consiste, en primer lugar, en el “análisis del proceso de producción en sus fases particulares”<sup>38</sup>. El procedimiento analítico

tiene el fin de descomponer un proceso de trabajo artesanal, que era realizado primero por un solo individuo, en un determinado número de funciones de trabajo heterogéneas; estas funciones se vuelven ahora operaciones parciales diferentes que pueden ser realizadas por obreros parciales diferentes. La segunda fase organizativa consiste ahora en la asignación permanente y exclusiva de una función distinta a cada obrero. Estas dos fases están ligadas estrechamente y esta ligazón es precisamente lo que caracteriza la cooperación manufacturera de los otros tipos de cooperación, para los cuales la asignación de las operaciones no requiere el análisis del proceso de trabajo y en los cuales no existe división del trabajo en sentido estricto. Una ulterior condición restrictiva, sobre la que Marx insiste particularmente, está conectada a la atribución permanente y exclusiva de las operaciones; ella reside fundamentalmente en la base técnica artesanal de la manufactura. El procedimiento analítico, en efecto, parte de un oficio artesanal y llega siempre a una operación artesanal. Esto significa que la ejecución de la operación parcial exige los mismos requisitos que caracterizaban el trabajo del artesano independiente, y que la posibilidad de explotar y desarrollar al máximo grado los requisitos naturales y las especializaciones requeridas por la función reside en su ejercicio reiterado.

La conexión entre el análisis del trabajo y la asignación permanente distingue la manufactura del artesanado. En efecto, a diferencia del trabajo artesanal en el que los requisitos aptitudinales se desarrollan en el trabajador de modo multilateral, en la manufactura son potenciadas de modo unilateral solamente algunas disposiciones naturales y adquiridas. Por otra parte, mientras la serie de las operaciones que componen un proceso de trabajo artesanal son discontinuas en el sentido de que cada operación está separada de la otra por un período en el que el artesano pasa de un área de trabajo a otra o de un instrumento a otro, la operación parcial es continua, dada la simplicidad de su estructura y la consiguiente área de trabajo restringida. Naturalmente, la continuidad del trabajo del obrero manufacturero varía con la disminución de la variedad de su operación<sup>39</sup>.

El carácter cooperativo de la manufactura, garantizando la conexión de las partes, reúne procesos de trabajo primero separados en un proceso de trabajo dividido pero conectado, y determina una continuidad entre las fases de trabajo. El estudio de las técnicas organizativas que garantizan tal continuidad se convierte ahora en el

estudio de la conexión de las partes del sistema manufacturero. Este estudio conduce nuevamente a la consideración de la organización como estructura integrada es decir como un todo orgánico (figura de conjunto). Una vez que el proceso de trabajo haya sido analizado en sus fases constitutivas, es posible prever los requisitos exigidos para la ejecución de las distintas operaciones parciales, y por consiguiente, adaptarlas a los obreros que deben realizarlas<sup>40</sup>. Ya que toda función requiere determinados grados de habilidad, desenvoltura, atención y otras cosas más, es posible establecer una jerarquía de funciones según el grado de complejidad al que debe corresponder una jerarquía de fuerza de trabajo<sup>41</sup>. La recomposición del proceso de trabajo y la conexión de las partes son expresadas por Marx en la forma de leyes técnicas del proceso de trabajo. La primera ley —que preside la continuidad del proceso de trabajo y la integración recíproca de sus partes constitutivas— establece que el resultado de cada operación debe ser obtenida siempre en un tiempo determinado<sup>42</sup>. En este caso, la integración indica la conexión o la recíproca dependencia de las partes de un proceso de trabajo de modo de garantizarlo de interrupciones que podrían comprometer su eficiencia productiva. El resultado de este proceso organizativo es una cadena de trabajo en la que los elementos fundamentales pueden ser o el obrero parcial o grupos de obreros. La conexión de las partes requiere a su vez una nueva ley técnica, que establece la proporcionalidad numérica de los grupos y de los obreros parciales. Ya que las diferentes operaciones pueden requerir tiempos desiguales de ejecución, en la unidad de tiempo se obtendrán cantidades desiguales de piezas. Esta ley, expresando la "regla y proporcionalidad cuantitativa del proceso de trabajo social", evita las disfunciones productivas en determinadas fases de trabajo<sup>43</sup>. La tercera ley técnica regula el desarrollo de la escala de la cooperación sea con referencia al número de los obreros parciales entre los cuales se divide el trabajo, sea con referencia al número de los grupos entre los que existe división del trabajo<sup>44</sup>.

Estas tres leyes técnicas expresan la racionalidad de la organización manufacturera en los mismos términos en los que Babbage la había definido, como resulta también de la cita de Marx, que recurre con frecuencia al matemático inglés como una fuente fundamental para su análisis de la manufactura. La consideración de los límites de la racionalidad de esta organización muestra cómo Marx había leído la obra de Babbage colocándose desde el punto de vista

de la crítica de Ure, para quien la división del trabajo no representa el máximo de eficiencia organizativa. El límite fundamental de la manufactura está constituido por su base técnica artesanal. Los medios productivos, que sustancialmente se reducen al instrumento artesanal, aunque perfeccionado por el uso en un área de trabajo restringida, tornan necesaria la adaptación del proceso de trabajo a los requisitos aptitudinales conectados con el uso del instrumento mismo. El procedimiento analítico encuentra un obstáculo insuperable en la existencia del instrumento artesanal y en el hecho de que debe ser manejado por el hombre. Esto significa que más allá de cierto límite el uso del instrumento frena necesariamente el proceso de descomposición<sup>45</sup>. Una segunda carencia, derivada de la misma división del trabajo entre los hombres y en última instancia, de la base técnica artesanal, está constituida por el límite que el principio de la continuidad de proceso de trabajo encuentra en el aislamiento de las diferentes fases de producción. Esto es debido al hecho de que el mecanismo de conjunto de la manufactura es una combinación de obreros parciales, la que requiere un continuo pasaje de hombres y materiales de un punto a otro de la cadena de elaboración<sup>46</sup>. Estos dos límites explican los altos costos de producción que comporta la manufactura y las dificultades técnicas para realizar una productividad elevada.

#### 4. DIVISION DEL TRABAJO Y ENAJENACION

En la Sección Cuarta, junto al análisis de las formas de organización del proceso de trabajo, Marx define también el uso capitalista de las fuerzas productivas; desde este punto de vista la organización deviene un conjunto de técnicas usadas para realizar la mayor cantidad posible de plusvalía. La manufactura y la fábrica se constituyen sobre la base de dos técnicas diversas —la división del trabajo y las máquinas— que Marx indaga dentro del campo definido por la conexión entre la organización del trabajo y la estructura social de la cooperación capitalista. Tal conexión no sólo permite la imputación causal de las consecuencias sociales de la organización capitalista del trabajo en sus fases históricas, sino que condiciona la aplicabilidad del concepto de enajenación sin modificar, sin embargo, su función explicativa. La manufactura y el sistema de fábrica son dos formas de organización capitalista del trabajo que

desarrollan las fuerzas productivas sociales en medida diferente y por ello mismo condicionan de manera diferente las relaciones sociales dentro de la cooperación y en la sociedad. El análisis de la enajenación se presenta entonces como la individualización del significado que asume el trabajo, en su relación con el capital, en cada una de las dos organizaciones.

Mientras en la cooperación simple el aumento de la fuerza productiva es una consecuencia directa del trabajo en común, la introducción de la división del trabajo permite realizar una mayor productividad y por tanto una mayor cantidad de plusvalía. Aquello que desde el punto de vista del análisis de la organización productiva viene considerado como un principio para racionalizar el proceso de trabajo, deviene ahora una técnica de explotación de la fuerza de trabajo. Los métodos de descomposición y recomposición del trabajo, que constituyen la técnica específica para organizar la manufactura, adquieren la función de aumentar el poder del capitalista.

El concepto de enajenación ha sido formulado independientemente de la consideración de los distintos tipos de cooperación capitalista, y por lo tanto debe ser mantenido como término de referencia para definir cada forma particular de enajenación. Sin embargo, si se considera la relación de autoridad no como simple presupuesto, sino también en sus connotaciones empíricas, es preciso referirse a las modalidades de la organización del trabajo; en el caso de la manufactura, la referencia a los principios racionales de la división del trabajo permite individualizar la forma de enajenación en este tipo de cooperación. "En la manufactura, lo mismo que en la cooperación simple, la individualidad física del obrero en funciones es una forma de existencia del capital. El mecanismo social de producción, integrado por muchos obreros individuales parcelados, pertenece al capitalista. Por eso la fuerza productiva que brota de la combinación de los trabajos se presenta como virtud productiva del capital"<sup>47</sup>. La primera proposición expresa el carácter constante de la enajenación del trabajo en la cooperación, mientras las otras dos refieren puntualmente la estructura manufacturera de la organización —mediante el recurso a los conceptos de obrero especializado y de combinación de trabajos— al objetivo capitalista. La traducción de las proposiciones sobre la cooperación capitalista considerada en general en la proposición sobre la manufactura, impone el estudio de las técnicas productivas adoptadas en aquella

forma particular de cooperación. La enajenación del trabajo será formulada ahora como enajenación de las normas que regulan la conexión de los obreros parciales en los que está subdividido el proceso de trabajo de la manufactura. Además, la reducción del área de trabajo, que desde el punto de vista de la organización del trabajo es simplemente el resultado de la descomposición del proceso de trabajo, se configura desde el punto de vista de la enajenación como transferencia en el plano capitalista de una parte del área decisional del trabajador. "Las potencias espirituales de la producción amplían su escala sobre un aspecto a costa de inhibirse en los demás. Lo que los obreros parciales pierden, se concentra, enfrentándose a ellos, en el capital. Es el resultado de la división manufacturera del trabajo el erigir frente a ellos, como propiedad ajena y poder dominador, las potencias espirituales del proceso material de producción."<sup>48</sup> En el trabajo artesanal el plan del proceso de trabajo se identifica con la sucesión y la conexión de las fases de todo el trabajo realizado por cada artesano; en la manufactura las leyes técnicas que presiden la descomposición y recomposición del trabajo son impuestas al obrero como plan autoritario. Marx explica la anexión permanente del obrero a una misma operación con referencia a la base técnica artesanal, es decir, sin recurrir a la dirección autoritaria de la cooperación capitalista. Desde este punto de vista, la restricción del área de trabajo no es todavía suficiente para caracterizar la enajenación; es preciso introducir en la conexión entre la base técnica artesanal y la división manufacturera del trabajo, la noción de dirección autoritaria. "Además de distribuir los diversos trabajos parciales entre diversos individuos, se secciona al individuo mismo, se le convierte en un aparato automático adscrito a un trabajo parcial"<sup>49</sup>. La dirección autoritaria, en cuanto dispone del poder de organizar el proceso de trabajo, subordina totalmente el obrero a la autoridad del capitalista y torna más despótico el control sobre el comportamiento del obrero: "su articulación con el mecanismo total le obliga a trabajar con la regularidad de una pieza de maquinaria"<sup>50</sup>.

El poder de organizar el proceso de trabajo con la división del trabajo permite establecer una diferencia de intensidad de la enajenación respecto a la cooperación simple en la cual los métodos de trabajo y las operaciones no han sido todavía modificadas; la transformación de los métodos de trabajo y de las funciones laborativas instauran una relación de dependencia más fuerte entre el obrero y

la dirección. "En sus orígenes, el obrero vendía la fuerza de trabajo al capitalista por carecer de los *medios materiales para la producción* de una mercancía; ahora, su *fuerza individual de trabajo* se queda inactiva y ociosa si no la vende al capital. Ya sólo funciona articulada con un mecanismo al que únicamente puede incorporarse *después de vendida*, en el taller del capitalista"<sup>51</sup>. La especialización de las funciones acrecienta la constricción del obrero a vender la propia fuerza de trabajo; no solamente debe subordinarse a la dirección autoritaria porque no posee los medios de trabajo, sino que ahora se ve obligado también porque ha perdido la capacidad de ejercer un oficio completo. Así, la enajenación del obrero de su propio trabajo y de sí mismo, consecuencia inmediata del hecho de que entra en la cooperación, se intensifica. Reducido a una cosa que pertenece al capitalista, el obrero se convierte ahora en el accesorio de un mecanismo.

La manufactura, aún elaborando métodos racionales que modifican el proceso de trabajo, ha mantenido sustancialmente inalterada la estructura tecnológica. Esto explica, al mismo tiempo, los límites de productividad de la organización manufacturera y el comportamiento del obrero todavía ligado a los valores y a las instituciones del período artesanal. Aunque la especialización del trabajo en gran medida ha tomado inutilizable la habilidad artesanal y superfluo el aprendizaje, el obrero tiende a mantener aquellos privilegios ligados al oficio artesanal que garantizaban su independencia. "Como la *pericia manual del operario* es la base de la manufactura y el mecanismo total que en ella funciona no posee un esqueleto *objetivo* independiente de los propios obreros, el capital tiene que luchar constantemente con la *insubordinación de los asalariados*"<sup>52</sup>. La relación de no-adequación entre las normas de control y el comportamiento de resistencia se explica con la base artesanal que impide un análisis científico del trabajo. Desde este punto de vista el conflicto necesario inherente a la cooperación capitalista asume una forma particular. La *insubordinación obrera*, apelando a valores de una fase histórica superada, frena el desarrollo de las fuerzas productivas hacia aquellas situaciones que instauran las condiciones para la revolución. Sólo si se tiene en cuenta que la manufactura "representa un progreso histórico y una etapa necesaria en el proceso económico de formación de la sociedad"<sup>53</sup>, se puede comprender el carácter no revolucionario y conservador de la *insubordinación*. Para Marx esta valoración del comportamiento del obrero manufacturero

puede ser justificada sólo apelando a las condiciones de la reapropiación de las fuerzas productivas por el cuerpo de trabajo social; ellas consisten en el máximo desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas y por consiguiente en el grado máximo de enajenación.

## 5. EL SISTEMA DE FABRICA Y EL USO CAPITALISTA DE LAS MAQUINAS

Marx usa el término *fábrica* para designar el lugar de trabajo que corresponde a aquella fase determinada del desarrollo industrial capitalista caracterizado por un uso generalizado de las máquinas. Preliminarmente y de manera aproximativa se puede adelantar la siguiente definición: un "taller basado en el uso de las máquinas"<sup>54</sup>, donde *uso* significa simplemente que las máquinas existen como instrumentos de un proceso de trabajo.

En el período de la redacción definitiva de la Sección Cuarta (1863) Marx se había enfrentado al problema de la definición técnica de *máquina*, que en la literatura de la época se planteaba en los términos de una diferenciación de la noción de *instrumento*<sup>55</sup>. Para describir la máquina en el proceso de trabajo, Marx se sirve de las definiciones corrientes dadas por la ciencia mecánica de la época, en base a la cual "la herramienta es una *máquina simple* y... la máquina es una *herramienta compuesta*"<sup>56</sup>. La definición de la máquina como "combinación de *herramientas simples*"<sup>57</sup> y la idea de que ella actúa con una masa de las mismas herramientas, o de herramientas análogas a las artesanales, ofrece un primer elemento que esclarece cómo el análisis tecnológico es realizado por Marx sobre la base del modelo de la tecnología artesanal. En consecuencia, desde el punto de vista del trabajo manufacturero, la operación de trabajo en la máquina pierde cualquier importancia, y desaparece la posibilidad de establecer criterios de recalificación del trabajo.

La precedente definición de *fábrica* es integrada luego por Marx en la noción de *sistema que retoma de Ure*: por *fábrica* entiende ahora un "sistema de maquinaria... [que] constituye de por sí, siempre y cuando esté impulsado por un motor que no reciba la fuerza de otra fuente motriz, un *gran autómeta*"<sup>58</sup>, es decir un conjunto de elementos que accionan en permanente acuerdo<sup>59</sup>. El autómeta, o el sistema moderno de fábrica, puede configurarse según dos tipos diferentes de organización tecnológica: la coopera-

ción de máquinas homogéneas en las cuales el ciclo de trabajo, constituido por una serie de operaciones sucesivas, es recompuesto e incorporado a una máquina individual, y en la que existe una uniformidad técnica debida al alto grado de uniformidad y de contemporneidad de ejecución de las operaciones<sup>60</sup>; 2) el sistema de máquinas basado en el principio de la división del trabajo entre máquinas. Mientras en la manufactura las funciones particulares dependían una de la otra en un único proceso de trabajo, en la fábrica cada máquina es un elemento integrado en una cadena de máquinas heterogéneas<sup>61</sup>. El sistema automático de máquinas caracterizado por la absorción de las máquinas de funciones de control, no constituye un tercer tipo de organización, sino un perfeccionamiento técnico de ciertas máquinas operadoras, sin que el sistema de máquinas resulte modificado sustancialmente<sup>62</sup>.

La introducción de las máquinas en el proceso de trabajo permite poner de relieve algunas consecuencias sobre la organización social del trabajo, generalizables a "cualquier aplicación de la maquinaria en vasta escala"<sup>63</sup> e independientes de la forma capitalista de cooperación. A tal fin, Marx se vale de Ure para definir a la fábrica desde el punto de vista de las consecuencias generalizables que la mecanización del trabajo acarrea en el proceso de trabajo social. La fábrica es una "cooperación de distintas clases de obreros, adultos y no adultos, que vigilan con habilidad y diligencia un sistema de mecanismos productivos movidos ininterrumpidamente por una fuerza central"<sup>64</sup>. Cuando hablábamos de la manufactura nos detuvimos en el principio subjetivo de la división del trabajo, consistente en el hecho de que las funciones de trabajo están estructuradas sobre una base tecnológica artesanal. La introducción de las máquinas permite transferir el aspecto operativo del área de trabajo del obrero a las mismas máquinas, eliminando del proceso de trabajo todos los condicionamientos subjetivos y sustituyendo al principio subjetivo un principio objetivo de organización. Por objetivo Marx entiende lo que es susceptible de análisis científico y de recomposición en base a criterios científicos o cuantitativos. La objetividad, en este caso, consiste en la aplicación de la ciencia a los problemas del proceso de trabajo; tal aplicación constituye la ciencia de la tecnología, por la cual las acciones productivas son descompuestas en las formas fundamentales del movimiento y recompuestas en operaciones mecánicas transferibles a las máquinas. A su vez, las operaciones mecánicas son coordinadas en cadenas obteniendo así un nuevo proceso de trabajo de conjunto<sup>65</sup>.

La recomposición de los procesos parciales se produce por medio de las mismas leyes técnicas que regulaban el proceso de trabajo manufacturero y realizan un elevado grado de unidad técnica<sup>66</sup>. El proceso de conjunto está caracterizado así por la continuidad del ciclo de trabajo, en contradicción con la discontinuidad de las distintas fases, propia de la división manufacturera del trabajo. Si la cooperación simple había sentado las bases indispensables para el carácter social del trabajo en la forma de una reunión de varios individuos en un espacio delimitado, la manufactura, conectando los individuos en la división del trabajo según un plan, había organizado la socialización con criterios formulables en leyes técnicas<sup>67</sup>. En la fábrica el carácter social del proceso de trabajo se intensifica cuanto más se racionaliza la organización. Mientras en las fases precedentes la integración se configuraba como un conjunto de soluciones ocasionales y provisorias, ahora deviene un verdadero problema organizativo. El problema de la integración se configura ahora como la elaboración y la aplicación de las leyes técnicas a la continuidad del ciclo de trabajo. Este —según Marx— es el último estadio de la historia de la organización productiva en el que se ha realizado sobre bases científicas el proceso de trabajo social.

Desde el punto de vista del trabajo del obrero, el carácter social del trabajo tiene como consecuencia directa una rígida observación de los ritmos, cadencias y normas de comportamiento, y además una situación irreversible de dependencia del mismo proceso de trabajo. En la manufactura existía una ley técnica que regulaba la proporcionalidad numérica de los grupos de obreros en los que entraba como elemento determinante la consideración de las capacidades personales; en la fábrica la coordinación del proceso de trabajo está garantizado por la existencia misma de las máquinas para cuya realización las actitudes de los obreros no cuentan más como condiciones adicionales<sup>68</sup>. Mientras en la manufactura las leyes técnicas de la división del trabajo dejaban todavía amplios márgenes de libertad gracias a la base técnica artesanal de la cooperación, en la fábrica el carácter social del trabajo se convierte en una condición indispensable para la organización. "En la cooperación simple, e incluso en la cooperación especificada por la división del trabajo, el desplazamiento del obrero aislado por el obrero colectivo se presenta siempre como algo más o menos casual. La maquinaria... sólo funciona en manos del trabajo directamente so-

lizado o colectivo. Por lo tanto, ahora es la propia naturaleza del instrumento de trabajo la que impone como una necesidad técnica el carácter cooperativo del proceso de trabajo<sup>69</sup>. Sobre la base de esta ley técnica es posible realizar la "condición esencial del sistema de fábrica", la "certeza normal del resultado, es decir la producción de una determinada cantidad de mercancías o bien de un efecto útil puesto como fin dentro de un período dado"<sup>70</sup>. Entre los problemas y las soluciones ofrecidas para realizar este objetivo, las que conciernen a la estructura organizativa de la fábrica constituyen a regulación social del proceso de trabajo, convertida en objeto del análisis científico y cuya solución se hace cada vez más urgente<sup>71</sup>; ésta consiste en un código organizativo concerniente al comportamiento laboral de los obreros. La regulación social así definida es una condición de la racionalidad del proceso de trabajo y debe por lo tanto ser considerada como un principio normativo válido para cualquier sistema de fábrica, independientemente de su estructura social.

Mientras existía una base artesanal, es decir mientras el obrero tenía un área de decisión respecto a la forma de imprimir un objeto, a los instrumentos usados y al modo de usarlos, él podía decidir sobre la modalidad de las operaciones. Ahora, en la fábrica, es la dirección quien decide las modalidades de funcionamiento y de organización de las máquinas. Las únicas operaciones reservadas al obrero se reducen a los servicios auxiliares de vigilancia, de conexión de las operaciones mecánicas y de alimentación de la máquina. Además, una parte cada vez mayor de las funciones manuales residuales es poco a poco mecanizada e incorporada a las máquinas. "Con esto, queda superada la base técnica sobre la que descansa la división del trabajo en la manufactura"<sup>72</sup>. Con la reducción de las operaciones a simples funciones de vigilancia desaparecen las jerarquías de obreros y grados de habilidad, sustituidas "por la tendencia a la equiparación o nivelación de los distintos trabajos"<sup>73</sup>.

El reconocimiento de la tendencia de la gran industria a una progresiva simplificación y equiparación de las funciones aparece ya en la Miseria de la filosofía en una formulación bastante próxima a la de El capital. La fidelidad de Marx a esta idea en un arco de tiempo tan amplio se explica por la referencia constante a la obra de Ure, considerada como el texto que mejor daba cuenta de los últimos desarrollos del sistema automático. Ure, en efecto, había demostrado que las funciones laborales habían sufrido en el factory

system una transformación radical en el sentido de un progresivo vaciamiento de la iniciativa individual, hasta alcanzar una verdadera igualación hecha posible por la absorción progresiva por la máquina de las funciones manuales y de coordinación. En el factory system las operaciones manuales son reducidas a la vigilancia, la cual requiere atención y destreza, pero sólo en la medida en que sirven para rectificar los "pequeños errores" que se le escapan a las máquinas<sup>74</sup>.

Dado que la mecanización del trabajo condujo a la simplificación y al vaciamiento de la función laboral, ésta no requiere más la atribución permanente de las operaciones, que es ahora sustituida desde el principio por las variaciones del trabajo, como ya lo había demostrado Ure siguiendo el mismo tipo de razonamiento. A diferencia de cuanto ocurría en la manufactura, cada función puede ser completada por un obrero distinto y en consecuencia, las diferentes operaciones son intercambiables y eventualmente sustituibles por máquinas<sup>75</sup>. Con la posibilidad de variación del trabajo retorna el principio de la cooperación simple vinculado con la hipótesis de la equiparación de los trabajos y con la asignación temporaria de las funciones. Debe observarse que la conexión entre instrumentos y organización permite simplemente establecer la posibilidad técnica de las variaciones de los trabajos. Según Marx, para decidir sobre las condiciones y el significado social de la existencia de la variación es preciso referirse a otros instrumentos explicativos (plusvalía, dirección autoritaria, enajenación) dentro de la conexión entre la organización y las relaciones sociales (cooperación).

La imposibilidad de decidir sobre la variación o la asignación permanente de las actividades en el interior y dentro de los límites de una explicación que vincula los instrumentos del trabajo con la organización del proceso de trabajo, revela la insuficiencia de este tipo de consideración. El permite establecer ciertas constantes de la organización social del sistema de fábrica, sobre la base del uso generalizado de las maquinarias, pero no permite poner de relieve otros aspectos considerados como significativos en esa estructura social. En efecto, si Marx había aceptado desde un punto de vista tecnológico la definición de la máquina dada por Babbage porque le servía para describir objetivamente el proceso de trabajo mecanizado, había señalado sin embargo sus límites de validez, sosteniendo que "esta definición es inaceptable, pues no tiene en cuenta el elemento histórico"<sup>76</sup>. La consideración histórica de este problema

permite insertar la noción de máquina dentro de la conexión entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales, y en modo particular entre los instrumentos de trabajo y la organización del proceso de trabajo. Las definiciones tecnológicas, por consiguiente, caen fuera de un tipo de explicación que vincula funcionalmente el uso de las máquinas con la estructura social de la fábrica y de la sociedad en la que la fábrica es un fenómeno generalizado. Por consiguiente, la nueva correlación no se establece entre la máquina y la estructura social, sino entre el uso de las máquinas y la estructura social, y hace de tal modo posible considerar la máquina como un fenómeno social y económicamente relevante. A propósito de la definición de máquina se perfilan dos tipos de discurso que vierten uno sobre la organización productiva y el otro sobre las estructuras sociales. Respecto al primero adquiere autonomía el discurso tecnológico, pero el reconocimiento de la autonomía de la explicación técnica no agota el análisis de la organización. Esta, en efecto, en base a otras técnicas explicativas, debe ser estudiada con referencia al uso que se hace de ella en una estructura social dada. De aquí resulta que Marx no critica el discurso técnico despojándolo de validez, sino la pretensión de agotar en él el discurso de las ciencias sociales.

## 6. LA ENAJENACION EN EL SISTEMA DE FABRICA

Los conceptos de código autoritario y de subordinación, interpretado con referencia a las categorías de la cooperación capitalista, sirven para expresar, en el estudio de la fábrica, la conexión entre la condición del obrero en el proceso de trabajo y el uso capitalista de las máquinas. Ure, que constituye para Marx un punto de referencia constante en el análisis del sistema automático, había definido a la fábrica sirviéndose de los conceptos de cooperación, de coordinación de los obreros y de código de fábrica, y en este contexto la subordinación del obrero a la máquina significa exclusivamente que sus acciones son coordinadas en el plano de conjunto de la organización. Según Marx, la definición de Ure confunde el discurso sobre la organización del proceso de trabajo con el discurso sociológico sobre la cooperación, y esta confusión deriva de la falta de distinción entre las nociones de dirección y regulación social por un lado y de dirección autoritaria y código autoritario por

otro. Esta precisión permite a Marx dividir la definición de Ure en dos definiciones distintas, manteniendo de tal modo esa distinción conceptual. Marx, en efecto, afirma que Ure describe la fábrica "de una parte, como la «cooperación de diversas clases de obreros, adultos y no adultos, que vigilan con destreza y celo un sistema de maquinaria productiva, accionado ininterrumpidamente por una fuerza central (el motor primario)», y de otra parte, como «un gigantesco autómeta, formado por innumerables órganos mecánicos, dotados de conciencia propia, que actúan de mutuo acuerdo y sin interrupción para producir el mismo objeto, hallándose supeditados todos ellos a una fuerza motriz, que se mueve por su propio impulso»" <sup>77</sup>. La presencia del concepto de subordinación en la segunda definición muestra que Marx estableció la distinción interpretando aquel concepto con referencia a su noción de dirección autoritaria. La interpretación marxiana del concepto de subordinación, en un significado que no existe en la definición de Ure, aclara su importancia para el análisis de la fábrica capitalista, y constituye una prueba explícita de la existencia de dos direcciones de búsqueda: el análisis de la organización del proceso de trabajo en sus aspectos técnicos y sociales, y el estudio de las formas capitalistas de cooperación en los lugares de trabajo. Refiriéndose a las dos definiciones, Marx dice, en efecto: "La primera definición es aplicable a todo empleo de maquinaria en gran escala; la segunda caracteriza su empleo capitalista, y, por tanto, el sistema fabril moderno" <sup>78</sup>.

Los conceptos de subordinación y de uso capitalista de las máquinas permiten a Marx expresar la enajenación del trabajo como subordinación del obrero a las decisiones que presiden el uso de las máquinas. Esta nueva formulación de la enajenación del trabajo requiere la elaboración del concepto de código de fábrica dentro de la conexión entre la organización y las relaciones sociales de la cooperación. El término código de fábrica, que Ure había usado para indicar simplemente el conjunto de las reglas que garantizan la coordinación del sistema automático había sido recuperado por Engels en el mismo significado en que lo usa Marx. El estudio de los reglamentos de algunas fábricas había llevado a Engels a distinguir la coordinación de las operaciones de la relación que subsiste entre las normas y la dirección autoritaria, mientras que el modo en que las normas son formuladas y hechas valer le había permitido afirmar que "el industrial es el legislador absoluto. Crea el reglamento de fábrica, como le plazca; cambia y hace agregados cuando

quiere" <sup>79</sup>. Establecidas las condiciones en las cuales el problema de la coordinación encuentra la solución en el código despótico, Engels podía entonces distinguir la función organizativa de las normas de su función autoritaria <sup>80</sup>. A su vez Marx expresa las dos funciones de las normas mediante los conceptos de regulación social y de código autoritario. Un aspecto fundamental que diferencia la manufactura de la fábrica es el modo distinto en que se plantea el problema de la coordinación. Desde el punto de vista de la integración de las fases de trabajo la solución de este problema es suministrada por las leyes que regulan la continuidad del ciclo de trabajo y la coordinación se configura como uso capitalista de las máquinas. La enajenación del trabajo significa entonces que el proceso de trabajo es organizado en función de un uso sobre cuyas predeterminaciones el obrero no tiene ningún poder de decisión <sup>81</sup>. Desde el punto de vista de los comportamientos laborales la solución está dada por la regulación social que se presenta como código autoritario porque los obreros no participan de las decisiones que presiden el proceso de trabajo. La racionalidad de la regulación social se convierte ahora en la racionalidad de las técnicas para controlar un comportamiento necesariamente conflictual y para constreñir a los obreros a cooperar con fines extraños. Por código autoritario se debe entender por consiguiente aquella reglamentación social cuyas normas son formuladas por el capitalista y que constituyen el instrumento organizativo de su poder sobre el obrero. Tal código es autoritario porque es hecho valer de manera coercitiva. "El código fabril en que el capital formula, como legislador privado y arbitrariamente, el poder autocrático sobre sus obreros, sin tener en cuenta ese régimen de división de los poderes que tanto gusta a la burguesía... es simplemente la caricatura capitalista de la reglamentación social del proceso de trabajo" <sup>82</sup>. Los términos *legislador privado, arbitrariamente y poder autocrático* —que recuerdan el lenguaje de Engels— indican la tendencia de los capitalistas a reivindicar una libertad y un poder incondicionados, y a excluir cualquier tipo de control de parte de los obreros. Además, el código autoritario es una caricatura capitalista de la reglamentación social, es decir, una interpretación más o menos conscientemente deformada de la función organizativa de las normas. Esta deformación consiste en hacer pasar el código autoritario por una simple reglamentación social, atribuyendo así a razones técnicas inherentes al proceso de trabajo las normas que dependen del proceso de valorización del capital.

La enajenación del trabajo como subordinación del obrero al código autoritario puede ser formulada en otros términos, diciendo que la condición del trabajo *usa al obrero* <sup>83</sup>. La fábrica se distingue de la manufactura por el hecho de que la subordinación del obrero se convierte en evidente técnicamente, en cuanto el área de trabajo ha sido transferida a la máquina con la pérdida consiguiente del control del obrero sobre las operaciones particulares. "En la manufactura y en la industria manual, el obrero se sirve de la herramienta: en la fábrica, sirve a la máquina. Allí, los movimientos del instrumento de trabajo parten de él; aquí, es él quien tiene que seguir sus movimientos. En la manufactura los obreros son otros tantos miembros de un mecanismo vivo. En la fábrica, existe por encima de ellos un mecanismo muerto, al que se les incorpora como apéndices vivos" <sup>84</sup>. El vaciamiento del área de trabajo y la pérdida de control sobre las operaciones son fenómenos vinculados a la mecanización del trabajo y no explican todavía la subordinación del obrero al proceso de trabajo capitalista. Como resulta ya del análisis de la manufactura, no es suficiente la referencia a las operaciones para definir la enajenación: tanto la restricción del área de trabajo artesanal como el vaciamiento de las funciones en la fábrica pueden ser explicadas exclusivamente con referencia a la conexión entre la base técnica y la organización del trabajo. Por otra parte, esta conexión permite aislar un campo dentro del cual definir una forma particular de enajenación. Sólo a partir de la determinación de la enajenación en una organización particular es posible de inmediato otorgar un significado social al área de trabajo y afirmar que la absorción de las funciones en la máquina equivale a una subordinación mayor del obrero a la autoridad despótica. Resulta claro entonces que el fundamento de la enajenación consiste en la fábrica capitalista no ya en el vaciamiento de las funciones —como en la manufactura no consistía en su especialización unilateral— sino en una concentración mayor de las decisiones en la dirección. "En la gran industria... se consume... el divorcio entre *potencias espirituales* del proceso de producción y el trabajo manual, con la transformación de aquellas en *resortes del capital sobre el trabajo*. La pericia detallista del obrero mecánico individual, sin alma, desaparece como un detalle diminuto y secundario ante la ciencia, ante las gigantescas fuerzas naturales y el trabajo social de masa que tienen su expresión en el sistema de la maquinaria y forman con él el poder del «patrono». "Esa figura independiente y enajenada



[*verselbständigte und entfremdete Gestalt*] que el modo de producción capitalista confiere en general a las condiciones de trabajo y al producto del trabajo con respecto al obrero, se convierte así con las máquinas en un *antagonismo* completo<sup>85</sup>. Esta escisión de las potencias intelectuales del obrero expresa, en otras palabras, aquella división del trabajo intelectual y del trabajo manual que en la *Ideología alemana* Marx había vinculado estrechamente a la enajenación. La gran industria lleva al grado máximo esta escisión, empleando a la ciencia en el proceso de trabajo y enajenándola del obrero. "La ciencia, que constriñe a los órganos inanimados de la máquina a obrar por medio de su construcción adecuada como un autómeta, no existe en la conciencia del obrero, pero actúa sobre él a través de la máquina, como una potencia extraña [*entfremdete Macht*], como potencia de la propia máquina"<sup>86</sup>.

Desde un punto de vista técnico, el nivelamiento de las funciones producido por la introducción de las máquinas permitiría inferir un elevado grado de movilidad horizontal en el interior de la fábrica. El hecho de que esto no ocurra prueba de que no es suficiente tomar al contenido del área de trabajo como único punto de referencia a la enajenación. Sólo introduciendo conceptos tales como dirección autoritaria y objetivo capitalista se puede comprender que, contrariamente a las posibilidades de variación del trabajo ofrecidas por el sistema automática, en la asignación permanente del obrero a una misma máquina "se consuma su supeditación impotente a la unidad que forma la fábrica. Y, por tanto, al capitalista"<sup>87</sup>. Ure había sostenido, que con la caída del "dogma de la división del trabajo" no era ya necesaria la asignación permanente a una misma función, y que por tanto el sistema de fábrica realizaba una efectiva variación de los trabajos en provecho de las condiciones físicas y morales del obrero. Según Marx este diagnóstico es la falsificación de la realidad de la fábrica capitalista que reproduce la división del trabajo, reduciendo al obrero al acceso de una máquina. Además, en los raros casos en los que se verifica una movilidad, los desplazamientos de los obreros de un puesto a otro ocurren siempre por disposición de la dirección autoritaria.

Marx aplica coherentemente la conexión establecida en los *Manuscritos* entre la enajenación de la actividad y la enajenación del hombre; el significado de valor del trabajo es así reconducido al análisis de las estructuras sociales de la cooperación, la cual a su

vez permite imputar la pérdida de significado del trabajo a hechos sociales verificables empíricamente.

Como la consideración exclusiva del área de trabajo no suministra criterios para individualizar la enajenación, así la consideración de las máquinas permite solamente establecer que ellas son susceptibles de usos alternativos: pueden tender al alivio de la fatiga, al acortamiento de la jornada de trabajo, a un mayor control de la naturaleza, al aumento de la productividad, etc.; o bien pueden tener como función la de acrecentar la constricción del obrero a vender su fuerza de trabajo volviéndolo más disponible. Cuando las máquinas se convirtieron en el instrumento de producción predominante de la sociedad capitalista, la posibilidad de que la fuerza de trabajo del obrero sea gastada no puede ya prescindir de ella y cualquier habilidad artesanal se convierte en fuerza de trabajo invendible. En la manufactura, el obrero parcial, aun siendo obligado a entrar en el taller capitalista, estaba todavía en posesión de un residuo de habilidad artesanal y por tanto de una independencia relativa; en la fábrica el obrero ha perdido por completo su autonomía. "El medio de trabajo da la independencia al obrero, lo transforma en propietario. La máquina —en cuanto capital fijo— priva al obrero de su independencia, hace de él una cosa poseída"<sup>88</sup>. El concepto de disponibilidad está vinculado estrechamente a la subordinación del obrero en la fábrica, y en particular puede constituir un índice del grado de constricción a la que está sometido el obrero en la venta de la fuerza de trabajo. Sobre la base de este criterio se puede entonces establecer que en la manufactura el obrero está sujeto a una constricción menor que en la gran industria.

Si por un lado la enajenación como subordinación a la autoridad del capitalista permite reagrupar bajo una única clase a fases históricas distintas caracterizadas por un distinto grado de desarrollo de las fuerzas productivas, por el otro permite dar cuenta de ciertos cambios de la situación obrera en el pasaje de una fase a la otra de la organización capitalista del trabajo. Desde el punto de vista del comportamiento obrero, el pasaje de la manufactura a la fábrica elimina las condiciones de resistencia del obrero manufacturero y la forma de insubordinación que estaba vinculada a su autonomía relativa. Ure había mostrado que el comportamiento de resistencia dependía de la división del trabajo y que las máquinas, sustituyendo el trabajo especializado, permitía integrar al obrero al sistema de

fábrica. Marx adopta este análisis, pero rechaza sus conclusiones. Precisamente porque las máquinas, al eliminar todo residuo de autonomía, eliminan al mismo tiempo la resistencia del obrero, éste pierde toda posibilidad de reclamar las garantías que el trabajo artesanal aún podía ofrecerle en la manufactura. La desaparición de las instituciones y el abandono de los valores que alimentaban la insubordinación en la forma de la defensa de las prerrogativas artesanales, orienta entonces el conflicto de manera distinta. La insubordinación del obrero parcial a la división del trabajo se transforma —con el sistema de fábrica— en la insubordinación del uso capitalista de las máquinas.

## 7. ENAJENACION Y DIALECTICA EN LA HISTORIA DE LA INDUSTRIA CAPITALISTA

Con la cuarta sección, la interpretación de las relaciones sociales enajenadas es colocada en un campo rigurosamente delimitado y definido por la conexión entre la organización del trabajo y las estructuras sociales de la cooperación. Marx ha elaborado un conjunto de conceptos con los cuales articuló el análisis de las formas de cooperación y procedió a una interpretación de estas formas dentro del horizonte categorial de la enajenación. En ese campo se mueve su investigación a partir de los escritos juveniles de 1843-44 hasta *El capital*. Pero a medida que el campo de intereses encerrado *in nuce* en los trabajos juveniles se concretiza en el esbozo de investigaciones socio-económicas, la noción de enajenación —aunque permaneció inmutable en su estructura conceptual— es reformulada en un lenguaje distinto y se enriquece con nuevas articulaciones adecuadas a su nuevo empleo. La elaboración del concepto de plusvalía conducía a Marx a poner en primer plano la investigación sobre las técnicas de racionalización del trabajo y de control del comportamiento obrero, que permiten la reacción del fin de la producción capitalista y que garantizan la estabilidad de la cooperación. Desde este punto de vista la cooperación simple, la manufactura y la fábrica eran consideradas como tres tipos de organización capitalista del trabajo dentro de las cuales la enajenación podía ser estudiada en sus formas particulares. En la cooperación simple la función de trabajo mantiene sin variaciones su estructura artesanal y el obrero puede variar su trabajo dentro de un área de trabajo relativamente amplia. Sin embargo, él ha

perdido su propia autonomía como productor independiente, al colocarse bajo la dependencia del capitalista. En la manufactura el trabajo tiene todavía un contenido y está adaptado al obrero que usa el instrumento, pero ahora de modo exclusivo y en una área de trabajo restringida. En la fábrica viene a faltar la base técnica artesanal, el instrumento es incorporado en la máquina y el obrero es asignado permanentemente a la vigilancia de una misma máquina. Cuando la operación ha sido vaciada de contenido, están dadas las condiciones de la movilidad entre las esferas de la producción con el nivelamiento y la variación de los trabajos, que la división del trabajo excluía y que la cooperación simple había realizado de manera limitada en el trabajo artesanal. Sin embargo, ni la asignación exclusiva de la función ni su nivelación y la eventual movilidad del trabajo permiten realizar la libre actividad productiva. En la manufactura el trabajo tiene un contenido, aunque restringido, pero cristalizado en una función exclusiva; en la fábrica la función se ha vuelto fluida, es decir, el hombre puede pasar de un trabajo a otro, pero ella está privada de contenido y la variación del trabajo ocurre siempre bajo las condiciones impuestas por el capitalista. En la manufactura la estabilidad relativa de la ocupación tiene como contrapartida la reducción del área de trabajo y la asignación permanente de la función, con todas las consecuencias negativas que ellos comportan. En la fábrica se reduce la estabilidad con la reducción del contenido del trabajo. Esto significa que la enajenación se agudiza en el pasaje de la estabilidad-contenido del trabajo a la precariedad-vaciamiento de la función; pero este concepto, que se ha venido definiendo con referencia al área de trabajo y al significado de valor del trabajo, presupone la pérdida progresiva del control del trabajador sobre la propia actividad productiva. “Cuando el proceso de trabajo es puramente individual, se concentran en un solo obrero todas las funciones que más tarde se disocian. Este obrero se vigila a sí mismo en la apropiación individual de los objetos que le ofrece la naturaleza para los fines de su vida. Más tarde, es vigilado en esta actividad. El individuo no puede actuar sobre la naturaleza sin poner en acción sus músculos bajo la vigilancia de su propio cerebro. Y, así como en el sistema fisiológico colaboran y se complementan la cabeza y el brazo, en el proceso de trabajo se aúnan el trabajo mental y el trabajo manual. Más tarde, estos dos factores se divorcian hasta enfrentarse como factores antagónicos y hostiles<sup>89</sup>. La historia de las relaciones enajenadas en la sociedad capitalista se configura como un proceso necesario que tiende —a

través de las fases de la cooperación simple, de la manufactura y de la fábrica— a una agudización progresiva de la escisión entre el trabajo manual y la función directiva, y a la consiguiente pérdida progresiva del valor del trabajo. “Este proceso de disociación comienza con la cooperación simple, donde el capitalista representa frente a los obreros individuales la unidad y la voluntad del cuerpo social del trabajo. El proceso sigue avanzando en la manufactura que mutila al obrero, al convertirlo en obrero parcial. Y se remata en la gran industria, donde la ciencia es separada del trabajo como potencia independiente de producción y aherrojada al servicio del capital”<sup>90</sup>. A este proceso de disociación y de pérdida del control sobre el trabajo corresponde el proceso de desarrollo de las fuerzas productivas y de la socialización del trabajo. Si la reunión de los obreros en un mismo lugar, la división del trabajo y la mecanización son los tres principios organizativos que realizan progresivamente una mayor racionalización y un aumento creciente de las fuerzas productivas, los criterios de coordinación vinculados a cada una de estas técnicas establecen el grado de socialización del trabajo relativo a cada una de las tres fases. Cuando la socialización no es considerada exclusivamente desde el punto de vista de la coordinación y de la integración de las fases del proceso de trabajo, sino que es considerada con referencia a la cooperación capitalista, entonces el proceso de socialización se convierte en proceso de creciente enajenación de la socialización. “Por tanto, si el régimen capitalista de producción se nos presenta, de una parte, como una necesidad histórica para la transformación del proceso de trabajo en un proceso social, de otra parte esta forma social del proceso de trabajo aparece como un método empleado por el capital para explotarlo con más provecho, intensificando su fuerza productiva”<sup>91</sup>. En el período de la gran industria se verifican las condiciones del antagonismo completo entre las fuerzas productivas llegadas al máximo desarrollo y los obreros que son enajenados de ella. La conexión conceptual de enajenación y reapropiación establecida en los *Manuscritos* y en *La ideología alemana* se representa con precisión en esta sección de *El capital* como contradicción absoluta entre la posibilidad de variación de los trabajos que permite a la cooperación en su conjunto asumir la dirección del proceso de trabajo y la división entre la función directiva y la función ejecutiva que subordina el obrero a la autoridad despótica. “El carácter de la gran industria lleva, por tanto, aparejados constantes cambios de trabajo, desplazamientos de función, una completa movilidad del obrero. De

otra parte, reproduce en su forma capitalista la vieja división del trabajo, con sus particularidades fosilizadas... Tal es el aspecto negativo del fenómeno. Pero si al presente los cambios del trabajo sólo se imponen como una ley natural arrolladora y con la ciega eficacia destructora propia de una ley natural que choca en todas partes con barreras, la gran industria, a vuelta de sus catástrofes, erige en cuestión de vida o muerte la diversidad y el cambio en los trabajos, obligando, por tanto, a reconocer como ley general de la producción social y a adaptar a las circunstancias su normal realización, la mayor multiplicidad posible de los obreros. Convierten en cuestión de vida o muerte el sustituir esa monstruosidad que supone una mísera población obrera disponible, mantenida en reserva para las variables necesidades de explotación del capital por la disponibilidad absoluta del hombre para las variables exigencias del trabajo; el sustituir al individuo parcial, simple instrumento de una función social de detalle, por el individuo desarrollado en su totalidad, para quien las diversas funciones sociales no son más que otras tantas manifestaciones de actividad que se turnan y revelan”<sup>92</sup>.

En *La ideología alemana* las condiciones del individuo totalmente desarrollado habían sido ubicadas en la posibilidad de variación incondicionada de las actividades; pero ya en la *Miseria de la filosofía* Marx, haciendo suya la hipótesis de Ure sobre la igualación y sobre la movilidad de las funciones de trabajo, había considerado a la gran industria como la situación en la que, desapareciendo la explotación capitalista, el hombre habría podido por un lado desvincularse de los límites del trabajo artesanal y del otro emanciparse de la división capitalista del trabajo<sup>93</sup>. Esta doble liberación hace posible una dirección social de la cooperación y abre al hombre todas las posibilidades inherentes a su ser. A esta altura, “en la cooperación planificada con los otros obreros, se despoja de sus límites individuales y desarrolla las facultades de su especie [Gattungsvermögen]”<sup>94</sup>.

Como en el caso de la enajenación, también el concepto de reapropiación se ha soldado en *El capital* con el análisis empírico de las estructuras de la cooperación.

## 8. CONCLUSION

Uno de los resultados alcanzados por los científicos sociales en el

estudio de la fábrica y de su contexto social es el reconocimiento de que en el proceso de trabajo el hombre es un apéndice de la máquina. Esta expresión no tiene solamente un significado moralista, sino una precisa referencia factual. Una prueba de ello lo constituye el presupuesto y el criterio operativo de las investigaciones de Babbage y de Ure, tendientes a elaborar las reglas que permiten maximizar la productividad. Este es en efecto el propósito que se fijan tanto los economistas de los siglos XVII y XVIII en sus observaciones frecuentemente esporádicas sobre la conexión entre división del trabajo y productividad, como los estudiosos de la manufactura y de la fábrica automática que adoptan dicha conexión como objeto de investigación específica.

Babbage y Ure, que representan la expresión más sistemática y más consciente de estas orientaciones de investigación, partiendo del análisis de la integración del hombre y del proceso de trabajo, restringen la consideración del elemento humano a aquellas características que vuelven a entrar como variables en la ejecución de los fines productivos. El estudio de los tiempos y de los métodos de ejecución versa sobre la descripción de aquellas características del organismo humano que son pasibles de análisis cuantitativo en términos de velocidad, frecuencia y fatiga. Desde este punto de vista el análisis del hombre tiene como modelo la descripción de una máquina relativamente simple apta para cumplir una tarea igualmente simple. El resultado de este análisis conduce a la especificación de un programa detallado de comportamiento perfectamente integrable en el proceso productivo. Los tipos de operaciones laborales que son objeto de atención particular son aquellas repetitivas que requieren en medida tendiente a cero la intervención humana. Si para Babbage el problema consiste en reducir a dos las alternativas de intervención (fatiga y habilidad), para Ure aquellas alternativas desaparecen aunque permanezcan problemas temporarios de adaptación circunscriptos al período de asentamiento del factory system.

El modelo de organización que se puede derivar de Babbage, pero sobre todo de Ure, es un sistema altamente integrado constituido por dos sub-sistemas —hombre y proceso de trabajo— el uno perfectamente homólogo del otro. El comportamiento de cada elemento de los sub-sistemas es previsible respectivamente mediante un conjunto de reglas (el código de fábrica) y mediante la ciencia tecnológica. Desde el punto de vista del elemento humano, la integración se configura como subordinación de los obreros a una dirección centralizada que

—para usar las palabras de Ure— es la función específica del capital. Es este el cuadro de la fábrica capitalista que Marx recupera en la Sección Cuarta del Libro I de El capital. El rol que Ure había asignado a las fuerzas productivas de la tecnología como fuerza propulsora del desarrollo industrial y al mismo tiempo el análisis que había hecho de las consecuencias de la mecanización —la completa subordinación del obrero al proceso de trabajo y las hipótesis de la equiparación de las funciones y de la movilidad horizontal a ella vinculada— les sirvieron de confirmación y de documentación de las hipótesis más generales sobre las transformaciones internas al capitalismo y sobre su superación.

Marx, sin embargo, no se limitó a adoptar este modelo de la fábrica capitalista, sino que elaboró específicamente un conjunto de conceptos generales para el estudio de los lugares de trabajo y conexiones explicativas generalizadas que permiten comprender las transformaciones organizativas. El concepto de cooperación, en efecto, es uno de los resultados más importantes porque constituye un instrumento válido para el estudio de la estructura horizontal de la organización productiva. En particular, mediante este concepto Marx logró llevar adelante un discurso generalizado sobre las características comunes a todas las organizaciones productivas que habían sido objeto de consideración parcial por los tecnólogos y economistas. En segundo lugar, mediante el concepto de cooperación y los conceptos emparentados de trabajo combinado y obrero colectivo, Marx ha considerado la organización en su conjunto como una totalidad de estructuras integradas orientadas hacia la realización de un objetivo común. Pero el resultado quizá más importante consistió en la inserción de la dimensión vertical de la organización a través de los conceptos de conexión de las partes y de objetivo. Dicha inserción es expresada mediante el concepto de función directiva que garantiza la compatibilidad de las partes del sistema y la realización del objetivo. Con la intervención de los instrumentos conceptuales de la enajenación, Marx pudo mostrar que el uso del concepto de cooperación no excluye la posibilidad del conflicto en el interior de las estructuras. En determinadas situaciones y bajo ciertas condiciones la función directiva debe transformarse necesariamente en despotismo, y por lo tanto, no siempre la conexión de las partes, es decir, la organización del trabajo, garantiza una cooperación ausente de conflictos.

Estas consideraciones nos introducen a un nuevo orden de problemas. Se trata de establecer un posible nexo conceptual entre el

análisis marxiano de las fases históricas de la industria, tal como hemos venido exponiendo hasta aquí, y los conceptos de enajenación y de reapropiación que definen el otro ámbito de la sociología marxiana. Aquí nos limitamos a discutir brevemente la función asignada por Marx a las máquinas en el marco general del desarrollo de las fuerzas productivas, en conexión con la hipótesis de Ure sobre las funciones laborales. En sustancia, se puede afirmar que en la fábrica Marx sobrestima la función de la máquina y es llevado por lo tanto a ver todos los otros fenómenos sólo a la luz de aquélla. La máquina, como contrapuesta a la herramienta artesanal, es un mecanismo pasible de un proceso indefinido que paso a paso conduce a la restricción del área de trabajo del obrero y como límite, a vaciar de contenido ese trabajo. Desde este punto de vista las operaciones manuales propiamente dichas no son sino residuos pasibles de mecanización cuando se produzcan nuevas modificaciones tecnológicas y, como residuos, no tienen importancia para el estudio de la organización de la fábrica. Se puede entonces afirmar que Marx, en el análisis de las funciones laborales, se detuvo más en los aspectos superados por las máquinas que en los fenómenos nuevos que ésta produjo. Esta orientación del análisis muestra cómo Marx no se preocupó por elaborar nuevos conceptos adecuados para estudiar una situación radicalmente distinta de la de la manufactura. Esto puede en parte ser justificado sobre la base de una tendencia efectiva de la gran industria hasta fines de siglo a sustituir una cantidad cada vez mayor de operaciones artesanales con las máquinas y a descalificar e igualar progresivamente las funciones de trabajo. Además, la revolución industrial —hasta más allá de la primera mitad del siglo pasado— planteaba al teórico y al político una serie de problemas extremadamente urgentes, conectados a la descalificación del trabajo, tales como la duración de la jornada de trabajo, el trabajo femenino e infantil, la desocupación tecnológica, el pauperismo. El mismo lugar de trabajo imponía la solución de problemas tales como los infortunios, las condiciones higiénicas y sobre todo la descalificación del trabajo, más que una nueva recalificación y reestructuraciones de las tareas. Sin embargo, con referencia a los presupuestos conceptuales del análisis de las funciones de trabajo, se puede formular la hipótesis de que las condiciones mínimas del proceso de trabajo establecidas por Marx en *El capital* fueron elaboradas a partir de un modelo cuyas referencias empíricas estaban constituidas por las características del trabajo artesanal. En consecuencia, el análisis de la fábrica se restringe al análisis de las operaciones manua-

les y esta restricción pone de manifiesto sus límites cuando la unidad de análisis no es más la operación manual.

Por otra parte es interesante observar que el análisis de la organización manufacturera del trabajo gira alrededor de dos puntos claves: 1) el tipo de racionalidad que la manufactura logra realizar; 2) los límites impuestos a esa racionalidad por la naturaleza de la operación. La racionalidad de la organización manufacturera reside esencialmente en la aplicación del análisis y de la síntesis al proceso del trabajo, o sea en la aplicación del método científico. Ahora bien, el límite de fondo de la manufactura consiste precisamente en la imposibilidad de extender indefinidamente por un lado el procedimiento analítico, por el otro el procedimiento sintético. El primero se detiene cuando encuentra los elementos subjetivos (manuales) de la operación y no llega por lo tanto a los elementos simples; el segundo se detiene cuando encuentra al obrero parcial (el artesano) y cuando no integra perfectamente el ciclo de trabajo. Estos límites explican por qué la manufactura no está en condiciones de realizar acabadamente el modelo organicista de organización. En el organismo todas las funciones son altamente integradas y el pasaje de una a la otra ocurre sin solución de continuidad. Naturalmente, los mismos límites aparecen en el plano de la socialización.

Frente a la organización manufacturera el sistema de fábrica constituye un progreso decisivo y, desde cierto punto de vista, definitivo. Sólo con el trabajo mecanizado la organización alcanza su grado más elevado de racionalidad, porque el método científico no encuentra más obstáculos de principio. Las máquinas, en efecto, son los únicos instrumentos del trabajo que otorgan continuidad al ciclo de trabajo y permiten por lo tanto realizar las características del modelo organicista. En segundo lugar, ellas superan para siempre los límites socio-organizativos: mediante ellas la socialización alcanza su grado máximo de integración. El comunismo, desde este punto de vista, no introduce innovaciones, porque la misma variación del trabajo es un principio ya adquirido de la tecnología capitalista. Finalmente, la máquina, absorbiendo en sí todas las operaciones manuales y artesanales, reserva al hombre sólo una actividad directiva, inventiva y en todas partes puramente intelectual. Eliminada la división manufacturera del trabajo, las operaciones intelectuales se convierten en funciones de la dirección, vale decir, funciones del cuerpo de trabajo social.

Si como sostiene Marx el progreso de las fuerzas productivas constituye la forma en la que de hecho el ser del hombre se realiza

cada vez en forma más completa, las máquinas deberán de algún modo desempeñar un papel determinante. Marx, en efecto, ve en el trabajo mecanizado la superación de todos los límites naturales y sociales que todavía obstaculizan la acción humana. Las máquinas permiten organizar de manera completa y definitiva el proceso de trabajo sobre bases científicas y de modo tal de excluir una separación rígida entre trabajo manual y trabajo intelectual, abriendo así el camino para la auto-regulación de la cooperación. La conexión entre el desarrollo tecnológico y el progreso de las fuerzas productivas condujo a Marx a asignar un valor positivo y garantizado a tal desarrollo y a ver en el comunismo la única forma de cooperación que podía llevar a sus consecuencias extremas el trabajo mecanizado. Si para Ure y para Schulz las máquinas podían aparecer como una victoria del hombre sobre la naturaleza, para Marx ellas constituyen una de las condiciones para eliminar los obstáculos que se interponen al despliegue libre y total de la actividad humana.

RANIERO PANZIERI

## SOBRE EL USO CAPITALISTA DE LAS MAQUINAS

Según Marx la cooperación simple se presenta históricamente al comienzo del proceso de desarrollo del modo de producción capitalista. Pero esta *figura simple* de la cooperación es sólo una *forma particular* de la cooperación en cuanto *forma fundamental* de la producción capitalista<sup>1</sup>. "La forma capitalista presupone desde el comienzo el obrero asalariado libre que vende al capital su fuerza de trabajo". Pero el obrero, en cuanto propietario y vendedor de su fuerza de trabajo, entra en relación con el capital solamente como *individuo*. La cooperación, la relación recíproca entre los obreros "comienza en el proceso de trabajo, es decir, cuando ya han dejado de pertenecerse a sí mismos. Al entrar en el proceso de trabajo son absorbidos por el capital. Como obreros que cooperan a un resultado, como miembros de un organismo trabajador, no son más que una modalidad especial de existencia del capital para el que trabajan. Por consiguiente, la fuerza productiva desarrollada por el obrero como *obrero social* es *fuerza productiva del capital*. Esta *fuerza productiva social* del trabajo se desarrolla gratuitamente tan pronto como los obreros se ven sujetos a determinadas condiciones a que el capital los somete. Y como la *fuerza productiva social del trabajo* no le cuesta nada al capital, ya que, además, el obrero no la desarrolla *antes* de que su trabajo pertenezca al capitalista, parece a primera vista como si esa fuerza fuese una fuerza productiva inherente por *naturaleza* al capital, la fuerza productiva innata a éste"<sup>2</sup>.

El proceso productivo capitalista se desarrolla en sus distintos estadios históricos como proceso de desarrollo de la división del trabajo, y el lugar fundamental de este proceso es la fábrica: las "potencias espirituales de la producción amplían su escala sobre un aspecto a costa de inhibirse en los demás. Lo que los obreros parciales pierden, se *concentra*, enfrentándose con ellos, en el capital. Es el resultado de la división manufacturera del trabajo el erigir frente a ellos, como *propiedad ajena* y *poder dominador*, las *potencias espirituales* del proceso material de producción. Este *proceso de disociación* comienza con la cooperación simple, donde el capitalista representa frente a los obreros individuales la unidad y la voluntad

del cuerpo social del trabajo. El proceso sigue avanzando en la manufactura, que mutila al obrero, al convertirlo en obrero parcial. Y se remata en la gran industria, donde la *ciencia* es separada del trabajo como potencia independiente de producción y aherrojada al servicio<sup>3</sup>.

El desarrollo de la tecnología se produce totalmente en el interior de este proceso capitalista. Aun cuando el trabajo está parcializado, la manufactura se basa todavía en la habilidad artesanal, y "el mecanismo total que en ella funciona no posee un esqueleto *objetivo* independiente de los propios obreros, el capital tiene que luchar constantemente con la insubordinación de los asalariados"<sup>4</sup>. La manufactura tiene, por tanto, una *base técnica estrecha*, que entra en contradicción "con las necesidades de la producción que ella misma había creado".

La introducción de las máquinas en vasta escala señala el pasaje de la manufactura a la gran industria. Este pasaje se presenta por un lado como superación de "la base técnica en que se apoyaba la anexión de por vida del obrero a una función parcial. Segundo, derribar los diques que este mismo principio oponía al imperio del capital"<sup>5</sup>.

La tecnología incorporada al sistema capitalista destruye "el viejo sistema de división del trabajo", pero al mismo tiempo lo consolida "sistemáticamente", como un medio de explotación de la fuerza de trabajo y bajo una forma todavía más repelente. La especialidad de manejar de por vida una herramienta parcial se convierte en la especialidad vitalicia de servir una máquina parcial. La maquinaria se *utiliza abusivamente* para convertir al propio obrero, desde la infancia, en parte de una máquina parcial. De este modo, no sólo se disminuyen considerablemente los gastos necesarios para su propia reproducción, sino que, además, se consuma su supeditación impotente a la unidad que forma la fábrica. Y, por tanto, al capitalista"<sup>6</sup>.

El proceso tecnológico mismo se presenta, por consiguiente, como modo de existencia del capital, como su desarrollo. "Hasta las medidas que tienden a facilitar el trabajo se convierten en medio de tortura, pues la máquina no libra al obrero del trabajo, sino que priva a éste de su contenido. Nota común a toda producción capitalista, considerada no sólo como *proceso de trabajo*, sino también como *proceso de explotación* de capital, es que, lejos de ser el obrero quien maneja las condiciones de trabajo, son éstas las que le

manejan a él; pero esta inversión no cobra realidad *técnicamente tangible* hasta la era de la maquinaria. Al convertirse en una máquina automática, el instrumento de trabajo se enfrenta *como capital*, durante el proceso de trabajo, con el propio obrero; se alza frente a él como trabajo muerto que domina y absorbe la fuerza de trabajo viva"<sup>7</sup>.

La fábrica automática establece *potencialmente* el dominio de parte de los productores asociados sobre el proceso de trabajo. Pero en la aplicación capitalista de la maquinaria, en el moderno sistema de fábrica "el autómeta es el sujeto y los obreros simples son órganos conscientes *equiparados* a los órganos inconscientes de aquél y *supeditados* con ellos a la fuerza motriz central"<sup>8</sup>.

En consecuencia, se puede establecer, entre otras cosas: 1) que el uso capitalista de las máquinas no es, por así decirlo, la simple distorsión o desviación de un desarrollo "objetivo" en sí mismo racional, sino que dicho uso determina el desarrollo tecnológico; 2) que "la ciencia, las gigantescas fuerzas naturales y el trabajo social de masa... tienen su expresión en el sistema de la maquinaria y forman con él el poder del *"patrón"*". Por consiguiente, frente al obrero individual "vaciado", el desarrollo tecnológico se manifiesta como desarrollo del capitalismo: "como *capital* y en cuanto tal la máquina automática tiene conciencia y voluntad en el capitalista". En el cerebro del patrón "son conceptos inseparables la maquinaria y su *monopolio* sobre ella".

El proceso de industrialización, a medida que se adueña de estadios cada vez más avanzados de progreso tecnológico, coincide con el aumento incesante de la *autoridad* del capitalista. Con el crecimiento del volumen de los medios de producción, contrapuestos al obrero, crece la necesidad de un control absoluto de parte del capitalista.

"Desde un punto de vista ideal, la coordinación de sus trabajos se les presenta a los obreros como *plan*; prácticamente, como la *autoridad* del capitalista, como el poder de una voluntad ajena que somete su actividad a los fines perseguidos por aquélla"<sup>10</sup>. De allí que el desarrollo de la programación capitalista esté estrechamente vinculado al desarrollo del uso capitalista de las máquinas. Al desarrollo de la cooperación, del proceso de trabajo social, corresponde, en la dirección capitalista, el desarrollo del plan como *despotismo*. En la fábrica el capital afirma en forma creciente su poder "como legislador privado". Su despotismo se expresa en su planificación,

## LAS TRANSFORMACIONES TECNICAS Y ORGANIZATIVAS DEL CAPITALISMO Y LAS INTERPRETACIONES OBJETIVISTAS.

El análisis de Marx sobre la división del trabajo en el sistema de la gran industria bajo dirección capitalista se presenta como una metodología válida para refutar las distintas ideologías "objetivistas" que afloran en el terreno del progreso tecnológico (especialmente, en relación a la fase de la automatización). El desarrollo capitalista de la tecnología, a través de las diversas fases de racionalización y de formas cada vez más refinadas de integración, comporta un aumento creciente del control capitalista. El factor fundamental de este proceso es el creciente aumento del capital constante respecto del capital variable. En el capitalismo contemporáneo, como es sabido, la planificación capitalista se amplía desmesuradamente con el pasaje a formas monopolistas y oligopolistas, que implican la progresiva extensión de la planificación de la fábrica al mercado, al área social externa.

No existe ningún oculto factor "objetivo", ínsito en los aspectos de desarrollo tecnológico o de programación en la sociedad capitalista actual, que pueda garantizar la transformación "automática" o la inversión "necesaria" de las relaciones existentes. Las nuevas "bases técnicas", paulatinamente logradas en la producción constituyen para el capitalismo nuevas posibilidades de consolidación de su poder. Esto no significa, naturalmente, que no se acrecienten simultáneamente las posibilidades de subversión del sistema. Pero estas posibilidades coinciden con el valor totalmente eversivo que frente al "esqueleto objetivo" cada vez más rígido e independiente del mecanismo capitalista, tiende a asumir "la insubordinación obrera".

Las ideologías "objetivistas", "economistas" presentan, por tanto, obviamente, los aspectos más interesantes en torno a los problemas del desarrollo tecnológico y de la organización de la empresa. No nos referimos aquí, naturalmente, a las ideologías neocapitalistas, sino a posiciones expresadas en el interior del movimiento obrero y de su problemática teórica.

Contra las viejas cristalizaciones ideológicas en la acción sindical,

el proceso de renovación del sindicato de clase en estos años se desarrolla ante todo en torno al reconocimiento de las "nuevas realidades" del capitalismo contemporáneo. Pero la atención correctamente orientada a las modificaciones que acompañan la actual fase tecnológica y económica, en toda una serie de posiciones y elaboraciones, aparece deformada debido a una representación "pura", idealizada, despojada de las conexiones concretas con los elementos generales y determinantes (de poder) de la organización capitalista<sup>12</sup>. La racionalización, con su extrema parcelación del trabajo, su "vaciamiento" del trabajo obrero, es considerada como una fase de pasaje, "dolorosa" pero necesaria y transitoria al estadio que "recompone en sentido unitario los trabajos parcelarios". Se reconoce ambiguamente que la disminución de la aplicación del trabajo vivo en la producción y el aumento correspondiente del capital constante conducen a una ininterrumpida continuidad del ciclo; así como "crecen ulteriormente los lazos de interdependencia interna y externa: así como en el interior de una unidad productiva cada puesto de trabajo y cada trabajador no pueden ser considerados más que como partes de un conjunto orgánicamente entrelazado, así, hacia el exterior, cada unidad productiva y su comportamiento tiene muy estrechas ligazones de interdependencia con todo el cuerpo económico"<sup>13</sup>.

Aspectos característicos nuevos asumidos por la organización capitalista son convertidos así en estadios de desarrollo de una "racionalidad" objetiva. Así, por ejemplo, viene subrayada la función positiva, "racional" del MTM, en cuanto "a través de los tiempos el técnico se ve obligado a estudiar los métodos"! Y aún más: el enorme valor de ruptura que asume en la gran empresa moderna —"con una producción programada y realizada a flujo continuo"— la "no correspondencia de un obrero, de un grupo de obreros, a cuanto le viene exigido en base a las previsiones hechas en el programa de producción de la empresa"<sup>14</sup> es absolutamente silenciado para poner de relieve, en cambio, la exigencia (naturalmente "racional") "de la llamada relación 'moral' entre empresarios y trabajadores, que es condición y fin de las denominadas 'relaciones sociales', precisamente porque únicamente sobre su base se puede establecer la colaboración". En efecto, "a una producción integrada debe corresponder una integración del trabajador en la empresa, y esta integración debe ser voluntaria, por cuanto ninguna constricción o disciplina puede obtener la renuncia, de parte de los hombres, a la



libertad, por ej., de producir un día un poco de menos y otro día un poco de más". De modo que "las razones de la caída de este movimiento (de las 'relaciones humanas') podrán consistir en la absorción de la parte válida de su temática": los sindicatos deben intervenir "para romper dañosas formas de empresismo estrechamente ligadas a las 'relaciones humanas' mismas"! 15.

La *sustancia* de los procesos de integración viene así aceptada, reconociendo en ellos una necesidad intrínseca que derivaría fatalmente del carácter de la producción "moderna". Simplemente, se plantea la exigencia de corregir algunas "distorsiones" que el uso capitalista introduciría en estos procedimientos. La misma organización "funcional" de la producción es vista en este cuadro sólo bajo su forma tecnológicamente "sublimada", directamente como un salto más allá de la jerarquización propia de las fases precedentes de mecanización. Ni se sospecha siquiera que el capitalismo pueda servirse de las nuevas "bases técnicas" ofrecidas por el pasaje de los estadios precedentes al de la mecanización (y de la automatización), para perpetuar y consolidar la estructura *autoritaria* de la organización de la fábrica. En efecto, se representa todo el proceso de industrialización como dominado por la fatalidad "tecnológica" que conduce a la liberación "del hombre de las limitaciones impuestas por el ambiente y por las posibilidades físicas". La "racionalización administrativa", el enorme crecimiento de funciones de "organización hacia el exterior", son igualmente aceptadas en una forma "técnica", "pura": la relación entre estos desarrollos y los procesos y las contradicciones del capitalismo contemporáneo (su búsqueda de medios cada vez más complejos para realizar e imponer su planificación), o sea, la concreta realidad histórica en la que se encuentra inserto el movimiento obrero y en la que debe combatir, el moderno "uso capitalista" de las máquinas y de la organización—resultan completamente ignorados en pro de una representación tecnológico-idílica.

Particularmente graves son las deformaciones que se refieren al carácter de la prestación de trabajo en la fábrica moderna, derivadas de una consideración "objetiva" de las nuevas formas tecnológico-organizativas. Se tiende a reconocer la desaparición de la parcialización de las funciones y el establecimiento de nuevos oficios de carácter unitario, que serían calificados por la responsabilidad, capacidad de decisión, multiplicidad de preparación técnica<sup>16</sup>. El desa-

rollo de las técnicas y de las funciones conexas al *management* es aislado del contexto social concreto en que se produce, es decir, de la creciente centralización del poder capitalista, y considerado así como el soporte de nuevas categorías de trabajadores (los técnicos, los "intelectuales de la producción"), que aportarían "naturalmente", como reflejo directo de sus nuevas profesiones, la solución de las contradicciones "entre los caracteres y exigencias de las fuerzas productivas y las relaciones de producción"<sup>17</sup>. La contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción aparece aquí como "no correspondencia" técnica: "por ejemplo, en el caso que la búsqueda de la combinación mejor de determinados factores productivos obtenibles a través de métodos cada vez más válidos objetivamente, ellos (los trabajadores de nuevo tipo) se vean obligados a descartar las soluciones objetivamente más válidas para respetar los límites impuestos por los intereses privados". Y es verdad que, desde este punto de vista, ¡"la hoz y el martillo... pueden ser hoy un símbolo del trabajo humano sólo desde un punto de vista ideal"! 18. Todo ello, naturalmente, tiene un reflejo directo en la concepción de la lucha obrera, en la representación de los mismos protagonistas de esta lucha. La realidad de las luchas actuales indica una convergencia de los distintos "niveles" de trabajadores determinados por la organización actual de la gran fábrica hacia exigencias *gestionales*. Se comprende que éste es un proceso que adviene sobre la base de factores objetivos, representados precisamente por la diferente "colocación" de los trabajadores en el proceso productivo, por el tipo diferente de relaciones con la producción y con la organización, etc. Pero el elemento específico de este proceso de "recomposición unitaria" no puede aprehenderse si se descuida o se rechaza el nexo entre el elemento "tecnológico" y el organizativo-político (de poder) en el proceso productivo capitalista. El nivel de *clase* se expresa no como progreso sino como ruptura, no como "revelación" de la racionalidad oculta ínsita en el moderno proceso productivo sino como construcción de una racionalidad radicalmente nueva y contrapuesta a la racionalidad practicada por el capitalismo. Lo que caracteriza los procesos actuales de adquisición de conciencia de clase en los obreros de la gran fábrica "no (es) solamente la exigencia primaria de expansión de la personalidad en el trabajo, sino una exigencia motivada estructuralmente de controlar el poder político y económico de la empresa y a través de él, de la sociedad"<sup>19</sup>.

Es por ello que los factores arriba mencionados, de caracterización "objetiva" de los diferentes estratos de trabajadores en el proceso productivo tienen ciertamente un significado en la formación de una toma de conciencia "colectiva", de parte de los ejecutores, de las implicaciones políticas del hecho productivo. Pero estos factores se vinculan a la formación de una fuerza unitaria de ruptura que tienda a asumir en todos sus aspectos la actual realidad tecnológico-organizativo-propietaria de la fábrica capitalista.

#### INTEGRACION Y EQUILIBRIO DEL SISTEMA

Es obvio que la plena convalidación de los procesos de racionalización (considerados como conjunto de las técnicas productivas elaboradas en el ámbito del capitalismo) olvida que es precisamente el "despotismo" capitalista quien asume la forma de racionalidad tecnológica. En el uso capitalista, no sólo las máquinas, sino también los "métodos", las técnicas organizativas, etc. son incorporados al capital, se contraponen a los obreros como capital: como "racionalidad" extraña. La "planificación" capitalista presupone la planificación del trabajo vivo, y cuanto más ella se esfuerza en presentarse como un sistema cerrado, perfectamente racional, de reglas, tanto más ella es abstracta y parcial, pronta a ser utilizada en una organización solamente de tipo jerárquico. No es la "racionalidad" sino el control, no es la programación técnica sino el proyecto de poder de los productores asociados, quienes pueden asegurar una relación adecuada con los procesos tecno-económicos globales.

En efecto, en el ámbito de una consideración "técnica", pseudo-científica de los nuevos problemas y de las nuevas contradicciones que surgen en la empresa capitalista moderna, es posible encontrar soluciones cada vez más "avanzadas" de los nuevos desequilibrios sin afectar la sustancia de la alienación, y aún, garantizando el mantenimiento del equilibrio del sistema. Las ideologías sociológicas y organizativas del capitalismo contemporáneo presentan distintas fases, del taylorismo al fordismo hasta el desarrollo de las técnicas integradoras, *human engineering*, relaciones humanas, regulación de las comunicaciones, etc.<sup>20</sup> precisamente en la tentativa, siempre más compleja y refinada, de adecuar la planificación del trabajo vivo a los estadios sucesivamente alcanzados, a través del continuo acrecentamiento del capital constante, de las exigencias de programación

productiva<sup>21</sup>. En este cuadro, es evidente que tienden a asumir una importancia siempre mayor las técnicas de "información", destinadas a neutralizar la protesta obrera derivada inmediatamente del carácter "total" que asumen los procesos de alienación en la gran empresa racionalizada. Naturalmente, desde este punto de vista, el análisis concreto se encuentra frente a situaciones profundamente diversas entre sí en relación a una cantidad no descuidable de factores particulares (disparidad en el desarrollo tecnológico, orientaciones subjetivas diversas en la dirección capitalista, etc.); pero el punto que es preciso subrayar aquí es que en el uso de las técnicas "informativas", como manipulación del comportamiento obrero, el capitalismo tiene vastos e indefinibles márgenes de "concesión (o mejor, podría decirse de "estabilización"). No es determinable el límite más allá del cual la "información" acerca de los procesos productivos globales deja de ser un factor de estabilización para el poder del capital. Lo cierto es que las técnicas de información tienden a restituir, en la situación más compleja de la empresa capitalista contemporánea, aquella "atractiva" (satisfacción) del trabajo de la cual hablaba ya el *Manifiesto*<sup>22</sup>.

La extensión de las técnicas de información y de su campo de aplicación, así como la extensión de la esfera de decisiones técnicas<sup>23</sup>, entran perfectamente en la "caricatura" capitalista de la regulación social de la producción. Es preciso por tanto subrayar que la "conciencia productiva" no provoca la subversión del sistema, que la participación de los trabajadores en el "plan funcional" del capitalismo, de por sí, es factor de integración, de alienación por así decirlo, a los límites extremos del sistema. Y es verdad que con el desarrollo de los "factores de estabilización" en el neocapitalismo nos encontramos aquí con una premisa de naturaleza tal para la acción obrera, como para tornar inmediatamente necesaria la subversión total del orden capitalista. La lucha obrera se presenta por ello como necesidad de contraposición global al plan capitalista, donde un factor fundamental es la conciencia, digamos dialéctica, de la unidad de los dos momentos "técnico" y "despótico" en la actual organización productiva. Respecto a la "racionalidad" tecnológica la actitud de la acción revolucionaria frente a ella debe ser la de "comprenderla", más no para reconocerla y exaltarla sino para someterla a un nuevo uso: al uso socialista de las máquinas.<sup>24</sup>

## LOS SALARIOS Y LA ESCLAVITUD POLITICA

Dado que con la organización moderna de la producción aumentan "teóricamente" para la clase obrera las posibilidades de controlar y dirigir la producción, y "prácticamente", a través de la centralización cada vez más rígida de las decisiones de poder, se exaspera la alienación, la lucha obrera, *toda* lucha obrera tiende a plantear la ruptura política del sistema. Y el agente de esta ruptura no es la confrontación entre las exigencias "racionales" implícitas en las nuevas técnicas y su utilización capitalista, sino la contraposición de una colectividad obrera que reclama la subordinación de los procesos productivos a las fuerzas sociales. No existe una continuidad que debe ser afirmada, a través del salto revolucionario, en el orden del desarrollo tecno-económico: la acción obrera pone en discusión los fundamentos del sistema y todas sus repercusiones y aspectos, en cualquier nivel.

Al proceso capitalista le es obviamente connatural el progreso tecnológico "estos descubrimientos e invenciones, que se desplazan rápidamente unos a otros, este rendimiento del trabajo humano, que va creciendo día tras día en proporciones antes insospechadas"<sup>25</sup>.

Pero mientras Engels hace derivar de este proceso "la división de la sociedad en una reducida clase fabulosamente rica y una enorme clase de asalariados que no poseen nada", Marx prevé el aumento, no sólo del salario nominal sino también del real: "si con el rápido incremento del capital, aumentan los ingresos del obrero, al mismo tiempo se ahonda el abismo social que separa al obrero del capitalista, y crece a la par el poder del capital sobre el trabajo, la dependencia de éste con respecto al capital"<sup>26</sup>. De allí que cuanto más rápido sea el aumento del capital más rápidamente mejora la situación material de la clase obrera. Y cuanto más ligado está el salario al aumento del capital, tanto más directa es la mutable relación de dependencia del trabajo con respecto al capital. En la medida en que mejora la situación material del obrero, empeora su situación social, se profundiza "el abismo social que lo separa del capitalista"<sup>27</sup>.

En esta relación inmediata entre salario y capital "la condición más favorable para el trabajo asalariado es el incremento más rápido posible del capital productivo": es decir, "cuanto más se apresure la clase obrera a aumentar y acrecentar el poder enemigo de ella, la

riqueza ajena que la domina, tanto mejores serán las condiciones en que podrá seguir laborando por el incremento de la riqueza burguesa, por el acrecentamiento del capital, contenta con forjar ella misma las cadenas de oro con las que le arrastra a remolque la burguesía"<sup>28</sup>.

Por otra parte, el mismo Engels reconocerá (en la "Crítica al Programa de Erfurt") que "el sistema del trabajo asalariado es un sistema de esclavitud, y de una esclavitud que se torna cada vez más dura a medida que se desarrollan las fuerzas productivas sociales del trabajo, *tanto si el obrero es pagado mejor, como si es pagado peor* (el subrayado es nuestro. R.P.). Lenin recalca este aspecto como obvio en el marxismo: "Y nosotros sabemos que la teoría de Marx ha tomado de los clásicos esta concepción de la acumulación, al reconocer que cuanto más rápidamente crece la riqueza, con tanta más plenitud se desarrollan las fuerzas productivas del trabajo y su socialización, *tanto mejor se torna la situación del obrero*, hasta donde ello es posible dentro del sistema actual de economía social"<sup>29</sup>. El progresivo aumento del "abismo social" entre obreros y capitalistas es también expresado por Marx en la forma del *salario relativo* y de su disminución. Pero es evidente que este concepto implica el elemento de conciencia política, precisamente la conciencia de que al mejoramiento de las condiciones materiales, al aumento del salario nominal y real, corresponde una agravación de la "dependencia política". La llamada inevitabilidad del pasaje al socialismo no se plantea a nivel del conflicto material sino sobre la base misma del desarrollo económico del capitalismo, en relación a la "intolerabilidad" de la división social, que solamente puede manifestarse como toma de conciencia política. Pero por ello mismo la subversión obrera del sistema es la negación de toda la organización en la que se expresa el desarrollo capitalista, y en primer lugar, negación de la tecnología en cuanto ligada a la productividad.

La ruptura, la superación del mecanismo salario-productividad no puede, por tanto, plantearse como reivindicación "general" del aumento del nivel de salarios. Es evidente que la acción tendiente a superar las desigualdades salariales constituye un aspecto de la superación de aquella relación. De por sí, no garantiza de ninguna manera, la ruptura del sistema, sino solamente "cadenas más doradas" para toda la clase obrera. Sólo asumiendo las raíces de los procesos de alienación, individualizando la creciente "dependencia política"

frente al capital, es posible configurar una acción de clase verdaderamente general<sup>30</sup>.

En otras palabras, la fuerza eversiva de la clase obrera, su capacidad revolucionaria se presenta (potencialmente) más fuerte precisamente en los "puntos en desarrollo" del capitalismo, allí donde el peso aplastante del capital constante sobre el trabajo vivo, con la racionalidad a aquél incorporada, plantea inmediatamente a la clase obrera la cuestión de su esclavitud política. Por otra parte, la dependencia creciente de los procesos sociales "externos" globales del plan capitalista, tal como se manifiesta ante todo a nivel empresario, está, por así decirlo, en la lógica elemental del desarrollo capitalista. Es sabido que Marx insistió muchas veces sobre esta proliferación cada vez mayor de las raíces del poder capitalista: en última instancia la división del trabajo en la fábrica tiende a coincidir con la división social del trabajo —lo cual, naturalmente, no debe ser entendido de manera estrechamente economista.

#### CONSUMOS Y TIEMPO LIBRE

El "objetivismo" acepta la "racionalidad" capitalista a nivel de la empresa, desvaloriza la lucha dentro de las estructuras y los puntos en desarrollo, tiende a poner de relieve, en cambio, el valor de la acción en la esfera externa, de los salarios y de los consumos; de aquí deriva, con la búsqueda de una "dialéctica" a más elevado nivel dentro del ámbito del sistema entre capital y trabajo, la sobreestimación de la acción a nivel estatal, la distinción —separación entre momento sindical y momento político, etc. De tal manera, hasta en el debate más serio y "actualizado" (que hoy en Italia se desarrolla sobre todo en el ámbito del sindicato de clase), concluye por encontrar simplemente, de una manera más crítica y moderna, una confirmación de los viejos planteamientos "democráticos" de la lucha obrera. Todo el trabajo de búsqueda y de adecuación de la acción sindical a los modos de desarrollo del capitalismo corre el riesgo de desembocar en una convalidación de viejas posiciones, enriquecidas por un nuevo contenido pero en forma mistificada. Se llega así "a calificar la acción autónoma de las grandes masas sólo a posteriori de las decisiones patronales y jamás a priori"<sup>31</sup>.

Mientras los procesos intrínsecos a la acumulación capitalista devienen cada vez más determinantes globalmente, en lo "interno" y

en lo "externo", a nivel de la empresa y a nivel social general, las distintas posiciones vitalizadoras en el interior del movimiento de la matriz keynesiana, se presentan como verdaderas ideologías, reflejo de los desarrollos neocapitalistas. Contra ellas es válida aún, y quizá con más fuerza, la advertencia de Marx: "La esfera de la circulación, o sea del *cambio* de las mercancías, en la que se realiza la *compra* y la *venta* de la *fuerza de trabajo*, es de hecho un verdadero *Eden de los derechos innatos del hombre*". No por nada se contraponen, a los consumos "impuestos" por el capitalismo, los consumos "honestos" que debería plantearse la clase obrera, y el aumento general de los salarios, es decir, la confirmación de la esclavitud capitalista, es presentado como "instancia" del trabajador en cuanto "persona humana", que reivindica (dentro del sistema) el reconocimiento y la afirmación de su "dignidad"<sup>32</sup>.

La misma reivindicación de las "necesidades esenciales" (la cultura, la salud) contra la escala de los consumos impuesta por el capitalismo (o por el neocapitalismo) no tiene sentido —como justamente lo ha subrayado Spesso— desde fuera de un rechazo de la racionalización capitalista y de una exigencia obrera de control y de gestión en la esfera de la producción<sup>33</sup>.

Es significativo que posiciones "revisionistas" se remitan, deformándola, a la concepción marxiana del tiempo libre, de su relación con la jornada de trabajo y de su colocación en la perspectiva de una sociedad comunista. Sobre la base de una interpretación "economista", se tiende a identificar en el pensamiento de Marx la libertad comunista con la expansión del tiempo libre sobre la base de la creciente planificación "objetiva" y de la racionalización de los procesos productivos<sup>34</sup>.

Para Marx el tiempo libre "para la libre actividad mental y social de los individuos" no coincide en forma simplista con la reducción de la "jornada de trabajo". Presupone la transformación radical de las condiciones del trabajo humano, la abolición del trabajo asalariado, la "regulación social del proceso de trabajo". Vale decir, presupone la inversión integral de la relación capitalista entre despotismo y racionalidad, para la formación de una sociedad en la cual —mediante la abolición de la producción por la producción misma— la programación, el plan, la racionalidad y la tecnología estén sometidas al control permanente de las fuerzas sociales, y el "no-trabajo pueda así (y solamente por esta vía) convertirse en la "necesidad primera" del hombre. La superación de la división del tra-

bajo, en cuanto meta del proceso social, de la lucha de clases, no significa un salto en el "reino del tiempo libre", sino la conquista del dominio de las fuerzas sociales sobre la esfera de la producción. El "desarrollo completo" del hombre, de sus capacidades físicas e intelectuales (que tantos críticos "humanistas" de la "sociedad industrial" gustan exigir) aparece como una mistificación si se lo representa como "goce del tiempo libre", como abstracta "versatilidad", etc., independientemente de la relación del hombre con el proceso productivo, de la reapropiación del producto y del contenido del trabajo de parte del trabajador, en una sociedad de libres productores asociados<sup>35</sup>.

### EL CONTROL OBRERO EN UNA PERSPECTIVA REVOLUCIONARIA

Las "nuevas" reivindicaciones obreras, que caracterizan las luchas sindicales, no aportan inmediatamente un contenido político revolucionario ni implican un desarrollo automático en el mismo sentido. Sin embargo, su significado no puede ser limitado a un valor de "adecuación" a los modernos procesos tecnológicos y organizativos de la fábrica moderna, presupuesto de una "sistematización" de las relaciones de trabajo en general en los niveles más altos. Ellas contienen *indicaciones de desarrollo* que se refieren a la lucha obrera en su conjunto y en su valor político. Tales indicaciones, sin embargo, no derivan simplemente de la exaltación o de la "suma" de esas reivindicaciones, por más diferentes y avanzadas que ellas puedan aparecer respecto a los objetivos tradicionales. Contratación de los tiempos y ritmos de trabajo, de los planteles, de la relación salario-productividad, etc., tienden evidentemente a enfrentar al capital en el interior mismo del mecanismo de acumulación y a nivel de sus "factores de estabilización". El hecho de que tales reivindicaciones se vayan planteando junto con las luchas de los núcleos obreros en las empresas más fuertes y de mayor desarrollo, es la confirmación de su valor de vanguardia, de ruptura. La tentativa de instrumentalizarlas a los fines de una lucha general simplemente salarial es sólo ilusoriamente la búsqueda de una nueva, de una más vasta unidad de la acción de clase: con esta línea se realizaría en la práctica precisamente lo que se declara querer evitar, o sea, la recaída en situaciones de clausura empresaria derivadas necesariamente del vaciamiento de los elementos potenciales de desarrollo político. La

línea tendencial objetivamente relevable como hipótesis-guía válida está en el reforzamiento y en la expansión de la exigencia gestional. Puesto que la exigencia de gestión se pone no como exigencia de participación meramente "cognoscitiva" sino que asume la relación concreta de racionalización-jerarquía-poder, ella no se encierra en el ámbito de la empresa, se dirige precisamente contra el "despotismo" que el capital proyecta y ejerce sobre toda la sociedad y en todos sus niveles, se expresa como necesidad de subversión total del sistema a través de una toma de conciencia global y una lucha general de la clase obrera en cuanto tal.

Nosotros consideramos que, práctica o inmediatamente, esta línea puede expresarse en la reivindicación del control obrero. Sin embargo, es preciso efectuar algunas aclaraciones. La fórmula del control obrero puede ser juzgada hoy como equívoca, asimilable a un planteamiento "centrista", de atenuación o de conciliación de las exigencias revolucionarias propuestas por la lucha con la tradicional línea nacional-parlamentaria-democrática: en verdad, no faltan antecedentes de una utilización de la fórmula en este sentido. Caprichosa y ambigua es, por ejemplo, la indicación del control obrero cuando se entiende con ello la continuación o la recuperación de la concepción y de la experiencia de los Consejos de gestión. En el movimiento de los Consejos de gestión, una auténtica exigencia de control obrero venía subordinada —hasta llegar a anularla— al elemento "colaboracionista" ligado a las ideologías de la reconstrucción nacional y a un planteamiento instrumental del movimiento real respecto al plano institucional-electoral. La misma ambigüedad es factible de ser rastreada cuando una línea de control obrero viene propuesta como alternativa "tolerable", como "corrección" al "extremismo" de la perspectiva de la autogestión obrera. Ahora bien, es evidente que una formulación no mistificada del control obrero tiene sentido solamente en relación a un objetivo de ruptura revolucionaria y en una perspectiva de autogestión socialista. En este cuadro, el control obrero expresa la necesidad de colmar el "salto" actualmente existente entre las mismas reivindicaciones obreras más avanzadas a nivel sindical y la perspectiva estratégica. Representa, por consiguiente, o mejor dicho puede representar, en una versión no mistificada, una línea política inmediata, alternativa de aquellas, propuestas actualmente por los partidos de clase.

Es evidente que la línea del control obrero es presentada aquí como factor de aceleración de los tiempos de la lucha general de

clase: instrumento político para realizar tiempos "aproximados" por rupturas revolucionarias. Muy lejos de poderse representar como "substituto" de la conquista del poder político, el control obrero constituiría una fase de *máxima* presión sobre el poder capitalista (en cuanto amenaza explícitamente ubicada en la raíz del sistema). El control obrero, por tanto, debe ser visto como preparación de situaciones de "dualismo de poder" en relación a la conquista política total.

Es inútil insistir sobre los motivos que llevan a proponer el control obrero como propuesta política general y actual. Lo que verdaderamente importa es que la polémica contra las fórmulas no sea una coartada para eludir el problema político general planteado por las luchas obreras, y que concretamente se trabaje en reconstruir, sobre la base de estas luchas, una perspectiva política nueva que garantice contra una caída "sindical" de la acción obrera y su absorción en el desarrollo capitalista.

## LA DIVISION DEL TRABAJO (Inguem)

I. los Problemas

II. Definiciones

III. DT, ¿una necesidad técnica?

IV. las consecuencias de la DST

V. Una alternativa

Conclusion

## LA DIVISION DEL TRABAJO Capitalismo, Socialismo, Utopía

### I. LOS PROBLEMAS

Estas notas querrían ser, más que un trabajo acabado, una propuesta clara de tareas a realizar. Algunas tesis están formuladas provisoriamente; otras están expuestas, pero no probadas; importantes direcciones de análisis no están exploradas. Queremos encarar un intercambio de ideas, exponiendo todo lo específicamente necesario para provocar una discusión y una crítica. Quizás algunos lectores tengan dudas acerca de la importancia de los temas tratados. Si la duda sobrevive a la lectura, es posible que la culpa sea nuestra. Estos problemas son realmente importantes, aunque no sean actuales para las cuatro quintas partes de la población mundial, aunque existan problemas más urgentes para analizar.

El estímulo ocasional de estas reflexiones ha sido un rasgo particular, en gran medida nuevo e inesperado, de los grandes movimientos masivos estudiantiles en Europa y los EEUU. Recordemos, antes de seguir, que, en especial en el movimiento francés de Mayo, los estudiantes no fueron los únicos protagonistas. Esa particularidad aludida fue la impugnación radical de algunos aspectos de la organización de las sociedades industriales complejas; de todas, pues también se plantean en las democracias populares de Europa Central. Los aspectos impugnados tienen íntima relación con el tipo de división del trabajo que caracteriza esta fase del desarrollo de las fuerzas productivas. La explotación económica, que puede terminar si los trabajadores, en sociedad, se dividen las ganancias producidas, no es el blanco específico de la crítica. En cambio sí lo son fenómenos conexos, directa o indirectamente, con la actual división del trabajo. Estos hechos desaparecerán o se atenuarán fuertemente en una única situación: cuando la organización del trabajo social sea distinta desde la raíz. En estos movimientos, hay que tenerlo presente, no se produjo una crítica rigurosa y constructiva. Las armas ideológicas

eran suministradas por un pensamiento "negativo", hasta el luddismo más insensato que desembocaba en una Utopía necesariamente endeble.

La "borrachera" de Mayo generó incompreensiones y hostilidades. Pero, por supuesto, lo mismo hubiera ocurrido en condiciones de "sobriedad" perfecta. En el campo marxista se advirtió de inmediato la transferencia del objetivo crítico: no la explotación, sino la división del trabajo. No se marchaba contra una específica modalidad de producción, sino contra características comunes también a las modalidades "socialistas" de producción. El blanco no era un objetivo maduro, experimentado por las masas obreras e integrado al canon de la tradición socialista; se trataba de un nuevo motivo de disensión, marginal o extraño a la tradición socialista consolidada, un hecho propio de estratos sociales limitados, a los que la teoría marxista no asigna el papel de agente revolucionario. En el campo burgués, todo se limitó a oponer a lo "imposible" de Mayo las exigencias inevitables de las sociedades industrialmente complejas. Combatirlo no tenía sentido ya que se trataba de una utopía regresiva, sin esperanzas, una intemperancia juvenil que chocaba contra el "principio de realidad". A los sociólogos correspondía explicar el porqué de los sucesos de Mayo.

Las incompreensiones de la izquierda son menos insidiosas que la ideología burguesa dominante. Cuando no se trata, como en el caso del PCF, de una simple ideología al servicio de una línea política, que debe cuidar sus motivos de existencia entre otras cosas, se trata de un abroquelamiento defensivo en los textos marxistas. En ellos no se explica qué ha ocurrido en los casi cien años que transcurrieron desde la muerte de Marx. Para los científicos sociales burgueses resulta muy fácil recordar que las revoluciones socialistas modernas están muy lejos del modelo que aparece en el "Prólogo" de la *Contribución a la crítica de la economía política*. Ya es un lugar común afirmar que capitalismo y socialismo son dos modos alternativos de organizar la transición del atraso a la madurez industrial. (Como siempre, la ideología se presenta como reproducción de lo aparente.) Luego se "deduce" que el socialismo no es un producto de las contradicciones del capitalismo desarrollado y que "por lo tanto" no es un orden superior de convivencia impuesto por la imposibilidad del capitalismo de desarrollar, ulteriormente, las fuerzas productivas sociales. El objeto de la convergencia final es el "Estado Industrial"<sup>2</sup>; hacia él se encaminan los diversos modos alternativos de organizar la transición del "atraso" a la madurez.

Se trata de una ideología, pero en especial en sus formas más cautelosas, bien anclada en la apariencia y lógicamente bien encadenada. Por desgracia, del lado marxista no ha llegado todavía una igualmente amplia interpretación alternativa de los sucesos históricos más recientes. (El grupo de la *Monthly Review* nos ha brindado el esfuerzo interpretativo más importante, pero todavía estamos en los comienzos<sup>3</sup>.) Así es que, en los países capitalistas desarrollados, los rebeldes de hoy están ajenos al principio de realidad y a la doctrina que constituía la fuerza de los socialistas de ayer: ¿cuál es el objetivo de la lucha? ¿La finalidad es desembocar en el comunismo de las democracias populares? ¿Se trata de ir a dar a cualquier otra alternativa del Estado Industrial, que conserve todos los elementos constitutivos contra los que hoy se combate: desigualdad, falta de participación política, alienación?

En consecuencia, es importante que los hombres de Mayo vuelvan a apropiarse del principio de realidad. Para lograrlo, una de las primeras tareas teóricas es desmantelar la ideología dominante del "Estado Industrial".

Después de algunas definiciones empezaremos por preguntarnos de qué dependen, en última instancia, las características de la experiencia de trabajo individual: la "alienación". (De inmediato explicaremos qué entendemos con este vocablo, abusivamente utilizado, pero difícilmente sustituible.) Otro tanto haremos con la organización social: la estructura jerárquica de la sociedad, la desigualdad social en sus diversos aspectos, la ausencia de participación política, el manejo del consenso social. Contra todos estos factores se precipitaron los hombres de Mayo. La respuesta fue anticipada: la actual situación se deriva, en última instancia, del tipo de división social del trabajo que ahora domina en los países industrialmente desarrollados. No vamos a negar que se puede hacer mucho en un período de transición para combatir estos efectos sin agredir las causas. Pero la solución sólo puede estribar en una transformación radical de la división del trabajo. ¿Es posible tal cambio, al menos en condiciones de madurez económica? Implícita, pero a la vez esencialmente, la ideología del Estado Industrial se funda en una respuesta negativa a esta pregunta. O sea que la división actual del trabajo, común a los Estados Unidos y a la Unión Soviética, constituiría una exigencia técnica de las sociedades industrialmente complejas. En oposición a esta tesis trataremos de probar que, cuando las fuerzas productivas han alcanzado ciertos niveles de madurez, tanto en los países capitalistas como en

las democracias populares, específicas relaciones sociales de producción imponen la división del trabajo. Además, desafiaremos parcialmente el "tabú de la Utopía" que se abate sobre el pensamiento marxista: vamos a tratar de sostener que existe una forma alternativa de organización del trabajo social y que a través de ésta se posibilita un desarrollo máximo de las fuerzas productivas, y por ello no es históricamente regresiva. A la vez, nuestra alternativa conlleva una fuerte reducción de los rasgos propios de las sociedades industrialmente complejas, contra los que combatieron los hombres de Mayo.

Enfrentamos el mismo vasto sector de problemas que ya otros<sup>4</sup> afrontaron recientemente, en la tentativa de comprender los rastros internos de las nuevas luchas sociales de nuestro país, por ejemplo la de los técnicos, para captar los motivos de la rebelión de las masas estudiantiles o de los estratos técnicos y profesionales durante el Mayo francés. Si bien esperamos que sea complementario, el enfoque es distinto. Hasta ahora el objeto principal de estos análisis fueron las contradicciones emergentes del desarrollo capitalista de la división del trabajo y los motivos que determinan que importantes categorías de trabajadores la rechacen. La finalidad fundamental perseguida era, como siempre en estos casos, definir objetivos estratégicos que determinen una movilización, para extender la lucha y profundizar la conciencia política de los que participan en ella. Justamente por esto, el análisis se limita a considerar determinadas luchas y situaciones nacionales concretas. En nuestro caso, en cambio, queremos clarificar la ideología del "Estado Industrial"; tratamos de explorar lo que constituye un límite "técnico-natural" infranqueable, y aquello que se debe a formas específicas de las relaciones sociales de producción. Por último, buscamos una apertura hacia el campo de lo "posible", en particular hacia una posible organización socialista de las relaciones de producción. A la manera marxista, procuramos garantizarnos que se trata de una situación "progresiva", vale decir, que a ella corresponda un mayor desarrollo de las fuerzas sociales de producción. Pero nada más. Por lo tanto, falta aquí una crucial fase "marxista" del análisis que nos hubieran obligado a detenernos en los siguientes aspectos fundamentales que sólo mencionamos al solo efecto de explicar las razones que nos impulsaron a no encararlos por ahora. Estos aspectos son:

a) los problemas de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas, y las relaciones sociales de producción hoy existentes en países industrialmente desarrollados (capitalismo y socialismo soviético).

- b) los problemas de la identificación del agente revolucionario.  
c) los problemas de la convergencia del proceso revolucionario hacia una organización social, a la que razonablemente se le pueda atribuir un carácter socialista.

## II. DEFINICIONES

### 1. La división del trabajo en la industria<sup>5</sup>

La división del trabajo es la forma que, en la industria, asumió la organización del trabajo para la producción eficiente de bienes de consumo.

Por división del trabajo se entiende a) la repartición programada de una o de grupos distintos de operaciones de trabajo entre los agentes que participan en el proyecto productivo. b) La naturaleza históricamente específica adquirida por estas actividades a partir de la "división". Se trata normalmente de un conjunto de actos elementales y monótonos, que implican una utilización bastante limitada de las facultades intelectuales del trabajador. Este es el punto fundamental, más allá de la descripción minuciosa del tipo de intervenciones físicas y psíquicas requeridas: la sub-utilización programada de las energías intelectuales potenciales del trabajador.

El criterio de eficiencia varía conforme al fin que el plan productivo se propone. Puede que se trate de la maximización de la ganancia, dados los medios de que se dispone, o de la disminución del tiempo de trabajo, de acuerdo a la totalidad de bienes que se desea producir.

A menudo se recuerda la admiración de Adam Smith o el reconocimiento de Karl Marx frente a la prodigiosa eficiencia del trabajo dividido y organizado por el capitalismo, frente a los resultados, frente a los productos físicos de la división del trabajo. En realidad, un marxista tendría que reflexionar a fondo sobre el significado que Marx atribuía al proceso mismo de división y organización capitalista del trabajo. Por primera vez en la historia, el esfuerzo productivo del hombre devenía efectivamente social, extendido sin límites a toda la humanidad. No ya un conjunto de pequeñas comunidades separadas, repitiendo cada una para sí los tradicionales procesos productivos,



sino una única comunidad humana, unificada por el capital, pero unificada. Con constante satisfacción, Marx observa la caída de las barreras, de región, de oficio, de casta, de nación, que la sociedad tradicional opone a una efectiva socialización del trabajo; y también la desaparición del primitivismo y aislamiento rurales. La evaluación marxista del significado progresivo del capitalismo no se desvirtúa porque su autor no haya llegado a teorizar algunos aspectos del proceso de dominación imperialista, el uso capitalista del subdesarrollo, que hoy se nos presentan tan claros. De hecho, la producción, la lucha del hombre contra la naturaleza, se ha socializado; todos toman parte de ella según el orden impuesto por las relaciones del mercado. Un orden anormal, pero orden al fin; la premisa de un plan consciente. Se podría eliminar el capitalismo, pero permanecería invariable, según un plan determinado, la participación de toda la humanidad en el proceso de producción y por ende la eficiencia de la producción. Aquí surge el verdadero problema: ¿perduraría también la división del trabajo? Antes de afrontar el interrogante, volvamos sobre algunas elementales precisiones de hecho.

## 2. División del trabajo en las grandes organizaciones

DT / horizontal / vertical

Hacia la mitad del siglo pasado Marx escribía teniendo en cuenta una situación en la que predominaban pequeñas organizaciones productivas, dirigidas por capitalistas propietarios. La división del trabajo directivo, coordinativo y administrativo, no era importante. En ese momento se hablaba de la división del trabajo obrero, directamente productivo de mercancías. Por razones que ahora sería ocioso estudiar, Marx no se ocupa de la división del trabajo en la esfera del trabajo improductivo. Además, el estado, la mayor de las burocracias de ese tiempo, era irrisorio si lo comparamos con las dimensiones que alcanzaría inmediatamente después. Pero, cuando hoy se habla de división del trabajo, no podemos limitarnos a considerar la división "en horizontalidad" en las operaciones laborales de los operarios de una fábrica. En estos momentos debemos contemplar la división "en línea vertical" que existe en el interior de las grandes organizaciones, ya pertenezcan éstas al sector productivo o a otros sectores. La ampliación de las dimensiones de la empresa es una consecuencia necesaria de la búsqueda de mayor eficiencia (explotación de las

economías de escala). Y este hecho reviste tal carácter aunque la búsqueda de posición de los monopolios lo valore más allá de límites técnicos. Sin embargo, ya el logro de esos límites exige complejas articulaciones "verticales" de la división del trabajo. Dentro del capitalismo desarrollado, el estado asumió funciones cada vez más complicadas, como las de mediación, producción, intervención. Resultado directo de esta situación fue el crecimiento de las burocracias administrativas.

¿Sobrevivirán cuerpos burocráticos de gran envergadura en un estado "socialista"? En los países socialistas de hoy, el Estado no sólo no se ha "debilitado", sino que, a partir de la centralización de las actividades de planificación económica, se agigantó. Además, para explotar la economía de gran escala, toda industria importante, incluso la socialista, exige unidades productivas que de inmediato imponen complejas actividades administrativas. ¿Es posible una organización eficiente de estas abigarradas estructuras sin una división vertical del trabajo? ¿Hasta qué punto estas relaciones articuladas de subordinación y colaboración forzosa son "necesarias" para la producción social eficiente de valores de consumo y de servicios sociales considerados indispensables por la comunidad? Nuevamente estamos ante problemas de fondo que discutiremos a continuación.

## 3. Trabajo, operaciones laborales, actividades

inferencia / trabajo / actividad

La técnica y la organización eficaz en el campo de la actual praxis industrial requieren que cada agente se ocupe de una de las operaciones de trabajo o de un número limitado de ellas. Es decir que exigen la "división de las actividades".

En cambio, por "división del trabajo" entendemos el proceso histórico según el cual, dentro de las relaciones existentes de producción, se asignan estas actividades distintas. La identificación del trabajo con una específica actividad deriva del hecho de que actualmente el tiempo de trabajo transcurre, a menudo, dedicado a una actividad determinada, ya sea por toda la vida o por periodos bastante largos. En las fábricas el obrero está afectado a una tarea específica; en la burocracia ocurre otro tanto con los "cargos". Puede existir, por lo tanto, una división de la actividad que no se acompaña en la misma medida con la división del trabajo. En este

caso, dentro de una sucesión temporal, un mismo obrero puede llevar a cabo diversas operaciones, y la misma operación tendrá, en el transcurso temporal, distintos ejecutores. Esto sucede hoy, a consecuencia del sistema de operar del mercado de trabajo. Por supuesto que ocurre dentro de límites estrechos, porque las actividades que determinado sujeto desenvuelve en la vida laboral, dentro de la industria y de las organizaciones, son muy pocas, a menudo de naturaleza bastante similar y el cambio no se produce siempre por voluntad del trabajador.

Esta diferenciación entre trabajo y actividad permitiría, dentro de límites a establecer, una rotación planificada y consciente de las actividades entre los distintos operarios, aunque la división de las actividades tuviese que permanecer como característica esencial de la producción eficiente. Así se suplantaría la rotación actual limitada, impuesta por el mercado de trabajo. El significado y conveniencia de esta solución son muy discutibles, si las funciones dominantes en la industria y en las organizaciones tuviesen que seguir siendo las que nosotros conocemos: las tareas en la fábrica, los cargos en la burocracia<sup>6</sup>.

Para la mayor parte de las actividades definidas a través de la técnica y la organización modernas, la rotación no resuelve del todo el problema de la construcción de una vida de trabajo humanamente significativa (pedimos perdón, por el momento, por esta expresión genérica). Triste y paradójico resulta que las actividades que permitirían tal solución exijan una especialización y "devoción" que convierten al cambio rotativo en un hecho muy difícil.

Volveremos sobre este tema en profundidad. Por ahora recordemos que la célebre frase de *La ideología alemana* no constituye el único motivo de la buena acogida que la idea de rotación de las actividades sigue teniendo entre los socialistas. Algunas experiencias en la Unión Soviética prestalinista y muy en especial las prácticas chinas contemporáneas dieron respuesta al problema.

También en este tema remitimos al lector a lo que se expondrá a continuación. Por ahora, basta con anticipar que las experiencias chinas, o de la Rusia prestalinista o de Cuba, configuran un gran esfuerzo tendiente a oponerse a algunas de las consecuencias sociales de la división del trabajo, mediante medidas políticas<sup>7</sup>. Una tentativa de nivelación debida a la certeza de que la "normal" división del trabajo en vigor crea necesariamente desigualdades; por ejemplo, enviar a un investigador científico al campo, resulta más

fácil que mandar a un campesino a un laboratorio de investigación. Ahora bien, estas medidas pueden tener éxito, pero no implican una alteración de la división del trabajo tan radical que llegue a extirpar permanentemente por lo menos las más importantes raíces de la desigualdad.

#### 4. División de las actividades y especialización

actividades / - divididas  
trabajo / - especializadas

Las actividades "divididas" por exigencias técnicas u organizativas, en razón de la división, se caracterizan por operaciones repetidas, relativamente simples respecto de la capacidad de quien las ejecuta, motivo por el cual prevalecen en economías desarrolladas, pero no son las únicas existentes. Aun dentro de las grandes organizaciones productivas y administrativas existen numerosos cargos —directivos, del staff— que exigen una ampliación creativa de las más elevadas facultades intelectuales del trabajador, o que por lo menos ofrecen esta posibilidad. Fuera del ámbito de las grandes organizaciones productivas, han aparecido numerosos cargos de este tipo: en las ciencias, artes, enseñanza, profesiones libres.

Incluso en estos casos se trata siempre de actividades laborales específicas, socialmente codificadas: también éstas son fruto de la división social del trabajo, pero a diferencia de la mayor parte de las actividades de la industria y de las grandes organizaciones, no consisten en la repetición de operaciones, simples o complicadas, pero sustancialmente idénticas. El contenido de estas funciones específicas es resolver problemas siempre distintos, aunque estén limitados a una determinada disciplina o a un sector particular de experiencia. Se trata, pues, de actividades que: a) exigen una considerable preparación especial; b) desarrollan un proceso continuo de aprendizaje<sup>8</sup>. No tiene sentido hablar de un operario de la línea de montaje "experimentado", en cambio, sí lo tiene hablar de un artesano experimentado o de un médico experimentado. c) comprometen las más elevadas energías intelectuales del trabajador. d) generan, por vías diversas, una sensación de auto-realización a través de la función laboral.

Estas son, por supuesto, caracterizaciones genéricas y tendenciosas, que exigirían un análisis profundo de cada actividad. En cualquier categorización, aunque fuera más específica, quedaría aún un

elemento inevitable de arbitrariedad: entre trabajo "dividido" y trabajo "especializado" no existe una fractura neta, sino un *continuum* que determina la facilidad de caracterización de los extremos únicamente. Si consideramos los mismos parámetros que hemos sugerido, encontraremos notables diferencias entre todas las actividades. ¿Dónde ubicar la línea divisoria, admitiendo que estemos de acuerdo en la graduación de los distintos trabajos? El gusto por la precisión no debe hacernos olvidar que existen diferencias y que el "continuum" debe romperse en un punto.

### 5. Trabajo dividido y trabajo productivo

Los lectores de *El capital* saben que la diferenciación entre trabajo "dividido" y trabajo "especializado" no se corresponde exactamente con la distinción de Marx y los economistas clásicos entre trabajo productivo y trabajo improductivo. El significado preciso de esta distinción se va perdiendo en condiciones de capitalismo desarrollado. Si queremos mantener una cierta continuidad con la intuición que subyacía en el análisis de los economistas clásicos, podemos observar que gran parte del "trabajo dividido" se manifiesta en los sectores que producen directamente mercancías, dejando de lado la distribución, hecho no involucrado en la definición marxista de trabajo productivo. Por lo tanto el trabajo dividido está conectado con una organización eficiente del "recambio orgánico" del hombre con la naturaleza, que hoy incluye también la necesidad de amplias esferas de servicios administrativos y organizativos. En cambio, buena parte del trabajo "especializado" constituye uno de los usos a que está destinado al excedente social; pensemos en el arte, la ciencia, las profesiones libres, si partimos de nuestra definición de trabajo dividido y especializado, es evidente que existen amplios sectores de trabajo especializado dentro del "trabajo productivo", por ejemplo, los servicios técnicos y directivos. A la vez, encontraremos más amplios sectores de trabajo dividido dentro del "trabajo improductivo", por ejemplo, las burocracias estatales.

En las condiciones del capitalismo primitivo las categorías de trabajo productivo e improductivo podían servir intuitivamente para separar el "reino de la necesidad" del "reino de la libertad". Había usos técnico-económicos, que no es del caso tratar aquí. El trabajo

productivo, constituido por las actividades imprescindibles para el "recambio orgánico" con la naturaleza, estaba impuesto enteramente a las clases dominadas, que al crear un excedente permitían a las clases dominantes vivir solo dentro del "reino de la libertad". Las clases altas, a su vez, utilizaban una parte del excedente para procurarse bienes y servicios (trabajo improductivo) que consumían en su totalidad. Hoy la distinción no tiene sentido. En cambio necesitaríamos otra que nos indicara qué actividades tienen una "necesidad" y una "persistencia" que vayan más allá de los específicos modos de producción capitalista, que se proyecten en servicios y valores útiles, requeribles aun en una estructura socialista, después de haber permanecido indemnes en la reorganización de que será objeto el sistema capitalista de producción de bienes y valores<sup>10</sup>. Tal distinción no existe, quizá porque es técnicamente difícil, pero en particular porque exige hipótesis bien detalladas y precisas sobre la organización socialista. Se puede, sin embargo, anotar lo siguiente: a) la reorganización afectará no solo al sector del "trabajo improductivo", que todavía hoy depende muy estrechamente del modo histórico de producción, sino también a la organización productiva del capitalismo; b) muchos servicios ("trabajo improductivo") constituyen exigencias sociales que subsistirán e incluso se desarrollarán en una comunidad socialista, por ejemplo: enseñanza, arte, ciencia y también servicios administrativos no eliminables; c) el modo de producir estos bienes y servicios, si quiere llegar a ser eficaz, como debe serlo, podrá hacer necesaria la división de la actividad.

### III. DIVISION DEL TRABAJO: ¿UNA NECESIDAD TECNICA?

#### 6. ¿Hacia una "recomposición" de las actividades divididas?

Históricamente la organización eficiente de la industria y de la administración determinó la necesidad de la "división del trabajo" en el sentido descripto hasta ahora. Existen tendencias para la aplicación de la técnica y organización modernas, observables en

los modelos más avanzados de estructura social, que lleven a una "recomposición de las actividades"? Si existen ¿Cuál es su desarrollo posible y cuáles sus límites? Además y fundamentalmente, ¿cuál es el nexo entre estas tendencias evolutivas de las "fuerzas de producción" y las relaciones sociales de producción? ¿De qué modo las relaciones sociales de producción hoy existentes en países industrialmente desarrollados (capitalismo y "socialismo soviético") favorecen, contradicen o califican a estas tendencias?

Estas fuerzas de recomposición existen, sin duda, y una extensísima literatura técnica, económica y sociológica las discute, desde hace tiempo, en sus múltiples aspectos<sup>11</sup>. Naturalmente, no faltan conjeturas futurísticas o fantasticocientíficas. Lo que sí falta, más bien, es un examen equilibrado y completo de las búsquedas particulares. Antes de pasar a evaluar la más seria y más reciente entre las "conjeturas sobre la automatización", corresponde determinar qué se entiende por "recomposición de las actividades". En general, se entiende la inversión del proceso que condujo a la división del trabajo en fragmentos elementales, que implican la repetición continua de operaciones mecánicas y/o psíquicas simples. A la vez, esta inversión debe ir acompañada de un esfuerzo por lograr la utilización completa de las energías intelectuales potenciales del trabajador, ya que la subutilización de éstas constituye la característica fundamental del "trabajo dividido". La distinción es importante, porque bien podría producirse la eliminación de los aspectos más visibles y extremos de la actual división del trabajo en las fábricas, sin que ello implique la utilización completa de las energías humanas potenciales. O sea, que sería posible no dar el paso de "trabajo dividido" a "trabajo especializado".

## 7. Los optimistas de la revolución científica

"En el conjunto, la automatización y el actual progreso tecnológico no son pura y simple consecuencia y apéndices de la mecanización... Con respecto al factor humano, tienen reflejos exactamente opuestos. La mecanización subdivide las actividades profesionales, llevando la división del trabajo a los mayores extremos, haciendo del acto elemental y monótono... la base misma de la industria... La automatización invierte tal tendencia... y esto hay que

decirlo cuando la tomamos como modelo, omitiendo por el momento que con una automatización sólo parcial, la suma de las funciones auxiliares elementales puede aumentar"<sup>12</sup>.

El procedimiento de los "optimistas" es típico. Como primer paso, se considera una tecnología novísima; por ejemplo, un complejo automatizado de ciclo continuo en la petroquímica, o un complejo esencialmente fundado en actividades de investigación y desarrollo, como el caso de la electrónica. Luego, el espectro de las tareas desplegadas en tales complejos, o el organigrama de las competencias formales exigidas, se compara con los espectros de los complejos industriales tradicionales: el contraste es impresionante.

De inmediato, sin mucha preocupación por definir<sup>13</sup> las condiciones a) técnico-organizativas, b) económico-sociales, necesarias para que en todos los sectores de un país, y también fuera de sus fronteras, se desarrollen estas técnicas y las calificaciones profesionales correspondientes, se plantea hipotéticamente una situación en la que: 1) tales técnicas serán exclusivas, o sea difundidas en cada sector productivo; 2) la evolución tecnológica ulterior llevaría a la casi completa eliminación del "trabajo dividido". Habitualmente no se busca una claridad completa. Se asegura que lo eliminado totalmente será el trabajo repetitivo y mecánico de la actual fase del desarrollo. No se llega a asegurar que "naturalmente" y en forma total se eliminará la subutilización de las energías intelectuales en potencia, que es precisamente el carácter distintivo del trabajo dividido. Así, por ejemplo, en el "tipo ideal" más avanzado de calificaciones y tareas de la fuerza de trabajo que Richta intenta proyectar hacia el futuro, ha desaparecido por completo el "trabajo de fábrica" en su imagen actual, pero no ocurre lo mismo con el trabajo dividido en el amplio sentido que adjudicamos a esta expresión.

## 8. Límites de las tesis optimistas

Las cosas no son tan simples si se observan con atención las condiciones técnico-organizativas y económico-sociales necesarias para que sobrevengan los desarrollos anotados antes en 1) y 2).

En cuanto a las condiciones técnico-organizativas es necesario cuidarse de no caer en un futurismo estéril. Es cierto que estamos entrando en una fase del desarrollo de las fuerzas productivas nueva

y revolucionaria. En estos momentos la ciencia aplicada constituye el principal motor del desarrollo. Igualmente hay que recordar que gran parte de la humanidad se encuentra en etapas muy primarias dentro de este proceso. Es muy justa la insistencia en considerar que estos desarrollos de las fuerzas productivas constituyen la razón de potenciales contradicciones con las relaciones sociales de producción, propias del capitalismo desarrollado y del socialismo soviético. Sin embargo, hay que prestar atención a la época y a las modalidades técnicas. Por ejemplo, algunos sectores de la producción industrial se prestan con mayor facilidad a la total o casi total automatización, en el estado actual de la ciencia y de la organización técnica. Esto mismo se muestra más difícil para sectores como agricultura, construcción, transportes, para mencionar sólo algunos de los casos más evidentes. En el término de períodos razonablemente breves, no están a la vista radicales soluciones innovadoras para estos sectores. Por lo tanto la automatización puede encontrar obstáculos en su generalización, no fácilmente superables. En el campo de lo previsible, dentro de los sectores ya fuertemente revolucionados en sus técnicas productivas, otras barreras se interponen en el desarrollo *intensivo* de la automatización. Por una parte, no aparece como próxima la completa eliminación del trabajo dividido, dentro de los términos de exigencia que nosotros adoptamos. Por otra, incluso en establecimientos con procesos automáticos de plusrendimiento, no obstante las elevadas calificaciones técnicas y culturales requeridas, el aumento de funciones de control e intervención que deban desarrollar los obreros se transforma de por sí en "trabajo especializado", al utilizar en una cierta medida la energía intelectual latente en el trabajador. Ya hemos recordado que ni siquiera las más sagaces extrapolaciones "tecnológicas" conducen a una eliminación del trabajo dividido.

La deducción básica es que un análisis, llevado exclusivamente dentro de un terreno técnico-científico, encuentra muy pronto limitaciones infranqueables. Si bien por una parte establece vínculos "naturales", expresa potencialidades y ocasiones, por otra, nos remite enseguida a soluciones económico-sociales que pueden emplear estas ocasiones y desarrollar estas potencialidades o bien desecharlas. Mejor aún: las potencialidades y las ocasiones que la ciencia y la técnica expresan son múltiples. Aunque a veces la alternativa puede plantearse entre desarrollo o estancamiento, en general no es así, sino que se produce entre los diversos tipos de desarrollo. Esta

situación se rige por las ocasiones que las relaciones sociales de producción presenten como pasibles de acrecentamiento. Cuanto mayor es el desarrollo de las fuerzas productivas, tanto más complejo y enmarañado deviene el nexo entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción. A partir de aquí se vuelve más absurda la interpretación determinista habitual de la teoría marxista de la revolución. En ella, el desarrollo de las fuerzas de producción constituye la "variable exógena" del modelo, al que deben corresponder en sucesión organizaciones económico-sociales muy definidas, que sean "congruentes" con el nivel de desarrollo alcanzado<sup>14</sup>. Todo esto es intuitivamente comprensible si se piensa que, con el avance de la ciencia y de las técnicas productivas, las ataduras con la "naturaleza" se vuelven remotas. En tal situación el hombre mismo se convierte en el único o en el principal regulador del posterior desarrollo, y así nace la organización económico-social que disciplina el esfuerzo productivo. Esta mayor libertad proviene del retroceso de los vínculos con la "naturaleza"; se la puede expresar en la elección de las distintas alternativas abiertas por la ciencia a cada paso. Evidentemente, las relaciones sociales de producción imponen la "tarea selectiva". Al dirigir las energías sociales en un determinado sentido, entre los muchos "técnicamente" posibles, la selección efectuada, a su vez, condiciona el desarrollo posterior de las fuerzas productivas: ésta es la forma más inmediata y evidente de "no neutralidad" de la ciencia y de la técnica<sup>15</sup>.

Puesto que algunos países están muy encaminados en la nueva etapa del desarrollo aludido, abundan los ejemplos de condicionamiento recíproco entre relaciones de producción y fuerzas productivas. El reciente libro de Baran y Sweezy aporta varios, típicos de los Estados Unidos. En un plano "utópico" sugeriremos, entre otras, una posible opción frente a las que ahora imponen las relaciones de producción vigentes. Minimizar la exigencia de "trabajo dividido" en el ámbito de los procesos productivos es la finalidad de nuestra alternativa; su índole llevará a una distribución del trabajo dividido, igualitaria para todos los miembros de la sociedad. Una "elección" de este tipo condicionaría profundamente los bienes de consumo a producir; por ejemplo: diversificación limitada que permita las máximas economías derivadas de la estandarización. También condicionaría las técnicas productivas; por ejemplo: separación neta entre roles "especializados" y tareas "divididas" que tendrían que poder ser desarrollados indistintamente por la mayor

parte de la población. Y por último condicionaría también los desarrollos técnico-científicos.

Se trata de un ejemplo adecuado para sugerir la siempre mayor "plasticidad" de las fuerzas productivas y la dependencia entre un efectivo ordenamiento de ellas y las relaciones de producción dominantes. Abstractamente podrían delinearse estratificaciones alternativas; una solución al estilo de *Un mundo feliz*<sup>16</sup>, por ejemplo, que podría parecer más justificada como extrapolación de algunas tendencias ya cotejables en países industrialmente maduros.

### 9. Recomposición de las actividades y relaciones de producción

Sin caer en exagerado pesimismo, ni en optimismo "tecnológico", resumamos, antes que nada, todo lo que puede decirse con sensatez acerca de los logros de la "revolución científica" en curso en los países industrialmente desarrollados y de sus consecuencias sobre la división del trabajo. Ante todo se puede comprobar una tendencia a la disminución, primero relativa y luego absoluta, de la fuerza de trabajo ocupada en la producción directa de bienes de consumo. Y es posible que continúe. En cuanto a las calificaciones requeridas a la fuerza de trabajo y las tareas desarrolladas, podemos señalar las siguientes tendencias, pasibles de futura extrapolación: a) un amplio desarrollo, relativo y absoluto, de actividades "especializadas" (investigación y desarrollo, etc.); b) en la restante fuerza de trabajo, rápido crecimiento de funciones más complejas, que en general implica el control de procesos productivos, automatizados en distintos grados; c) por esto y por el más rápido ritmo de evolución tecnológica, exigencia de una amplia clasificación básica de toda la fuerza de trabajo, a fin de facilitar procesos de readaptación a condiciones tecnológicas, continuamente cambiantes. Por último nos parece oportuno recordar siempre que estas "tendencias" se aplican sólo a los pocos países industrialmente desarrollados. Para países en situación intermedia, como Italia, se trata de desarrollos que nacen del crecimiento de sectores y de procesos tecnológicos "tradicionales"<sup>17</sup>. Para la extensa área de subdesarrollo el razonamiento es completamente distinto.

En el campo de lo previsible, incluyendo en esta apreciación a los países industrialmente más avanzados, no tiene sentido hablar de

una tendencia puramente "tecnológica" a la recomposición de las funciones, dentro de un criterio riguroso de eliminación completa del "trabajo dividido". En cambio se justifica perfectamente la insistencia en la revolución científica como "apertura" de posibilidades alternantes de desarrollo, donde el elemento decisivo para determinar la elección está constituido por las relaciones sociales de producción. En este punto del análisis, sólo se puede afirmar con seguridad la dependencia entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, y la posibilidad de soluciones alternativas. Para afirmar algo acerca de los desarrollos probables, o "necesarios" como sin más querían los intérpretes deterministas, correspondería pasar a una nueva y muy compleja área de investigación. Habría que definir las contradicciones que crecen dentro de los sistemas históricos de producción, capitalismo y socialismo soviético, bases para la expansión de las fuerzas productivas. Habría que investigar los agentes revolucionarios que se definen, dentro de estas dos estructuras políticas y los resultados sociales de la lucha entre ellos y las fuerzas conservadoras. En resumen, habría que reconsiderar la teoría de la revolución<sup>18</sup>.

En la introducción ya establecimos que aquí no vamos a analizar este crucial pasaje. Se trata de un campo de investigación interminable, dentro del cual no podemos limitarnos a considerar tendencias de desarrollo del capitalismo avanzado. Será indispensable analizar las contradicciones emergentes del desarrollo desigual del capitalismo y del socialismo. El objeto del análisis es, entonces, el imperialismo. Además, el patrimonio analítico de la tradición marxista es particularmente inadecuado. Sólo en época reciente ha habido un encauzamiento, sin prejuicios, de las investigaciones, más atentas a la complejidad y novedad de las recientes experiencias históricas que temerosas de ortodoxias venerables. Pero estamos recién en el comienzo y las lagunas son enormes.

Recapitemos lo expuesto en este párrafo: a) una recomposición de las actividades, en el sentido más exigente de la expresión, no es una necesidad tecnológica que se pueda pedir al desarrollo imprescindible de las fuerzas de producción, y por lo tanto no se la puede esperar con los brazos cruzados; b) de acuerdo con lo que ahora podemos comprender, sería muy difícil una eliminación de las actividades divididas. La dificultad se mantendría aunque las relaciones de producción tuviesen vigor para encaminar hacia ese fin gran parte de la energía técnico-científica de la sociedad.

Pero no poder eliminar, hasta el último residuo, las *actividades* divididas, no significa que no se pueda lograr un ordenamiento distinto del "trabajo dividido", un sistema distinto para atribuir esas tareas a los miembros de una colectividad. Opinamos que esto es posible y dedicamos el último párrafo de las presentes notas a una descripción sumaria de tal ordenamiento. En el próximo, consideraremos, en cambio, un problema distinto: el motivo que impulsa a insistir tanto en la necesidad de una estructuración distinta de la "división del trabajo". Estudiaremos si se trata de una reforma imprescindible para constituir una sociedad socialista.

A nuestro parecer la respuesta es afirmativa. Los hombres de Mayo se rebelaron contra la desigualdad social, la humillación de las energías potenciales de la mente del trabajador, contra la ausencia de participación política. Nos proponemos hacer ver, o al menos apuntar, que la causa final de estos fenómenos deriva en última instancia del ordenamiento y de la división del trabajo, vigentes hoy en los países capitalistas y en las democracias populares. Además pretendemos mostrar la naturaleza ideológica de la dominante "visión" burguesa del Estado Industrial.

#### IV. LAS CONSECUENCIAS DE LA DIVISION SOCIAL DEL TRABAJO

##### 10. División del trabajo y alienación

Partimos de la alienación, fenómeno concretado en forma inmediata con la "división del trabajo", independiente de la naturaleza del sistema social en el que se opera esa división; independiente en la medida en que es imposible eliminarlo cambiando el sistema social si se mantiene inalterada la actual "división del trabajo".

A diferencia del sentido que comúnmente le otorgan los marxistas, el vocablo alienación se usa aquí para indicar el fenómeno otras veces aludido como subutilización de las energías intelectuales potenciales del trabajador, y no sólo las consecuencias individuales (psicológicas) de este fenómeno. Sobre la base de la diversa utilización del potencial intelectual reposa la diferencia entre trabajo "dividido" y trabajo "especializado". Vimos además que: a) la "ro-

tación" de las actividades no resolvería el problema si las actividades "rotadas" son actividades alienantes; b) no se puede esperar que la evolución técnico-científica lleve a una efectiva "recomposición" de las actividades, si la concebimos de modo exigente como eliminación de las actividades "divididas".

En la tradición socialista existe una corriente de pensamiento que tiende a subrayar la importancia de los márgenes de intervención individual, y por lo tanto de auto-realización a través del trabajo, incluso en el ámbito de la actual división de las actividades. Lógicamente, esta misma corriente subestima la exigencia de reformas radicales que eliminen o reduzcan el fenómeno de la alienación: la expresión "ciencia obrera", que a veces se escucha, expresa la idea. Además, criticaremos la "propuesta de los consejos" en que tiende a desembocar esa corriente. Baste recordar, por ahora, la evidente matriz "romántica" de la idea de una ciencia obrera; implica trasladar al momento actual la experiencia del obrero de oficio, el pionero de la tradición socialista. Fuera de la ideología queda muy poco, salvo la necesidad todavía viva de obreros de oficio: la comprobación hecha por la sociología de la organización de que en el plan de producción no se puede desechar la participación inteligente, ni siquiera en el más repetitivo y mecánico de los trabajos divididos. Las excepciones a la rutina son inevitables, y hasta un obrero de la línea de producción en serie debe tomar decisiones inteligentes, o puede plantear proposiciones innovadoras basadas en su experiencia directa, obtenida en su puesto de trabajo. Sabemos que atenerse minuciosamente a los reglamentos es una de las formas eficacísimas de huelga, ya sea en las fábricas o en la burocracia. Pero siempre nos preguntamos si esto es suficiente para utilizar plenamente las energías intelectuales latentes en todo trabajador.

Ya veremos más a fondo el problema de los chinos, que deben utilizar la actual división del trabajo. Ellos hacen de necesidad, virtud y tratan de exaltar al máximo todos los momentos de participación e innovación dentro del proceso productivo. Así nos lo demuestran los innumerables "relatos de fábricas", impresos entre ellos. Tal actitud es políticamente sensata y muy adecuada al estado de desarrollo de las fuerzas productivas en que se encuentra China. En condiciones de desarrollo totalmente distintas, una imitación de esta experiencia sería ridícula. En cambio, sería lógico plegarse a los fines políticos de Mao, tras adaptar los métodos a cada situación.

## 11. División del trabajo y organización jerárquica de la sociedad

Tenemos que determinar claramente cuál es la influencia específica de la división del trabajo en la estructura de las desigualdades sociales y sus consecuencias. También hay que establecer la diferencia que la individualiza frente a la influencia de otros aspectos del sistema social dentro del que se adopte la división del trabajo, y con respecto del particular proceso histórico que condujo a la situación observada. Todas estas apreciaciones son mucho menos simples en este caso que en el de la alienación nacida de las actividades laborales que se desarrollan habitualmente. Sin embargo, para llegar a indicaciones estratégicas válidas tenemos que cumplir obligatoriamente esta operación teórica. Así podremos afirmar, por ejemplo, la existencia y factibilidad de una posible organización social menos jerárquica, de una distribución de las recompensas más igualitarias, de una viva solidaridad y mayor participación política, *incluso sin* radical alteración en la división del trabajo. Por esta vía obtendremos un criterio válido para obrar. Se trata de un pasaje de importancia crucial en el análisis y nuestros datos son penosamente insuficientes. No obstante, quien esté interesado en el problema, debería concentrar el esfuerzo teórico y la indagación histórica sobre este punto.

Hoy podemos observar la existencia de dos diversos sistemas sociales, o más bien, para expresarlo a la manera marxista, de dos organizaciones alternativas de las relaciones sociales de producción: capitalismo y socialismo soviético. En ambas rige una división del trabajo similar en sustancia, aunque se la imponga a través de medios sociales parcialmente distintos. Sabemos que Marx, y después de él toda la tradición marxista, ha atribuido una importancia esencial a la expropiación de los medios de producción, sobre los que se funda el poder del capitalismo, y a su administración "colectiva". Justamente en este punto se detiene el análisis. Ni Marx ni la tradición posterior aclaran cuáles tendrían que ser las subsiguientes medidas estructurales indispensables para el logro de las relaciones sociales consideradas características del socialismo. Además —y en seguida lo veremos mejor— es difícil evitar la impresión de que el problema era estimado como un hecho no actual, o bien como una situación un tanto simple, en los momentos en que tenía actualidad (Lenin). Los pensadores marxistas contemporáneos por lo general

están ligados con fuerza a la tradición, aunque critiquen a la Unión Soviética. Entonces, es difícil encontrar un análisis de esta experiencia histórica que no se refiera o a la "traición", o a las "particulares circunstancias históricas", si todo anda bien, o incluso al "retorno al capitalismo", si todo anda mal. Creemos que existe algo más.

En la Unión Soviética y en las otras democracias populares del Este europeo, aparece la división del trabajo vigente en los países capitalistas. Concomitantes, han surgido todas las características derivadas que conocemos entre nosotros: sistemas de incentivación del trabajo individual, basados en recompensas diferenciales; una articulada estratificación social, relacionada con el papel que se desempeña en el sistema productivo o político; poderes distintos, remuneración y "prestigio" distintos; una fundamental ausencia de solidaridad colectiva y de participación políticas<sup>19</sup>. Hay diferencias, sobre todo en el campo de las jerarquías de estratificación, que no se corresponden perfectamente con las del capitalismo, de acuerdo a lo que se puede estimar según diversas pautas<sup>20</sup>. Pero en sustancia las similitudes pesan más que las diferencias. Estas similitudes no son casuales.

Para comprender la situación, hay que considerarla, según nuestra tesis, como una consecuencia de la idéntica división del trabajo adoptada en los dos sistemas. Dado un conjunto específico de funciones, requeridas por la forma de división del trabajo elegida, debe existir un sistema adecuado para colocar a los individuos en esos cargos y para motivarlos a desenvolver las actividades pertinentes. Tanto en las democracias populares como en el Occidente capitalista, el sistema es muy parecido, a pesar de ser resultado de distintos procesos históricos y de diferencias institucionales singularizantes. Nos preguntamos si esto significa que el "sistema de colocación y motivación" con las características repugnantes a él asociadas, es "connatural" al tipo de división del trabajo en vigor; si volvería a aflorar en presencia de una división del trabajo como la conocida, cualquiera que fuese la estructura institucional que las fuerzas revolucionarias lograsen imponer. Este es el problema de fondo sobre el que hay que reflexionar. Por nuestra parte no hemos llegado a una respuesta teóricamente satisfactoria. Podemos anotar sólo algunas "conjeturas sensatas". Es, por cierto, imposible probar una correlación necesaria entre "división del trabajo" y el "sistema de colocación-incentivación" actual. Pero profundizaciones futuras podrían



mostrar la dificultad de resistir fuerzas que, en presencia de la primera, se encaminan hacia el segundo.

## 12. Reseña de las explicaciones existentes

Motivo de constante sorpresa para el lector de Marx y Engels es la atención que estos autores dedicaron a oscuros y a menudo muy pobres ideólogos burgueses, y la rigurosa meticulosidad con que refutaban sus argumentos, cuando el problema era importante. La cuestión que ahora consideramos es enormemente importante. La ideología burguesa, con su pesimismo y su no historicidad innatos, domina casi sin oposiciones. Encogerse de hombros y encerrarse confortablemente en el retiro de cualquier ortodoxia de grupo es grave error. Hay que transitar, pues, una crítica de las explicaciones existentes.

Hace ya tiempo, la sociología burguesa se volvió hacia la división social del trabajo, en la búsqueda de las causas de la desigualdad social: "ya que, en especial en las sociedades modernas, tendemos a asociar el rango social con la posición laboral, nos vemos llevados a inferir que, de hecho, las diferencias de clase se basan en la diferenciación de las ocupaciones"<sup>21</sup>. En esta forma genérica la respuesta es insuficiente: la noción técnico-organizativa de división del trabajo no implica de por sí una distinción de clase social entre los diversos trabajos fraccionados. Técnicamente todos los trabajos divididos pueden ser indispensables para el cumplimiento del plan productivo. "De hecho, cuando asociamos una jerarquía social con las actividades divididas, lo hacemos por un acto adicional de evaluación"<sup>22</sup>. Entonces, habrá que explicar este elemento adicional, la superposición de una estructura social de desigualdad y la estructura técnico-organizativa del trabajo dividido.

La teoría funcional de la estratificación social es una respuesta muy conocida<sup>23</sup>. En líneas generales el punto de partida de esta teoría es la premisa siguiente: las "posiciones" definidas por la división social del trabajo no son igualmente importantes. A fin de asegurar la ocupación de los puestos por personal idóneo, cada sociedad desarrolla un sistema de recompensa diferenciales. En sustancia, se trata de un modelo pseudo-económico de oferta y demanda. El *homo oeconomicus*, que reacciona por solicitaciones "individualistas" es una conjetura. La distribución desigual de las fuentes

es consecuencia de su escasez y de la escasez de talentos idóneos. Bien pronto en el propio ámbito de la sociología burguesa se comprobó que la respuesta no tenía valor. Dentro de sus límites ideológicos, un marxista puede estudiar con provecho el debate que siguió al planteo de la teoría. Aquí será suficiente evidenciar un interesante paralelo con otra bien conocida doctrina burguesa, que considera a la ganancia como recompensa de la penuria de elemento humano dentro del sistema capitalista. La apariencia parece alentar a ésta, como a todo planteo teórico. Algunos talentos no abundan, en efecto y muchos pueden escasear en determinado momento o determinado sistema social, como por ejemplo el capitalismo. Aquí está el meollo de la cuestión.

Si la "demanda" que proviene de la actual estructura de la división del trabajo es un dato bastante claro, la "oferta" depende en esencia de los mecanismos de instrucción y de selección adoptados en el sistema social. Estamos dentro de un círculo vicioso, porque sabemos que es la estratificación social la que genera los "Periquitos" de la escuela de Barbiana, y que existe entonces una componente esencial generadora de la "escasez", (las escaseces de que se habla muy pocas veces son escaseces "naturales"). En general, en ningún caso podemos considerar como dato los mecanismos de instrucción y selección que operan en el sistema. Entonces hay que concentrar la atención en estos mecanismos y en la forma en que se los maneja a efectos de reproducir desigualdades sociales. Hoy se los maneja claramente para generar una mayoría de individuos cuya única actividad remunerada posible sea el "trabajo dividido". Además esos mismos mecanismos tienden a dosificar con cuidado el número de personas que estén destinadas a ocupar los puestos socialmente más elevados. En última instancia, la estratificación, o sea el acceso diferenciado a recompensas sociales, parece fruto del ejercicio de un poder monopolizador. Este último genera, ya sea la escasez de "candidatos adecuados" para ciertos puestos, ya sea el reconocimiento de la importancia fundamental de los mismos.

## 13. Una indicación de análisis

La misma sociología burguesa parece orientarse hacia esta categoría explicativa<sup>24</sup>. Pero hemos visto que se trata de indicaciones parciales, usadas eclécticamente junto a muchos otros argumentos. Des-

pués del hundimiento, reconocido, de la teoría funcional, ninguna nueva surgió para sustituirla. Pero, las observaciones anteriores, si son convincentes, podrían explicar el origen y formas de ejercicio de aquel poder monopolizador, aun en situaciones en las que haya desaparecido la propiedad privada de los medios de producción, o ésta esté sujeta a fuertes transformaciones. Un marxista, pues, no debería atrincherarse en una defensa de lo que en Marx constituía una identificación *históricamente determinada* de los orígenes del poder de clase, la propiedad de los medios de producción, porque en estos momentos estamos fuera de esas condiciones históricas. Asimismo podría reconocer las transformaciones de las "fuentes" del poder, sin traicionar el sentido del análisis marxista.

Nuestra hipótesis es que se volvería a encontrar la misma causa final: la división del trabajo. Pero no ya en la forma ingenua criticada antes, cuando vimos que la noción técnico-organizativa de división del trabajo no implica de por sí una distinción de rango social entre los trabajos divididos. Comprobaríamos, en cambio, la influencia ejercida por ese fraccionamiento en la distribución del poder en la sociedad.

Aquí llegamos al fondo del problema. Las funciones definidas del trabajo fraccionado no son distintas sino desiguales, ya sea en cuanto a las posibilidades de auto-realización que ofrecen, o en cuanto al poder que permiten ejercer sobre otros individuos. Por la naturaleza de la "división del trabajo", la colocación en estos cargos es permanente y por tiempo completo. Permanente, porque el individuo ve muy reducidas sus posibilidades de ocupar en el transcurso de su vida cargos muy distintos de los señalados por los parámetros de poder y auto-realización. Por tiempo completo, porque el trabajo así "dividido" compromete la mayor parte del tiempo y de las energías del trabajador.

Marx analizó exhaustivamente el capitalismo "clásico", una de las diversas formas históricas con que se manifiesta la desigualdad estructural. De ésta proviene la legitimación social de la estratificación, el "reconocimiento" de la distinta "importancia funcional" de las posiciones establecidas por la división del trabajo, el sistema normativo que así lo impone, el "consenso" social o sea la ideología de la clase dominante que lo acepta. Por otro lado, también de esa misma fuente surge la tentativa más o menos lograda de perpetuar tal estado de cosas. De este modo, las jerarquías económicas, políticas, administrativas y profesionales tienden a reproducir el

consenso social dentro del cual dominan, mediante el uso dirigido del sistema educativo, económico y político. Se trata de una tesis que exigiría estudios muy profundos referidos a las realidades institucionales más complejas, por ejemplo el "socialismo" y el capitalismo desarrollado. Pero carecemos de análisis rigurosos referidos a estas estructuras políticas, a diferencia de lo que ocurre con los modelos históricos precedentes. Un modelo de sistema feudal o de capitalismo clásico es mucho más simple que el del capitalismo "tendiente" a la meritocracia, o el del socialismo soviético. La fuerza bruta, la posesión de los medios de producción han sido sustituidos por instrumentos más sutiles de control del sistema político y educativo y de manejo del consenso social.

Por último, el origen de las desigualdades sociales se asienta en las desigualdades "estructurales". Esto mismo puede sostenerse acerca de aquellas situaciones en las que, temporariamente, las desigualdades sociales parecen atenuarse. Así ocurre, por ejemplo, durante la fase más intensa de un proceso revolucionario. Otro tanto sucede en una situación de emergencia que interesa a toda una comunidad, ya sea una calamidad natural, o la agresión de un enemigo. O sea que en caso de movilización colectiva se debilitan, momentáneamente, las características negativas del sistema social y las relaciones interpersonales que hemos descrito antes. Los escasos recursos se distribuyen de modo más igualitario, a menudo justamente según las necesidades. Se crea una intensa solidaridad colectiva y pasan a segundo plano las motivaciones individualistas. La participación política se vuelve continua y apasionada. Estas situaciones entusiásticas tienen su origen último en la ubicación focal de los motivos que unen comunitariamente a los miembros de la sociedad. Mientras tanto, causas divisionistas pierden intensidad en razón de la igualdad frente al suceso excepcional que permite considerar irrelevantes, como lo son, las diferencias que separan en condiciones "normales". Cuando estas circunstancias de real igualdad desaparecen, al alejarse el estado de emergencia que las originara, el peso de la desigualdad se vuelve a sentir.

No hay que ilusionarse acerca de la permanencia de estas circunstancias excepcionales, ni tratar de suscitadas artificialmente, lo cual sería peor. En cambio, habrá que tratar de reducir dentro de la "normalidad" esas situaciones estructuradas de desigualdad que están en la raíz de la estratificación social, del retorno al individualismo y de la falta de solidaridad y participación. Este es el

sentido de la propuesta que brindamos en la sección final.

#### 14. ¿Hacia el estado industrial?

Frente a las semejanzas apenas aludidas entre capitalismo desarrollado y socialismo soviético, frente a las fuerzas que parecen imponer esta solución, es bastante comprensible el predominio de una visión escéptico-pesimista, que tiene en Weber su origen y caracteriza toda la sociología sistemática moderna. Hay, por cierto, unas pocas excepciones, en especial metodológicas, que se oponen a los devaneos extremos de "convergencias" completas.

La unidad de análisis no es el capitalismo, como específico sistema de producción, sino el Estado Industrial. Las "exigencias funcionales" de éste dentro de la sociología sistemática moderna desempeñan el mismo papel que en Marx el modo histórico de producción. Esto significa que funcionan como criterio unitario de explicación de los distintos aspectos de la estructura social, desde la estratificación al sistema político. Se dan varias posibles alternativas institucionales, que todavía no pueden ser radicalmente distintas.

Se trata de una ideología, de una teorización de lo existente como necesario. Su fundamento final de credibilidad se asienta en diversos hechos: la experiencia histórica no le ha opuesto hasta ahora radicales desmentidos; el "socialismo" de los países industrialmente avanzados presenta características muy similares a las que se observan en los países capitalistas; la experiencia china, y en general el socialismo de los países subdesarrollados, están todavía abiertos a muchos posibles caminos; más allá de las concretas experiencias históricas, el análisis teórico puede, efectivamente, detectar fuerzas que tienden a reproducir la desigualdad, el individualismo, la falta de solidaridad y de participación. La tendencia a considerar que las características comunes que nos muestran las experiencias históricas son "exigencias funcionales" de cada organización industrial compleja, y por lo tanto no resistibles, revela la naturaleza ideológica de esta visión. También un análisis insuficiente de las causas que generaron esas exigencias y la historicidad de este planteo, lo delatan. Por otra parte, el conflicto potencial que se encierra en esta solución particular de la distribución de las actividades divididas en la sociedad, se muestra en la proclividad a subestimar las condiciones.

Un análisis como el que sugerimos antes, identificando con la "desigualdad estructural" de los trabajos fraccionados la causa principal de las desigualdades sociales, ya sugiere alternativas radicales. Y, aun prescindiendo de éstas, permite entrever, para el "estado de transición", estrategias que no comprometen la posibilidad de un acercamiento al socialismo: el tipo de estrategias que ilustra la experiencia china, si no nos equivocamos.

#### V. ¿SE TRATA DE CONSECUENCIAS INEVITABLES?

A pesar de "la apertura a la esperanza" que ofrecen estas últimas afirmaciones, estamos convencidos de que en la tradición socialista existen obstáculos que se oponen a una acogida favorable para las tesis sostenidas en la sección precedente. Se nos preguntará ¿y los consejos? ¿y China? Puede parecer desalentadora la necesidad de recurrir a profundas (y hasta ahora apenas intentadas) alteraciones de la división del trabajo, para realizar un ordenamiento socialista suficientemente sólido. Una evaluación de estos grandes mitos, aunque sea brevísima, será oportuna para evitar equívocos. Primero consideremos la propuesta consiliar, a menudo replanteada en condiciones de industrialismo desarrollado, y que por ello no implica una discusión de los problemas adicionales que presenta el subdesarrollo. Luego hablaremos del subdesarrollo y de China.

#### 15. La propuesta consiliar

Ya que se habla de "consejos" en muchas acepciones distintas, delimitemos de inmediato qué abarcamos con este vocablo. Queremos referirnos a una propuesta de organización económica y política a la vez, pasible de ejecución dentro de un estado socialista. El consejo es, al mismo tiempo órgano de gestión de la unidad económica que lo genera, y núcleo básico de formación de la voluntad política. Evidentemente debe existir una cierta estructura centralizante entre los diversos consejos, que limite su autonomía y los coordine con seguridad. Las dificultades comienzan aquí, en general.

Muy distinta de ésta debe ser la propuesta de movilización política socializante dentro de un país capitalista, que estará centrada

en la experiencia directa de los trabajadores unidos en un mismo lugar de trabajo —fábrica, escuela— o a través de una misma experiencia laboral, aunque haya sido vivida en distintos lugares. La experiencia y situación comunes, la vecindad física, constituyen en estos casos puntos de enganche para una movilización masiva. Para que tal movimiento se convierta en un hecho político, debe trascender rápidamente el momento reivindicativo-corporativo a fin de ver en las relaciones de producción dominantes la causa última de las experiencias negativas y frustraciones que mancomunaron a los participantes.

En todas las experiencias concretas, ni bien se inicia el proceso de construcción del estado socialista se presentan las dificultades. Este hecho se produce una vez que se ha superado la fase heroica de la iniciativa revolucionaria, que a menudo implica un relativo aislamiento de las experiencias consiliares, o una coordinación de ellas en la que prevalecen fines de movilización y lucha. Sin duda que el estado de atraso económico de la Rusia soviética pesó notablemente para imponer el fin de la experiencia consiliar. Pero también en condiciones de desarrollo existen motivos que hacen problemático el éxito de ese tipo de experiencia, en el caso de que deba mantenerse la división del trabajo que ya conocemos. Se trata de las necesidades de coordinación nacional y de los vínculos que ellas establecen.

La coordinación nacional implica: a nivel económico, la obediencia a un plan que asigna a cada unidad productiva márgenes de iniciativa necesariamente limitados; a nivel político, una cierta forma de democracia representativa. Por otra parte, el mantenimiento de la división del trabajo acarrea el tradicional reparto de las actividades. A lo sumo podemos pensar en formas limitadas de rotación de los cargos y en una fuerte igualación retributiva. Pero los trabajos que la mayor parte de las personas desarrollan son las ya bien conocidas funciones fraccionadas que no comprometen una estable participación integral. Es distinto el caso actual de la zafra en Cuba, que tiene detrás de sí el estímulo de la creación de movilización colectiva. Pero no hay que acudir a pretextos artificiosos.

Hemos visto que, a nivel político y productivo, existen fuertes ataduras en el real poder deliberante de la unidad consiliar. Además, la experiencia de trabajo conocida, que se utiliza como base, no motiva una participación apasionada. La única excepción son los consejos que se forman en sectores cuyas actividades, desarrolladas

por la mayor parte de los participantes, son especializadas: investigación científica, arte, enseñanza. En estas condiciones ¿cómo hacer de los consejos comunidades políticas vitales? ¿sobre qué temas puede versar la discusión política y la influencia de la comunidad? ¿sobre la comida en las empresas, o sobre las excursiones colectivas?

Con estas notas problemáticas no queremos de ningún modo negar toda validez a la propuesta consiliar. Más bien nuestro fin es evidenciar los límites internos de este sistema, evitar entusiasmos demasiado fáciles, encaminar la "fantasía política" hacia una solución aceptable. Quizá sea necesario abandonar la hipótesis que sostiene que los consejos son unidades administrativas, dado lo limitado del poder directivo que tendrían en un estado industrial planificado. Quizá tengamos que reducirnos a asignarles la solución del conflicto admitido en el campo industrial, como correctivo de una planificación demasiado rígida.

Hay otra propuesta que considera a los "consejos" como instrumento de movilización y de lucha en un estado capitalista. Pero choca contra dificultades derivadas, en el fondo, de la misma matriz, a pesar de las distintas circunstancias. Tal como Magri<sup>25</sup> planteó recientemente el tema, se trata de una especie de generalización del momento inicial del movimiento estudiantil, en el que reivindicaciones y frustraciones, experimentadas dentro de una específica institución, se fusionaron en el crisol del movimiento de masas. La resultante es una revuelta política contra el papel que se asigna a la institución en el orden capitalista.

Concordamos con Magri en que el movimiento estudiantil y el mayo francés, por su manera de devenir "políticos", están entre los hechos más extraordinarios y ricos de esperanza de estos últimos años, dentro del suceder de los países capitalistas desarrollados. Sin embargo, también conocemos los desarrollos posteriores de estos movimientos, cuya explicación nos remite a una profunda dificultad de generalización y de desenvolvimiento organizativo de esta propuesta. En el fondo se trata del mismo problema de siempre: la difícil compatibilidad entre espontaneidad y organización central. En una etapa de crítica y de agitación, como instrumentos de movilización en un país capitalista, las dificultades serán menos graves que en una época de construcción dentro de un estado socialista. Pero igualmente existirán, y un simple replanteo de la experiencia consiliar, que no enfrente estas dificultades y no sugiera una solución, está condenado a la esterilidad.

En conclusión: una intervención a nivel de la organización productiva y de las superestructuras político-sociales, como la creación de una estructura consiliar, está destinada a notorios riesgos de involución, si se deja intacta la actual división del trabajo. En una etapa de transición, puede existir la necesidad de correr esos riesgos, y combatirlos con armas menos poderosas que la radical reorganización de la división del trabajo. Pero será preciso que exista clara conciencia de ello para marchar lo más rápidamente posible hacia este fin. Tendremos que considerar un poco mejor el caso en que no es posible llegar con prontitud a una alteración radical del trabajo dividido. Asimismo habrá que prestar atención especial a las medidas que pueden tomarse en un período de transición que puede ser muy largo. Es el caso de los países que pasan a relaciones de producción socialistas, en condiciones de subdesarrollo. En especial nos referimos a China, que entre todos, es el país que cumple los más conscientes intentos de combatir los riesgos de involución conectados con el necesario mantenimiento y desarrollo de la actual división del trabajo. En esta ocasión sólo indicaremos algunos problemas.

#### 16. La situación de los países socialistas económicamente subdesarrollados

Si las tendencias anotadas son reales, se establece entonces una neta diferencia de "potencialidad". Por una parte, están los países que transitan al socialismo en condiciones de desarrollo económico elevado. Por otra, los países que adhieren a la doctrina socialista en condiciones de subdesarrollo, como ha ocurrido casi siempre. Desde este punto de vista, y no solo desde él, la importancia atribuida por Marx al nivel de madurez de las fuerzas productivas está plenamente justificada.

La diferencia es ésta: los países desarrollados pueden, al menos en un plano técnico, buscar una nueva organización del trabajo que cambie las características que antes describimos como estrechamente asociadas a la división del trabajo actual. En cambio, los países subdesarrollados no pueden; deben limitarse a medidas parciales en la esfera de la economía y de la organización. Les queda abierto el camino político para combatir las tendencias sociales de la división del trabajo que se ven obligados a adoptar. Además, tienen que

sobrellevar un largo período durante el cual la división del trabajo no podrá separarse netamente de los ejemplos cotejados hasta ahora.

La razón es muy simple. Se trata de países con productividad muy baja. Ello significa que el trabajo de la gran mayoría de la población se emplea para satisfacer sus propias necesidades vitales. Para alcanzar una situación de madurez económica es preciso intensificar fuertemente la acumulación. Además, a menudo resulta imprescindible elevar los niveles de vida de la población, incluso políticamente.

Dados determinados recursos físicos, humanos y de enseñanza, es imposible organizar la división del trabajo de modo sustancialmente distinto de aquél que hasta ese momento ha resultado el más eficiente para el desarrollo económico. En otras palabras: exigencias de producción y acumulación comprometen por completo las energías laborales de todo el país. La forma eficiente del uso de este trabajo es la del trabajo dividido según un plan. Y a partir de esto se producen las consecuencias anotadas.

Está claro que se trata de consecuencias tendenciales; todavía quedan varios medios aptos para combatirlos. Algunos instrumentos participativos y de control no anulan necesariamente la eficacia de la producción, sino que a veces llegan a aumentarla. Otros medios pueden comprometerla, pero el conflicto entre eficacia y educación política puede resolverse a favor de la segunda. Sobre todo si las sacrificios no son excesivos y el país logra ubicarse fuera de la "comparación" con los vecinos "que han elegido el camino del capitalismo". En cada caso se debe buscar una consciente intervención política contra las consecuencias involutivas de la "acumulación originaria" socialista.

#### 16.1 EJEMPLO I: UNION SOVIETICA

Habría que considerar brevemente el ocaso de los soviets, sin caer en el típico error del "determinismo retrospectivo" que concibe a Stalin como necesario. Y a la vez tendremos que poner de relieve las fuertes tendencias que se opusieron a la victoria de aquéllos. Véanse en especial la debilidad política de la Kollontai, el "estalinismo" de Lenin y de Trotski cuando estaban en el poder, etcétera.

Encontrar ejemplos concretos. Es oportuno recordar este período

en la actual coyuntura de entusiasmo por China. Considerar las medidas de Stalin, la praxis estajanovista, la ideología actual<sup>26</sup>.

## 16.2 EJEMPLO II: REPUBLICA POPULAR CHINA

Ya anticipamos el encuadre para un juicio: China está cumpliendo un esfuerzo poderoso y consciente para rechazar las tendencias involutivas contenidas en la gestión centralizada de la "acumulación originaria" y en la necesidad técnica de la división del trabajo<sup>27</sup>.

Algunos problemas:

1. El costo económico de la revolución cultural. ¿En qué medida las grandes "campanas", el "gran salto hacia adelante", y la "revolución cultural", es decir los grandes movimientos de masa estimulados por Mao, han sido negativos para el desenvolvimiento económico? ¿Qué intereses fueron perjudicados? Existe una tesis genérica muy difundida que sostiene que Mao sacrificaría deliberadamente el fin del desarrollo económico para favorecer la creación de una elevada conciencia política de las masas. Se suele decir que esta tesis está equivocada, pero todavía habría que demostrar una plena compatibilidad de ambos fines. Más bien, habría que comparar el "modelo de desarrollo" de Mao con otros, alternativos, para percibir en qué medida y de qué modo se manifiesta una situación conflictual entre "rojo" y "eficiente". Por ahora, especialmente después de la experiencia negativa del gran salto, no se puede desconocer la existencia de este conflicto. Ni se puede negar que las tesis de Liu puedan encontrar arraigo masivo en sectores dañados por el desfase nacido de las medidas de Mao. Una interesante tentativa de definir el modelo de desarrollo económico maoísta es el artículo de Gray, publicado nuevamente en este mismo número. Pero falta una evaluación económica de la revolución cultural, el momento más extremo de todos los que otorgaron "la primacía a la política". Falta también una verificación del modelo de desarrollo sobre la base de una confrontación con los hechos.

2. La ausencia de una institución de revolucionarios culturales. El apoyo de Mao y del ejército ha sido un elemento fundamental para el éxito de la revolución cultural. ¿Y si cambia el grupo dirigente? El problema de los mecanismos institucionales que garantizan el éxito de una revolución "periódica" es muy importante, ya que no se puede responder exhaustivamente a esta pregunta insis-

tiendo en la transformación de las conciencias, que se haya producido en el ínterin. Se trata de una respuesta ideal, ya que la estructura económica genera, a continuación, a los Liu. No estamos ante residuos capitalistas, sino ante mentalidades continuamente reproducidas por la división jerárquica del trabajo. Estos individuos anteponen el éxito económico y la eficiencia (definidos en un contexto limitado), es decir los fines de las instituciones con las que se identifican, a los fines de una formación socialista y de un desarrollo equilibrado<sup>28</sup>.

3. Habría que estudiar atentamente el significado de las soluciones "participativas" adoptadas en fábricas, establecimientos de campo, escuelas y otras organizaciones, desde el punto de vista de los vínculos que evidenciamos al hablar de la solución consiliar. ¿En qué medida se nos escaparon? Si se nos fueron de las manos, tal como parece ¿en qué medida se debió a la acentuación de la "euforia crítico-revolucionaria" de la "rebelión"? Si es así, el origen de los hechos del movimiento francés de Mayo y del movimiento estudiantil es el mismo: los movimientos participativos han sido, en especial, momentos de crítica y discusión. Los problemas aparecen luego. ¿Cómo transformarlos en momentos constructivos y de avance?

Las condiciones de subdesarrollo, y deliberadas intervenciones políticas, pueden facilitar aún una muy eficaz participación básica incluso a nivel de "realización". Las primeras, porque todavía limitan la interdependencia y el intercambio entre vastos sectores y zonas del subcontinente chino, permitiendo así una relativa independencia, sobre todo en el sector agrícola. Las segundas buscarán a través de la estrategia de desarrollo modelos lo menos centralizados que sea posible, que en cambio generen vínculos y estimulen al máximo la iniciativa y la participación de cada unidad productiva. En parte, al menos, cae uno de los nexos que obstaculizan una viva participación básica en el momento de concretar la unidad productiva. Pero el problema a resolver se planteará luego, cuando el desarrollo industrial haya establecido estrecha relación de interdependencia entre todos los sectores y áreas del país.

Ahora nos tendremos que limitar a indicar ciertas pautas de investigación que habrá que seguir. De todos modos, quisiéramos concluir con una nota de optimismo. A pesar de que las dificultades que hay que salvar son muy grandes, no se impone, insuperable, una respuesta negativa a los problemas expuestos. La desigualdad, la

ausencia de participación política tienden a asociarse con una cierta forma de división del trabajo. Pero no está dicho que la particular situación histórica de un país o intervenciones concienzudas a nivel político, social y económico no logren contener la división del trabajo en un plano que no corte el paso a formas superiores de organización, apenas se presente la oportunidad. Saber contra qué se está luchando nos llevará a no subestimar al enemigo.

## VI. UNA ALTERNATIVA

### 17. Las divisiones del trabajo en el socialismo desarrollado

Sólo en una situación de elevado desarrollo científico-económico se dan las condiciones para cortar de raíz las consecuencias de la división social del trabajo. O sea, se torna de hecho posible una distinta organización de la división del trabajo por la cual: a) la "alienación", es decir las consecuencias individuales del trabajo dividido, se reduce y distribuye más igualitariamente; b) desaparece la fuente primera y evidente de la distribución desigual del poder en la sociedad. Sería ilusorio creer que se ha eliminado con esto toda fuente de desigualdad del poder. Pero, cuando menos, el problema se replantea en términos mucho más avanzados.

Por cuanto dijimos antes acerca del trabajo dividido y del trabajo especializado, la "solución" consistirá en:

- una reducción radical de las actividades que exigen trabajo dividido. Esto se puede lograr no sólo mediante el progreso técnico, sino también por la voluntaria reestructuración de los consumos (uniformidad, estandarización); por la distribución del trabajo dividido entre toda la población laboral (igualdad); por la ampliación de la población laboral misma (inclusión de las mujeres en la masa laboral);

- una distribución igual del trabajo dividido entre toda la población. Esto no es solamente un recurso para reducir la carga media de trabajo, ni se trata sólo de la ejecución de consiguientes valores igualitarios. También se tiende a esto: si una sociedad comunista

debe distinguirse de las estructuras que la precedieron, debe entonces desaparecer la diferencia entre "masa productora" y consumidores, aunque éstos lo sean en representación de la clase obrera. Por primera vez en la historia existirá una sociedad compleja en la que producción y consumo sean actividad de cada individuo: la producción será una contribución a la "naturaleza", que cada uno sentirá sobre su piel y no podrá rechazar para que otros la sobre-lleven solos. Por otra parte esto no implicará una regresión por la parvedad del esfuerzo individual requerido. Sobre todo, se trata de un instrumento para reducir al máximo las tendencias a la emersión de profundas diferenciaciones de poder, y las coagulaciones sistemáticas que se derivan. Las funciones dentro del proceso productivo, al ocupar una fracción pequeña del tiempo de trabajo de todos, no serán ya el origen de la estratificación social. Los cargos importantes serán los que cada uno ocupe después de haber "pagado" su gabela a la naturaleza. De este modo tendrá que desaparecer toda tendencia a una restricción de los procesos de enseñanza, que hoy resulta imprescindible para perpetuar la actual división del trabajo. Las actividades que se cumplen fuera del reino de la necesidad exigen la máxima instrucción.

### 18. Una digresión: el marxismo y la utopía

En el párrafo anterior abandonamos el terreno relativamente sólido del análisis de sociedades existentes y de las consecuencias de la actual solución de la división del trabajo. Ahora entraremos en el campo mucho más ambiguo de las posibles consecuencias de una radical alteración de este orden. Tendríamos que mantenernos dentro de un análisis que se base en los conocimientos disponibles acerca de las exigencias de sociedades industrialmente complejas. Pero si antes teníamos modelos históricos que servían para mostrar la corrección del análisis, ahora nos faltan.

Antes de proseguir quizá será oportuna una referencia explícita a la visión del socialismo en la tradición socialista.

Partiremos de Marx, porque en él, y no sólo en su etapa de juventud, encuentra expresión particularmente elevada el "ideal" del socialismo. También porque a él se remiten todos los que abominan de las utopías y proyectos. No está entre nuestras posibilidades de análisis ni siquiera esquemático de las concepciones del socialismo

en Marx. Por otra parte podemos encontrarlo en otros autores, aunque tenga distinto enfoque<sup>29</sup>. Nos limitaremos, pues, a indicar sumariamente algunas líneas de profundización teórica indispensable.

a) Una primera aproximación, exegética, se refiere en particular al sentido y especificidad de la crítica marxista-engelsiana al socialismo utópico. Además, aludirá al papel efectivo que en ambos desempeña la "referencia ideal", tan abiertamente expresada en la juventud.

En cuanto al primer punto, nuestra impresión es que las críticas plenamente justificadas en las comparaciones de los socialistas utópicos, luego de algunos anarquistas, no se dirigen contra tentativas científicas de individualizar contornos esenciales de ordenamientos alternativos de la división del trabajo. Por científicas, entendemos tentativas conscientes de las exigencias funcionales de las sociedades complejas. Pero además, entendemos que la marcha hacia estos nuevos ordenamientos nace de fuerzas generadas en la contradicción del orden presente. Justamente la ausencia de estas características justificaba la crítica de Marx y Engels a los socialistas utópicos.

En cuanto al segundo punto, nuestra impresión es que la referencia "ideal" tiene un papel muy importante en el rumbo de la actividad científica del Marx maduro. En particular nos parecen extremas e inaceptables las distinciones y valoraciones de la obra de Marx, planteadas por Althusser y su escuela.

b) La importancia de una referencia "ideal" tiene que ser exaltada en el estado actual de la teoría revolucionaria. La exposición es demasiado amplia y remitimos necesariamente al lector a una referencia crítica importante, pero que no compartimos en su totalidad<sup>30</sup>. La relativa insignificancia de un "proyecto consciente" está íntimamente ligada a interpretaciones deterministas de la doctrina marxista sobre la revolución. Para precisar, la doctrina expuesta en el "Prólogo" a la *Contribución a la crítica de la economía política*. Si la consecuencia "inevitable" de las contradicciones del capitalismo desarrollado es el socialismo, es estéril tratar de anticipar sus rasgos esenciales. Ya recordamos que la teoría marxista de la contradicción y del agente revolucionario trata de una crisis profunda. Cualquier tentativa de replanteo que tuviese en cuenta la extrema variedad de "situaciones revolucionarias", generadas por el imperalismo y por el "socialismo anticipado", tendrá que otorgar probablemente un espacio mucho mayor al proyecto consciente de los agentes revolucionarios.

c) Aparte del Marx joven, y de aquel famoso pasaje "utópico" de *La ideología alemana* que ya recordamos, un importante enfoque de profundización exegética tendría que tratar de poner en evidencia el papel que Marx asignó a la "división del trabajo" instaurada por el capitalismo. Ya hemos dicho que tal división está intacta en su sustancia hoy, aunque se haya destruido la propiedad privada de los medios de producción. Sabemos que Marx atribuía gran importancia a los fenómenos de "recomposición de las actividades" cuyo desarrollo y límites ya consideramos. Sabemos que él asoció siempre al socialismo con un gran desarrollo de las fuerzas productivas, que originaría una reducción de la tasa que la sociedad debe pagar a la naturaleza. "Presupuesta la producción colectiva, es naturalmente esencial la determinación del tiempo. Cuanto menos tiempo necesita la sociedad para producir cereales, carnes, etc., tanto más habrá ganado para otras producciones materiales y espirituales. Tal como en el caso del individuo aislado, la universalidad del desarrollo social, del aprovechamiento y la actividad dependen del ahorro de tiempo. Economía de tiempo, a ello se reduce, en última instancia, toda la economía"<sup>31</sup>. También es sabido que Marx consideraba que la "división del trabajo" impuesta por el capitalismo era letal por ser raíz de la división de clases, y pasible de eliminación. Pero dentro de la doctrina marxista no parece existir un análisis preciso de la relación entre división del trabajo y estratificación social. No percibimos una conciencia plena de la posible permanencia de esta división del trabajo, aun después de la primera etapa de desarrollo de una sociedad socialista. Por consiguiente, no hay alusión a la necesidad de combatirla deliberadamente apenas aparezcan las posibilidades técnicas. Pero habría que estudiar mejor el problema.

Tampoco hallaremos nada de esto en Lenin, en los prolegómenos de la revolución (*El estado y la revolución*). Una lectura actual de este hermosísimo texto es muy instructiva. El problema de fondo es el del estado, del poder y del derecho, en particular en la primera etapa del estado socialista: "a cada uno según su trabajo". Pero no se puede resolver los mismos problemas que se planteaba Lenin sin un análisis de la división del trabajo y por lo tanto de la estructura de clases. En esto Lenin no da ni un solo paso más adelante que Marx. La argumentación se centra en que la expropiación de los medios de producción y su administración colectiva elimina la forma específica del poder capitalista de clase. Pero falta una clara certeza de que tal poder, o un poder jerárquico muy



parecido, puede renacer mediante la división del trabajo. Por supuesto que está muy claro que la administración de la economía debe implicar la plena participación de todos los sujetos. Pero esta participación se representa como un asunto demasiado simple. "El censo y control en todos estos campos han sido *simplificados* en extremo por el capitalismo que los redujo a operaciones extraordinariamente simples de supervisión y registro, y a la retención de recibos, actividades accesibles a todo aquél que sepa leer, escribir y realizar las cuatro operaciones"<sup>32</sup>. Sin embargo la situación no es esta misma.

Entre los pensadores contemporáneos, Marcuse tiene el mérito reconocido de haber visto la importancia del problema de la falla del socialismo soviético y la ausencia de un esquema alternativo. También, aunque sea en forma parcial, ha individualizado como origen de tal situación a la división del trabajo y afirmó con energía la posibilidad "técnica" de un ordenamiento distinto. Su defecto esencial es la falta de una aproximación científica. Este no es lugar para una crítica exhaustiva; nos limitaremos a indicar los vectores de un posible estudio.

Se podría empezar por estudiar su concepto de *necesidad*, atribuido esencialmente a las condiciones materiales de producción. Allí se produce "el fin de la utopía", porque se dan condiciones técnicas de producción que pueden reducir la producción de los valores indispensables de consumo a una pequeña fracción del tiempo de trabajo individual. Después habría que analizar el "reino de la libertad", esfera de actividades erótico-lúdicas no bien definidas, socialmente no regulables. Se ignora por completo el enorme sector de actividades que son *socialmente* indispensables, aunque no produzcan los bienes físicos de subsistencia, y las ataduras que esas imponen a la libertad individual. El *homo ludens* de Marcuse es una imagen no menos utópica que la del pescador-cazador-crítico de Marx.

En un plano más general, habría que atacar el extremismo de su crítica a la eficiencia y a la ciencia burguesa. El discurso sobre el uso capitalista de las técnicas y de la ciencia, es un texto científico que habrá que considerar con mucha cautela.

Por último, una crítica a su "pesimismo", a su concepción de un proyecto de integración capitalista, que abarca sin escapatoria a cada sector de la experiencia individual, desde la praxis de trabajo a los procesos de conceptualización. Las contradicciones desaparecen

porque la ideología capitalista induce a no verlas ni sentirlas. Se trata de un pesimismo más acientífico aún que el optimismo determinista de los marxistas ortodoxos.

### 19. El trabajo necesario, trabajo social, actividad libre

El trabajo "necesario" está constituido por las actividades divididas. El carácter necesario de tal trabajo estriba en la obligación, que experimenta toda persona activa, de asumir una parte de las actividades divididas. A pesar de los progresos de la técnica, dirigidos hacia su eliminación, dichas actividades subsisten como necesidades técnicas no eliminables. Su finalidad es producir los valores de uso que permitan un estándar de consumos considerado adecuado.

Más que las formas específicas de este fraccionamiento, que es muy difícil prefigurar, ahora tenemos que esclarecer los motivos que justifiquen un recurso de este tipo. Se dice que no existen tendencias espontáneas de la técnica hacia una rápida y total eliminación de las actividades divididas, y que incluso una dirección consciente del esfuerzo científico hacia este fin puede dejar grandes residuos de ellas. Se sostiene asimismo que a una división del trabajo de tipo tradicional, tiende a corresponder una estructura de desigualdades, por lo cual se hace difícil un "uso socialista" del poder estatal que las combate. Si todo es cierto, corresponderá entonces cortar de raíz estas tendencias que llevan al trabajo dividido a atribuir permanentemente las actividades divididas a un conjunto definido de personas. No existe, pues, otro medio de resolver el problema que el de repartir estas actividades residuales entre toda la población laboral. Si el esfuerzo científico y el compromiso político de la comunidad están encaminados a la minimización de ese residuo, su repartición entre el mayor número posible de personas implicaría una carga media de "actividades" divididas que no impediría el cumplimiento de otras tareas principales.

Estas últimas son las *actividades especializadas*. Una parte de ellas constituye el *trabajo social*; son las que subsistirán y se desarrollarán en una comunidad socialista. Otras, ligadas al actual sistema de producción están destinadas a desaparecer, a reducirse o desmontarse en su pequeño componente de trabajo especializado.

por un lado, y por otro en su mayor contenido de "actividad dividida". El efecto no será otro que un notable incremento de las actividades especializadas que la sociedad requiere: basta pensar en el enorme desarrollo de los procesos educativos, la asistencia social y la investigación científica.

El adjetivo "social" tiende a subrayar que se trata de tareas sujetas a una reglamentación de la sociedad. Asimismo corresponden a exigencias sociales y por lo tanto habrá que estructurarlas para que se cumplan con éstas y garanticen, por ejemplo, continuidad en el servicio, eficiencia, etc. Por otra parte, el trabajo social contiene rasgos definitorios que lo individualizan frente a las "tareas divididas". Aunque se trate del fruto de la división social del trabajo en sentido estricto, aunque a menudo sea parte de proyectos complejos, o sea de elementos coordinados para concretar el fin que el plan general se propone, el trabajo social compromete a fondo las energías intelectuales y emotivas del trabajador, exige una preparación especial e implica continuo proceso de aprendizaje a través de la experiencia. Es muy importante que se considere la base vocacional y que el trabajo constituya un fin por sí mismo. De aquí surge la dificultad de reglar estas actividades, punto de fuga de exigencias individuales y sociales, estas últimas de notorio carácter de obligatoriedad.

De las actividades libres sólo se puede decir que no corresponden a exigencias sociales institucionalizadas. En la amplia medida en que la nueva regulación "liberará" fuerzas de trabajo, ha de aumentar el tiempo libre. La evolución cultural y los nuevos lazos sociales de producción tendrán a su cargo asegurar que no se utilice ese tiempo tal como se utiliza ahora.

## 20. El trabajo necesario; una nueva regulación de las actividades divididas

Los temas que apenas esquematizamos aquí, abarcan un área crucial de investigación. En efecto, se puede concordar con las afirmaciones anteriores, acerca de la necesidad, o por lo menos de la utilidad, de una reglamentación distinta para la división del trabajo, a fin de erradicar las causas fundamentales de alienación y desigualdad tal como hoy se nos presentan. Pero es bien legítimo dudar de la posibilidad técnica de tal regulación y de los efectos que se produ-

cirían en el desarrollo de las fuerzas productivas. Ya vimos que sólo los países altamente desarrollados pueden plantearse el problema de un cambio revolucionario en la división del trabajo. Sin estudios profundos, únicamente se pueden individualizar algunos interrogantes a los que es esencial responder, no ya para expresar las opiniones personales de los autores de estas líneas, sino para superar aquellas dudas.

a) Reducibilidad ulterior de las actividades divididas. Ya hablamos de las tendencias de la técnica moderna, que nos llevan a la mayor reducción de las tareas divididas dentro de la actividad laboral. Y también establecimos que impulsan la reducción del tiempo de trabajo que insumen las actividades primarias y secundarias. Son éstas las tendencias que las relaciones socialistas de producción tendrían que acentuar, dirigiendo el esfuerzo técnico y científico a disminuir el conjunto de trabajo dividido en los bienes a producir. Para tal fin no basta, naturalmente, un análisis técnico de los procesos productivos que generan los bienes consumidos en el ámbito de las relaciones capitalistas de producción, y en las proporciones en que hoy se consumen. Hay que reconsiderar la inversión y las exportaciones netas, junto con la estructura completa del consumo. La suma de trabajo dividido, técnica y políticamente irreducible, es la que está contenida en procesos que ya minimizan el contenido de trabajo dividido, que producen un conjunto de bienes, destinados al consumo, inversión y exportación neta, que se definen incluso evaluando la finalidad de una reducción de las actividades divididas.

Es evidente que, dadas ciertas técnicas que exigen actividades divididas, cuanta mayor cantidad de bienes se produzca, mayor será el total requerido de dichas actividades. Si el conjunto de los bienes que se necesitan es variado, menor será la posibilidad de usufructuar economías de gran escala y estandarización que reducen la exigencia de trabajo por unidad de producción, etc. Se impone, entonces, una elección política para definir el límite mínimo de la suma de actividades divididas, un examen de la carga de trabajo fraccionado, la suma y los tipos de producción (consumo, inversiones, ayuda al exterior, etc.). Dentro de una organización distinta de la división del trabajo, el fenómeno relevante será que cada individuo percibirá que esta elección le incumbe estrechamente.

b) Fraccionamiento del monto "mínimo" sobre el número "máximo" de trabajadores. También en este caso estamos ante un pro-

blema político. Lógicamente, cuanto mayor número de individuos abarque la población laboral, menor será la carga media de trabajo. Si tenemos presente cuán exigua es la "población laboral" en muchos países capitalistas, comprenderemos hasta qué punto es importante la posibilidad de reducción de la carga media, por este camino. La mayor fracción de potencial de trabajo no usufructuado está constituida por las mujeres. Su intervención debe darse en el trabajo necesario y también en el trabajo social. La "liberación" femenina implica necesariamente profundas transformaciones en muchos sectores "superestructurales", desde la familia hasta los servicios para el cuidado de los niños.

Como estos breves apuntes lo sugieren, se trata de campos de investigación amplísimos, en los que se puede avanzar mucho sin encontrar el límite de la "utopía", en el sentido negativo del término. Estimamos que una regulación de este tipo está ya dentro de las posibilidades técnicas de algunos de los países más avanzados. Ya desde este momento, cada individuo podría dedicarse especialmente a otro tipo de actividad, aun sin una completa revolución "socialista" de las técnicas. La base para ello sería una selección mesurada del nivel medio de consumo, para lograr una carga promedio de actividades divididas que así lo permita. Esto responde, por supuesto, a la otra pregunta acerca de la "progresividad" de tal regulación. Su mayor progresividad potencial deriva del hecho de poder utilizar la suma total de los recursos humanos, al máximo de su potencialidad. Y justamente ahora, en una situación en la que la ciencia es la máxima fuerza productiva social, dentro de los países más avanzados.

Más allá de las grandes áreas de problemas, definidas anteriormente, si se reflexiona acerca de una posible aplicación de una nueva regla para las actividades divididas, surgen de inmediato numerosas dificultades. Por ejemplo: no todas las funciones divididas son igualmente "divididas", o sea fatigosas, repetitivas. ¿Cómo contemplar este fenómeno? ¿Cómo resolver los problemas de la incenti-  
vación y del control? Si cada trabajador desempeña de modo principal otra tarea (trabajo social) ¿cómo conciliar ambas actividades? Porque surgirían problemas de horario, lugar, turno, etc. Tratar de responder a todo esto significaría pecar de "prefiguracionistas". Pero en cambio correspondería que nos asegurásemos de la no existencia de dificultades insuperables de aplicación.

## 21. Una nueva regulación del trabajo social: incentivos y estratificación social

En primer lugar, entonces, hay que eliminar las funciones "divididas" para terminar con la fuente de discriminación social y la barrera que obstaculiza un mayor desarrollo de las energías intelectuales de cada individuo. Luego, tendríamos una comunidad de investigadores, docentes y médicos que por muy poco tiempo se desempeñarían como empleados y operarios.

Ya antes bosquejamos un problema general de la reglamentación del trabajo especializado. El trabajo social no es trabajo libre, sino que requiere respeto por las reglas impuestas por las exigencias sociales a las que tiene que servir. Entonces, habrá que conciliar las exigencias de elección individual y las sociales. Habrá que buscar la vía de la realización individual a través del trabajo y, concomitantemente, considerar el imperativo social de prestaciones definidas para satisfacer el consumo.

Otro problema de fondo surge al comprobar que el rol en el proceso laboral es importante para la distribución diferenciada de poder y prestigio. Una vez eliminados los trabajos divididos como fuente de desigualdad, se planteará la forma de "parificar" el peso relativo de los distintos trabajos sociales.

En seguida se comprende que algunas respuestas al primer problema, si preconizan el uso de la incenti-  
vación, pueden comprometer una solución satisfactoria del segundo. Por lo tanto quedan excluidos muchos de los mecanismos que operan en la actualidad: los de "preselección", que dan oportunidades desiguales de acceso; mecanismos autoritarios; mecanismos de incenti-  
vación a través de ciertas formas de prestigio.

Los dos tipos de problemas están considerados en conjunto, pues es necesario obtener una oferta adecuada de trabajo social, en las diversas especialidades que la comunidad requiere. Pero no sólo se trata de pedir eficiencia y cumplimiento. También se hará el menor uso posible de incentivos que comprometan las finalidades de igualdad y realización individual, meta de toda la reglamentación. Naturalmente la demanda, en conjunto y en sus elementos específicos de los servicios de trabajo social, es un dato en este problema. Es un producto de la evolución cultural continuamente sujeta a una reconsideración política. Intentar definirla mejor sería un ejercicio de prefiguración.

¿Cómo igualar la demanda y la oferta? Cada sociedad debe canalizar las energías no definidas de los individuos hacia usos socialmente necesarios. Se trata de aquel problema que ya esquematizamos al criticar las teorías funcionalistas de la estratificación social. Actualmente la cuestión se soluciona manejando la oferta con sistemas de "preselección" (sistema educativo; los "periquitos"; estratificación social). En estas condiciones se "premia" la escasez sobreviniente con mejores remuneraciones, salariales y de prestigio. Es imprescindible un estudio cuidadoso de estos mecanismos en las distintas sociedades industriales, en sus numerosas variantes, en especial aquellas de las democracias populares, y en las disfunciones que se presentan. Así surgirá una rigurosa representación de los problemas a resolver, para llegar a una igualación de oferta y demanda, por el camino de las diversificaciones del trabajo social, operando lo menos posible con sistemas de incentivación diferencial.

Dentro de cada elemento de las actividades especializadas, ¿cómo se estimulan las energías individuales? Hemos visto que actualmente los sistemas principales son los de la coordinación autoritaria, responsabilidad frente al "superior", y los de la incentivación individual, mediante salarios y prestigio diferencial. Estos métodos, ya en los actuales esquemas de producción, manifiestan evidentes signos de crisis. También se nos revelan incapaces de estimular al máximo las energías individuales que requiere la ejecución del plan comunitario. La exigencia de participación en el planeamiento, el control colectivo del rendimiento, la crítica a los métodos burocráticos, son temas comunes en todas las luchas que se desarrollan en sectores donde prevalece el trabajo especializado. No se trata de luchar para que una meritocracia, un sistema donde se entregue el poder a las capacidades excepcionales o a la mayor experiencia, sustituya a la burocracia imperfecta hoy vigente, en la que a menudo gente incompetente o inexperta ocupa posiciones directivas. En cambio hay que pelear por una solución participativa y no jerárquica de los problemas que aparezcan en el estudio y ejecución del plan, y por una distribución igualitaria de las recompensas. Nadie impedirá que la experiencia mayor o las capacidades excepcionales obtengan su puesto donde sean funcionalmente más útiles. Pero esta ubicación no exige con absoluta necesidad una organización jerárquica y retribuciones sociales compensatorias desiguales.

Este último es un punto más importante, porque permite considerar posibles la distribución igualitaria del poder y la coordinación

no jerárquica en el ámbito del trabajo social. Aquella propuesta consiliar que, en el ámbito del "trabajo dividido", aparecía minada por la profunda "desigualdad" de las funciones desarrolladas y la naturaleza alienante de muchas de ellas, se hace más realista si los participantes de una determinada organización de trabajo social están en un pie de efectiva paridad y la regulación de las capacidades específicas y de la experiencia se resuelve de modo no autoritario.

## 22. Poder y conflicto

Para quienes suponían que superar los vínculos capitalistas de producción implicaba superar las clases y lograr la "desaparición" del estado, tendría que haber quedado claro el origen de su "desilusión". Aunque se trate de una premisa indispensable para innovaciones profundas, la mera eliminación de la propiedad privada de los medios de producción puede no ejercer influencias radicales sobre la estructura de clases y sobre el papel del estado. Si la división tradicional del trabajo mantiene vigencia y si el poder político no hace nada para contrarrestar los efectos de tal división, nada variará.

En cuanto a la estructura de clases, nuevamente se crea un alejamiento entre quienes disponen del control de los medios de producción, "por encargo de la sociedad", y los demás. Sólo ha cambiado el mecanismo de selección de los primeros, pero, aunque se reconozca que encaminar las fuerzas de producción debe ser una elección social consciente, pueden faltar procesos políticos que hagan efectiva la participación de toda la colectividad en la definición del camino a tomar. Además la división del trabajo "estratifica" a la colectividad en grupos autoperpetuantes, dificulta las posibilidades de instrucción, diferencia los poderes de decisión y obstaculiza la participación en la tarea de definir las líneas de desarrollo de la sociedad.

Por otra parte es evidente que el estado no se "extingue", en cualquier sentido que se dé a esta palabra. Obviamente ninguno piensa en la posibilidad de la desaparición total de las organizaciones complejas y de relaciones de coordinación siempre más articuladas. La superación del "estado natural" implica un continuo desarrollo de la organización de los vínculos interhumanos, disciplinados según un planteo específico. Tampoco parece ni siquiera en el sentido de una reducción de la coordinación autoritaria, que es la

forma particular de coordinación que acompaña a la actual división del trabajo. Ni en el sentido de una efectiva participación e influencia sobre la dirección del desarrollo social, que parecen ser las únicas formas que, en colectividades de alto nivel técnico y científico, pueden hacer desaparecer al estado, considerado como autoridad, como violencia legitimizada.

Aquí está el problema de fondo. La "desaparición" del estado se busca en una "politización" cada vez mayor de un "estado" que se torna más amplio y complejo. Más amplio, porque llega a abarcar toda forma de intercambio social organizado; el caso más evidente es la recuperación de las funciones del estado, es decir de la decisión política y de la economía. Más compleja, porque el desarrollo de las fuerzas productivas sociales exigen una mayor organización y articulación de los vínculos entre los individuos.

La premisa indispensable de esta mayor politización es el nuevo tipo de repartición de las actividades divididas, necesaria para obtener mayor igualdad "estructural" de las actividades desarrolladas como fundamentales. Además está la distinta posibilidad de articulación del poder dentro de las áreas de trabajo social. Es decir, la posibilidad de sustituir una coordinación jerárquica por una coordinación colaborativa.

Se busca, entonces, la "extinción" del estado mediante formas desarrolladas de participación a nivel de cada unidad productiva en la que se realiza trabajo social, por una parte. Por otra, mediante instrumentos de comunicación y de control que admitan la consulta y la efectiva participación de toda la comunidad en las decisiones políticas más importantes. Acerca del primer camino, ya vimos cómo el "trabajo social", a diferencia del trabajo dividido, admite y estimula formas de participación democrática en la ejecución y definición de un proyecto común de trabajo. Subsisten, como es natural, los vínculos propios de todo trabajo definido por exigencias colectivas y previsto en un plan. Su dinámica es obra de los "ejecutores" sólo en parte; en otro aspecto, debe plegarse a las exigencias de los "requerentes" del servicio o a la finalidad política que se persigue a nivel social. En cuanto al segundo camino apuntado, se puede argüir que los progresos de las telecomunicaciones y del cálculo electrónico, junto con el gran desarrollo de la enseñanza, podrían hacer menos peligrosas ciertas formas de delegación y más fácil su control.

Pero, más allá de los instrumentos que los faciliten, formas y

modos de la participación política dependen de los problemas que suscita la expresión participacional, del conflicto de respuestas prodel trabajo distinta ¿cuáles son las grandes decisiones sociales? ¿cómo habrá que tomarlas? ¿existe una proclividad a conflictos estructurales, como actualmente los hay en el capitalismo y en el socialismo soviético? Estructural significa aquí anclado en una cierta posición social, aunque no ya en relación a la posesión de medios de producción, o del efectivo poder de decisión acerca del uso de dichos medios. Es bien difícil, quizás imposible, prever cuáles podrán ser estos problemas y conflictos. En un nivel general sólo se puede afirmar que, en una sociedad compleja e intensamente dinámica donde, a pesar de la desaparición del trabajo dividido, exista una gama bien articulada de trabajos sociales, es muy difícil imaginar la ausencia de problemas políticos y de soluciones distintas. O sea, que habrá "conflicto" aunque haya concordancia en las fundamentales reglas del juego. Tal concordancia podrá hacer innecesario el uso de la violencia para la solución de los conflictos, pero es necesario algún procedimiento para arbitrar soluciones, como será necesaria la obediencia al tipo de solución que prevalezca. Para eliminar el conflicto, no basta con "habituarse" "gradualmente a observar las reglas elementales de la convivencia social, conocidas por todos desde hace siglos, repetidas por milenios en todas las preceptivas, a observarlas sin violencia, sin sumisión, sin aquel aparato especial que se llama estado"<sup>33</sup>. Tendríamos que buscarle un nombre a la enorme estructura organizadora en la que todos los individuos efectúan su intercambio social, a esas formas particulares que, en todos los niveles, sirven para dirimir conflictos. Podríamos no llamarlas estado si entendemos que el conflicto no versa sobre las fundamentales reglas del juego. No obstante es verdad que la famosa descripción de Lenin, después de medio siglo de existencia de un estado socialista, necesita grandes profundizaciones,

Descender a niveles más particulares, tratar de identificar problemas específicos de decisión social, áreas sistemáticas conflictuales, es arriesgarse a la prefiguración.

Una importante decisión social, evidentemente, es definir el conflicto entre actividades divididas y nivel medio de consumo. Hay que considerar si se pueden admitir variaciones individuales: quien quiera consumir más, que trabaje más. ¿Cómo disciplinar el esfuerzo de innovación en el conjunto de consumos estándar? ¿Cómo

decidir el esfuerzo productivo para la acumulación y las exportaciones netas, a fin de ayudar a los países menos desarrollados? ¿A partir de estas decisiones surgirán divisiones sociales sistemáticas? Quizá sucedería que en la fracción que pide un mayor consumo, lo que implica mayor trabajo necesario, se alinearían sistemáticamente personas que ocupan ciertas posiciones en los cargos profesionales. Esto podría acarrear que tales posiciones favoreciesen una escasa participación en las finalidades de desarrollo socialista. A nivel de trabajo social puede presentarse la necesidad de decisiones similares. Por ejemplo, habría que ver cómo se resuelve la distribución de los recursos humanos entre los distintos tipos de esta actividad.

Hay que considerar la posibilidad de que se cree un conflicto sistemático entre los sostenedores de los distintos "modelos de desarrollo". También podría darse entre los "productores" de los diversos servicios y los "consumidores" de los mismos. Los primeros podrían pecar sistemáticamente de "parcialidad" frente a su propia tarea, tratando de obtener asignaciones preferenciales de recursos.

Dentro de esquemas tan genéricos, es imposible avanzar más allá. Para lograr esto, para tratar de individualizar posibles mecanismos políticos alternativos que solucionen estos conflictos, hubiera sido indispensable ir más a fondo en la definición de la estructura económica e institucional del modelo, con el fin de individualizar ahora los problemas principales con mayor precisión. Indudablemente tendríamos que adentrarnos más audazmente en el campo de la "prefiguración", de la delineación de las posibilidades abstractas. Pero nos falta también la "imaginación sensata", controlada por todo lo que sabemos acerca del funcionamiento de sociedades complejas. Esta es una carencia importante, dados el relativo fracaso de la experiencia soviética, el tan particular nivel de desarrollo de China y la completa falta de indicaciones en la tradición marxista.

## CONCLUSION

Ya que estas notas son poco sistemáticas, resulta útil recapitular brevemente las líneas fundamentales de nuestra exposición:

1. El punto de partida ha sido: a) la comprobación de la notable fuerza de la ideología del "Estado industrial", especialmente frente a las experiencias de las democracias populares. Y así nos

preguntamos si el estado industrial plantea verdaderamente conexiones contra las cuales se quebrantan nuestras ideas sobre el socialismo. b) La reciente experiencia política del Mayo francés, el rechazo totalmente negativo de las exigencias "aparentes" de la organización industrial de sociedades complejas.

2. El propósito esencial (demasiado ambicioso para estas líneas) es desenmascarar la naturaleza ideológica de la "visión" del estado industrial y ofrecer un punto de apoyo positivo a los hombres del movimiento de Mayo, o sea reconciliarlos con el principio de realidad. Mostrar así que sus aspiraciones no son sólo una borrachera, sino una concreta fuerza social, nacida de las contradicciones de las sociedades capitalistas avanzadas. Asimismo sostenemos que esas aspiraciones no establecen litigio con las exigencias funcionales de una sociedad industrialmente avanzada y, en cambio, pueden realizarse liberando en grado máximo las potencialidades progresivas insitas en las actuales formas de producción.

3. El pasaje central ha sido poner en evidencia —o mejor, aseverar o poco menos— que el obstáculo a las "exigencias de Mayo" e incluso el obstáculo al pleno desarrollo de las fuerzas productivas, no es superficial, por cierto. Ese impedimento no está ni en la superestructura, ni en la esfera económico social, sino que se ubica en la forma particular de división del trabajo, actualmente adoptada en todos los países industriales.

4. El pasaje "positivo" ha sido el que aseguró que esta situación no es necesaria de ningún modo, y que ahora el desarrollo técnico-científico permite una articulación distinta de la división del trabajo. Esta, por lo menos, atenúa notablemente las consecuencias sociales negativas que tienden a asociarse a la actual división del trabajo. Además es progresiva y admite el máximo desarrollo de las fuerzas productivas del hombre.

Como prontamente lo manifestamos, en estas notas no consideramos un crucial sector de análisis. Las posibilidades que esbozamos, por convincentes que sean, se mantienen "abstractas" en el peor sentido del término, si no se demuestra que existen tendencias, o al menos fuerzas sociales, que se mueven hacia una transformación del sistema en el sentido indicado o en dirección equivalente. Es decir que es preciso demostrar que la división del trabajo actual es generadora de tensiones y conflictos y por lo tanto de fuerzas que buscan una solución alternativa.

Nuestra impresión es que estos conflictos están ya presentes y

además se extenderán en el futuro. Ahora, por lo menos en sus manifestaciones más conscientes, parecen estar limitados a estratos estudiantiles y técnicos, y solo en parte emergieron en las nuevas luchas obreras. Pero también el sistema productivo exige una fuerza laboral más calificada. A la vez cada individuo tiene la necesidad y la posibilidad, difundidas en progresión ascendente, de encarar un proceso de instrucción más largo. De ambos hechos surge el desarrollo de la enseñanza. Al mismo tiempo, la mortificación necesaria de las energías intelectuales y de las posibilidades de participación del trabajador en la determinación del plan productivo, crean luego posibilidades de conflicto. Muchos obreros norteamericanos tienen títulos de la escuela media superior y muchos, títulos similares a nuestra licenciatura. Una buena parte de nuestros empleados "bancarios" tiene que tener la licenciatura. O sea que el desnivel entre instrucción y capacidades potenciales, por un lado, y naturaleza del trabajo desarrollado, por otro, no se expande por sí solo en tensión y revuelta política. No obstante, se trata de posibilidades muy fecundas para una estrategia socialista en un país capitalista muy avanzado.

## LA DIVISION DEL TRABAJO EN LA FABRICA

Un grupo de compañeros de varias ciudades dedicados desde hace tiempo a una investigación sobre los problemas de organización en la empresa capitalista ha elaborado este estudio que publicamos para iniciar un debate sobre un tema de gran importancia. (Nota de *II Manifiesto*.)

El primer problema a encarar es el de definir qué se entiende cuando se habla de técnicos: no se trata sólo de una cuestión terminológica, porque a menudo el uso indiscriminado de esta expresión esconde una perjudicial confusión política. En efecto, en la práctica sindical y estudiantil este término tiende a confundirse con el de empleados y así provoca análisis inexactos y consignas no movilizadoras. La acción sindical de estos meses se apoya fundamentalmente en la hipótesis de un proceso de "proletarización de los técnicos". Preferimos al respecto hablar de empleados, porque, como veremos, los que están investidos de poder técnico (y que llamaremos en sentido más restringido técnicos) se encuentran en una situación sustancialmente distinta.

*Proletarización de los empleados* significa que para ellos el contenido del trabajo, el status, las remuneraciones y por lo tanto la actitud hacia las jerarquías tienden cada vez más a acercarse a la de los obreros. La distinción jurídica entre obreros y empleados tiende así a no corresponder a una distinción sociopolítica. El hecho es extremadamente importante, porque esta distinción produjo serias consecuencias no sólo en la actividad sindical, sino fundamentalmente en el plano político (basta pensar en el papel desempeñado por la capa pequeñoburguesa de empleados en el advenimiento del fascismo en Italia).

El empleado, técnico o no, era en la organización del paleocapitalismo, independientemente de su instrucción y de su capacidad, una figura vicaria del empresario, es decir que estaba investida de una parte de la función empresarial. Mientras el obrero desarrollaba una tarea de producción de mercancía, la cual conceptualmente no

pertenece al capitalista, el empleado operaba en la esfera del control: el modo de gestión del paleocapitalista (sin reglas rígidamente predeterminadas pero con frecuentes decisiones sobre todos los aspectos de la actividad) tenía necesidad por supuesto de informaciones, pero más que nada de *delegación de funciones* a elementos poco controlables y por lo tanto de *confianza*. Incluso el código civil italiano conserva restos de ello cuando prescribe la obligación de fidelidad por parte del empleado.

Esta relación de confianza ha producido un tratamiento privilegiado para el empleado, aun cuando el valor del trabajo proporcionado era inferior al del obrero. La inercia sindical y política de los empleados encontraba pues su razón estructural en el hecho de que el empleado no era, por lo común, un trabajador despojado del plusvalor. Además, en el plano subjetivo, la calificación de empleado era considerada deseable ya que implicaba un trabajo menos pesado y proporcionaba remuneraciones monetarias y de status más altas. En cuanto al contenido, el trabajo de empleado era subjetivamente identificable con el de las clases superiores.

La proletarización de los empleados nace de las profundas modificaciones que sufre el capitalismo moderno. El hecho nuevo es la concentración industrial; se verifica no sólo un aumento vertiginoso de los volúmenes de la producción sino también de la cantidad de informaciones, tanto técnicas como económico-administrativas, a producir, transmitir, ordenar, seleccionar. Aumenta además para las empresas la cantidad de operaciones de colocación en el mercado.

Se produce así una "terciarización" de una parte relevante del proceso productivo: o sea que para producir altos volúmenes a bajo costo es necesario producir (también con el auxilio de máquinas) un recurso tan importante como los otros: las informaciones. Y además corresponde multiplicar las operaciones de venta (no por casualidad en la jerga comercial vender y vendedor se denominan producir y productor).

Los empleados pues se transforman de vicarios en fabricantes de bienes inmateriales dotados de valor económico. Lo que corona el proceso de proletarización de los empleados es el tipo de división del trabajo que el capitalismo elige para obtener el máximo de productividad industrial con el máximo de control. La solución es la misma que la encontrada para el trabajo obrero: el taylorismo exagerado, o sea la identificación detallada de las funciones individuales, su parcialización según un esquema de secuencias, la reduc-

ción de los contenidos de la actividad de manera que requieran la menor calificación posible, la continua repetición para reducir los tiempos de adiestramiento y acelerar una ejecución automática. La división del trabajo obrero es conocida. En cuanto a los empleados, en cambio, puede causar sorpresa el saber que en el ámbito de la administración, aproximadamente el 80% de las personas desarrolla tareas repetitivas, rigurosamente prescriptas, sin ningún margen de discrecionalidad; y en el ámbito de la producción, las tareas en las que los datos y los elementos técnicos son elaborados según un procedimiento rígidamente establecido, son de aproximadamente el 60%. En el ámbito, en fin, de una organización de venta directa de bienes de consumo durables y de productos industriales, el porcentaje de empleados que van a visitar los clientes según un programa prefijado y con un tipo de intervención predeterminado hasta de las palabras a utilizar, es del 60%. Este es el motivo por el que los empleados, en su gran mayoría dejan de ser representantes para convertirse en productores y ejecutores de un proceso racionalizado desde arriba: *el capital tiene cada vez menos necesidad de confianza porque ya no tiene que delegar, sino más bien que objetivar funciones*. Este proceso permite que el capitalismo no retribuya más con remuneraciones elevadas a los empleados. También la fuerza de trabajo de los empleados puede ser pagada en relación al grado de dificultad, de experiencia y de formación requeridas por la prestación de trabajo; cuando la *job evaluation* revela un peso excesivo del factor "confianza", "responsabilidad", y similares, se sabe que dicho trabajo llegará a estar más vinculado.

La mayor parte de los empleados tiende pues a ser explotada en los mismos términos que el obrero, y como éste, no encuentra ningún interés en el propio trabajo: objetivamente pues, los empleados están más dispuestos que en el pasado a un trabajo sindical y político similar al de los obreros. Permanecen todavía como rémoras una tradición de deformación cultural, una permanente conciencia de status, y, sobre todo, una distinción nominal que conlleva para los empleados indudables ventajas (es justamente el efecto anti-sindical de las mismas lo que impide aún su abolición por parte de los empresarios).

Existe por cierto un gran margen de acción reivindicativa de los empleados, pero no está claro cuál puede ser la plataforma. Mejoras retributivas y conquista de mayor poder contractual no frenan la degradación profesional y psicológica, ni invierten la tendencia a



transformar a los empleados en objetos pasivos del proceso productivo. Una plataforma sólo puede surgir de un análisis de los mecanismos del poder capitalista y de la individualización de los modelos alternativos de gestión del sistema.

## LA AUTONOMIA PROFESIONAL

Hemos hablado de los empleados proletarizados. Pero éstos no agotan toda la categoría. La propia identificación del proceso de proletarización de los empleados muestra cómo una parte considerable de los mismos se encuentra en condiciones completamente distintas. El proyectista, el analista de los ciclos de elaboración, el técnico de verificación, el *system analyst*, el funcionario técnicocomercial (para no hablar de aquellos que tienen funciones de mando sobre otras personas), se distinguen de los empleados proletarizados no sólo por el encuadramiento sindical (la categoría), sino también por el nivel y el tipo de remuneraciones. A menudo es distinto el nivel de formación escolar; *distinta sobre todo la discrecionalidad sobre el trabajo y el poder ejercido por medio del trabajo* (que, como veremos más adelante, es el criterio fundamental de identificación de este estrato).

Afirmar pura y simplemente que tal distinción nace del hecho de que estos personajes son representantes del empresario, o sea que ejercitan por delegación las funciones, afirmar que han saltado de clase identificándose con el patrón, constituye una simplificación que no explica los problemas.

La realidad es extremadamente más compleja y es importante penetrarla no tanto para comprender la verdadera posición subjetiva y objetiva de este estrato de técnicos, sino sobre todo porque en el seno de estos roles se oculta la verdadera naturaleza del moderno poder del capitalismo en las fábricas.

Es necesario volver al modelo de funcionamiento del sistema capitalista al que aludíamos al principio. La empresa capitalista adquiere cada vez más el aspecto de una máquina compleja en la que el contenido del trabajo y la relación del trabajador con las cosas y las personas no son fijadas cada vez en relación al dominio de la jerarquía, sino "objetivamente", de una vez por todas, por las normas y por la estructura de la empresa.

Pero, ¿quién proyecta, modifica y administra esta "máquina"?

La terminología sindical en este punto llega a ser vaga, casi mítica: es el patrón. Y cuando, como sucede a menudo, este personaje no aparece ni siquiera físicamente, se recurre a "aquellos que siguen la voluntad del patrón". Dirigentes o técnicos se encuentran así reunidos como puros ejecutores de la voluntad del capitalista, personaje ubicado al otro lado de una barricada ideal detrás de la cual están los trabajadores.

Veremos más adelante cuál es el real elemento distintivo entre estos técnicos y el resto de la clase trabajadora. Ahora interesa poner en evidencia en qué medida los técnicos se sienten (y son) distintos de la alta dirección. Se suele distinguir entre los que estudian y experimentan las innovaciones tanto de tipo técnico como de tipo organizativo de los que administran operativamente los esquemas producidos por los primeros.

Si bien la empresa moderna induce a la mayor parte de los trabajadores a un trabajo sin asomo de creatividad, tiene por otra parte una necesidad absoluta de adaptarse a situaciones económicas y sociales siempre nuevas: esto implica constantemente nuevos productos, nueva tecnología, nuevos sistemas de información, nuevas fórmulas organizativas, nuevos métodos de ventá, etc. Se trata de operaciones innovadoras de gran complejidad, que requieren en quienes las cumplen un elevado grado de profesionalidad. Estas actividades no son desarrolladas por el "patrón" (aunque son por él coordinadas y utilizadas), sino por los técnicos y por los científicos.

Proyectar un avión, estudiar una función matemática o el corte de los metales, inventar un sistema informativo, perfeccionar los locales, hacer una investigación de mercado, no son indudablemente actividades clasificables entre las típicas del empresario: no obstante, su desarrollo modifica profundamente la estructura productiva según una ley que no es sino la de poder de gobierno y de decisión del empresario.

Esta consideración, casi ignorada por la temática sindical, es en cambio de gran importancia en la opinión que los técnicos tienen de su propio rol. Se sienten autónomos porque *en su profesión* no reciben órdenes del "patrón". Y esta opinión viene corroborada por la referencia continua al corpus de las ciencias y de las técnicas, que, según la ideología corriente, se coloca fuera de las empresas, sea por la formación profesional que proviene de la escuela, sea por la especificidad de las operaciones profesionales cuyo resultado depende en buena parte de la capacidad de investigación y de la cultura individuales.

Veremos más adelante cómo el capitalismo no sólo orienta y utiliza la investigación, sino también —cómo en la práctica— in-forma de sus fines y de su ideología el corpus mismo de las técnicas y de las ciencias: no obstante se excluye que los técnicos puedan ser presentados como los representantes del empresario, aun cuando realicen enteramente sus intereses.

## LOS HOMBRES DE LA GESTION

Quedan las funciones de gestión que son en cambio típicamente empresariales: dirigir a otras personas, organizar, coordinar, decidir. El que cubre estos roles ejerce un poder sobre otras personas y depende de otras también; el rol está dentro de una pirámide jerárquica cuyo vértice es el que toma las decisiones más importantes y controla el resto: el patrón es la dirección superior. Las órdenes específicas de la autoridad subordinada y su responsabilidad "hacia abajo" convierten estos roles con más verosimilitud en roles vicarios, en parcializaciones de funciones empresariales.

Esto es así sin sombra de duda para aquel sector de dirección alta y medio-alta que es funcionalmente garante de los intereses de la propiedad o que está ubicada en puestos claves de la organización. No llega a ser completamente cierto para un cierto número de dirigentes no identificados con la superioridad y para una buena parte de los empleados con roles de mando.

Importantes factores culturales les hacen percibir de manera diversa los propios roles.

Entre estos el más importante es el *insuficiente cuestionamiento de las actuales estructuras de división del trabajo*, que permite a los hombres de la "gestión" no identificados con la superioridad percibir el propio rol como imprescindible, necesario en todo tipo de sistema, y, lo que es más grave, hacer que los trabajadores lo perciban en estos términos. El contenido del rol de mando es visto y presentado como actividad de prosecución de fines muy generales del sistema industrial (proyectar, producir, vender), así como actividad de transmisión de prescripciones específicas y de actos de control de la superioridad. Es interesante resaltar el nexo entre esta actitud y un cierto tipo de ideología burguesa moderadamente progresista, por la cual aquellos objetivos muy generales llegan a ser aceptados como bien objetivo, aunque la utilización de la ganancia,

la desarticulación económica general, las injusticias sociales sean condenadas verbalmente, y por lo general consideradas como problemas a resolver en otros contextos.

Pero incluso los roles mismos están objetivamente cambiados: la gestión se efectúa hoy con instrumentos más rigurosos. La investigación operativa, la *industrial dynamics*, los costos estándares, el uso de computadoras, la "ciencia" del personal, la praxeología, las técnicas de organización, el planeamiento, etc., no sólo ocupan una gran cantidad de técnicos especialistas en posesión de conocimientos en estos campos, sino que convierten el trabajo del que administra en una suerte de nueva profesión.

En resumen, el patrón y la alta jerarquía jamás han tenido la capacidad de producir la innovación tecnológica; hoy tienden a no ser capaces ni siquiera de producir los sistemas de dirección. Compran esta "mercancía" a los técnicos y a los científicos.

Pero los técnicos poseen otro tipo de poder que llamaremos *poder de absorción de la incertidumbre en los procesos de elaboración de las decisiones*.

A medida que las decisiones en la cúspide de la empresa se hacen más complejas, asume cada vez mayor importancia el proceso de elaboración de las informaciones. Admitiendo que la alta directiva pueda tomar todas las decisiones importantes de la empresa (aunque toma de modo exclusivo sólo las decisiones políticas determinantes para el control de la fuerza de trabajo y para la obtención del beneficio), pasa a ser cada vez más importante el proceso de síntesis y de conceptualización de los hechos.

Escriben March y Simon: "El que recibe una comunicación... debe en general confiar en el proceso de elaboración (de las informaciones) que ha tenido lugar. En estos casos la persona que recopila y estima las propias percepciones inmediatas y las transmite al resto de la organización se convierte en un puente importante de las informaciones que constituyen una premisa de la acción organizativa...; es posible sólo ocasionalmente controlar los hechos que ésta comunica.

Por este motivo la absorción de la incertidumbre (momento de elaboración de las informaciones) es utilizado con frecuencia, consciente o inconscientemente, como técnica para obtener y ejercer el poder. En una cultura en la que no se admite la contradicción directa de las aseveraciones de hecho, en particular sobre materias que no contradicen las percepciones directas de otros, se puede obtener

con frecuencia que tales aserciones sean aceptadas como premisa de decisiones.

Cualquiera sea la autoridad formalmente legitimada para tomar la decisión, *la discrecionalidad efectiva es ejercida en gran medida en los puntos de absorción de la incertidumbre*".

Falta todavía una investigación más profunda sobre los efectos de esta discrecionalidad de los técnicos sobre la empresa, pero no hay duda de que en buena medida, estos influyen en su comportamiento, lo proveen de una fisonomía, incrementan su solidez y funcionalidad, sobre todo consiguen que su funcionamiento sea siempre objetivo.

Poner en evidencia todo esto implica no sólo un intento de comprensión de la posición subjetiva de quien cubre estos roles para verificar en él la disposición antiautoritaria, sino sobre todo descubrir que para derrotar al poder capitalista ya no es suficiente impugnar las órdenes que a través de estas personas, descienden desde la cúspide, sino que *corresponde impugnar estos nuevos roles, o sea la objetivación del poder que ellos esconden*.

No tomar este camino probablemente signifique no dar a los dirigentes de un futuro sistema socialista los instrumentos para operar de modo sensiblemente distinto al de los dirigentes capitalistas.

## EL AUTORITARISMO CAPITALISTA

Si los técnicos y profesionales del management medio, los "técnicos de las ideas generales", como los llama Meynaud, no creen ser representantes del empresario (y objetivamente no lo son), si poseen, a diferencia de los obreros y de los empleados proletarizados, un poder técnico de notable influencia en el proceso evolutivo del sistema, no se debe creer que en la actual estructura puedan ejercitar su profesión y su poder fuera del marco de fortalecimiento y desarrollo del sistema capitalista.

Los amplios y complejos organismos oligopólicos, que constituyen la estructura que sostiene al capitalismo moderno, para sobrevivir deben ser capaces de mantener el poder en manos de pocos; lo que se contradice con las dimensiones y la complejidad de tales organismos.

Para resolver este problema la gran empresa capitalista se sirve de dos instrumentos fundamentales: el primero (más notorio) es el de

crear una *pirámide jerárquica* que permita controles en las distintas fases del proceso, delegue responsabilidades hacia abajo, mecanismos de remuneración y de represión para garantizar la obediencia; el otro, necesario por la insuficiencia del primero, es el de reducir la importancia de las decisiones individuales, automatizar cada vez más el funcionamiento del sistema, prefigurando desde arriba tal funcionamiento, identificando las fases que componen el proceso y transformándolas en *roles objetivados* y no comunicados entre sí.

Así las personas, ya sea que se les permita discrecionalidad, ya sea que tengan una tarea prescrita, dejan de trabajar conscientemente en la dialéctica de la empresa. De ese modo la perpetuación del sistema no se confía únicamente a la sucesión de órdenes y de controles, sino al funcionamiento de la máquina que los individuos, obligados por la lógica atomística de sus roles, pueden o mejorar o trabar con el rechazo del trabajo; pero no pueden cambiar su naturaleza si no es realizando en la lucha un modelo alternativo.

El proceso de objetivación del poder capitalista se realiza a través de tres momentos fundamentales. El primero de ellos es la sectorización rígida de las actividades empresariales.

Una empresa de ciclo completo *proyecta* nuevos productos, los *produce* y los *vende*. Estos tres campos de actividad pueden ser, como es lógico, cronológica y tecnológicamente distintos, pero no son escindibles a los fines de la comprensión y sobre todo de la conducción de la empresa.

En la empresa artesanal (así como en la pequeña empresa) la figura que concentraba en sí todas las actividades era una sola: el hábil artesano sabía qué producir; en base al conocimiento del mercado se ingeniaba para estimar cuáles eran las innovaciones más aptas para incorporar al producto, no juzgaba la posibilidad de producir en relación a su capacidad tecnológica, en la medida de lo posible, modificaba la tecnología impulsado por los problemas del costo del producto, y por último se ingeniaba con o sin intermediario, para colocarlo en el mercado: y a partir de ahí se reabría el ciclo.

Hemos dado este ejemplo aunque pensemos que se trata obviamente de un modelo no reproducible: la complejidad de los productos, de las tecnologías, de los mercados, la ampliación de los volúmenes de producción, ya no permiten por cierto, que un solo hombre abarque un trabajo de ciclo completo. El ejemplo intenta enfatizar el nexo existente entre las distintas actividades y la posi-

lidad del artesano de dominar el único objeto real del propio trabajo, o sea la actividad económica, mediante la comprensión de aquel nexo.

En realidad, limitar el campo de la propia actividad (trabajar en el proyecto antes que en la venta) no significa fatalmente ser despojado de la capacidad de comprender el sentido del propio trabajo, ni la pérdida de la capacidad de gravitar conscientemente sobre aquellos trabajos que están indisolublemente ligados al propio.

El intento de objetivación del capitalismo ha conducido en cambio no sólo a limitar el campo de trabajo, sino a impedir al que trabaja (en cualquier nivel) el acceso a aquellos nexos y a la dialéctica del conjunto, o sea a la política de la empresa.

¿Cómo se efectúa todo esto? Cuando las tareas están minuciosamente prescriptas es evidente: basta pensar en el obrero que trabaja en serie. Cuando las tareas requieren el ejercicio de una discrecionalidad, se deja un amplio margen operativo a las personas y a las unidades organizativas, pero se fijan los *resultados* y los *instrumentos de comunicación* con las otras personas o unidades de modo que sean perfectamente funcionales para el sistema.

Las personas son así insertadas en un microcosmos que no les permite ver el conjunto. Existe una rica gama de sanciones y de incentivos para que los resultados a los que se dediquen sean sólo aquellos asignados. Existen naturalmente ocasiones muy frecuentes de comunicaciones interfuncionales: pero son percibidas como molestias a soportar a fin de obtener los resultados establecidos. En todo caso los modos y las formas de comunicación están codificados de un modo bastante preciso. Se puede decir además que la dirección superior está empeñada en dirimir (y en controlar) conflictos de competencia. Recordemos, para terminar, que la objetivación de las actividades de ligazón entre las distintas unidades organizativas alcanza tal grado que se crean nuevas unidades cuyo objeto preponderante es el de efectuar la ligazón; pensemos por ejemplo en los servicios de "engineering" que ligan al proyecto con la fabricación: éstos no absorben sólo algunas tareas especializadas, sino que se convierten en organismos autónomos, con su lógica propia. De ese modo las funciones de proyecto y producción son limitadas y desnaturalizadas, resultando comprensibles sólo a un vértice que controla el proceso total.

Se pueden dar ejemplos análogos a nivel de unidades organizativas menores o a nivel de individuos.

La segunda fase importante de objetivación utilizada por el capitalismo consistió en lograr que quienes producen nuevas cosas o nuevas ideas sean personas (o entes) distintos de quien tiene la responsabilidad de realizarlas.

Estas funciones están siempre presentes, en proporciones variables, en toda actividad humana no enajenada. El capitalismo las parcializa, las escinde, las convierte en roles. El modelo cultural del capitalismo es el de una escisión permanente entre teoría y praxis, entre conceptualización y ejecución, entre pensamiento y acción. No es que el organismo capitalista pueda funcionar según un modelo distinto de aquel "dialéctico" según el cual se explica toda actividad asociada: sólo que en la empresa capitalista *la síntesis se da en el vértice*, o de todos modos en lugares distintos de aquéllos en que se producen los otros dos momentos dialécticos.

En otras palabras, el capitalismo quita carácter concreto (en sentido marxista) y por lo tanto poder, a las actividades del que trabaja en su seno, impidiéndole mejorar su comprensión de la realidad y su capacidad de transformarla de modo autónomo.

La única realidad del capitalismo es la actividad económica en su conjunto: la comprensión y la influencia se le impiden a quien, por función, puede o sólo pensar o sólo actuar.

## FUNCION POLITICA DE LOS ROLES

Es necesario evitar el fácil extremismo de la negación de todo tipo de distribución de roles. El desarrollo de las tecnologías y de las metodologías abrió campos enormes al conocimiento, no abarcables por un solo individuo. Sin embargo, lo típico del capitalismo es el contenido y la función política de aquella particular distribución de roles.

Lo que está en discusión no es tanto que exista el ingeniero dedicado fundamentalmente a proyectar nuevos productos o el técnico de control de la producción o el vendedor o el obrero. Las objeciones deben ser en cambio de tres órdenes:

— que no existe un intercambio de roles que no sea ficticio (y dentro de sectores bien determinados). El ingeniero jamás hará de obrero y el obrero mucho menos de ingeniero salvo que llegue a ser distinto de lo que es. Aquí se plantea el problema de la escasa movilidad de las personas a través de los varios roles: esto refuerza

la estratificación social y produce la identificación de las personas con el propio rol.

- que no existe un control del que ejerce una función preponderantemente operativa sobre el que ejerce una función fundamentalmente creadora. Si el proyectista al proyectar no tiene en cuenta cierta realidad (por ejemplo la condición del trabajo obrero), no se admite una crítica directa del obrero (ni siquiera del jefe de sección) dirigida al proyectista. Las críticas deben seguir ciertas vías prefijadas: estas vías son jerárquicas (en el ejemplo: obrero - jefe de sección - jefe de oficina - director de producción - jefe de proyecto - proyectista) y funcionales (producción - oficina técnica - planning de los proyectos - oficina de proyectos). En este camino obviamente se han perdido todas las instancias que no están contenidas en los resultados del trabajo de cada una de las personas o de los entes que intervienen: y ya que estos resultados se fijan desde arriba según aquella lógica atomística de que hemos hablado, es fácil entender que la comunicación funciona sólo cuando el sistema es funcional.

- que no existe *para el que administra* la posibilidad de conceptualizar las experiencias para proponer modificaciones. Que no existe *para el que crea* la posibilidad de experimentar directamente los efectos de su innovación sobre todo el espectro de las realidades investigadas (tecnológicas, científicas, humanas, económicas).

El jefe de sección o el obrero, por ejemplo, experimentan diariamente miles de hechos, que, ordenados-racionalizados-conceptualizados, podrían dar vida a importantes innovaciones: pero no están autorizados a hacerlo (salvo cuando se trata de ideas menudas, de "buzón de ideas"), no tienen tiempo para hacerlo y sobre todo no han sido preparados para ello; aprenden sólo lo que se considera estrictamente útil para su función y se los ha habituado a descartar todo lo que no pertenece a los resultados sobre los que son evaluados.

El proyectista, por otra parte, debe construir una máquina que tiene ciertas características específicas; la razón de esas características (o sea para qué sirve la máquina, cómo se inserta en los planes económicos de la empresa, qué valor económico y cultural tiene para la sociedad civil, qué efecto tendrá para el que deberá producirla, etc.) se oculta en decisiones tomadas en otro lugar de la empresa. Una vez realizado el proyecto, en cambio, lo único que el proyectista puede experimentar es si la máquina funciona o menos

aún. No puede verificar si los efectos de ese proyecto harán más pesado el trabajo del obrero, por ejemplo, si proporcionará a la sociedad otro objeto inútil o peligroso, si bien estos efectos los ha producido él, concretando las elecciones hechas por sus superiores y consideradas extrañas a su responsabilidad profesional.

#### "NEUTRALIDAD DE LA CIENCIA"

Lo que paradójicamente posibilita en el técnico esta inconsciente ejecución de los propósitos de otros es la formación cultural, iniciada en la escuela y continuada en la vida de trabajo, según la *filosofía del pensamiento operativo*. Esta filosofía impregna toda la enseñanza de las ciencias exactas y de las técnicas: estas son para este modo de pensar, puros instrumentos de compilación, métodos de cuantificación de fenómenos parciales cuya síntesis se ubica fuera del terreno de las ciencias, no por cierto, instrumentos de análisis dialéctico de los datos cualitativos. Contra Galileo, se vuelve con Aristóteles a dividir el mundo en una miríada de categorías, a clasificar los fenómenos según sus caracteres y no según sus orígenes, a expulsar del terreno de la ciencia los fenómenos que no se presentan con regularidad o que no pueden ser cuantificados, o sino a codificarlos en modelos exageradamente simplificados y funcionales al sistema.

No es necesario recordar la profunda crisis que sufren las ciencias, hoy que se ven conmovidas radicalmente por el soplo del antiautoritarismo. Y no es necesario por cierto, reabrir la discusión sobre la "neutralidad" de la ciencia y de las técnicas, si bien es posible hablar todavía de ciencia para disciplinas que hasta ahora no han hecho más que confirmarse en un círculo vicioso de autoverificación de hipótesis, aceptadas de una vez para siempre como realidades incontrovertibles.

Este modo de proceder, la aceptación supina del utilitarismo y del eficientismo acrítico - típico del mundo de la técnica - la fragmentación de la ciencia y la negación de la dialéctica, la desconfianza a considerar los fenómenos sociales y políticos en conexión con el modo de operar de la técnica, la negativa a trasladar tales fenómenos al nivel de la propia profesión, constituyen para el estudiante y luego para el técnico la premisa más obvia para la aceptación de la parcialización de la función que debe cumplir.

El tercer momento de la centralización del poder capitalista es la estructura de estratificación interna.

Hemos visto que el capitalismo aísla las distintas actividades de la empresa de tal modo que sus relaciones sean comprensibles y manejables sólo desde arriba (y por lo tanto, la empresa administrable sólo desde arriba); y que la separación entre la creación y la ejecución quita unidad y concreción al trabajo, reduciendo el poder del que lo desarrolla y subordinando todo no sólo a los órdenes jerárquicos, sino al esquema de funcionamiento del sistema, que prevé y condiciona todo comportamiento profesional. Pero todo esto no sería suficiente si muchos pudieran tomar decisiones aun en este contenido alienado. Y es aquí donde se muestra más evidente la función del taylorismo, un esquema de división del trabajo que se orienta a quitar poder al trabajo de las grandes masas de trabajadores, o sea a impedir que la enorme mayoría decida lo que fuere en la larga jornada de trabajo, incida con su propio trabajo sobre el comportamiento total de la empresa. Aquellos a quienes no se puede privar de tal discrecionalidad (técnicos y jefes intermedios), son incorporados a roles objetivados y por último controlados por una clase más restringida de dirigentes, dispuestos ideológicamente a defender el sistema e involucrados como clase.

### DISCRECIONALIDAD Y PODER REAL

Los obreros y los empleados proletarizados soportan en cambio de manera total los tipos de objetivación: están ubicados en un sector determinado de la empresa, sin instrumentos para conocer el proceso en el que están insertos; les está prohibida la innovación; el contenido de su trabajo, producto de una fragmentación y rigurosamente prescripto, no permite ninguna elección que pueda incidir en el comportamiento de la empresa, no procura ninguna experiencia capaz "de por sí" de transformarse en una potencialidad de gestión alternativa al sistema.

El poder obrero es pues completamente externo al trabajo: la conciencia de la explotación lo origina y le proporciona una gran potencialidad antagónica. Pero este poder es más una respuesta a la apropiación del plusvalor, del poder de clase que desciende de la pirámide jerárquica, que vocación por una gestión distinta, o sea elaboración de modos distintos de producir y de organizar a los

hombres. La revolución que no quiera limitarse a sustituir un vértice por otro, incurriendo en los "peligros profesionales del poder", debe restituir poder, o sea discrecionalidad, al trabajo obrero. Esto implica, para la clase obrera en su conjunto, la adquisición de instrumentos cognoscitivos y políticos para destruir este tipo de división del trabajo y la objetivación del poder capitalista.

Por esto pensamos que el esquema de estratificación interna que permite comprender mejor la distribución del poder en la empresa es, más que la pirámide jerárquica, el esquema de la *discrecionalidad*, o sea del *poder del trabajo*. Todo acto de discrecionalidad es un acto de poder, y la falta de discrecionalidad es falta de poder. Permanecer ligados a la concepción por la cual la estratificación interna está determinada exclusivamente por el nivel jerárquico, no aclara los factores profundos que privan del poder a los obreros y empleados proletarizados y no reconocen el poder, limitado pero real, de los técnicos. Este esquema legitima sobre todo la ilusión de que basta derrotar a la clase de los propietarios (o sea sustituir el vértice de la pirámide jerárquica) para eliminar la estructura autoritaria de las fábricas y de la sociedad civil: esto es necesario pero no es suficiente.

Pero, ¿en qué sentido discrecionalidad es poder? Con una visión demasiado sintética hay quien afirma que la discrecionalidad que vale está en manos de la dirección superior y que los demás realizan elecciones ficticias, ya que en realidad están todos sujetos, sin posibilidad de oposición, a las órdenes de la dirección superior. Con una visión demasiado analítica, apreciada por la sociología norteamericana, se afirma por el contrario, que también el obrero que trabaja en serie posee su discrecionalidad (distribuirse el trabajo en el día, adaptar el método de trabajo a las exigencias personales, etc.). Pero la *discrecionalidad a la que queremos referirnos es aquella cuyo ejercicio es capaz de incidir sobre la política de la empresa o sobre su posibilidad de supervivencia y de desarrollo*.

En este punto aparece con claridad la contradicción fundamental del rol del técnico.

En algunos análisis publicados recientemente se ha afirmado que aquella está representada por la apropiación privada de un recurso (la técnica) que pertenece a todos. En realidad, la técnica apropiada viene a ser algo distinto de aquello que hubiera podido ser, porque no es neutra; y además esa propuesta no aclara el mecanismo a través del cual se produce la expoliación del técnico, ni los aspectos

que pueden hacer adquirir conciencia a los técnicos e impulsarlos a un comportamiento político distinto.

En nuestra opinión existe una *contradicción fundamental en la desproporción entre la creciente y determinante importancia del técnico en el proceso de producción, por una parte, y su ser ajeno a la determinación de su función y por lo tanto de los fines que contribuye a alcanzar, por la otra.* En otras palabras, el técnico es muy responsable, por cierto, en lo que respecta al campo específico que se le confía, pero completamente irresponsable con respecto a la gestión de la empresa y de la sociedad. Pero esto no basta: el ejercicio de la técnica implica elecciones precisas, una jerarquía definida de valores, modelos explícitos de funcionamiento de la sociedad: el técnico no ha sido investido de esta responsabilidad. Tales problemas asumen carácter concreto desde el punto de vista operativo a nivel de su función, y es por tanto, a este nivel que deben ser planteados con claridad.

Los técnicos se hacen cada vez más conscientes de esta contradicción, pero la respuesta que deriva de ello adquiere la mayoría de las veces, carácter tecnocrático y corporativo. Lo que en cambio queda definitivamente aclarado es que *el poder de innovación y de absorción de la incertidumbre pertenece a los técnicos de modo exclusivo sólo porque el capitalismo lo ha sustraído a la masa de los trabajadores* para conferirlo a los técnicos, a fin de utilizarlo y controlarlo con mayor seguridad. El problema de la alienación de los poderes del técnico está pues en estrecha conexión con el de la división general del trabajo, que inviste a la masa de los trabajadores.

No es posible tomar conciencia de este proceso de alienación si no se comprende a fondo por qué se produce; impugnarlo significa eliminar las causas (la actual división del trabajo) con las fuerzas contra las que este mecanismo ha sido creado (la clase obrera).

## EL DESCONTEO DE LOS TECNICOS

El propósito del capitalismo dentro del que se inserta el proceso de sujeción y de instrumentalización del poder del técnico, no es evidente por lo general, para el que vive esta situación. Por eso los motivos de descontento, que hacen la dorada jaula del técnico mucho menos cómoda de lo que se piensa, no se orientan hacia una interpretación unitaria.

Si preguntamos a un técnico munido de discrecionalidad cuáles son los mayores problemas que advierte en su trabajo, 90 de 100 veces le oiremos responder:

— que debe estar en relación con alguien que es menos competente que él o que juzga según parámetros distintos a los suyos (por lo general parámetros extratécnicos);

— que a menudo las decisiones tomadas por arriba están en desacuerdo con lo racionalmente estudiado y previsto (acusación de incapacidad de dirección);

— que a menudo desconoce los motivos por los que se le ha confiado una tarea particular, para qué sirve, en qué contexto se inserta, etc., ni sabe qué efecto tendrá cuanto (en ideas, preparación, etc.) ha producido. Existe una interpretación tecnocrática corriente de estos descontentos, apreciada por los técnicos y compartida (no por casualidad) por los más altos niveles de la empresa: el insuficiente desarrollo de la racionalidad empresarial, o sea el arcaísmo de la organización de la empresa de tipo europeo, la escasa formación de los altos dirigentes, la insuficiencia de los canales informativos. En estas ocasiones es posible escuchar con frecuencia melancólicas expresiones acerca de la situación en las empresas estadounidenses.

En realidad es cierto que las empresas italianas incluso las más modernas están escasamente racionalizadas, pero lo que hemos dicho en las páginas precedentes evidencia de manera completa que en estos casos se está en presencia de problemas estructurales ligados al tipo de división del trabajo existente. Analizando más de cerca:

— La presencia de jefes que deciden según parámetros extratécnicos muestra la necesidad de cubrir políticamente los vacíos entre rol y rol o de asegurar el control jerárquico: el que cumple estas tareas deduce las reglas de su acción de los intereses generales del sistema, para cuya comprensión ha sido expresamente adiestrado (el nombramiento del dirigente implica siempre un juicio sobre la persona, o sea sobre su cultura, su disponibilidad y su grado de consonancia con el sistema); o bien las deduce de las disposiciones recibidas desde arriba (estructuralmente el rol de estos "supervisores" es el de actuar, entre otros, de polea de transmisión de las disposiciones que vienen desde arriba; su discrecionalidad se emplea preferentemente para coordinar los procesos que se le confían del modo más adecuado a la política que la dirección expresa periódicamente).

camente, para hacerlos, como se suele decir, operativos).

Hay aquí pues algo diferente a la incompetencia: hay una escisión permanente entre el desarrollo de la creatividad y de los conocimientos científicos por una parte, y el uso político que las direcciones de las empresas hacen de ellos por la otra.

- Si las decisiones adoptadas parecen irracionales, se explica con el hecho de que la racionalidad no es un "valor" del capitalismo, sino únicamente un instrumento que permite el mejor control de las fuerzas productivas: éste es el motivo por el que tan a menudo esta racionalidad, en aras de la cual se suele inmolar todo con la desprevenida aquiescencia del técnico, es violada por quien posee el poder jurídico. El manager es incapaz no cuando se comporta irracionalmente, sino cuando se equivoca, o sea cuando no obtiene los beneficios previstos; "princeps omnibus legibus solutus", el príncipe no está constreñido a respetar las leyes, que sirven no para guiar la acción de quien detenta el poder, sino para limitar la de quien no lo tiene.

- En cuanto concierne en fin, al atomismo de los roles técnicos, constituye un dato estructural, no un inconveniente cualquiera. Haberlo colocado en el centro del análisis realizado hasta aquí encuentra una ulterior justificación en el hecho de que es percibido por el técnico como el principal límite profesional (aunque por lo demás se da de él una interpretación insuficiente).

Los casos más frecuentes de "desobediencia" de los técnicos se producen en este plano: el conflicto de competencia, la ingerencia de otros en el rol, las reacciones que se originan cuando la orden recibida pone en crisis el plano personal, o la norma sobre la que hay que actuar es inaplicable, o las fases del trabajo que sigue al propio mal realizadas. El hecho de que algunos roles o algunas posiciones sean, bajo este aspecto, mejores o peores que otras, constituye la coartada para explicar esto en términos de buena o mala organización, y para producir salidas individuales.

## COSTOS HUMANOS

También los problemas de orden personal están vinculados a esta sectorización del rol. Ejemplificamos:

- La escasa movilidad

En las recientes movilizaciones de la SNAM y de la SIEMENS el

tema de la movilidad hacia cargos superiores apareció entre los más sentidos. Alguna empresa consigue encontrar recursos organizativos para "inventar" una carrera: la verdad es que experiencias de trabajo tan especializado y parcializado encuentran muy poco material para un crecimiento real de la competencia y de la creatividad. El intento de resolver esta situación cambiando de empresa, es ilusorio la mayoría de las veces: en efecto, o se va a hacer el mismo trabajo (quizá mejor pagado) en un ambiente distinto, o bien se lo admite para hacer otro trabajo en base a requisitos personales más que profesionales; aun en este caso no se produce ningún cambio cuantitativo en el contenido del propio trabajo.

A menudo se señala que esto no es válido para los "técnicos de las ideas generales", con tareas de coordinación: pero si en estos casos no tiene validez el exclusivismo de la especialización, existe una serie de parámetros ligados a la empresa en la que se ha hecho la experiencia (dimensiones, clima, tipo de organización, localización, etc.) que convierte en muy poco exportables profesionalidades de este tipo.

Otro índice de la instrumentalidad de estas profesiones lo da su obsolescencia: no sólo quien ha aprendido a operar las máquinas electrónicas de calcular hace siete años es hoy prescindible, sino que, en todo caso, después de los 35 ó 40 años, tanto los especialistas como los encargados de tareas de coordinación, tienden a convertirse en desocupados, o en la mejor de las hipótesis, a permanecer "estancados" en la empresa, o sea detenidos en cuanto a retribución y sobre todo en cuanto a intereses y responsabilidad de trabajo. Los primeros porque tanto por la edad, como por el tipo de formación recibida, raramente conservan la creatividad, y los otros porque la lucha en la empresa les ha quitado la energía y las motivaciones. A este destino sólo escapan los pocos que alcanzan a dar el salto hacia el management superior.

- La falta de formación

Esta carencia es no sólo cualitativa (en el sentido que se aprende sólo lo que es funcional al rol asignado y en relación con el "pensamiento operativo" del que hemos hablado), sino también cuantitativa (en el sentido que las oportunidades de estudiar son crónicamente escasas): ofrecer oportunidades frecuentes de capacitación profesional implica sustraer tiempo a un trabajo que produce beneficio. Pero aun cuando se haga esta inversión (las grandes empresas invierten cada vez más en este campo) la formación impartida está



siempre en función de las tareas inmediatas: estas iniciativas no se prefijan el objetivo del crecimiento humano y cultural de la persona, sino ni siquiera el de su predisposición a las modificaciones de la empresa en un período largo. Es la misma mecánica de la carrera, en el fondo, la que obstaculiza la formación: frecuentemente los mismos interesados no solicitan estudiar o seguir una escuela, porque temen que su salida temporaria de la escena permita su desplazamiento.

— La ideología de la carrera y los costos humanos

Se puede resumir muy sintéticamente la ideología de la carrera: los más audaces deben emerger, los menos audaces, sucumbir. Y sobre esto se juegan innumerables historias de trabajo, movidas por esta formidable fuerza que se mantiene siempre agriamente despierta, la competitividad. En primer lugar se desprestigia el mito de que éste sea un sistema que, aunque cruel, selecciona sobre la base de la capacidad: cualquiera que esté en contacto directo con una empresa sabe qué poca objetividad hay en la carrera de la empresa. Aun donde las discriminaciones, las recomendaciones y la arbitrariedad tienen escasa difusión, la carrera se da al menos en función de dos variables: por un lado, capacidad de un tipo particular (inteligencia social, plasticidad, dotes para relacionarse, agresividad, capacidad de hacerse obedecer y sobre todo, actitudes prácticas, operativas), por el otro, la adhesión al modelo de funcionamiento del sistema (o sea obediencia a la jerarquía, capacidad de innovar sin alterar los esquemas objetivados o prefijados desde arriba, confiabilidad y "discreción" en la transmisión de las informaciones hacia arriba, ambiciones "moderadas", legítimas, etc.).

En segundo lugar, ¿cuánto cuesta la competitividad en la vida de estas personas? Hasta ahora no se ha reflexionado tal vez suficientemente acerca de lo elevado de su costo y sobre todo lo poco que rinde a los interesados. Pensemos en:

— la frustración casi crónica que nace de las decepciones y fracasos en el trabajo, visualizados como signo de escaso valor personal;

— la tensión nerviosa provocada por los compromisos de trabajo y por la competitividad, que produce neurosis y disturbios cardiovasculares en cantidad impresionante;

— la renuncia a una gran parte del tiempo libre propio y al compromiso político y cultural personal;

— la desvalorización de otros campos de realizaciones personales,

con graves efectos no sólo en el plano de la productividad cultural y política, sino también en el plano familiar y en el de las relaciones personales.

## PROPUESTA DE UN METODO

Por consiguiente, el balance de este estrato de trabajadores también se cierra con un gravoso pasivo.

Y sin embargo hasta ahora el complejo sistema de remuneraciones y de castigos ha funcionado, ha hecho pasar a segundo plano los problemas. Las causas han de buscarse más allá de las hipótesis moralizantes de la corruptibilidad o de las psicologistas de la vocación a ser esclavos-patrones. El problema de fondo es la predisposición de los técnicos a aceptar como objetivo este modo de producción y de organización: esto cuestiona nuevamente los modelos culturales y profesionales que la escuela, antes que el trabajo y la sociedad, les ha proporcionado.

Esta última observación nos introduce en las razones por las que este sector de técnicos puede movilizarse ahora, aunque durante tantos años no haya dado el mínimo signo colectivo de insatisfacción.

En la práctica están cambiando los modelos culturales: el debate estudiantil ha producido individuos mucho menos sensibles a los consumos, al prestigio, al éxito social, y preparados para advertir las manifestaciones más ocultas del autoritarismo.

Pero esto no bastaría si no existieran otros factores. En primer lugar, las contradicciones del sistema se agudizan cada vez más y los motivos de descontento de los técnicos se inmediateizan de igual forma. En segundo lugar, el profundo movimiento antiautoritario, desarrollado por la clase obrera, levanta problemas cuya naturaleza no es exclusivamente salarial (sobre éstos era difícil encontrar un acuerdo con los técnicos) y evidencia dramáticamente las insuficiencias del sistema, estableciendo las bases para un debate sobre los modelos alternativos de gestión de la empresa, que implica totalmente a los técnicos. Y por último, el combate de clases en curso exigirá que cada uno aclare de qué parte está; una elección tan radical no se planteaba en nuestro país desde los momentos inmediatos de la posguerra.

La movilización de los técnicos es pues una perspectiva real. Su

tema fundamental no puede dejar de ser la ruptura de la actual división del trabajo, de la que surge la contradicción fundamental del técnico: la división del trabajo es también la fuente primaria de sus problemas, representa el modo concreto en que se manifiesta el moderno autoritarismo capitalista, estará sin duda en el centro de la estrategia de poder de la clase obrera.

La identificación del tema conlleva una propuesta de metodología política: el *cuestionamiento del propio rol*, en cuanto rol parcializado, en cuanto objetivación del poder capitalista.

Esta propuesta implica una refutación del compromiso político abstracto "en el tiempo libre", descolgado de los temas de la propia condición y de la propia experiencia: aquel tipo de compromiso, difundido entre los intelectuales, que surge de la discriminación entre el que sabe y el que no sabe, que se reduce a menudo a una operación de apostolado autoritario hacia las clases menos cultas. Obviamente, no intentamos subestimar, por ejemplo, el compromiso en el partido, sino simplemente indicar un modo distinto y menos "superestructural" de proporcionar la propia contribución. Implica por otra parte, ponerse a disposición del sindicato no como leaders potenciales, sino como causa de la opresión capitalista que se explica y cuestiona a sí misma.

El cuestionamiento del propio rol implica, en primer lugar, el análisis del contenido político del mismo, o sea de la función y del peso que tiene en la estructura de poder en que está ubicado. Nos hemos habituado, por ejemplo en el movimiento estudiantil, a escuchar análisis tan globales que en definitiva no explican nada: cuando se dice que el técnico está al servicio del capitalismo, o que la técnica no es neutra, se formulan aseveraciones correctas, pero que no explican cuáles son las formas concretas en que esto se lleva a cabo y que no indican al técnico qué hacer.

El análisis del contenido de los roles es en nuestra opinión un proceso que debe tratar de llegar hasta la comprensión de la función política del que programa una computadora o proyecta una máquina.

Un proceso de cuestionamiento del rol puede iniciarse a partir de dejar de aceptar acríticamente los cometidos, los encargos específicos que se reciben: un nuevo proyecto, un modelo matemático a estudiar, la compensación de los tiempos en una línea de montaje, la preparación de un ciclo de elaboración.

Este modo de proceder no tiene otro objeto que el de provocar

"escándalo", en su formulación más simple puede ser la negación a la parcialización del propio rol: "no hago lo que se me exige porque no conozco sus presupuestos ni consecuencias, no hago un trabajo cuyo sentido desconozco". En la formulación más compleja, significa penetrar a fondo en los presupuestos y en las consecuencias. Pero es cierto que, sobre todo en el segundo caso, en este plano se termina derrotado por la mayor cantidad de información en posesión del superior, o "convencido" porque con respecto a ciertos postulados, es probable que aquellos cometidos sean poco discutibles.

En este caso se entra en una segunda fase: se pone en discusión el rol mismo con respecto a parámetros y criterios nuevos, extraños a la lógica capitalista.

Esto implica asumir la responsabilidad de todas las consecuencias, aun indirectas, de la propia acción profesional, o sea considerarse totalmente involucrado en las consecuencias de las decisiones que se contribuye a adoptar, valorándolas a la luz de una lógica distinta. Esta lógica será ante todo sólo la de la responsabilidad moral, pero pronto pasará a ser una lógica política basada en nuevos parámetros de valoración y de gestión.

## CUESTIONAR EL PROPIO ROL

Este proceso debe provocar también una reformulación de las técnicas y de las ciencias. Cuestionar el propio rol implica también negarse a avalar, a nivel de las propias responsabilidades, las metodologías del propio trabajo y los esquemas de interpretación de la realidad que las soportan.

Por ejemplo, toda la técnica de los tiempos es objetiva, excepto a nivel del presupuesto, del modelo de hombre al que se hace referencia implícita: un hombre sólo movimientos y memoria, un mecanismo de absurda simplicidad que funciona a comando, produciendo eficiencia. Lo que se propone al técnico de tiempos no es que discuta con sus jefes los fundamentos filosóficos y psicológicos del pensamiento de Taylor, sino que parta de otro modelo humano y que cuestione, si es necesario en detalle, los contenidos particulares de su técnica cada vez que entren en conflicto con ese modelo.

Es necesaria la precisión en un punto: no se trata de valorar la propia profesión según parámetros abstractos o muy generales: se

verá inevitablemente arrastrado a discutir los fundamentos del sistema, perdiéndose en un mecanismo de cuestionamientos globales que destruye toda posibilidad de acción política, como ya el movimiento estudiantil ha experimentado en carne propia. Se trata en cambio de valorar las operaciones en conexión con el propio rol con respecto a realizaciones alternativas deducidas de otros parámetros, o sea escogiendo cada vez el nivel del combate con respecto a temas concretos sobre los que se puedan obtener victorias parciales.

En todos los casos equivale a romper la línea autoritaria a través de la que se transmiten las prescripciones desde arriba a abajo, a derrotar los criterios de valoración y de gestión utilizados por la superioridad: pero esto no se puede obtener mediante un rechazo global del sistema, de una vez por todas, sino a través de la discusión operativa de sus modos de funcionamiento y de sus modelos; no mediante un comportamiento "lúdico", que lleva a bloquear la actividad de la empresa, en la esperanza de que de las ruinas humeantes pueda salir algo mejor, sino mediante una lucha sobre los contenidos y elecciones definidos, que produzca en cada combate singular, nuevos modelos culturales y nuevos parámetros de gestión.

Los contenidos de esta acción están ligados en gran parte al método.

El cuestionamiento del rol, obviamente no puede ser individual, si bien la batalla puede iniciarse en el rol singular: existe un cuestionamiento individual y es absorbido por cierto, en el mecanismo de lucha por el poder en el seno de los grupos dirigentes. Para que pueda ser defendido, para que pueda ser revulsivo, para darse contenidos válidos, debe ser colectivo.

Las primeras experiencias en esta dirección podrán ser cumplidas incluso por pequeños grupos, pero la acción debe reunir a sectores cada vez más vastos de técnicos y unirse a la lucha de los otros empleados y de los obreros.

¿Por qué no partir de consignas generales? Porque lo que cuenta es madurar en la lucha y en el análisis concreto una alternativa de gestión de la empresa y por eso es necesario recorrer *negativamente* toda la experiencia de las organizaciones existentes.

Pero no es suficiente: alargar el análisis y el enfrentamiento implica en la práctica negarse a relacionar cada elección a una base más amplia. Valorar el propio rol, en este aspecto, significa hacerlo valorar; cuestionar el propio rol, reproducir los parámetros de este cuestionamiento en la clase obrera.

Este es el motivo por el que el método llega a ser contenido; decir "este trabajo no lo hago porque no estoy convencido de que sus consecuencias sean aceptables y quiero que sea juzgado y redefinido por quienes están involucrados (yo mismo, mis colegas, los otros empleados, los obreros)", equivale a dar al propio análisis una dimensión y un instrumento de verificación y de experimentación democrática de gran alcance.

En tal sentido, repetimos, los nuevos parámetros de valoración del propio rol y de la gestión empresarial, los nuevos modelos culturales deben ser producidos por la única clase que puede y debe producirlos: la clase obrera.

Corresponde aclarar un equívoco en el que han caído muchos de los que han discutido la argumentación. Pensar en redefinir el propio rol en términos alternativos mediante un proceso independiente, que se termina a nivel de los técnicos implicados, es el fruto de la cultura típica de este estrato, un acto de fe en los métodos de análisis característico de los intelectuales, críticos del capitalismo. Basta pensar en cuántos roles de control y de coordinación deberían desaparecer, por ser totalmente inútiles, para entender lo erróneo de hablar de pura transformación de los roles técnicos.

Sin esta aclaración incluso nuestra propuesta corre el riesgo de transformarse en una estrategia de desarrollo de la tecnocracia, de aparecer como lanzando un llamamiento del tipo "todo el poder a los técnicos". Si en este trabajo hay un llamamiento está dado por el contrario, en términos de "todo el poder a las masas".

El cuestionamiento del rol del técnico constituye, en nuestra opinión, un momento de la lucha de clases, y la relación entre técnicos y obreros es el vínculo orgánico y permanente a nivel de los problemas del trabajo y de los temas políticos generales.

Todo el análisis hecho hasta ahora presupone que la clase obrera está yendo más allá de las luchas exclusivamente salariales y contractuales, para poner en discusión cada vez con más decisión los temas de las condiciones de trabajo. Hay sin embargo, en este proceso, una contradicción: frente a los cada vez más agresivos ataques obreros a las condiciones de trabajo, no ha madurado hasta ahora un conocimiento subjetivo de que este tipo de división del trabajo es el problema de fondo, ni un patrimonio de conocimientos analíticos sobre el trabajo de los obreros por parte del movimiento, ni una reivindicación clara para reconquistar un trabajo pleno que valore y acreciente a las personas, que contenga poder de administrar la fábrica.

Si la clase obrera y las fuerzas políticas y sindicales que se orientan hacia ella no se colocan en este plano, hay que decir con claridad que los técnicos podrán cuestionar el propio rol sólo de un modo tecnocrático, o detenerse derrotados. Sin embargo conviene correr el riesgo de empezar a trabajar en esta perspectiva, si bien faltan algunas de las condiciones fundamentales para tener éxito: este trabajo puede, por otra parte, estimular a la clase obrera a pasar de una rebelión dirigida, a menudo de manera inconsciente, contra la división del trabajo, a la creación de un poder alternativo de gestión de la fábrica.

Y, repetimos, concluyendo, es sobre esta perspectiva que se juega la posibilidad no sólo de sustituir a la clase dominante, sino de crear instituciones, modos de administrar, cultura que hagan sobrevivir la revolución en su contenido de libertad.

ANTONIO LETTIERI

## NOTAS SOBRE LAS CALIFICACIONES, LA ESCUELA Y LOS HORARIOS DE TRABAJO

La fuerte explosión de las luchas sociales, obreras y estudiantiles, en el curso de los últimos años, ha contribuido notablemente a ampliar la problemática interna del movimiento obrero. Nos hemos encontrado en una situación relativamente nueva. Por un lado, estas luchas y algunas conquistas, aun cuando sólo parciales, han agudizado y concretado problemas que apenas unos años atrás hubieran resultado totalmente abstractos. Por otro lado, nos parece característico de la actual situación la existencia de un potencial de lucha a veces más elevado que los objetivos específicos que el movimiento se plantea a sí mismo. El "mayo" francés, las luchas estudiantiles, en cierta medida las luchas sindicales en Italia y en otros países capitalistas, dan muestra de una carencia de estrategia que es a menudo carencia de objetivos. Esta limitación se ha puesto en evidencia en toda su amplitud, por ejemplo, en el terreno de la relación entre fábrica y escuela, que es por otra parte el terreno de encuentro entre las fuerzas sociales más explosivas de esta fase del desarrollo capitalista: los estudiantes y los obreros.

El problema esencial nos parece por tanto el de la conexión entre los diversos momentos de contestación, entre los diversos aspectos de las luchas sociales, entre sus diversos protagonistas. En las notas que siguen intentamos partir de algunos problemas de la actual estrategia sindical, y no sólo sindical, para tratar de analizar algunas de sus correlaciones. Nos referimos esencialmente a cuatro órdenes de cuestiones:

1. El problema de una nueva definición de la política de las calificaciones examinando para este tema la reciente experiencia hecha en la Italsider con la eliminación de la *job evaluation*;
2. La relación entre una nueva política de las calificaciones y una diversa organización del trabajo;
3. Algunos aspectos de la crisis de la escuela y la conexión entre la temática sindical del control obrero sobre la organización del trabajo y una re-fundación de la escuela;

Incluido en Gora, Ant. de la DT

4. la relación que existe entre organización del trabajo y escuela por un lado y horario de trabajo y ocupación por el otro.

El objetivo de estas notas no es tratar específicamente cada uno de estos temas: se trata más bien de una búsqueda de correlaciones como hipótesis de discusión para una estrategia de la izquierda, cuyo problema esencial es a nuestro modo de ver la unificación de las diversas fuerzas sociales en acción.

### La liquidación de la job evaluation

La liquidación de la *job evaluation* (o "análisis y valoración del trabajo") que caracteriza el reciente acuerdo de la Italsider sobre un nuevo encuadramiento profesional marca en cierto sentido el fin de una época. La *job* simbolizaba el nivel más complejo y refinado de lo que se diera en llamar organización científica del trabajo en lo concerniente a la clasificación de los trabajadores. Al mismo tiempo representaba el punto más bajo de la intervención de los trabajadores en la organización del trabajo y en su propio destino "profesional"<sup>1</sup>.

Constituyendo el sistema más "riguroso" de vinculación de la retribución a las funciones (descompuestas en términos de formación requerida, responsabilidad, riesgo, etc.), el mismo era tanto más conveniente en términos de costos para la empresa cuanto más descompuestas y banales fuesen las obligaciones de trabajo. De modo que la *job evaluation* no sólo reflejaba sino que tendía a acentuar la parcelación de las funciones, y por ende la división retributiva entre los trabajadores.

Cuando, en la primera mitad de 1970, fue elaborada en la Italsider la plataforma alternativa al sistema de encuadramiento vigente, se trataba de "inventar" colectivamente un sistema nuevo. En efecto, ni en la siderurgia italiana ni en la de otros países había modelos que respondieran a las nuevas concepciones y exigencias maduras entre los trabajadores. Incluso allí donde los sistemas de calificación parten aparentemente de la profesionalidad, la paga siderúrgica se presenta siempre *sobredeterminada* por las condiciones ambientales (dificultad, calor, riesgo, etc.). Y precisamente era necesario excluir de los parámetros de clasificación las condiciones ambientales y de malestar, esto es, su *monetarización*.

Quedaba disponible el criterio de la profesionalidad. Pero, ¿qué

es la profesionalidad siderúrgica, separada de las condiciones reales en que se explicita? ¿Qué sentido tiene definir una profesionalidad abstracta del fundidor o del laminador fuera de las condiciones concretas (de calor, polvo, ruido, etc.) en las que el trabajador actúa? ¿Qué relación hay entre la profesionalidad de un colador y la de un tornero o ajustador que actúe fuera de la fábrica o al margen del ciclo siderúrgico? La plataforma debía superar estos interrogantes, no sólo porque los mismos habrían sido replanteados por la empresa, sino porque estaban presentes problemáticamente en la propia conciencia obrera. Ninguna propuesta redactada sobre una mesa de oficina hubiera podido resolverlos.

El método seguido en la Italsider fue el de la discusión colectiva. Esta discusión tenía un objetivo totalmente nuevo: se trataba de determinar en concreto cuántos *niveles* eran necesarios para encuadrar a la mayoría de los 40 mil trabajadores del complejo, prescindiendo tanto del sistema, en vigor hasta entonces, del "análisis y valoración del trabajo" cuanto del esquema de encuadramiento contractual. La característica principal de este trabajo colectivo de análisis y reflexión sobre la organización del trabajo es que el mismo fue directamente conducido por los obreros partiendo de los equipos, de las secciones, de las áreas, y confrontando gradualmente los resultados primero a nivel de fábrica y luego de complejo.

Se formó así un juicio de los trabajadores sobre el problema del encuadramiento. La propuesta presentada por algunos grupos extrasindicales de reivindicar una posición única para todos los trabajadores no tuvo éxito. Los trabajadores autodefinieron, por así decirlo, una diferenciación de capacidad y de compromiso, reduciendo sin embargo estas diferenciaciones al mínimo. Con el viejo sistema los obreros eran clasificados en 24 posiciones: el nuevo encuadramiento propuesto preveía en total 6 niveles para obreros y empleados, y por lo tanto no más de 4 para los obreros (de los cuales el más bajo con carácter de provisoriedad). El otro aspecto interesante de la discusión correspondió a los criterios de movilidad de un nivel a otro a través de la adquisición individual y colectiva de un creciente conocimiento y capacidad de intervención en el ciclo de producción.

El resultado alcanzado, tras un conflicto que fue uno de los más combativos del otoño del 70, no se aleja de manera sustancial del enfoque que se había dado a la plataforma. En efecto, se concordaron un total de 8 niveles para obreros y empleados. Pero lo que

importa no es tanto el número de los niveles en sí. Lo que merece mayor reflexión es su significado o, más claramente, el modo en que se llegó a ellos. Dijimos que la reivindicación inicial (6 niveles) era el resultado de un juicio colectivo de los trabajadores. El acuerdo obtenido al final sobre 8 niveles no es más que la expresión de una relación de fuerzas que ha arbitrado la contraposición entre la voluntad de los trabajadores de contener el número de niveles en una franja estrecha<sup>2</sup> y el interés de la empresa por restringirlo lo menos posible (afirmándose primero en 14 niveles, y luego en 10), de manera de extender sus propias posibilidades de maniobra tanto en el plano de la organización del trabajo, cuanto en el de las diferenciaciones retributivas.

Hemos aludido a esta experiencia no por razones anecdóticas, sino porque nos parece que la misma contribuye a demostrar en términos ejemplares una verdad de orden general, esto es, que la única "objetividad" existente en un sistema de clasificación es una objetividad convencional. El problema es saber cuáles de las partes prevalecen en la determinación del encuadramiento y en qué objetivos se basa éste. En realidad, la clasificación de los trabajadores a nivel de empresa, aun remitiéndose formalmente a los textos contractuales, ha constituido hasta ahora un momento de la organización del trabajo sustancialmente sustraído al control de los trabajadores y del sindicato.

### La clasificación como expresión de una relación de fuerzas

En los hechos, trabajadores con análoga capacidad profesional y que ocupan posiciones de trabajo idénticas se ven encuadrados en dos o tres categorías diversas. Por otra parte, la relación entre categoría asignada y retribución es totalmente aleatoria. Incluso cuando para trabajadores pertenecientes a la misma categoría los promedios retributivos entre diversas empresas tienden a coincidir, la coincidencia se revela puramente formal. En efecto, "las categorías son asignadas con criterios tan diversos que la atribución de una categoría a un trabajador representa un modo de asegurar un cierto tratamiento retributivo, más que un hecho preexistente del cual deriva el tratamiento retributivo" (*Relazione generale sull'indagine ENI-IRI sulle retribuzioni di fatto*, 1968).

En ocasiones se puede observar que las diversas posiciones retributivas oscilan en torno a promedios que, puede presumirse, son determinados por el mercado de trabajo. Por ejemplo, de la investigación citada se deduce que los promedios retributivos reales de soldadores, torneros, ajustadores mecánicos y montajistas son casi idénticos, con una variación máxima del 2-3 por ciento. Ello puede indicar una relativa unidad del mercado de trabajo en materia de este tipo de especializaciones. Pero en torno a estos valores medios hay también oscilaciones que en la mayoría de las empresas examinadas varían del 50 al 80 por ciento. Cualquiera sea el aspecto bajo el que se analice el problema, el dato que surge con plena evidencia es que el encuadramiento profesional y retributivo de los trabajadores, en un contexto muy amplio de valores promedios determinados por el mercado de trabajo, constituye una variable de las políticas de organización y retributivas de cada empresa.

En la medida en que ello es cierto, una política alternativa de las calificaciones debe partir de este dato, y plantear como objetivo sindical la gestión por parte de los trabajadores de la clasificación y la determinación de los criterios que deben regirla.

Una nueva política de las calificaciones no puede detenerse, sin embargo, en un discurso puramente salarial, sino que debe unirse a una estrategia general que tienda a la extensión del control social de los trabajadores sobre las condiciones de trabajo. Un enfoque puramente retributivo del problema de las calificaciones, en efecto, no podría dar sino soluciones transitorias e ilusorias.

### Calificaciones y organización del trabajo

Hay ciertamente desequilibrios retributivos que por su naturaleza deben ser combatidos y superados, pero la esencia del problema de las calificaciones reside en la organización del trabajo. En efecto, la calificación del trabajador, su "profesionalidad", no es un dato estático y objetivo; la misma representa más bien el resultado variable, provisorio y por ende modificable colectivamente, de una cierta organización tecnológica. La cual tiende cada vez más a subutilizar las capacidades generales que no obstante exige en principio al trabajador, hasta reducir las y esterilizarlas en un proceso involutivo de las capacidades personales y colectivas. En este sentido el problema no puede ser reducido a las exigencias de un encuadramiento "equi-

tativo". El problema esencial consiste en el rescate de las posibilidades de *realizar* las capacidades de que se dispone y de desarrollarlas en el tiempo, esto es, la posibilidad de conocer, dominar, transformar el proceso productivo de acuerdo con las potencialidades del desarrollo científico y tecnológico.

De todo ello deriva entre otras cosas la crisis del concepto tradicional de profesionalidad, entendido como defensa de grupos de trabajadores dotados de un oficio, ya sea que se lo considere viejo o nuevo.

Y tampoco resulta convincente el intento de recuperar el concepto de profesionalidad ampliando sus contenidos, vale decir, considerando como características profesionales las crecientes potencialidades de los trabajadores, su capacidad de adecuación a la rápida evolución del proceso tecnológico, etc. Este enfoque puede ser útilmente adoptado en el terreno contractual. Asumido en el plano general, en cambio, podría implicar el riesgo de disfrazar el verdadero problema, que es el de intervenir en la organización del trabajo para transformarla y no simplemente garantizar un reconocimiento formal y retributivo más alto a capacidades "potenciales", condenadas a permanecer ocultas. En efecto, el encuadramiento en una categoría contractual superior (si no varía el contenido de la prestación, en su parcelación y banalidad) constituiría simplemente un resultado salarial y dejaría sin resolver el problema de fondo de la relación colectiva y dialéctica entre trabajadores y organización del trabajo.

Por lo demás, el deterioro de los viejos conceptos de profesionalidad obrera y la crisis "de la organización científica del trabajo" han movilizad hace muchos años en Europa, y desde hace ya tres décadas en los Estados Unidos, a psicólogos, sociólogos y economistas que trabajan al servicio del capital para encontrar soluciones organizativas más eficientes que los viejos sistemas taylorianos y fordistas. La ampliación de las funciones tanto en sentido horizontal como vertical ha sido experimentada y adoptada por grandes empresas como la Philips o la IBM. Son técnicas nuevas de organización del trabajo que no modifican por cierto la ideología de la eficiencia y de la explotación; es más, están a su servicio. La "valorización de la personalidad del trabajador" y de sus capacidades se ha convertido en un instrumento para reclutar la mano de obra en un mercado de trabajo tenso, para combatir el ausentismo o para prevenir tensiones conflictuales.

Y en la medida en que estas nuevas técnicas de organización del trabajo son adoptadas y manejadas por el empresario en el marco de una subordinación cultural y política de los trabajadores, las mismas se convierten en momentos de integración, de "personalización del trabajo", pero también de despersonalización en sentido más amplio del trabajador. Además, estas experiencias se han producido hasta ahora en el marco de estructuras sociales y sindicales estrictamente de empresas.

Pero el hecho de que estas técnicas de recomposición del trabajo, de autodirección de grupo, de promoción colectiva, etc., existan, tiene sin embargo un valor importante: demuestra que a menudo los patrones se liberan más veloz y más fácilmente de prejuicios culturales que permanecen arraigados en la clase obrera. Una vez demostrado empíricamente que la división del trabajo tradicional tiene alternativas tecnológicas, el signo de estas alternativas es políticamente ambiguo. No se trata de cambiarlas mecánicamente, ni de rechazarlas, en cuanto experimentadas por los patrones (por lo demás, de manera muy exigua). Tampoco en este caso las técnicas constituyen un hecho objetivo. Se tratará de una alternativa patronal si es manejada por los patrones; resultará una alternativa obrera, si es manejada socialmente por los obreros con plena conciencia de su significado alternativo tanto en el plano técnico como en el plano político.

En una nueva política de las calificaciones nos parece por tanto indispensable la interconexión entre la lucha contra el desnivel salarial y el objetivo de una transformación de la organización del trabajo en una perspectiva de crecimiento del control social sobre el proceso de producción. Se trata de dos momentos complementarios, porque el objetivo exclusivo de la nivelación se vería anulado en el tiempo por la permanencia de las estructuras organizativas tradicionales del trabajo. No obstante, ha de tenerse en consideración que si el proceso de restructuración partiese del patrón, el mismo habría de tener con toda probabilidad reflejos simultáneos sobre la división del trabajo y sobre las retribuciones. En la medida en que la iniciativa sea asumida por los trabajadores en términos de cuestionamiento y de lucha, aún proponiéndose modificar conjuntamente los aspectos salariales y los organizativos, puede ser prácticamente necesario partir del cuestionamiento de las categorías en términos salariales, pero con la convicción de que éste es sólo un momento intermedio: un momento de forzamiento de una situación estancada.

En otros términos, un obrero de montaje que desempeña operaciones elementales con fases de trabajo limitadas en el orden de los segundos o de algunos minutos, puede ser promovido en términos contractuales a obrero *calificado*, pero esta promoción no va más allá de un beneficio económico. El problema decisivo sigue siendo el de su relación con la organización del trabajo, vale decir, el reagrupamiento de las funciones, la ampliación de las fases de trabajo individual y la rotación, de manera de reintegrar a las funciones de producción otras de control, de equipamiento y regulación, de manutención. Pero dado que estas transformaciones no se obtienen de una sola vez, el primer paso es la negación política y práctica de un encuadramiento que confina a un ghetto sin salida a grandes masas de trabajadores asignados a operaciones repetitivas que subutilizan y envilecen las capacidades personales, que mantienen artificiosas divisiones y que constituyen una ulterior forma de explotación.

En este sentido una política reivindicativa concreta debiera tender, coherentemente, con una estrategia de largo aliento, a concentrar la masa de trabajadores en dos categorías que por convención podemos seguir llamando "calificados" y "especializados", en una perspectiva de permanente enriquecimiento de las experiencias teóricas y prácticas que permita a todos la realización de las capacidades personales y colectivas. Sabiendo además que la "carrera" obrera no tiene por qué detenerse en las viejas especializaciones, desde el momento en que, en un marco de rápido desarrollo tecnológico, no puede ser trazada, salvo artificialmente, una línea de demarcación neta entre técnico "obrero" y técnico "empleado". Perspectiva por lo demás presente en la reivindicación del encuadramiento único obreros-empleados.

### Fábrica y escuela

El problema de las calificaciones se inserta en el de la organización del trabajo en la fábrica, pero se vincula inmediatamente al uso de la *escuela*. La misma capacidad de intervención y modificación de la propia condición de trabajo incluso en relación a la rápida obsolescencia de los conocimientos técnicos tropieza a corto plazo con un límite en el horizonte de conocimientos de que dispone el colectivo de trabajadores si no se está en condiciones de desplazar

cada vez más adelante este horizonte. De ahí la exigencia para el movimiento obrero de recuperar y recalificar el uso de la escuela y de la ciencia.

Cerca de un millón de trabajadores estudiantes es hoy el testimonio de esta exigencia de masa de cambiar la propia condición recurriendo a la escuela. Pero el límite de esta experiencia, vivida casi siempre como drama subjetivo, reside en la ausente relación entre escuela y fábrica, entre la necesidad de transformar conjuntamente la organización del trabajo y la escuela misma. Como lo demuestra la encuesta de Turín, a menudo la escuela es una fuga desesperada de la propia condición de trabajo, para gozar de una posición "superior", pero no necesariamente menos alienante<sup>3</sup>.

El problema, nos parece, debiera ser encarado en términos radicales. Se trata de reconocer a todos los trabajadores, jóvenes o adultos, no sólo el derecho a usar la escuela, sino de contribuir a transformarla, re-fundarla, dirigirla. Sé que es fácil sostener el "no realismo" de propuestas que chocan con hábitos intelectuales estratificados. El capitalismo nos ha habituado a vivir en un sistema en el que trabajo manual y escuela tienden a negarse recíprocamente. Esta negación es por lo demás un aspecto típico de la ideología pequeño-burguesa, que aborrece el trabajo manual, y en primer lugar el trabajo en la fábrica.

Pero si no fuese posible romper el aislamiento de la fábrica, habría que considerar entonces como utópicas todas las ambiciones que crecen y se alimentan entre capas crecientes de trabajadores. Habría que renunciar a una política real de intervención y modificación de la organización del trabajo, habría que renunciar a vincular las fuerzas sociales, los obreros y los estudiantes, que hoy actúan separados y que pueden ser golpeados por separado, como sucede en todos los países capitalistas.

Por otro lado también es cierto lo recíproco. La crisis de la escuela está en relación directa con su separación del mundo de la producción. La escuela de hoy es clasista no solamente porque discrimina todavía a los hijos de los obreros, sino en primer lugar porque discrimina a los obreros. Queremos decir que su naturaleza de clase está destinada a conservarse y a reforzarse a pesar de un proceso de generalización de la enseñanza a niveles cada vez "más altos". Su auténtica esencia de clase reside en la *separación* que opera entre "cultura" y producción, entre ciencia y técnica, entre trabajo manual y trabajo intelectual. El capitalismo de hoy, en



efecto, no niega el derecho a la escuela: lo que niega es la transformación de su rol social.

La experiencia de los Estados Unidos esclarece límpidamente esta tendencia. Allí la escuela se ha convertido en un factor importante de la terciarización típica de una sociedad caracterizada por el derroche y por la esterilización de las energías productivas. La escuela no es ya una libre opción, un momento de desarrollo individual y colectivo. Es el camino obligado de una juventud a la que no se ofrece otra alternativa que la desocupación (o el enrolamiento en el ejército). La escuela, como lo atestigua el análisis de algunos sociólogos norteamericanos, es el instrumento utilizado para retardar el ingreso de la mayoría de los jóvenes al mundo de los adultos y al mercado del trabajo. A través de la escuela, millones de jóvenes se ven constreñidos a ese trabajo improductivo que Baran y Sweezy consideran esencial para afrontar el surplus que amenaza con sofocar a la sociedad norteamericana. En 1965, el 52,1 por ciento de los jóvenes entre 18 y 24 años eran estudiantes, militares o desocupados, y el 37,4 por ciento estaban en la escuela<sup>4</sup>.

Bien mirado se trata de uno de los datos más catastróficos de la sociedad de mayor desarrollo capitalista. Para la mayoría de los jóvenes, entre los 18 y los 24 años, la escuela es la única alternativa al enrolamiento o la desocupación. En los últimos cinco años la situación se ha agravado notablemente. A fines de 1970 la desocupación superó el 5 por ciento de la fuerza de trabajo y, en su ámbito, en un 18 por ciento afecta a jóvenes en busca de la primera ocupación. Así, la escuela se ha convertido en un institución para absorber la fuerza de trabajo excedente, para esterilizar las energías productivas que el sistema capitalista no lograría emplear. Según el comité de consejeros económicos del Presidente de los Estados Unidos, los jóvenes mantenidos fuera del proceso productivo se ven obligados a renunciar a un ingreso calculable en el orden de los 20 billones de liras por año. Por eso el estudio es un trabajo improductivo forzado no retribuido. Es, en otros términos, una de las formas más dúctiles y al propio tiempo alienantes de la explotación.

Estos datos son significativos bajo muchos aspectos. Por de pronto, demuestran la insuficiencia de ese análisis tradicional que se limita a denunciar la "funcionalidad" de la escuela para la producción capitalista. Esto es cierto sólo en una cierta fase. Más allá, la escuela se vuelve funcional para la no producción, para el derroche,

para la separación de los jóvenes del mercado del trabajo, de la vida adulta. La descalificación de la escuela va a la par de su crecimiento a la vez monstruoso y estéril. La propia liquidación de los mecanismos de selección dentro de la escuela deja de estar en contradicción con el uso que de ella hace el capitalismo.

La escuela puede limitarse a la producción de superalfabetizados, pero nada más, así como la sociedad de consumo produce niños supervitaminizados. Una parte creciente de los jóvenes que salen de la escuela no tiene más opción que retornar a la escuela en papel docente. Otra parte cada vez más limitada es suficiente para desempeñar trabajos industriales descalificados. La selección de los cuadros técnicos "altos" es efectuada no ya a través de la escuela de masa, sino por super escuelas o super universidades especiales, rigurosamente manejadas y controladas por las instituciones capitalistas que tienen necesidad de ellas.

La crisis de la escuela, en la sociedad capitalista de hoy, no consiste tanto en una limitación del *derecho al estudio*, cuanto en la negación del *derecho al trabajo*, entendido como trabajo productivo y libremente escogido. La escuela se abre, sí, a masas crecientes de jóvenes, pero para aprisionarlos dentro de sus estructuras deformadas, y asume de hecho un rol de estabilización del sistema.

### La escuela como trabajo improductivo y forzado

Los estudios llevados a cabo en Italia sobre la futura relación entre escuela y ocupación indican tendencias homogéneas a las observadas anteriormente en los Estados Unidos. El ISRIL prevé para 1980 un excedente considerable de egresados con respecto a la demanda presente en el mercado del trabajo<sup>5</sup>. Según el CENSIS<sup>6</sup> habría en cambio, al menos hasta 1975, una insuficiencia de egresados, pero resulta significativo, en el marco del discurso que estamos haciendo, que aproximadamente el 60 por ciento de los nuevos egresados esté destinado a ser absorbido por la docencia. En otros términos, la escuela se perfila como la única industria capaz de absorber mano de obra en los próximos años, tanto por el lado de los estudiantes, a quienes se brinda, cada vez menos, una alternativa de producción, cuanto por el de quienes han terminado los estudios y no se les ofrece más opción que la de permanecer en la escuela. (No por nada el Proyecto 80 prevé para 1980 un número de docentes de

1.150.000 unidades contra los 265.000 de 1965). Así, mientras la ocupación industrial tiende al estancamiento, la ocupación de los docentes resultaría más que cuadruplicada en quince años<sup>7</sup>.

La escuela se presenta así, tanto por el lado de los jóvenes que estudian en ella, cuanto por el de los docentes, como una válvula de escape para el mercado de trabajo, como un modo de disfrazar el creciente ejército de desocupados y subocupados, producido y alimentado por el desarrollo capitalista.

Pero el elemento central sigue siendo su separación institucional del mundo de la producción. El desarrollo capitalista de la escuela institucionaliza la división entre trabajo productivo y trabajo improductivo, tiende a esterilizar inmensas energías físicas e intelectuales, separándolas de la realidad de la producción. La escuela se vuelve en cierto sentido funcional a sí misma. En este contexto, la gestión social de la escuela, tal como hoy es propuesta por las fuerzas de izquierda, si se la entiende en términos puramente institucionales, puede ser un modo ulterior de consolidar esta función *separada* y de avalar su rol de estabilización capitalista.

La crisis de la escuela es en este sentido un momento de la crisis más amplia del sistema. Lo que importa no es por lo tanto el control de *este* tipo de escuela, sino la transformación de su función: su reintegración al mundo del trabajo productivo que es el mundo de la dialéctica social y por ende de la recomposición entre teoría y práctica, entre cultura y política. Sólo a lo largo de este camino deviene posible recomponer socialmente, y no con operaciones puramente idealistas, la fábrica y la escuela, las fuerzas que operan en una y otra. Ello significa al propio tiempo re-fundar la escuela sobre la base de una gestión social que es realmente alternativa en los contenidos y no sólo en los métodos de conducción.

La relación entre escuela y fábrica es por lo tanto de doble orden. Por un lado, el discurso sobre la escuela se entrelaza con el de la calificación y del control social sobre la organización del trabajo; por el otro, sólo la transformación de la organización del trabajo y un uso alternativo de la ciencia y de la tecnología pueden liberar a la escuela de su rol de institucionalización *de un trabajo improductivo forzado*.

## El derecho a la escuela y el derecho al trabajo

Para el sindicato, se trata de reencuadrar en términos estratégicos más amplios el discurso sobre los trabajadores estudiantes, vale decir, de rescatar *el derecho a la escuela* para todos los trabajadores y al mismo tiempo *el derecho al trabajo* para todos los estudiantes. Ello significa liberar tanto a los trabajadores cuanto a los estudiantes de los ghettos en que se hallan hoy segregados. Establecer este circuito significa igualmente liberar inmensas energías que la doble "clausura" vuelve hoy inoperantes.

Pero debemos ser conscientes de que un objetivo de esta envergadura rebasa la relación tradicional entre escuela y calificación profesional, para imponer un enfoque más inmediatamente político que abarca el problema de la organización del trabajo, del desarrollo industrial y de la ocupación. El pivote principal de una política tendiente a superar la separación entre escuela y fábrica es hoy el horario de trabajo. La actual duración media del trabajo tiene dos consecuencias negativas que se acumulan. Por un lado, separa a los trabajadores de la escuela; por el otro separa a los estudiantes de la producción. Las mismas 40 horas semanales conquistadas con los contratos de 1969/70, al estar distribuidas en jornadas laborales de ocho horas, impiden a los trabajadores una real actividad escolar. (Los trabajadores que se someten al enorme sacrificio del estudio además del trabajo en la fábrica no logran ser totalmente estudiantes). Por otra parte, la semana de 40 horas en presencia de los actuales *estándares* tecnológicos y de productividad reduce cada vez más las oportunidades de ocupación, impide a los jóvenes entrar en la producción, los "condena" a la escuela, como opción sin alternativas.

Garavini ha sostenido en esta misma revista la exigencia social de plantear como objetivo sindical la reducción de la semana laboral a 36 horas, y al mismo tiempo la *jornada corta* de seis horas. La opción de la jornada corta en el marco de un horario de trabajo semanal progresivamente reducido, en relación también al desarrollo científico y tecnológico, es en efecto la condición para reintegrar el trabajo práctico al trabajo intelectual, la producción a la escuela no ya como una institución separada para pre-adultos, sino como instrumento permanente de formación<sup>8</sup>.

Si en lo concerniente a la relación producción-escuela esto puede parecer un discurso de estrategia a largo plazo, y para algunos

utópico, nosotros, por el contrario, quisiéramos poner el acento sobre su carácter concreto como línea política de hoy y no de un futuro indeterminado. Antes que nada, en Italia (pero es significativo que el discurso sea válido también para la sociedad capitalísticamente más avanzada, los USA) no hay otra manera concreta de encarar el problema de la desocupación. La reducción de la duración del trabajo a 36 horas semanales en toda la industria italiana, como objetivo a breve plazo, permitiría, por ejemplo, en puros términos de sustitución, la inserción en la producción industrial de al menos medio millón de trabajadores. No es casual que el aumento de la ocupación industrial del orden del 2 por ciento, en 1970, haya estado determinado en términos casi exclusivos por la reducción del horario medio de trabajo individual.

La objeción de las mayores cargas que debería soportar la industria italiana en relación a la europea occidental no es importante por dos razones. En primer lugar, hay siempre una selección de los objetivos reivindicativos. La reducción de la semana laboral a 36 horas, pagadas 40, significa para las empresas un aumento del costo del trabajo no muy superior al que estaría constituido por la introducción de la 14ª mensualidad [doble aguinaldo—N. del T.]. En lo referente al sindicato, se trata de seleccionar los objetivos reivindicativos en función de una estrategia precisa, cuya validez se mide por la propia capacidad de unificación del movimiento.

En lo que concierne a la industria, y a los problemas de competitividad internacional que es la trinchera preferida de todas las posiciones conservadoras, debiera ser claro que con la importancia creciente de los costos fijos en la producción, el balance de la empresa tiende a estar determinado más por la duración del empleo cotidiano y anual de las instalaciones (y por ende por el número de turnos de trabajo diarios y semanales), que por el costo absoluto del trabajo. Sería posible, por ejemplo, una negociación global que vincule la reducción del horario a 36 horas con las condiciones de utilización de las instalaciones.

Este orden de consideraciones no es en modo alguno abstracto. En 1970 el problema del tiempo de utilización de las instalaciones se planteó ya en relación a la reducción del horario contractual de trabajo y más aún por la sensible reducción de las horas extra. Los industriales reaccionaron con la exigencia de prestaciones extraordinarias más allá de los límites contractuales y con la institución de nuevos turnos. Los metalmeccánicos dieron una respuesta diferencia-

da tendiente a vincular las opciones dentro de la fábrica con el contexto económico externo. Así, en las áreas congestionadas el sindicato apoyó las reivindicaciones tendientes a reducir los turnos de trabajo semanal (por ejemplo, supresión de los turnos del domingo y del sábado a la noche) o a eliminar los turnos de noche, además de oponerse a la introducción de nuevos turnos y el uso de horas extra. En las áreas caracterizadas por la desocupación, en cambio, se adoptó un comportamiento más elástico. En este caso una utilización más amplia de las instalaciones coincide con el interés en extender la ocupación, en reforzar la unidad entre trabajadores ocupados y desocupados, creándose así una contrapartida social y política al mayor sacrificio requerido de los trabajadores por la mayor intensidad de los turnos.

### El horario de trabajo y la nueva escuela

Si las 36 horas debieran coincidir con la introducción de un segundo o tercer turno de trabajo, para una utilización de las instalaciones de 12 ó 18 horas diarias allí donde hoy está limitada a 8 ó 16, ello podría significar la posibilidad de elevar la producción de las áreas de alto desarrollo sin recurrir a inversiones de carácter intensivo, al menos en la medida permitida por la disponibilidad de mano de obra local —medida que es más importante de lo que parece si se da la posibilidad de entrar en la producción a muchos jóvenes y mujeres actualmente excluidos de ella— y de concentrar consiguientemente el grueso de las nuevas inversiones en el Sur y en las demás áreas de débil desarrollo industrial.

En este discurso general, en la relación horario de trabajo y ocupación, se inserta el otro que nos reconduce al comienzo de estas notas: la relación entre escuela y producción, entre tiempo de trabajo y tiempo disponible para el estudio. En el marco de la jornada laboral de 6 horas, pagadas 8, se podría replantear en una nueva perspectiva un discurso del *part-time*, vale decir de 4 horas de trabajo que dejarían tiempo suficiente para el estudio y para cualquier otra actividad social. Desde el punto de vista retributivo pueden preverse diversas soluciones. En una primera fase se podría prever el pago únicamente de las horas trabajadas, es decir de 4 sobre 6, con la consiguiente percepción de los 2/3 del salario normal. Posteriormente se podría llegar a considerar perfectamente

equivalente el tiempo de estudio y el de trabajo, recuperando por tanto totalmente o en parte (por ejemplo, a través de un sistema de mutualización que llevaría a todas las empresas a la misma condición) la retribución de las horas no trabajadas. La reducción de la jornada laboral a 6 horas implica de por sí la posibilidad de una integración diversa entre tiempo de trabajo y tiempo libre, entre trabajo práctico y trabajo intelectual. La reducción paralela del horario de trabajo a 4 horas significaría dar a los jóvenes la posibilidad concreta de dividir su compromiso entre producción y escuela. Ello implica una apertura recíproca de estas dos instituciones, que la sociedad capitalista tiende a separar en modo riguroso.

Al propio tiempo la reducción de la semana laboral normal de 40 a 36 y la institución de una semana laboral de 24 horas, que beneficiaría ciertamente en gran medida a los jóvenes y a las mujeres, permitiría la creación de centenares de miles de nuevos puestos de trabajo, y una inversión de tendencia con respecto a la actual patológica contracción de la fuerza de trabajo.

Para concluir, la vinculación entre fábrica y escuela se evidencia no sólo en el plano de las calificaciones, que es por lo demás el del control social sobre la organización del trabajo, sino también en el plano del horario de trabajo, que es la clave para superar la actual alternativa entre la escuela y la fábrica. Alternativa que se reproduce en términos invertidos en la vida de cada trabajador: primero una escuela separada de la realidad de la producción, encerrada en su *irrealidad*, y luego la realidad de la producción, segregada de la evolución de la ciencia y de la cultura.

¿Son hipótesis osadas o utópicas? La respuesta es posible sólo a través del análisis de las tendencias nuevas que caracterizan el movimiento obrero. Los trabajadores se niegan a someterse a la falsa objetividad de la tecnología: la organización "científica" del trabajo es rechazada. La crisis de las calificaciones, que fuera nuestro punto de partida, revela una doble crisis por el lado del sindicato, en busca de una estrategia unificadora, pero también por el lado de la empresa que ha perdido la posibilidad de una administración sustancialmente unilateral de la organización del trabajo y del monto-salario. En presencia de estas crecientes contradicciones en la fábrica y de una crisis imponente de la escuela, el capitalismo oscila entre instrumentos aparentemente contradictorios, sustancialmente complementarios, de represión y reformismo. No por nada 1970 se cierra con el llamamiento contra las luchas obreras y estudiantiles.

indicando el nuevo fantasma que merodea por Europa en las "minorías" contestatarias. Estas "minorías" no son otra cosa que las grandes masas de trabajadores y estudiantes. Represión y reformismos; separar los lugares de producción de la escuela. De este modo se separan fuerzas físicas, y esto ya es importante. Pero se separan sobre todo, para las grandes masas, el momento que debiera ser de la cultura del momento de la producción. La conjunción de ambos se produce sólo para una élite destinada a conservar el poder económico y político.

La respuesta del movimiento obrero a esta doble crisis no puede ser dada por separado en términos de gestión de reformas destinadas a modificar la superficie para conservar la sustancia.

La respuesta no puede dejar de ser unitaria, unificando lo que el capitalismo tiende estructuralmente a dividir: los obreros entre sí, el mundo de la producción del mundo de la cultura, y por ende la escuela y la fábrica, los estudiantes y los trabajadores.

## TECNICOS, ESPECIALISTAS Y LUCHA DE CLASES

## I

Hasta comienzos del último decenio, la mayoría de los marxistas todavía consideraban a las fuerzas productivas —particularmente a las ciencias y la técnica— como ideológicamente neutras y a su desarrollo como intrínsecamente positivo. Sostenían con frecuencia que la maduración del capitalismo producía una base material sobre la cual el socialismo podría edificarse tanto más fácilmente en la medida en que las fuerzas productivas del capitalismo estuviesen más desarrolladas. Particularmente las fuerzas productivas de la técnica, de la ciencia, de la calificación del trabajo vivo y de la abundancia del trabajo muerto (capital fijo) obtenían éxitos que facilitarían en gran medida la transición al socialismo.

Esas opiniones se basaban de manera mecánica en la tesis marxiana según la cual las fuerzas productivas, a medida que se desarrollan, entran en una contradicción cada vez más aguda con las relaciones sociales de producción capitalistas. La mayoría de los partidos comunistas europeos sostenían que las relaciones de producción capitalistas frenaban y ahogaban el desarrollo de las fuerzas productivas y que el socialismo, al eliminar las superestructuras del estado y de las relaciones sociales capitalistas, podría liberar súbitamente un potencial gigantesco, hasta ahora neutralizado, de expansión y de desarrollo económico y social. De acuerdo con esta tesis, los partidos comunistas europeos tienden a considerar a todas las capacidades de producción disponibles y todas las capacidades de trabajo manuales, técnicas, intelectuales y profesionales como fuerzas que serán muy valiosas durante el período de transición y que, en consecuencia, es preciso atender desde ahora en sus intereses específicos, es decir corporativos. El socialismo sabrá utilizar esas capacidades de trabajo humanas para el bien de toda la sociedad y remunerarlas convenientemente, mientras que el capitalismo las utiliza en forma destructiva o parasitaria, o directamente no las utiliza.

Indicador en Gorz, Crítica del SPD 151

En ese tipo de tesis, el análisis *ideológico* de la "tecnificación" y de la "cientificación" (*Verwissenschaftlichung*) del proceso de producción, previstas por Marx, se halla indisolublemente vinculado a una opción política. La hipótesis política de base es la siguiente: la transición al socialismo debe hacerse por vías pacíficas y por etapas y por lo tanto no debe perturbar la organización del trabajo, la división del trabajo y las técnicas de producción material que las rigen. Estas, por el contrario, deben ser conservadas y aplicadas, pero puestas al servicio de objetivos sociales "democráticos". Dicho de otro modo, el conjunto de las profesiones, de las calificaciones y de las capacidades de trabajo que participan de la producción capitalista son consideradas recuperables, en su articulación y su estructuración jerárquica, por la sociedad de transición al socialismo, sin ninguna necesidad de rupturas ideológicas, de "revoluciones culturales", de conversiones profesionales, intelectuales y morales. Se considera que todo lo que es productivo desde el punto de vista del capital, en el marco del modo de producción capitalista, puede seguir siéndolo (mejor dicho, tornarse más productivo aún) en el período de transición al socialismo. Este período deberá estar basado políticamente en una alianza "antimonopolista" de todos los trabajadores que, en el marco del capitalismo monopolista, constituyen el "trabajador colectivo productivo" (*Gesamtarbeiter* en Marx) y cuyos trabajos parciales (*Teilarbeiten*), combinados socialmente, "participan en la formación de la máquina productiva en su conjunto": los obreros manuales, sus capataces y supervisores así como los "ingenieros, gerentes, tecnólogos, etc.", quienes, según algunos pasajes de Marx, "se ubican bajo el concepto inmediato de trabajador productivo, directamente explotado por el capital y subordinado a su proceso de valorización y de producción". Y cuando todo ese mundo (incluidos "los suboficiales de la producción") ha sido subsumido, en virtud de una lectura selectiva de Marx, bajo el concepto de "trabajador colectivo productivo", la jugada está casi hecha: la clase obrera es un poco todo el mundo, pierde sus asperezas y sus características ideológicas y culturales, engloba a casi toda la jerarquía de la fábrica, se presenta como una fuerza de orden cuyo poder político, si alguna vez es ejercido en su nombre, sólo será temible para la burguesía monopolista (y para el proletariado).

Por eso es preciso intentar una crítica de las fuerzas productivas y del desarrollo capitalistas. La idea no es nueva. De lo que se trata es de demostrar:

1. Que el capitalismo desarrolla las fuerzas productivas de modo tal de destruir, disimular o negar las potencialidades liberadoras. El desarrollo de las fuerzas productivas y de las fuerzas destructivas se halla indisolublemente ligado: lo que es productivo a nivel de capital puede ser destructivo a nivel de la economía (del conjunto y, sobre todo, destructivo en lo que hace a las posibilidades de superación del capitalismo que su propio desarrollo entraña<sup>2</sup>).

2. Que una parte cada vez mayor de fuerzas de trabajo empleadas por el capitalismo realiza trabajos improductivos o propiamente parasitarios. Esos trabajos requieren capacidades (o "competencias") y confieren un status social que debería desaparecer con el sistema capitalista pero que, poniendo de manifiesto su irracionalidad, le asegura una base social (sobre todo los nuevos sectores medios y parasitarios) bastante amplia<sup>3</sup>.

3. Que, en suma, el desarrollo capitalista tiene lugar de manera tal que la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, lejos de explicitarse *espontáneamente*, pueda ser contenida y ocultada: las fuerzas productivas y las capacidades de trabajo inutilizadas siguen sometidas a la lógica del sistema y son funcionales en relación a él debido a la deformación que dicho sistema les imprime. Por eso la crítica de esta deformación ya no puede ser hecha *desde el interior* del sistema ni desde el punto de vista de las capacidades de trabajo y de las fuerzas productivas *existentes*, sino solamente desde el punto de vista del *más allá* del sistema, de la superación *posible* que se gesta en los hechos como una virtualidad continuamente sepultada y negada. De allí la necesidad de la ruptura y de la subversión ideológicas, de la lucha frontal contra todas las manifestaciones, en todos los niveles, de la ideología capitalista<sup>4</sup>.

Pero hasta aquí sólo se trata de generalidades. La crítica del desarrollo capitalista de las fuerzas productivas estuvo hasta ahora esencialmente dirigida hacia la inutilización de la fuerza de trabajo y la destrucción de capital que exige la valorización del capital. Pero aún no ha sido tratado un problema central: ¿qué ocurre con la fuerza productiva de la técnica y de la ciencia, es decir tanto de los medios de producción en los cuales son incorporadas como de las formas y de la división del trabajo que la "tecnificación" y la "cientificación" de la producción exigen? ¿Puede demostrarse —como lo sugeriría concretamente la revolución cultural china— que

las ciencias y las técnicas de producción llevan la impronta de las relaciones de producción y de la división del trabajo *capitalistas* en su orientación, su demarcación, su especialización, su práctica y hasta en su lenguaje? <sup>5</sup>

Si la respuesta es afirmativa, habrá que reconocer que toda tentativa de revolucionar las relaciones de producción exige un cambio radical y simultáneo de los medios y técnicas de producción (y no solamente de su uso) pues su conservación hará resurgir esas relaciones a través de la división capitalista del trabajo<sup>6</sup>.

También habrá que reconocer que los trabajadores de la ciencia y de la técnica tienen, *en el seno* de su función técnico-científica, la función de reproducir *las condiciones y las formas de la dominación del capital sobre el trabajo*.

Trataré de abordar esos problemas desde tres perspectivas:

1. ¿La función de los trabajadores científicos y técnicos es requerida por el propio proceso de producción material o por el afán del capital de dominar y controlar el trabajo vivo de manera de extraer de él el máximo de trabajo excedente?

2. ¿La función de los trabajadores científicos y técnicos es requerida por la investigación de las técnicas de producción material más eficaces o la investigación de las técnicas y de la organización del trabajo más eficaces está limitada por —y es contradictoria con— el afán (la necesidad) de garantizar el poder incuestionable del capital por medio de la división jerárquica del “trabajador colectivo”?

3. ¿La definición actual de las calificaciones y de las competencias es requerida ante todo por la división técnica del trabajo y, en consecuencia, basada en datos científicos e ideológicamente neutros o la definición de las calificaciones y de las competencias es, ante todo, ideológica y social, para de ese modo prolongar y consolidar la división social del trabajo?

## II

Para iniciar el examen de esos problemas, limitémonos por el momento al análisis de uno de ellos que, en ciertos aspectos, domina a todos: ¿cuál es la función y el objetivo de la aceleración de la innovación tecnológica, aceleración que exige una proporción creciente de trabajadores científicos y técnicos que se ocupen de inves-

ser "capitalizadas" y valorizadas. La producción se desarrollan mucho más rápidamente que las referidas, por ejemplo, a la salud y a la higiene públicas, a la transmisión de los conocimientos, al mejoramiento de las condiciones de trabajo y de vida, etc. (Véase al respecto la nota 9).

Hasta comienzos de la segunda guerra mundial, el objetivo dominante de la investigación y de la innovación técnico-científica era el de contrarrestar la baja tendencial de las tasas de ganancia con una *reducción de los costos* de producción. La innovación se hacía principalmente al nivel del proceso de producción, por medio de la introducción de procedimientos y de máquinas capaces de aumentar la productividad del trabajo vivo, es decir de reemplazar el trabajo vivo (capital variable) por trabajo muerto (capital fijo), de acelerar la rotación del capital circulante, de producir una misma cantidad de mercancías con una cantidad reducida de trabajo social. Las innovaciones orientadas hacia el *proceso de producción* más que hacia la naturaleza de los productos reflejaban, a lo largo de la década del 30, el estancamiento de una economía en vías de concentración monopolista, en la que las grandes firmas trataban de defender sus tasas de ganancia gracias a la eficacia de procedimientos cuya exclusividad poseían y que podían procurarles, al menos durante un tiempo, una "renta de tecnicidad" (fuente de superganancias) o de ganancias adicionales (por la venta o el alquiler de patentes o de licencias).

Aunque conservando una importancia decisiva, las innovaciones relativas al *proceso* de producción se desarrollan *relativamente* menos velozmente, desde comienzos de la década del 50, que las innovaciones relativas a la sustancia, el estilo y la presentación de los *productos* de consumo. En lugar de producir mercancías que evolucionan más lentamente que sus procedimientos de producción, la industria tiende a producir mercancías que evolucionan frecuentemente con mayor rapidez que los procedimientos de producción. Este desplazamiento es comprensible. En una economía donde la concentración monopolista ha llegado a su máxima expresión, los crecimientos de productividad se enfrentan tarde o temprano con la capacidad de absorción del mercado que establece un límite: si la demanda solvente está saturada por una producción dada de mercancías de un determinado nivel de precio, la producción de esas mercancías sólo podrá ser aumentada a condición de un descenso de su precio de venta. Sin embargo, esta baja de



de la tasa de ganancia y crear nuevas oportunidades de inversión rentable<sup>10</sup>.

En consecuencia, en los EE.UU. y, tendencialmente, en Europa occidental, la producción monopolista crece mucho más rápidamente "en valor" que en cantidades físicas. La expansión monopolista se basa menos en la producción de un volumen creciente de mercancías que en el reemplazo de productos relativamente simples por productos más elaborados y más costosos cuyo valor de uso para los particulares no es necesariamente más grande, y hasta puede ser menor. Este tipo de crecimiento evidentemente es incapaz de eliminar la pobreza y de asegurar la satisfacción de las necesidades colectivas, sociales y culturales. Produce, por el contrario, nuevos tipos de pobreza debidos a la destrucción del contorno, al deterioro del marco de vida urbana, a carencias agudas en materia de vivienda, de equipamientos hospitalarios, de transportes colectivos, de higiene pública, etcétera.

En resumen, una parte apreciable de las fuerzas productivas empleadas por el modo de producción capitalista y, más particularmente, una parte apreciable de los conocimientos, de las competencias y de la investigación científica y técnica sólo son "productivas" y funcionales en relación a las orientaciones y a las prioridades particulares del crecimiento monopolístico. Una buena parte de *ese* personal científico y técnico y una buena parte de *esas* investigaciones serían de muy escasa utilidad en una sociedad cuya tarea prioritaria consistiría en satisfacer las necesidades sociales y culturales de las masas. Una buena parte de los conocimientos y de las competencias disponibles no presentaría ningún interés en una sociedad comunista mientras que ésta se enfrentaría, en sus comienzos, con una falta de conocimientos, de competencias y de técnicas necesarias para mejorar la calidad de la vida, para colocar la ciencia al alcance del pueblo, para reducir la fatiga y la usura físicas y nerviosas que provoca el trabajo industrial, para adaptar el proceso de trabajo a las necesidades físicas y psíquicas de individuos intelectual y afectivamente desarrollados.

La defensa de los intereses profesionales inmediatos de los trabajadores científicos y técnicos del capitalismo, la defensa de su derecho incondicional a empleos donde desplegarían sus competencias actuales evidencia, por lo tanto, una línea política conservadora y no incita a ninguna politización en profundidad. La radicalización política de los trabajadores científicos y técnicos pasa, por el con-

trario, por el cuestionamiento y el rechazo de las orientaciones y de los contenidos de su actividad profesional, de sus competencias y por lo tanto de la ideología capitalista que impregna las ciencias y las técnicas.

En efecto, es imposible considerar a éstas como ideológicamente "neutras": llevan la marca de la idea que la burguesía se hace de su función y de los fines que ella le asigna o que, por mediación del sistema en el cual están inmersos, les "sugiere" o les prohíbe. Un sistema dado tiende a plantear sólo los problemas que pueden ser resueltos en el marco de ese sistema (o más exactamente, tiende a plantear los problemas únicamente de un modo que permite resolverlos sin poner en peligro el equilibrio o la lógica del sistema). La tecnología y las ciencias se desarrollan, en su orientación de conjunto y en sus prioridades, en función de las demandas de la industria y del estado capitalistas, demandas que evidentemente no son del mismo tipo que las de una "sociedad liberada".

Las ciencias, y también las técnicas, no son por lo tanto independientes de la ideología dominante ni están inmunizadas contra ella. Subordinadas e integradas al proceso de producción, solicitadas por él, llevan consigo, en tanto que fuerzas productivas, el sello de las relaciones de producción capitalistas. Es cierto que esta integración nunca es total. Nunca es total porque la actividad científica, el trabajo que consiste en producir conocimientos tiene, *al igual que todo trabajo*, una parte irreductible de autonomía que es el propio trabajador en tanto que *praxis soberana*<sup>11</sup>. La ciencia puede ser puesta al servicio de objetivos predeterminados, puede ser desarrollada en una cierta dirección en detrimento de otras, puede ser llevada a responder a los problemas que le plantea el estado y la ideología burguesa en detrimento de otros problemas. Pero es imposible impedir que los trabajadores de la ciencia se planteen y descubran problemas diferentes de aquellos que están obligados a resolver y también que encuentren soluciones posibles a problemas que la burguesía no les (y no se) plantea. En realidad, cuando los trabajadores de la ciencia tratan de proporcionar las soluciones de los problemas de la ciencia que les son exigidas, siempre encuentran la posibilidad de plantear de otro modo y de resolver diferentemente esos mismos problemas, pero encuentran esas posibilidades como posibilidades que les son negadas. Aquí es cuando se hace evidente el "arbitrario" ideológico y cultural al que están sometidos; por eso saben que la orientación y los contenidos de la actividad científica po-

drian ser diferentes pero que, para serlo, tendrían que existir técnicas y una sociedad diferentes. Por eso son y pueden considerarse recuperables y a la vez irrecuperables para la revolución. Y finalmente, también por eso no es cuestión de voluntarismo ni de primitivismo el pedirles que cuestionen, que critiquen, que rechacen las orientaciones y los contenidos de sus competencias, las pretendidas neutralidad e inaccesibilidad de su ciencia.

Esta crítica es objetivamente difícil. Sucede como si la burguesía hubiese presentado los peligros y como si hubiese hecho todo lo posible para alejarlos, impregnando *ideológicamente* a la enseñanza científica y técnica. En efecto, los conocimientos científicos y técnicos no están solamente desconectados, en una gran medida, de las necesidades y de la vida de las masas, sino que igualmente están delimitados en especialidades estrechas y desconectadas de la "cultura general" y del lenguaje común por un cierto esoterismo que los torna difícilmente comunicables a los que no son especialistas. Esta fragmentación de las "sub-culturas" técnico-científicas es una consecuencia de la división capitalista del trabajo, pero es, a la vez, la condición de su perpetuación. Ella restringe el saber y el poder de los trabajadores técnico-científicos a un dominio estrechamente delimitado, tiende a hacer de ellos lo que los alemanes denominan "*Fachidioten*", los enclaustra en un saber parcial destinado a aportar soluciones técnicas a problemas formulados en términos técnicos, tiende a impedirles que sitúen su especialización en una perspectiva de conjunto y que la superen hacia una cultura técnico-científica capaz de cuestionar la falsa universalidad de la ideología burguesa por medio de una universalización concreta. De allí el hecho significativo de que la producción de ciencia y de técnica, que es la actividad intelectual más difundida de las sociedades capitalistas evolucionadas, sea al mismo tiempo estéril desde el punto de vista del desarrollo de una *cultura popular* (es decir de una cultura perteneciente a las masas populares) y que las ideologías técnico-científicas sean solamente disfraces de la ideología burguesa.

Es cierto que este hecho no tiene nada de sorprendente. Las sub-culturas científicas y técnicas siguen siendo parciales y escindidas de la vida y de la cultura popular general porque el objeto al que están referidas, los medios y procesos de producción están separados y alienados del pueblo. En una sociedad donde los medios y procesos de producción están alienados (*entfremdet*) del pueblo y erigidos en "potencias autonomizadas", en "la Cosa

misma" ("*die Sache selbst*"), en semejante sociedad no es sorprendente que los conocimientos relativos a los medios y procesos de producción sean a su vez conocimientos alienados y "cosificados"<sup>12</sup>; conocimientos parciales adaptados al trabajo parcial que los trabajadores técnico-científicos realizan en tanto que miembros del "trabajador colectivo productivo".

La cultura y las competencias científicas y técnicas llevan en sí claramente el sello de las relaciones de producción capitalistas (autonomización y alienación de los medios de producción y de las fuerzas productivas en tanto que "poderes ajenos") y de la división capitalista del trabajo que separa los trabajos intelectuales y manuales, combina en *exterioridad* los trabajos que participan de la producción del "*producto común*", niega a los trabajadores parciales toda posibilidad de cooperación voluntaria, de comprensión y de auto-determinación del proceso de trabajo y de sus objetivos, separa la decisión y la concepción de la ejecución, la capacidad de producir conocimientos de la capacidad de determinar el uso que se hará de esos conocimientos.

Pero por más legítimo que pueda parecer el ubicar a los trabajadores científicos y técnicos de la industria en la categoría de los trabajadores productivos, explotados y alienados, sigue siendo difícil considerarlos, sin más, como parte integrante de la clase obrera. En efecto, es inútil decir que la ciencia y las técnicas que producen les son alienadas, incorporadas al capital y se vuelven sobre ellos como un "poder ajeno" de la que, de buen o mal grado, son servidores. El hecho que se debe tener en cuenta (y que Marx observa en los pasajes citados) es que la ciencia y las técnicas se vuelven igualmente contra los obreros como medios de explotación y de extorsión de trabajo excedente. Dicho de otro modo, si los trabajadores técnico-científicos y los obreros están, aunque parezca imposible, situados del mismo modo *frente al capital*, no están situados del mismo modo *los unos en relación a los otros*. En tanto que el trabajo técnico-científico y el trabajo obrero son llevados a cabo *paralela pero separadamente*, es evidente que los trabajadores técnico-científicos producen medios de explotación y de opresión de los obreros y deben, por lo tanto, aparecer ante ellos como agentes del capital, mientras que los obreros no producen medios de explotación de los trabajadores técnico-científicos. La relación entre unos y otros, *allí donde es directa* no es una relación de reciprocidad, sino una relación *jerárquica*.

No basta, pues, con definir la posición de los trabajadores técnico-científicos en el proceso de producción, de examinarla bajo el ángulo de la relación capital-trabajo. En la misma medida que su relación con el capital, es preciso determinar su relación con los otros "trabajadores parciales". Y es previsible que la naturaleza de esta última relación repercutirá igualmente sobre la relación del trabajador técnico-científico con el capital o, más exactamente, sobre la conciencia que tiene de la naturaleza de clase de esa relación, sobre su conciencia de clase. Por eso propongo distinguir:

a. Las situaciones en que los trabajadores técnico-científicos supervisan, controlan o dirigen grupos de trabajadores manuales que, cualquiera sea su calificación real, están ubicados en niveles inferiores de la jerarquía industrial y subordinados a los primeros;

b. Las situaciones donde el proceso de trabajo se basa única o principalmente en la actividad parcelizada de trabajadores técnico-científicos que no detentan ninguna autoridad ni ningún privilegio jerárquico sobre otros tipos de trabajadores empleados en la misma unidad de producción.

Numerosas confusiones se debieron al hecho de que algunos sociólogos (sobre todo Serge Mallet y Radovan Richta) concentraron la atención sobre la segunda de esas situaciones, mientras que la primera sigue siendo todavía la más común. Comenzaré, por lo tanto, con un examen (necesariamente sumario) de la posición de los trabajadores técnicos en esta primera situación. Trataré luego de aclarar la ambigüedad de los movimientos reivindicativos de técnicos ubicados en la segunda situación que sólo pueden ser comprendidos en función de la evolución general que hace pasar progresivamente a los trabajadores técnico-científicos de una función de mando a una función directamente productiva.

### III

En las industrias de mano de obra, la función de los trabajadores técnico-científicos es a la vez técnica e ideológica. No solamente están encargados de planificar el proceso de trabajo, de organizarlo y de controlarlo de acuerdo con normas técnicas pre-establecidas sino que también tienen por función perpetuar la estructura jerárquica de la empresa y reproducir las relaciones sociales capitalistas. Es decir, perpetuar la separación (la alienación) de los

productores con relación al producto "común" y al proceso de trabajo.

Con frecuencia, este segundo aspecto de su función prevalece ampliamente sobre el primero. Pero este hecho raramente llamó la atención en las sociedades capitalistas. Recién después de la revolución cultural china, los militantes "occidentales" trataron de ponerlo en evidencia. Hasta entonces, se consideraba corrientemente que la división, la especialización y la separación de las tareas eran requeridas no por la división *capitalista* del trabajo sino por los imperativos técnicos de la producción en serie en grandes complejos mecanizados. La parcelización y la repetitividad de las tareas eran atribuidas al afán de racionalizar la *división técnica* del trabajo. Y esta división parecía requerir que las parcelas de trabajo repetitivo y no calificado fuesen programadas, supervisadas, cronometradas y coordinadas por técnicos responsables de todo o parte del producto final completo, de todo o parte del proceso de trabajo. Esos técnicos debían poseer conocimientos a la vez que competencias más elevadas y una autoridad jerárquica.

Pero, observando más detenidamente, el problema sigue planteado: ¿por qué el trabajo debe ser dividido en parcelas ínfimas? ¿Por qué las tareas estrictamente especializadas deben ser ejecutadas separadamente? La explicación habitual es la siguiente: 1) la especialización estricta requiere menor habilidad y un tiempo de formación más corto; 2) la repetitividad del trabajo permite al obrero trabajar más rápido y, por lo tanto, aumenta su rendimiento. En resumen, gracias a la parcelización del trabajo, cada trabajador individual y el "trabajador colectivo" en su conjunto se tomarán más productivos.

Esas explicaciones aparentemente objetivas sólo poseen, sin embargo, un alcance limitado: son válidas en el marco de la explotación capitalista del trabajo alienado, y aún en este marco no siempre son verdaderas. En realidad, las técnicas extensivas de producción no fueron la causa de la división parcelaria del trabajo. Como lo demuestra un economista norteamericano, ocurriría más bien a la inversa<sup>13</sup>: desde el comienzo, los patronos capitalistas buscaron ante todo el máximo de poder y de control sobre el trabajo asalariado. El proceso de trabajo fue organizado con ese objeto y las técnicas de producción fueron determinadas y conformadas en consecuencia. Quizás se diga que la maximización del control era la condición de la maximización de la explotación y *por lo tanto* de

la maximización de la productividad física del trabajo. En realidad, si bien la primera afirmación es evidente, la falsedad de la segunda es demostrable: *el tipo de control y de disciplina que permite arrancar al obrero el máximo de trabajo excedente raramente es compatible con el tipo de organización del trabajo que permite producir el máximo de bienes físicos con el mínimo de fatiga humana.* Dicho de otro modo, la productividad máxima desde el punto de vista del capital no se confunde automáticamente con la eficacia productiva (o productividad física) máxima.

En efecto, como veremos más adelante, buscar la productividad física máxima es buscar simplemente las condiciones que permiten a los obreros producir la mayor cantidad posible de productos dados empleando del modo más eficaz y racional un gasto de energía óptimo. No se trata de reducir el gasto de energía al mínimo. Un ritmo de trabajo demasiado lento, una tarea demasiado fácil o monótona fatigan más que un ritmo, un grado de dificultad y de complejidad que mantenga en tensión las facultades físicas e intelectuales del individuo. Las condiciones de la eficacia productiva máxima del trabajo sólo pueden, por lo tanto, ser determinadas colectivamente por los propios trabajadores. Ello supone su participación colectiva voluntaria, su libertad para reglamentar y organizar el desarrollo del proceso de trabajo, de modificar y hasta de concebir sus herramientas. Es decir, cosas que no son compatibles con el poder de disposición discrecional del patrón capitalista.

La productividad máxima desde el punto de vista del capital es otra cosa. Es obtenida por la búsqueda de las condiciones que permitan producir la mayor cantidad posible de productos dados con el máximo de energía humana que pueda ser obtenido con el mínimo de salario (de capital variable). La diferencia con la primera definición es evidente: desde el punto de vista del obrero, la productividad del trabajo sólo aumenta si puede producir más sin mayor fatiga; desde el punto de vista del capital, la productividad del trabajo aumenta cada vez que puede imponer al obrero un gasto de trabajo mayor sin aumentar su salario en las mismas proporciones. La noción de "progreso técnico" o de "ganancia de productividad" tiene, pues, un sentido radicalmente diferente para el trabajador y para el capitalista. Para el primero, dicha noción significa que los perfeccionamientos de la "maquinaria" aumentan la eficacia de su gasto de trabajo sin aumentar éste. Para el segundo, significa sobre todo, y con frecuencia únicamente, que los perfeccionamientos de

la "maquinaria" obligan al obrero a un gasto de trabajo (físico, nervioso) mayor. En realidad, sólo la primera definición es rigurosa: "input", es decir un progreso técnico. La segunda definición, en cambio, es evidentemente falsa: sólo retiene el aumento del "output" sin tener en cuenta el aumento del "input" (por más que este "input" sea, al menos, energía humana).

Esas precisiones eran necesarias para hacer comprender la racionalidad y la necesidad, desde el punto de vista del capital, de la división jerárquica y parcelaria del trabajo. Esta no es requerida por la búsqueda del progreso técnico sino por la búsqueda de la explotación que no es compatible en general con la organización y las técnicas de producción más eficaces en sentido estricto. Por eso es posible suponer que las técnicas de producción, los modelos de organización y de división del trabajo habrían sido —y podrían ser— muy diferentes si su objetivo fuese no la explotación máxima y por lo tanto el control jerárquico máximo de la fuerza de trabajo sino —como lo sugeriría la revolución cultural china— la iniciativa colectiva máxima tendiente a dar el máximo de eficacia a un mismo gasto de trabajo. Esta iniciativa colectiva supone evidentemente la supresión de las barreras jerárquicas, la supresión de la separación entre trabajo manual e intelectual, la recomposición de las tareas, la definición de "líneas" y "escalafones" profesionales que permitan a todo trabajador el enriquecimiento constante de sus conocimientos teóricos y prácticos: la fábrica y la escuela, el trabajo productivo y la adquisición de conocimientos deben ser una misma cosa, todos deben ser, desde la adolescencia hasta el momento de su retiro al mismo tiempo productores, estudiantes y (frecuentemente) maestros, nadie debe estar dedicado durante toda su vida a ejecutar trabajos monótonos no calificados y estúpidos, trabajos que son eliminados por el enriquecimiento y la transformación permanentes del proceso de trabajo o, cuando su eliminación es imposible, realizados por rotación. Aunque este tipo de "revolucionarización" del proceso de trabajo tuvo, en China, objetivos ante todo ideológicos y políticos estaba igualmente fundado en esta apuesta implícita: la iniciativa colectiva de los obreros iba a permitir una óptima utilización de los recursos materiales y humanos y, por lo tanto, un crecimiento sensible de la productividad.

Esta hipótesis de base de la revolución cultural china fue acogida en general en Europa con un escepticismo de principio, pues se

sostiene que la revolución cultural *necesariamente* debió provocar una disminución de la productividad del trabajo (en sentido estricto). No disponemos de pruebas suficientes como para demostrar lo contrario. Pero algunas experiencias realizadas en los EE.UU., necesariamente limitadas y poco numerosas, demuestran evidentemente que el escepticismo *de principio* no es admisible. Esas experiencias fueron precisamente motivadas por la comprobación de que la división del trabajo y la tecnología que la sustenta no permiten alcanzar la eficacia técnica máxima. Esto es válido para el trabajo por piezas, en máquina individual y también para el trabajo en cadena.

Esos dos tipos de organización del trabajo tienen una característica común: la predeterminación "científica" de los tiempos necesarios para el cumplimiento de una tarea repetitiva: la duración de cada movimiento es establecida en la décima o en la centésima de segundo después y se fija un tiempo estándar para la realización de una sucesión de movimientos. El tiempo oscila generalmente alrededor del minuto (30 a 120 segundos). El estudio "científico" de los tiempos supone evidentemente condiciones previas:

- La naturaleza de cada movimiento debe ser previamente "normalizada". No debe ser dejada a criterio del obrero ni depender de su mayor o menor habilidad o entrenamiento. Esta normalización es posible por la definición de un cierto número de variables estandarizadas cuya combinación definirá un puesto de trabajo también estandarizado. Dicho de otro modo, la naturaleza y la duración de los movimientos son prestablecidas y calculadas a partir de una clave sin que sea necesario recurrir a la observación y al cronometraje de un individuo vivo.

- El estudio "científico" de los tiempos y de los puestos evidentemente sólo puede aplicarse a tareas simplificadas al extremo y en las cuales todos los "imprevisibles humanos" han sido eliminados: los gestos del obrero deben tornarse tan mecánicos como los movimientos del mecanismo del que es esclavo. Si la tarea fuera compleja requeriría iniciativa, reflexión e inteligencia y el obrero conservaría el poder de determinar por sí mismo, dentro de ciertos límites, su forma de trabajar, la velocidad de sus movimientos y la intensidad de su esfuerzo. Nunca desplegaría el máximo de energía de que es capaz. Elegiría su "velocidad de crucero", inventaría trucos y recursos. No es cierto que produciría menos pero sí es cierto que el patrón no tendría ningún medio seguro de saber si el obrero rinde el máximo de trabajo de que es capaz ni tampoco

ningún medio seguro para obligarlo a producir a lo largo del año la misma cantidad de trabajo.

Es fácil comprender, luego de estas observaciones sumarias, que la parcelización infinitesimal de las tareas no es la consecuencia de una tecnología que habría evolucionado según sus leyes propias, independientes del contexto político y social. Es la consecuencia de una tecnología concebida para servir como arma en la lucha de clases, como arma para posibilitar la predeterminación "científica" de la cantidad de trabajo a realizar por cada obrero, para impedir que el obrero "robe" al patrón el tiempo necesario para fumar un cigarrillo, leer el diario o estirar las piernas. El trabajo no ha sido idiotizado porque los obreros sean idiotas ni porque con ello se aumenta la eficacia de un mismo gasto de energía humana. El trabajo ha sido idiotizado *porque no se puede confiar en los obreros*: en la medida en que dispongan de un poco de poder en su trabajo se corre el riesgo de que sea utilizado en contra de sus explotadores. La organización "científica" del trabajo significa ante todo la destrucción científica de toda posibilidad de control obrero.

Ahora bien, el perfeccionamiento científico de la coerción en el trabajo tuvo por contrapartida previsible el desarrollo de nuevas formas de resistencia obrera, principalmente el ausentismo, el sabotaje del producto y las diversas formas de paros del trabajo. Además, estudios científicos han demostrado que el trabajo monótono y repetitivo provoca una fatiga mayor y, por lo tanto, para un mismo gasto de energía un rendimiento más débil que el trabajo complejo que exige un conjunto de facultades intelectuales y manuales.

En un pequeño número de empresas norteamericanas y británicas que enfrentaban dificultades originadas por paros, huelgas de rendimiento, sabotajes discretos y permanentes del producto o por un estado de perturbación crónico, los patronos se dejaron vencer por los psicólogos de suprimir todas las constricciones de trabajo y de dar al colectivo obrero poderes muy amplios para organizar el trabajo a su criterio, determinar por sí mismo los tiempos y las cadencias, modificar y reordenar las instalaciones y las técnicas. El control a la entrada y a la salida de la fábrica es eliminado, la cantina es común a los obreros y a los cuadros, los supervisores, controles, inspectores y otros "suboficiales de la producción" son suprimidos, el número y la duración de las pausas son libradas al

criterio de los trabajadores. Las tareas parciales son recompuestas de modo tal que cada individuo y cada grupo tenga la responsabilidad de un producto complejo cuya conformidad a las normas técnicas él mismo controla. Todas las modificaciones e innovaciones técnicas y organizativas que los colectivos obreros proponen deben ser tomadas en cuenta obligatoriamente por la dirección, y discutidas en las asambleas de los colectivos de taller. Ninguna propuesta puede ser rechazada si, luego de una discusión, el colectivo obrero continúa considerándola válida. Los técnicos e ingenieros ya no tienen poder de mando; están allí para poner sus conocimientos técnico-científicos a disposición de los obreros y ayudarlos así a resolver problemas técnicos. Están a disposición de éstos y no a la inversa. Finalmente, los salarios aumentan proporcionalmente a la productividad del trabajo<sup>15</sup>.

En la decena de empresas (en su mayor parte medianas pero entre las cuales hay por lo menos una de alcance mundial: las ICI británicas) en que ha sido puesto en práctica, este tipo de sistema, luego de un período de titubeos y pruebas, alcanzó saltos de productividad espectaculares, en general del orden del 20% por año durante varios años consecutivos, *permitiendo a los obreros disminuir su fatiga*, buscando el grado óptimo en materia de gasto de trabajo. El ausentismo ha desaparecido, el desecho ha sido muy reducido y hasta en ciertas fabricaciones de precisión, completamente eliminado, los accidentes y roturas de herramientas o de aparatos disminuyeron en proporciones espectaculares, la jerarquía de salarios ha sido abolida y un flujo continuo de innovaciones y modificaciones técnicas ha surgido de los talleres.

En resumen, la autogestión técnica (o control obrero) del proceso de trabajo ha revelado la irracionalidad técnica y la arbitrariedad político-cultural de la división capitalista del trabajo. Esas experiencias revelaron también que no hay ninguna necesidad *técnica* de descalificar y robotizar a los trabajadores. Por el contrario, es posible organizar el proceso de trabajo de tal modo que sea a la vez un proceso de aprendizaje continuo: el trabajo productivo y la adquisición de conocimientos pueden estar integrado. Nadie tiene por qué estar confinado en tareas no calificadas, estúpidas y subalternas. La vida de trabajo (o "carrera") puede ser evolutiva y el trabajo enriquecerse progresivamente, permitiendo al trabajador el despliegue de capacidades de trabajo y de creación cada vez más amplias<sup>16</sup>.

Las ventajas de este tipo de sistema son tan asombrosas que

algunos ingenuos, y entre ellos muchos de los realizadores de las citadas experiencias, se preguntan porqué éstas no son imitadas en mayor proporción. Las razones son fáciles de adivinar:

1. El sistema se basa en la autogestión técnica del proceso de trabajo por los obreros. Estos sólo aceptan poner en práctica su iniciativa y su poder de inventiva si tienen la seguridad de que el patrón no va a tratar de apoderarse del resultado de su trabajo para intensificar su explotación: si los salarios no aumentan de acuerdo a los crecimientos de productividad o si se deciden suspensiones porque la producción en aumento ya no puede ser vendida, toda la experiencia fracasará. Ahora bien, la garantía de empleo y la equiparación del salario de acuerdo con la productividad sólo pueden ser admitidas en el régimen capitalista por empresas particulares durante un período limitado. Algunas de esas empresas, en los EE.UU., sólo pudieron evitar las suspensiones en período de recesión solicitando y obteniendo del personal un esfuerzo excepcional para poder liquidar a los competidores y acaparar su parte de mercado. El personal de la empresa sólo ha podido proteger su empleo destruyendo el capital de otra empresa competidora y condenando a la desocupación a su personal. De ese modo, aun cuando la mayoría de la patronal estuviese convencida de las ventajas de la autogestión técnica obrera, su generalización seguiría siendo incompatible con el sistema capitalista. La garantía del empleo y la seguridad de que los propios trabajadores se beneficiarán con los aumentos de productividad (en forma de salario directo, salario social, servicios colectivos gratuitos, tiempo libre, etc.) supone una gestión social de la producción social en su conjunto. Sólo en el marco de la autogestión social puede funcionar y desplegar toda su eficacia la autogestión técnica<sup>17</sup>. Es incompatible tanto con la gestión capitalista *privada* como con la gestión *burocrática* (centralizada o no): las dos exigen el mismo tipo de división jerárquica del trabajo y constituyen un obstáculo para la búsqueda de la productividad física óptima porque subordinan igualmente el trabajo al capital y, al separar a éste de los medios de producción, reproducen constantemente las relaciones de producción capitalistas.

2. Una parte importante de los progresos de productividad realizados en los ejemplos citados provienen de la eliminación por parte de los obreros de numerosos supervisores, inspectores, verificadores, que en una empresa capitalista "normal" tienen por tarea obligar a los obreros a trabajar, a combinar los trabajos parciales desde afue-

ra, a mantener con ese fin normas técnicas y de rendimiento, etc. Al asumir la mayor parte de la gestión del proceso de trabajo, los obreros han descubierto (y demostrado en oposición a lo que sostenía Marx) que los "suboficiales de la producción" son parásitos, pequeños parásitos. Pero, ¿por qué no liquidar también a los grandes? Ese es el problema que planteaba a su manera un O.S. delegado de taller en una hilandería de nylon de las ICI de Gloucester, dos años después de la introducción de la autogestión técnica obrera: "Los sociólogos no están totalmente equivocados: somos más felices en nuestro trabajo. Pero las cosas no pueden detenerse allí: usted no puede abrirles los ojos a los muchachos y al mismo tiempo fijarles límites. Saben que podrían eliminar muchos problemas y muchos parásitos si los dejaran hacer. Sabemos que somos capaces de hacer marchar y controlar esta fábrica. La próxima etapa, para nosotros, es obtener más poder de decisión"<sup>18</sup>.

3. Las fórmulas de autogestión técnica suponen siempre la destrucción de las relaciones jerárquicas y de autoridad. Se enfrentan ante todo con la resistencia de los "pequeños jefes" y además, si la jerarquía de los salarios es cuestionada con la resistencia —que puede llegar hasta la rebelión y el sabotaje— de los cuadros técnicos y administrativos. Piénsese en lo que ocurriría si hubiese obreros que ganaran casi tanto (y en ciertos casos más) como los técnicos, los ingenieros de rango inferior o los cuadros técnico-administrativos. A través de la jerarquía, son cuestionadas las relaciones de clase y a través de éstas el poder patronal y el poder de la burguesía. Es cierto que la productividad y las ganancias aumentan pero el juego ya no vale la pena si los representantes de la clase dirigente ya no tienen la seguridad de poder gobernar la fábrica ni de ser los artífices de sus éxitos. En el fondo, están aferrados a su rango, tanto al dinero como al poder que ese rango les ofrece.

Volvemos al punto de partida. La división capitalista del trabajo, con su separación del trabajo manual e intelectual, de ejecución y de decisión, de producción y de gestión, es una técnica de dominación a la vez que una técnica de producción. Se pretende que la dominación es necesaria para maximizar la producción. Eso es falso. La dominación es necesaria para maximizar la explotación, es decir para obtener el máximo posible de trabajo con fines que no son los del trabajador sino los del capital. Y el objetivo del capital es su propio crecimiento. Para alcanzarlo, es conveniente separar a los productores de sus productos, de los medios de producción, del

mismo trabajo que debe serle impuesto como una cantidad exterior, preestablecida, confirmada por las exigencias inertes del proceso de trabajo. Ese es el origen de ese círculo vicioso:

1. Puesto que el objetivo de la producción no es la satisfacción de las necesidades de los trabajadores sino la extorsión del máximo de trabajo excedente, la producción capitalista no puede confiar en la voluntad de trabajo de los trabajadores;

2. Cuanto menos confianza tienen los funcionarios del capital en la voluntad de trabajo de los obreros, el trabajo debe ser más esforzado, estúpido y predeterminado desde afuera;

3. Cuanto más forzado, estúpido y predeterminado desde afuera es el trabajo, los funcionarios del capital pueden incidir menos en la voluntad de trabajo de los trabajadores.

Así, dado que las relaciones de trabajo se establecen sobre la base de las relaciones antagónicas de clase, la organización jerárquica, y el control del trabajo aparecen siempre al capital como la condición de toda producción y como fin en sí<sup>19</sup>. Son incorporados en los métodos y las herramientas de producción y aparecen luego como necesidades técnicas del proceso de producción mismo.

Por eso, todos los que, bajo el pretexto de sus conocimientos técnicos, están llamados a supervisar el buen desarrollo de la producción, trabajan en realidad por la perpetuación de la división jerárquica del trabajo y de las relaciones de producción capitalistas. Esto es válido tanto para los técnicos subalternos (cronometristas, verificadores, etc.) como para los ingenieros, técnicos superiores y otros cuadros investidos de funciones de mando y de control. Su papel, en las industrias de mano de obra, consiste en velar por la subordinación del trabajo vivo a los procesos mecánicos (trabajo muerto) y por lo tanto al capital<sup>20</sup>. Allí son los únicos poseedores de la calificación técnica e intelectual que exige el proceso de trabajo. Monopolizan esa calificación y, por ello, la niegan a los obreros. Son, por lo tanto, los agentes de la descalificación y de la opresión del trabajo manual reducido a ser manual solamente. Representan, a los ojos de los obreros, el conjunto de los conocimientos y del saber técnico de los que estos últimos carecen, la separación entre trabajo intelectual y manual, entre concepción y ejecución. Gozan de privilegios financieros, sociales y culturales importantes. Son el enemigo más inmediato de los obreros. En la construcción mecánica, cada técnico contratado puede representar la descalificación de diez a veinte obreros profesionales en O.S. (a

condición, por supuesto, de introducir al mismo tiempo máquinas semi-automáticas).

Para ilustrar el papel del técnico en la descalificación de los obreros manuales y en la separación *arbitraria* entre trabajo manual, reducido a ser solamente ejecución, y trabajo técnico de supervisión y de mando, transcribo una conversación que mantuve con un joven técnico subalterno (que por otra parte se decía maoísta) de una fábrica de maquinarias-herramientas. Durante tres años había seguido cursos de formación y se sentía orgulloso de su saber. Ganaba dos veces más que los obreros (P-1 o O.S.-3) cuyo trabajo preparaba y supervisaba. A la pregunta sobre cuáles eran los conocimientos que él tenía y que los obreros no poseían, respondió:

— Yo he estudiado cálculo diferencial y mecánica y soy bueno para el diseño industrial.

— ¿Utilizas el cálculo diferencial en tu trabajo?

— No, pero estoy contento de saberlo. Eso te forma el espíritu.

— ¿Y el diseño industrial, te sirve mucho?

— Obligadamente, no puedes obtener una pieza si no sabes leer un plano. Es el abecé.

— Pero entonces, si todos los obreros de tu taller saben leer, ¿qué conocimientos tienes que ellos no tengan, aparte del cálculo diferencial?

— Yo tengo la visión de conjunto. Mis muchachos tienen cada uno la nariz sobre su máquina. Yo conozco las posibilidades de todas las máquinas, preparo y organizo sus tareas y cuando hay un problema, les explico cómo solucionarlo.

— ¿Crees que los obreros podrían saber tanto como tú sin haber ido a una escuela como la tuya?

— Hay dos viejos en mi taller que saben muchísimo. Sólo que eso lleva tiempo.

— ¿Cuánto tiempo?

— Oh, por lo menos, de cinco a seis años.

Ese técnico había seguido cursos durante tres años. Se pudo observar que, sobre todo, es su conocimiento del cálculo diferencial el que le otorgaba un sentimiento de superioridad. Esta "formación del espíritu" era el fundamento de sus privilegios y de su autoridad jerárquica. Pero el cálculo diferencial no le servía de nada para su trabajo. El cálculo diferencial era *el símbolo cultural* que lo ubicaba por encima de los obreros: de todos sus conocimientos, era casi el único que éstos no podían adquirir por medio de la práctica.

Esta es una ilustración perfecta del modo en que el sistema escolar sirve a la jerarquización social. La posición jerárquica de ese joven técnico, su certeza de valer más que un simple obrero, no provenía de la superioridad de su saber *útil*. Según sus propias palabras, su saber útil podía ser adquirido por los obreros, sin formación escolar, en cinco o seis años de trabajo práctico. Su superioridad jerárquica estaba basada en la superioridad de su saber *inútil*. Se le había enseñado el cálculo diferencial no para que, en su trabajo, fuese *más eficaz* (o más productivo) que un obrero sino para que se volviese *superior* a los obreros. Y los obreros no aprendieron el cálculo diferencial no porque fuesen demasiado brutos sino porque estaban destinados a convertirse "cultural" y por lo tanto jerárquicamente inferiores, cualquiera que fuese por otra parte su calificación.

Sin embargo, las declaraciones del joven técnico evidencian también que la diferencia socio-cultural entre trabajadores inmediatamente productivos y cuadros técnicos subalternos no es una diferencia *de clase*. "Objetivamente", como lo sostenía Marx, éstos forman parte de la clase obrera: aunque ejerzan una opresión jerárquica sobre los obreros, son a su vez oprimidos, explotados y alienados por su trabajo. Con respecto a sus superiores jerárquicos y a los representantes del capital, se hallan en una situación idéntica a la que mantienen los obreros con ellos mismos. Esta situación de clase objetiva tiene, sin embargo, un solo significado: los cuadros técnicos de rango inferior *no están destinados*, debido a su posición en el proceso de producción, a pertenecer a otra clase que no sea la clase obrera. *Pueden* sentirse parte integrante de ésta puesto que objetivamente lo son. Es imposible excluirlos a priori si se quiere que el análisis de clase marxista conserve un sentido. Pero también es imposible incluirlos lisa y llanamente, pues si bien "objetivamente" no pertenecen a ninguna otra clase, fueron condicionados, por su formación escolar, *a no* sentirse como integrantes de la clase obrera. Son, si se quiere, obreros mistificados y cuya mistificación es mantenida por sus privilegios jerárquicos.

El rasgo característico de una mistificación es que puede ser percibida como tal y superada por una toma de conciencia, una "conversión ideológica" en situaciones de conflicto agudo: durante una crisis revolucionaria, de una huelga con ocupación, de una huelga "autodirigida", etc. Cuando, a raíz de una explosión violenta, los obreros atacan la división capitalista del trabajo, auto-organizan



otra, liquidan toda jerarquía, exigen un salario igual para todos (o, en su defecto, aumentos no jerarquizados), no es raro que en el clima contagioso de la huelga, arrastren a los trabajadores técnicos a adoptar posiciones de clase y hasta que una parte de éstos encabezen la lucha. Eso es lo que ocurrió en mayo de 1968 en Francia y durante el "otoño caliente" en Italia.

La posibilidad de este tipo de adhesiones o de conversiones ideológicas no significa, sin embargo, que sea un hecho necesario. No significa seguramente que los trabajadores técnicos estén destinados a desempeñar un papel de vanguardia. Por el contrario, la naturaleza de su función no los conduce ni los prepara para buscar el enfrentamiento de clase y asumir en él un papel dirigente. Su comportamiento en período de enfrentamiento depende principalmente de su educación político-ideológica previa. Esta educación no se adquiere en los cursos de formación sino cuando, en medio de la lucha y bajo la presión de los obreros radicalizados, los técnicos descubren que tienen mucho más que ganar con la liquidación de la división jerárquica del trabajo. Según las proposiciones de Edoarda Masi<sup>21</sup>, sólo podrán asumir posiciones de clase y militar para la revolución proletaria si comienzan por cuestionarse *ellos mismos* y, al hacerlo, por revelar a todos (incluso a los obreros) la dimensión político-ideológica de su función *en apariencia* puramente técnica. Lo que quiere decir que deben:

1. Tratar de distinguir, en su trabajo, entre sus conocimientos técnicos particulares y su papel en el mantenimiento de una división jerárquica del trabajo.

2. Tratar de "socializar" sus conocimientos técnicos, es decir, buscar las modalidades y las condiciones de su ejercicio colectivo a fin de que deje de ser el privilegio *profesional*<sup>22</sup> detentado por algunos en detrimento de muchos. Eso supone la lucha contra la jerga inútilmente esotérica de los especialistas, una nueva definición del espectro de calificaciones, una transformación radical del proceso de formación (sistema escolar) y de la división del trabajo;

3. Rechazar los privilegios sociales y el poder jerárquico que implica, en la división capitalista del trabajo, el ejercicio *profesional* de funciones técnicas e intelectuales.

En otros términos, debe ser establecida una diferenciación lo más neta posible entre especialización, profesionalismo y privilegio. Mientras que la especialización no puede ser suprimida inmediatamente, el profesionalismo y el privilegio sí pueden serlo (es una de las

innovaciones de la revolución cultural china). Ninguna necesidad técnica rige la profesionalización de algunos conocimientos y funciones ejercidas, por ejemplo, por ingenieros o profesores, ningún imperativo técnico exige que a ciertas calificaciones le sean asignados privilegios de status, de poder y de dinero. La existencia de esos privilegios no puede ser explicada por la escasez de calificaciones técnicas o intelectuales o de la capacidad de adquirirlas. No creo que esa escasez haya existido y lo cierto es que virtualmente ha desaparecido. Por el contrario, hay superabundancia potencial de calificaciones intelectuales. Los problemas que subsisten no pueden ser atribuidos a la falta de "dotes" o de aptitudes para el aprendizaje, sino que son el resultado del carácter clasista del sistema de enseñanza. Tal como lo evidenciaba el joven técnico orgulloso de su calificación matemática, la enseñanza trata de dar a una pequeña minoría el sentimiento de que representa a una élite, produciendo así esa estratificación jerárquica de las fuerzas de trabajo que exige la división capitalista del trabajo. Ese resultado es obtenido con métodos de enseñanza conceptual y abstracto que toman a los conocimientos intelectuales particularmente difíciles de adquirir para los hijos de padres poco instruidos. El sistema escolar, es, de ese modo, el instrumento clave de la jerarquización social: pretende registrar diferencias de aptitudes y de calificación que en realidad produce<sup>23</sup>.

#### IV

Los privilegios jerárquicos y sociales que acabamos de describir, no parecen aplicarse, a primera vista, al sector en crecimiento de los trabajadores técnicos y científicos que, en los centros de investigaciones, las empresas de ingeniería y las industrias llamadas de punta están ellos también sometidos a la división capitalista del trabajo. En estos últimos años, proyectistas, calculistas, técnicos e ingenieros investigadores llevaron a cabo con frecuencia huelgas originales en las industrias científicas, las firmas de "materia gris", los grandes laboratorios, etc. Su rebelión y su cuestionamiento eran motivados con frecuencia por la frustración y la humillación que experimentaban al ser sometidos al mismo régimen de "job evaluation", de control jerárquico y de parcelización de las tareas que los obreros manuales. Cuando no ejercen funciones de mando sino que son

productores de mercancías inmateriales —planos y proyectos, sistemas, procedimientos, etc.— o supervisores de procesos autorreguladores, los trabajadores intelectuales aparecen a su vez proletarizados y alienados por la división parcelaria de su trabajo.

Sin embargo, hay que tratar de no interpretar apresuradamente su rebelión como el signo de una toma de conciencia proletaria. Esta interpretación sólo se justificaría si esos trabajadores se uniesen (o tratasen de unirse) con los trabajadores manuales y lucharan con ellos, sobre una base de clase, por objetivos comunes. Esto ocurrió algunas veces (sobre todo en las industrias química y electrónica) pero siempre tuvo un carácter excepcional. Casi siempre la rebelión de los trabajadores intelectuales es profundamente ambigua: se rebelan no *en tanto que* proletarios, sino *contra* el hecho de ser tratados como proletarios: contra la división jerárquica, la parcelización y la estupidez de su trabajo, contra la pérdida de todo o parte de sus privilegios sociales.

Se replicará quizá que eso es muy normal, que el rasgo característico de todo proletario consciente es rechazar la condición proletaria. Eso es indudable, pero todo reside en la forma y el alcance de ese rechazo. El rasgo característico del "proletario consciente" reside en que no concibe su liberación sino por la liberación de todo el proletariado, por la revolucionarización del conjunto de las relaciones sociales. Ahora bien, esta perspectiva está casi siempre ausente de las rebeliones de los trabajadores intelectuales. Su cuestionamiento anti-jerárquico y anti-autoritario está, en la mayoría de los casos, estrechamente vinculado a la reivindicación de algunos de los privilegios de que gozaban en la época en que, profesionalmente, formaban parte de los sectores medios. Rechazaban su condición proletaria, creyendo poder evitarla por ser un sector aparte de la clase obrera. Ese es el motivo de la ambigüedad de sus movimientos de cuestionamiento que se acercan mucho más a una lucha "anti-monopolista" que a una lucha anticapitalista.

Para comprender esa actitud ambigua, es preciso insistir en el tipo de formación que reciben la mayoría de los trabajadores técnicos y en los motivos en virtud de los cuales aceptan ese tipo de formación.

En casi todos los países capitalistas, la enseñanza post-secundaria está dividida en dos ramas bien diferenciadas: la enseñanza superior de tipo "humanista" y liberal (la universidad tradicional) y las escuelas técnicas y de ingeniería<sup>24</sup>. Mientras que la enseñanza en las

universidades es más bien liberal e informal, las escuelas técnicas y de ingenieros imponen una estricta disciplina, de tipo para-militar. Mientras que las universidades tienen por misión transmitir conocimientos y formar individuos capaces de servirse de ellos en forma autónoma, las escuelas técnicas y de ingenieros tienden a transmitir conocimientos a la vez que su modo de empleo práctico, y a formar al individuo de tal manera que se inserte rápidamente en el orden jerárquico y autoritario de la fábrica, del laboratorio y de la burocracia. Los estudiantes de las universidades son adiestrados para adquirir una inteligencia crítica que les permita trabajar independiente, como miembros de profesiones liberales, investigadores, empresarios o profesores. Su diploma no los prepara para un empleo determinado y, una vez recibidos, pueden permanecer un tiempo en la inactividad. Los técnicos y los ingenieros, en cambio, son formados para determinados empleos y una determinada posición en la jerarquía social y la división del trabajo. Han elegido ese tipo particular de formación y de empleo por dos razones:

— Su origen social no les ofrece otra posibilidad que convertirse en asalariados. No tienen ni suficiente tiempo ni dinero como para exponerse al riesgo de no encontrar empleo inmediatamente después de finalizar sus estudios;

— Tratan de "elevarse socialmente" y pretenden un empleo asalariado que los colocará "por encima" de los obreros o empleados comunes aunque sin permitirles el acceso a los puestos dirigentes reservados a la oligarquía.

Por la naturaleza de su ambición, no pueden realizarla sino en el marco del orden establecido, aceptando su escala de valores, apuntando no demasiado alto, respetando los poderes. Y eso es precisamente lo que se les inculcará en las escuelas técnicas y de ingeniería. Les transmitirán conocimientos especializados, inmediatamente aplicables, les ayudarán a definir los medios de realizar objetivos predeterminados sin pensar ni preguntarse nada sobre ellos. Les darán una "cultura" típicamente subalterna que, a diferencia de la "cultura" universitaria burguesa, no apunta a los fines y el sentido de las cosas sino a la ejecución eficaz de los medios dados. Ese divorcio entre la cultura universitaria burguesa y la especialización técnica tiende a reproducir la división social del trabajo<sup>25</sup>.

Las escuelas técnicas y de ingeniería sirven así para producir un tipo particular de individuos "integrados". O, inversamente, los que aceptan someterse totalmente a la disciplina represiva y a los pro-

gramas deliberadamente áridos de las escuelas técnicas, son precisamente el tipo de individuos que la industria capitalista reclama. Son una minoría cuidadosamente seleccionada (la mayoría por medio de test) de la masa de jóvenes trabajadores que sueñan con adquirir una calificación técnico-científica a fin de salir del agotamiento y del hastío del trabajo repetitivo. Podrían adquirir una formación polivalente, práctico-teórica, si los programas de formación y los métodos pedagógicos fuesen más atractivos. Pero los programas y los métodos están expresamente concebidos para desalentar, rechazar y eliminar entre la mitad y las tres cuartas partes de los alumnos (quienes a su vez representan a una pequeña fracción de los candidatos virtuales).

El rigor de la selección y la importancia del "residuo" que producen esas escuelas tiene una función social evidente: mientras haya una gran proporción de empleos manuales y no calificados a proveer, las escuelas deben producir una proporción suficiente de "fracasados" que no tendrán otra posibilidad que aceptar esos empleos. Para la reproducción de relaciones sociales jerárquicas, la producción del "residuo escolar" es tan importante como la producción de graduados. Deben estar convencidos de que su fracaso escolar no es el fracaso de la escuela en educarlos sino la consecuencia de su propia inferioridad individual y social: "no están dotados para aprender"<sup>26</sup>. Inversamente, los que aprueban deben estar convencidos de que sus buenas notas son debidas a sus "dotes", a su aplicación y a su ambición y que merecen "elevarse socialmente". Las escuelas técnicas deben asegurarse que sus egresados serán condescendientes frente a los obreros y respetuosos frente a sus superiores. Se trata, por lo tanto, de una empresa metódica para dividir la clase obrera en sectores bien diferenciados y, si es posible, separados para persuadir al sector técnicamente más calificado de que tiene más intereses comunes con los sectores medios que con el proletariado.

Esta tentativa de situar a los trabajadores técnicos del lado de los sectores medios no es solamente la herencia de una época en la que cumplían funciones de mando y no funciones subalternas e inmediatamente productivas. Responde también a la necesidad del capital de confiar la supervisión de instalaciones automáticas a individuos ideológicamente seguros que no tratarán de sacar un beneficio político de su poder técnico o de transformarlo en un arma en manos de la clase obrera. Los que controlan los procesos auto-

reguladores en los sectores-claves de la producción, deben ser integrados de una u otra manera a los sectores privilegiados del sistema e insensibilizados en cuanto a su pertenencia de clase.

La eficacia de esta estrategia de integración depende sin embargo de la realidad de los privilegios que el sistema es capaz de conceder. No encuentra dificultades insuperables en este aspecto mientras el sector de los trabajadores técnico-científicos represente una pequeña minoría. Pero cuando la relación numérica entre empleados técnicamente calificados y no calificados tienda a invertirse, las tradiciones se tornarán explosivas. Esa es, virtualmente, la situación en los EE.UU. y, por ahora en menor medida, en Europa occidental.

Desde el punto de vista tecnológico, las economías capitalistas avanzadas se encuentran en un período de transición (la "tercera revolución industrial") de la producción mecanizada a la producción automatizada. Las escuelas secundarias deben continuar produciendo un importante residuo de manera de proporcionar a la industria (y a los "servicios") una mano de obra poco calificada. Pero ya es evidente que la proporción de los empleos no calificados va disminuyendo y que la formación post-secundaria se convierte rápidamente en la condición para la obtención de un empleo, por más estrechamente especializado y embrutecedor que sea. La arbitrariedad del sistema de selección escolar se hace evidente: este sistema impide la prosecución de su formación a una proporción determinada de adolescentes — a cerca de dos tercios en Europa occidental, a un tercio en los EE.UU. — no porque sea imposible educarlos sino porque no lo considera conveniente, ya que dejarían de ser "aptos" para los empleos más subalternos.

Por otra parte, a medida que la formación post-secundaria tiende a difundirse el nexo entre esa formación y los privilegios que confería antes ya no puede ser mantenido. Según recientes estadísticas norteamericanas<sup>27</sup>, el ingreso que pueden esperar durante toda su vida activa los jóvenes que hacen de uno a tres años de estudios universitarios no supera en 6,25% (119 dólares contra 112) el ingreso de los jóvenes que sólo han cursado la escuela secundaria (high school) obligatoria. De allí surge la siguiente contradicción: la enseñanza post-secundaria sigue siendo selectiva, competitiva e impone el tipo de conformismo que se le exige a los adolescentes deseosos de "elevarse" y de "triunfar" socialmente. Pero los empleos técnicamente calificados a los que conducen las escuelas técnicas y

profesionales superiores (y en Francia y en Italia los estudios universitarios del primer ciclo) no procuran privilegios financieros, sociales o profesionales: la mayoría de los diplomados están destinados a convertirse en trabajadores subalternos en las industrias avanzadas y los "servicios" (también industrializados) y a realizar el trabajo alienado y frustrante de la "sociedad post-industrial"<sup>28</sup>. ¿Esos empleos son menos insoportables que el trabajo en las industrias mecanizadas? Esa es sólo una evidencia para los obreros de esas industrias pero no un consuelo para los jóvenes trabajadores técnicos de la "sociedad post-industrial".

Para éstos, hay dos alternativas:

— o bien, luego de estar sometidos al régimen opresivo y competitivo de escuelas que les prometían promoción y privilegios, se rebelan cuando descubren que su trabajo subalterno y embrutecedor no tiene nada que ver con las promesas del sistema ni con su deseo de respetabilidad y de iniciativa. Esta rebelión es políticamente ambigua (puede ser tanto fascista como reformista);

— o bien descubren en la escuela que las promesas y los valores del sistema escolar son una mistificación y se rebelan contra el régimen escolar primero y contra el régimen de trabajo luego. ¿Por qué van a aceptar esos métodos de formación disciplinarios y autoritarios puesto que el "aprendizaje" escolar no les asegurará ni promoción social ni un trabajo interesante y formativo? Dado que el éxito escolar no conduce a lo que uno desea, mejor mandar a la mierda al colegio y al sistema y tratar de hacer y de aprender cosas de acuerdo con sus propios deseos.

Sólo la segunda actitud es potencialmente revolucionaria. Ella explicita el fracaso objetivo de las razones por las que los adolescentes podían ser llevados a aceptar la escuela-cuartel y la fábrica o la administración-cuartel para las cuales esa escuela los prepara. Vincula el rechazo (y la crisis) del sistema escolar con el rechazo (y la crisis) del sistema social y de su división jerárquica del trabajo. Supera así la ambigüedad de la primera actitud que se rebelaba contra la alienación del trabajo técnico porque rechazaba su proletarianización en nombre de una concepción pequeño-burguesa de la jerarquía, todavía sostenida por el sistema pero condenada por su evolución técnico-productiva.

Cuando Serge Mallet y algunos otros escribían sobre la "nueva clase obrera" hace diez años, no prestaban mucha atención a esta ambigüedad y hacían la distinción (aún legítima para la época)

entre la "vieja" clase obrera, cuyas reivindicaciones eran esencialmente "cuantitativas", y la "nueva" clase obrera cuyas reivindicaciones eran más bien "cualitativas". A medida que la formación post-secundaria y la tecnicización (o "intelectualización") del trabajo se generalizan, la distinción entre "vieja" y "nueva" clase obrera se torna caduca, al menos entre los jóvenes trabajadores. Estos saben o presienten que los trabajadores técnicos serán los proletarios de la "sociedad tecnocrática". Han aprendido en la escuela que el sistema orienta hacia los estudios y empleos técnicos a aquellos que juzga inadaptados para "hacer algo mejor". Aprendieron a considerar a sus profesores como los aliados y los sirvientes de los policías y de los patronos que los castigarán y los explotarán. Su rebelión contra la estupidez y la represión escolares prefigura su rebelión contra la organización represiva y la división jerárquica del trabajo. Saben que las calificaciones técnicas —que de todos modos envejecen en un término de cinco años— no valen más que las viejas calificaciones manuales y no ofrecen ninguna esperanza de escapar al hastío y a la opresión obreras.

Así surgen las bases objetivas para una unificación política e ideológica de los trabajadores técnicos y manuales en vistas de su ofensiva común contra la división capitalista del trabajo y las relaciones de producción capitalistas. Pero la posibilidad objetiva de esta unificación aún debe explicitarse por la definición de los objetivos y del terreno de la lucha. Los objetivos son obligatoriamente los de una "revolución cultural": destrucción de la distinción, de la jerarquía y de la separación entre trabajo intelectual y manual, concepción y ejecución, liberación de las capacidades creadoras de todos los trabajadores. El terreno es obligatoriamente el de la fábrica, donde el trabajador es oprimido e intelectualmente mutilado y el de la escuela, que prepara el "material humano" que la fábrica necesita. El ataque contra la jerarquía en la fábrica debe prolongarse en el ataque contra el sistema escolar que es su matriz y reponer así en crisis la capacidad del sistema capitalista para producir sus relaciones sociales y su división jerárquica del trabajo. Inversamente, el ataque contra la escuela represiva y selectiva sólo será realmente eficaz si se prolonga en el ataque contra la jerarquía y el sistema de clasicación en la fábrica<sup>29</sup>. Enseñanza y producción, formación y trabajo estuvieron separados porque la teoría y el conocimiento estaban separados de la práctica, el obrero separado de los medios de producción, de la cultura y de

la sociedad civil. Por eso, en una perspectiva comunista, la reunificación de la educación y de la producción, del trabajo y de la cultura es una exigencia esencial.

## NOTAS DEL EDITOR

Los artículos que forman parte del presente cuaderno fueron tomados de las publicaciones que detallamos a continuación:

1. Armando De Palma. "L'organizzazione capitalistica del lavoro nel Capitale de Marx" en *Quaderni di sociologia*, vol.XI, Torino,1966. Traducción del italiano de José Aricó.
2. Raniero Panzieri. "Sull'uso capitalistico delle macchine nel neocapitalismo", *Quaderni Rossi* Nº 1, 1962. Traducción del italiano de José Aricó.
3. Michele Salvati, Bianca Beccalli, "Divisione del lavoro - Capitalismo, socialismo, utopia", en *Quaderni Piacentini*, Nº 40, Piacenza, 1970. Traducción del italiano de Ana Poljak.
4. "La divisione del lavoro in fabbrica", en *Il Manifesto*, Nº 5/6, Roma, 1969. Traducción del italiano de Ana Poljak.
5. Antonio Lettieri. "Qualifiche scuola e orari di lavoro", en *Problemi del Socialismo*, Nº 49, Roma 1970. Traducción del italiano de Alejandro Saderman.
6. André Gorz. "Techniques, techniciens et lutte de clases", en *Les Temps Modernes*, Paris 1971. Traducción del francés de María Teresa Poyrazian.

**ARMANDO DE PALMA**  
**La Organización Capitalista del Trabajo**  
 en "El Capital" de Marx

1. "El trabajo se organiza y se divide de diferentes modos según sean los instrumentos de que se disponga. El molino movido a brazo supone una división del trabajo distinta que el molino de vapor". K. Marx, *Miseria de la filosofía*, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, s.f., p. 130.

2. A fines de setiembre de 1850 Marx retomó los estudios de economía política y durante el año siguiente compiló 14 cuadernos de extractos entre los cuales figuran las obras de los tecnólogos (Poppe, Ure y Beckmann): además, durante la redacción de la Sección Cuarta (1863) releyó los antiguos cuadernos sobre la historia de la técnica. Cf. Marx-Engels, *Cartas sobre El capital*, Edima, Barcelona, 1968, Carta de Marx a Engels del 28 de enero de 1863, pp. 104-106.

3. Cf. *Carteggio Marx-Engels* III, Roma, 1951, Marx a Engels el 25 de setiembre de 1857, p. 94; IV *cit.*, Marx a Engels, 7 de julio de 1866, p. 426.

4. K. Marx, *El capital*, I, p. 311. En el texto Marx se refiere a la producción de papel, pero es claro que la afirmación vale para cualquier tipo de industria.

5. Para el concepto de trabajo enajenado y para la crítica de la economía política en los escritos de 1844, cf. A. De Palma y S. Meliga, "Storia dell'industria ad essenza dell'uomo nel giovane Marx", *Rivista di Filosofia*, LVI, 1965, pp. 297-334.

6. "El motivo propulsor y la finalidad determinante del proceso de producción capitalista son, ante todo, obtener la mayor valorización posible del capital, es decir, hacer que rinda la mayor plusvalía posible y que, por tanto, el capitalista pueda explotar con la mayor intensidad la fuerza de trabajo". *El capital*, p. 267.

7. C. Babbage, *On the Economy of Machinery and Manufactures*, London, 1832; A. Ure, *The Philosophy of Manufactures: or an Exposition of the scientific, moral and commercial economy of the factory system of Great Britain*, London, 1835; P. Gaskell, *The Manufacturing Population of England, its moral, social, and physical Conditions, and the Changes which have arisen from the Use of Steam Machinery: with an Examination of infant Labour*, London, 1833; A. E. Buret, *De la Misère des classes laborieuses en Angleterre et en France; de la nature de la misère, de son existence, de ses effets, de ses causes, et de l'insuffisance des remèdes qu'on lui a opposés jusqu'ici, avec les moyens propres à en affranchir les sociétés*, Paris, 1840; F. Engels, *Die Lage der arbeitenden Klasse in England. Nach eigener Anschauung und authentischen Quellen*, Leipzig, 1845.

8. Cf. *El capital*, I, cap. V.

9. *Op. cit.*, p. 136

10. "... este proceso no nos revela tampoco las condiciones bajo las cuales se ejecutó, no nos descubre si se ha desarrollado bajo el látigo brutal del capataz de esclavos o bajo la mirada medrosa del capitalista". *Ibid.*, p. 136.

11. La relación que se establece en la producción es "social en el sentido de que por ella se entiende la cooperación de diversos individuos, cualesquiera sean las condiciones, de cualquier modo y para cualquier fin". K. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*, EPU, Montevideo, 1959, p. 29.

12. *Ibidem*

13. *Op. cit.*, pp. 32-33.

14. "La forma de trabajo de muchos obreros coordinados y reunidos con arreglo a un plan en el mismo proceso de producción o en procesos de producción distintos, pero enlazados, se llama cooperación". *El capital* p. 262. La presencia de estas variables muestra la diferencia conceptual con la cooperación definida en *La ideología alemana*.

15. *El capital*, pp. 266-67. La distinción lógica entre dos niveles de generalización ha sido delineada en sus presupuestos metodológicos en el análisis de la *Introducción de 1857* realizada por A. De Palma y S. Meliga, "Alternativas del marxismo italiano", *Rivista di Filosofia*, LIV, pp. 446-71 (cf. pp. 459-69).

16. *El capital*, p. 266.

17. El concepto de división del trabajo temporaria había sido introducido por F. Skarbek —que Marx había leído en 1844— precisamente para distinguir este tipo de asignación de aquella otra en la cual las operaciones son asignadas de manera permanente. Cf. F. Skarbeck, *Théorie des Richesses sociales, suivie d'une bibliographie de l'économie politique*, Paris, 1829, tomo I, p. 97.

18. "... el proceso de trabajo, considerado como proceso de consumo de la fuerza de trabajo por el capitalista, presenta dos fenómenos característicos. El obrero trabaja bajo el control del capitalista a quien su trabajo pertenece... Pero hay algo más, y es que el producto es propiedad del capitalista y no del productor directo, es decir, del obrero... El uso de la mercancía pertenece a su comprador, y el poseedor de la fuerza de trabajo sólo puede entregar a éste el valor de uso que le ha vendido entregándole su trabajo. Desde el instante en que pisa el taller del capitalista, el valor de uso de su fuerza de trabajo, y por tanto su uso, o sea, el trabajo, le pertenece a éste". *El capital*, p. 137.

19. Cf. K. Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Alianza Editorial, Madrid, 1969, p. 105 ss.

20. *El capital*, p. 267. El concepto de dirección autoritaria fue estudiado por Marx como una de las características de las formas capitalistas de cooperación, pero su campo de aplicación puede ser extendido a todas las formas de cooperación cuando se presupone una sociedad dividida en clases y fundada en la separación exclusiva de las funciones de dirección y de control de las funciones de ejecución.

21. *Op. cit.*, p. 268.

22. *Op. cit.*, p. 268.

23. "El obrero trabaja bajo el control del capitalista, a quien su trabajo pertenece. El capitalista se cuida de vigilar que este trabajo se ejecute como es

debido y que los medios de producción se empleen convenientemente, es decir, sin desperdicio de materias primas y cuidando de que los instrumentos de trabajo se traten bien, sin desgastarse más que en aquella parte en que lo exija su empleo racional". *Op. cit.*, p. 137.

24. *Op. cit.*, p. 267.

25. Esto permitirá —como se verá a continuación— vincular la solución organizativa con los objetivos capitalistas, y, por consiguiente, no considerarla como la única posible.

26. *Op. cit.*, p. 267. "Al desarrollarse la cooperación en gran escala, este despotismo va presentando sus formas peculiares y características". *Op. cit.*, p. 268.

27. *Ibidem*.

28. *Ibidem*.

29. *Op. cit.*, pp. 266 y 267.

30. *Op. cit.*, p. 137.

31. Cf. *Manuscritos de 1844*, pp. 100-101.

32. Cf. *Miseria de la filosofía*, p. 132.

33. A este respecto Marx habla de un "vínculo interno [que] une a varias ramas industriales, que es como se configura este vínculo. *El capital*, I, p. 288.

34. *Op. cit.*, p. 285, y *Miseria de la filosofía*, p. 132.

35. La distinción de los dos tipos de organización del trabajo operada en base al nivel tecnológico era un hecho adquirido en la literatura de este período. "La distribución, o sobre todo la adaptación de las labores a las diferentes capacidades individuales no entra en el plan de las operaciones de las manufacturas automáticas". A. Ure, *The Philosophy of Manufactures* (traduc. francesa), Paris, 1836, I, p. 28. En el mismo año en que aparecía la obra de Ure, Eduard Baines —el historiador de la industria algodonera— ofrecía una descripción de la cadena de elaboración del algodón organizada sobre la base de la división del trabajo entre máquinas. Cf. E. Baines, *History of the Cotton Manufactures in Great Britain; with a notice of its early history in the east and in the east and in all the quarters of the globe; a description of the great mechanical inventions, which have caused its uneexampled extension in Britain; and a view of the present state of the manufacture, and the condition of the classes engaged in its several departments*, London, 1835, pp. 242-43. Una análoga distinción, realizada con particular rigor conceptual, aparece en Wilhelm Schulz que distingue un "período de la manufactura concebida como actividad artesanal llegada al máximo grado de descomposición del trabajo artesanal", de un período posterior en el cual "la sucesiva división del trabajo conduce al empleo de una maquinaria más perfecta y con esto al... grado de una verdadera fabricación mediante máquinas". *Die Bewegung der Production, Eine geschichtlich-statische Abhandlung zur Grundlegung einer neuen Wissenschaft des Staats und der Gesellschaft*, Zurich und Winterthur, 1843, p. 37. Engels, en el prefacio a la edición inglesa de *El capital* (1886) atribuye erróneamente a Marx la distinción entre los términos "manufactura" y "fábrica".

36. Marx establece que 1) "esta división del trabajo es una forma particular de la cooperación"; 2) "el análisis del proceso de producción en sus fases

especiales coincide aquí por entero con la *descomposición de un oficio manual en las diversas operaciones parciales que lo integran*"; 3) "cada obrero sólo se asimila una función parcial y su fuerza de trabajo se convierte en órgano vitalicio de esta función". *El capital*, pp. 273-74.

37. *Op. cit.*, p. 274. Marx define el trabajo artesanal desde el punto de vista del resultado como trabajo realizado por una persona, eventualmente con la ayuda de uno o más jóvenes, y cuyo fin es el producto terminado; pero también respecto a la actividad como ejercicio de requisitos capacitados y psicofisiológicos. En la manufactura el carácter artesanal del trabajo no desaparece, sino que es reducido en todos sus aspectos a continuación de la división del trabajo. "... sean simples o complejas la ejecución de estas operaciones conserva su carácter *manual*" y "todo proceso parcial recorrido por el producto ha de ser necesariamente susceptible de ser ejecutado como trabajo parcial *manual*". *Ibidem*.

38. *Ibidem*.

39. "Para ejecutar sucesivamente los diversos procesos parciales que exige la producción de una obra cualquiera, un artesano tiene que cambiar constantemente de sitio y de herramientas. El tránsito de una operación a otra *interrumpe* la marcha de su trabajo, dejando en su jornada una serie de *poros*, por decirlo así. Estos poros se tupen si el operario ejecuta la misma operación durante toda la jornada, o desaparecen a medida que disminuyen los cambios de operaciones". *Op. cit.*, p. 276.

40. *Op. cit.*, p. 285. Los dos aspectos de la asignación del trabajo manufacturero, la asimilación de los operarios a una función parcial y la adaptación de la función a las capacidades individuales, ya habían sido señalados por Ure, y Marx extrajo de este último hasta la terminología.

41. Marx tiene presente las clasificaciones de Babbage.

42. *Op. cit.*, p. 280.

43. *Ibidem*.

44. La escala de la cooperación se puede ampliar empleando "un número proporcional y distinto de obreros". *Ibidem*.

45. "En la manufactura, los obreros, aisladamente o en grupos, tienen que ejecutar cada proceso parcial específico con sus herramientas. Y si el obrero es asimilado por el proceso de producción, éste ha tenido que adaptarse antes al obrero. En la producción a base de maquinaria desaparece este principio *subjetivo* de división del trabajo". *Op. cit.*, p. 310. Y antes, de modo todavía más claro, había dicho: "Esta *base técnica estrecha* excluye un análisis verdaderamente científico del proceso de producción, ya que todo proceso parcial recorrido por el producto ha de ser necesariamente susceptible de ser ejecutado como trabajo parcial manual". *Op. cit.*, p. 274.

46. Cf. *op. cit.*, p. 279.

47. *Op. cit.*, p. 293.

48. *Op. cit.*, p. 294.

49. *Op. cit.*, p. 293.

50. *Op. cit.*, p. 284.

51. *Op. cit.*, p. 294.

52. *Op. cit.*, p. 300.

53. *Op. cit.*, p. 297.

54. *Op. cit.*, p. 309.

55. Cf. *Carteggio Marx-Engels*, IV, Marx a Engels, 28 de enero de 1863, p. 159.

56. *El capital*, p. 302. Esta definición aparece ya en la *Miseria de la filosofía*, p. 135, donde es tomada del mismo fragmento de *Economy of Machinery* de Babbage citado en *El capital*. Marx precisa aquí que la máquina es "un mecanismo que opera con una *masa* de herramientas iguales o parecidas a la vez y movida por una sola fuerza motriz, cualquiera sea la forma de ésta". *El capital*, p. 306. Cf. C. Babbage, *op. cit.*, p. 136 y pp. 10-11. Sobre la importancia asignada por Marx a la máquina operadora para una historia de la revolución industrial, cf. *Carteggio* cit., p. 159 y *El capital*, p. 302-306.

57. *Op. cit.*, p. 277.

58. *Op. cit.*, p. 311.

59. *Op. cit.*, p. 351.

60. *Op. cit.*, p. 309.

61. *Ibidem*.

62. *Op. cit.*, p. 311. Una análoga definición aparece ya en los *Grundrisse*: "un sistema automático de máquinas (sistema de maquinaria; el sistema *automático* no es sino la forma más adecuada y completa y es éste el que transforma a la maquinaria en sistema), puesto en movimiento por un autómeta, fuerza que mueve y que se mueve por sí misma". K. Marx, *Grundrisse der Kritik der politischen Oekonomie (Rohentwurf) 1857-1858*, Berlin, 1953, p. 584. Las fases de desarrollo tecnológico, a partir del artesanado, fueron delineadas también en un párrafo de *Miseria de la filosofía*, p. 135.

63. *El capital*, p. 351.

64. A. Ure, *op. cit.*, p. 19. "... este autómeta está compuesto por numerosos órganos mecánicos e intelectuales, de modo tal que los propios trabajadores aparecen simplemente como órganos conscientes". *Grundrisse* p. 584.

65. Cf. *El capital*, p. 311. Marx toma este concepto de tecnología de los teóricos de la organización, y en particular de Ure y de Schulz. Este último había escrito que "los diversos modos de la actividad industrial son descompuestos en las operaciones más simples y se hace posible así derivar a las fuerzas ciegas de la naturaleza exterior las ocupaciones puramente mecánicas y simplemente repetitivas", y que "sólo una parte de las operaciones realizadas de manera uniforme corresponde a las máquinas, la otra a los hombres". *Op. cit.*, pp. 38 y 69. Las dos direcciones de búsqueda —una que versa sobre las constantes comunes a estructuras sociales diferentes, presentes o futuras, la otra sobre las características particulares de cada estructura social— conducen a Marx a asumir implícitamente a la sociedad industrial como campo de fenómenos generalizados, en coherencia con la búsqueda de las distintas instituciones económicas y políticas vinculadas a esos fenómenos. Aunque polemizando ásperamente con quienes consideraban a la sociedad *in abstracto*, Marx no había temido



afrontar el primer tipo de búsqueda, preocupado por individualizar aquellos aspectos de la tecnología capitalista que habrían sido recuperados en el comunismo.

66. *El capital*, pp. 311-313.

67. "... la división manufacturera del trabajo crea la organización cualitativa y la proporcionalidad cuantitativa de los procesos sociales de producción; es decir, crea una determinada *organización del trabajo social*, desarrollando con ello, al mismo tiempo, la nueva fuerza social productiva del trabajo". *Op. cit.*, p. 297.

68. "En la manufactura, la división y articulación del proceso social del trabajo es *puramente subjetiva*, una simple *combinación* de obreros parciales; en el sistema basado en la maquinaria, la gran industria posee un organismo perfectamente *objetivo* de producción con que el obrero se encuentra como una condición material de producción lista y acabada". *Op. cit.*, p. 315.

69. *Op. cit.*, pp. 315-316.

70. *Op. cit.*, p. 382.

71. *Op. cit.*, p. 351.

72. *Op. cit.*, p. 347.

73. *Ibidem*.

74. Cf. A. Ure, *op. cit.*, pp. 32-3.

75. Cf. *El capital*, pp. 347-348.

76. *Op. cit.*, p. 302.

77. *Op. cit.*, pp. 346-347.

78. *El capital*, p. 464.

79. F. Engels, *op. cit.*, p. 178.

80. *Op. cit.*, pp. 179-180. Engels cita algunos ejemplos de reglamentos que dan una idea del modo en que estaba organizada una fábrica a comienzos del siglo XIX. (Cf. *op. cit.*, p. 196).

81. En el uso capitalista del proceso de trabajo entra también el empleo de la máquina para controlar y reprimir la insubordinación: "Como *potencia hostil al obrero*, la maquinaria es proclamada y manejada de un modo tendencioso y ostentoso por el capital. Las máquinas se convierten en el *arma poderosa* para reprimir las sublevaciones obreras periódicas, las huelgas y demás movimientos desatados contra la *autocracia del capital*". *El capital*, p. 361.

82. *Op. cit.*, p. 351.

83. "... lejos de ser el obrero quien maneja las condiciones de trabajo, son éstas las que le manejan a él; pero esta inversión no cobra realidad *técnicamente tangible* hasta la era de la maquinaria. Al convertirse en un autómeta, el instrumento de trabajo se enfrenta *como capital*, durante el proceso de trabajo, con el propio obrero; se alza frente a él como trabajo muerto que domina y absorbe la fuerza de trabajo viva". *Op. cit.*, p. 350.

84. *Ibidem*, p. 349.

85. *Ibidem*, p. 338.

86. *Grundrisse*, p. 584. En la edición de Siglo XXI Argentina, v. pp. 218-219.

87. *El capital*, p. 341.

88. *Grundrisse*, pp. 589-590. En español, *op. cit.*, pp. 224-225.

89. *El capital*, p. 425.

90. *Op. cit.*, p. 294.

91. *Op. cit.*, p. 270.

92. *Op. cit.*, p. 408.

93. Cf. *La ideología alemana*, p. 29 y *Miseria de la filosofía*, p. 116.

94. *El capital*, p. 265.

### RAINIERO PANZIERI

#### Sobre el uso capitalista de las máquinas

1. Karl Marx, *El Capital*, T.I. Trad. Wenceslao Roces. F.C.E., México, 1959, pág. 271.

2. *Ivi* p. 269.

3. *Ivi* p. 294.

4. *Ivi* p. 300.

5. *Ivi* p. 301.

6. *Ivi* p. 349.

7. *Ivi* p. 350.

8. *Ivi* p. 347.

9. *Ivi* p. 350.

10. *Ivi* p. 267.

11. *Ivi* p. 351.

12. Consideramos útil referirnos a los primeros documentos del "giro" sindical, sobre cuya base continúa desarrollándose hoy el debate: *I lavoratori e il progresso tecnico. Atti del Convegno tenuto all'Istituto "Antonio Gramsci" in Roma, nei giorni 29-30 giugno e 1º luglio 1956, dal tema: "Le trasformazioni tecniche e organizzative e le modificazioni del rapporto di lavoro nelle fabbriche italiane"*; Silvio Leonardi, *Progresso tecnico e rapporti di lavoro*, Einaudi, Torino, 1957. Tomamos como referencia fundamental la obra de Leonardi, que amplía y profundiza la relación expuesta por él mismo en el Convegno del Instituto Gramsci. Para los desarrollos más recientes de la discusión, cfr. los informes e intervenciones presentadas en el reciente Congreso sobre el progreso tecnológico y la sociedad italiana. En estos apuntes prescindimos de toda referencia a la vasta literatura (tanto de inspiración neocapitalista como marxista) sobre los temas indicados, tratando sólo de referirnos al debate en curso en nuestro movimiento sindical.

13. Cfr. Leonardi, cit., p. 93; cfr. también p. 45, 46, 55-59.

14. *Ivi* p. 50. "Un simple retardo, una ausencia, o aunque más no sea una pequeña disminución de un solo obrero, puede reflejarse en toda una línea de máquinas", etc. etc. (p. 50 y sig.).

15. *Ivi* p. 52.

16. *Ivi.* p. 55-56.

17. *Ivi.* p. 82. Sobre la "alienación total" de los "intelectuales de la producción" cfr. en cambio las observaciones verdaderamente precisas y agudas de Pino Tagliacozzi en el artículo *Aspetti della condizione impiegatizia nell'industria moderna*, en "Sindacato moderno", n. 1, febbraio-marzo 1961, p. 53.

18. Leonardi, cit., p. 67.

19. Cfr. artículo de Romano Alquati en "Quaderni Rossi", n. 1.

20. Cfr. Nora Mitrani, *Ambiguité de la technocratie*, en "Cahiers internationaux de sociologie", vol. XXX, 1961, p. 111.

21. Franco Momigliano ha observado con justeza que "la fábrica moderna no sólo excluye cada vez más a los obreros de la participación consciente en el momento de la elaboración del plan racional productivo, en el proceso global de producción, sino que requiere de los obreros, subordinados a la nueva racionalidad, identificarse contemporáneamente con el momento "anti-racional", el correspondiente a la filosofía del "ajustarse", del viejo empirismo. De tal modo la misma resistencia obrera resultaba, en forma paradójica, racionalmente explotada". Cfr. *Il Sindacato nella fabbrica moderna*, en "Passato e Presente" n. 15, maggio-giugno 1960.

22. "El trabajo de los proletarios, con la extensión del uso de las máquinas y con la división del trabajo, ha perdido todo carácter de independencia y por lo tanto, todo atractivo para el obrero. Este se transforma en un simple accesorio de la máquina".

23. Sobre la exigencia de participación "democrática" de los obreros para una administración capitalista más racional, cfr. el libro muy importante de Seymour Melman, *Decision Making and Productivity*, Oxford, 1958.

24. Los más recientes desarrollos de la investigación económica y técnica en la Unión Soviética presentan un carácter ambiguo.

Mientras la reivindicación del momento autónomo de la investigación tiene sin duda un significado de resistencia y de ruptura respecto a las formas más groseras de voluntarismo en la planificación de tipo estaliniano, el desarrollo de procesos "racionales", independientemente del control social de la producción parece representar (¿cuánto ya hoy? ¿cuánto como posibilidad futura?) la premisa y el soporte para nuevos desarrollos de los viejos procesos de burocratización. Sin embargo, es importante no perder de vista el elemento distintivo de la planificación soviética respecto al plan capitalista. El elemento autoritario, despótico de la organización productiva nace en el seno de las relaciones capitalistas y sobrevive en las economías planificadas de tipo burocrático. Las burocracias en su relación hacia la clase obrera no pueden protegerse solamente en la racionalidad objetiva, sino que deben recurrir a la clase obrera misma. La caída del elemento fundamental, del elemento propietario, cercena a la organización burocrática, su propio fundamento. De allí que en la URSS y en las Democracias Populares las contradicciones se presenten en forma diferente y el despotismo asuma un carácter precario y no orgánico. Lo que significa, naturalmente, que sus manifestaciones no puedan asumir aspectos igualmente crudos que los de las sociedades capitalistas. Cfr. las

observaciones fundamentales de Rodolfo Morandi en los escritos: *Analisi dell'economia regolata* (1942) y *Criteri organizzativi dell'economia collettiva* (1944) reimpresos en *Lotta di popolo*, Torino, 1958. La exclusión del elemento de la alineación técnica (o de ambos) están, como es sabido, en el centro de una interminable literatura ideológica neocapitalista y neorreformista.

25. Cfr. Friedrich Engels, *Introduzione a Trabajo asalariado y capital de Karl Marx. Obras Escogidas*, T. I., Moscú, p. 69.

26. *Ivi.* p. 91.

27. *Ivi.* p. 92.

28. *Ivi.* p. 92.

29. V. I. Lenin, *Caracterización del romanticismo económico*, en *Obras Completas*, t. II, Cartago, Buenos Aires, 1960, p. 138.

30. Cfr. el actual debate en "Política ed Economia", con artículos de Garavini, Tato, Napoleoni, etc. (número de noviembre de 1960).

31. Cfr. Ruggero Spesso, *Il potere contrattuale dei lavoratori e la "razionalizzazione" del monopolio*, en "Política ed economia", noviembre 1960, p. 10. Una consideración aparte merecerían las posiciones expresadas por Franco Momigliano. Observa correctamente que la consideración de los "instrumentos de la organización de la racionalización del mundo moderno" debe constituir para el Sindicato la premisa "para buscar las condiciones de una competencia eficiente y de una capacidad hegemónica de la clase obrera" (artículo cit.). Y muchas veces ha insistido en la exigencia de que por esta vía la clase obrera reconquiste frente al capital una verdadera y completa autonomía. Pero no se comprende cómo puede conciliar estas tesis y exigencias con la confirmación del "específico terreno institucional del Sindicato", con el consiguiente rechazo a reconocer a la misma acción sindical el carácter de una tensión creciente de ruptura respecto al sistema (cfr. F. Momigliano, *Struttura delle retribuzioni e funzioni del sindacato*, en "Problemi del socialismo", giugno 1961, p. 633). Véase también del mismo Momigliano: *Una tematica sindacale moderna*, en "Passato e Presente", n. 13, gennaio-febbraio 1960; el informe al Congreso sobre el Progreso tecnológico y la sociedad italiana (Milano, giugno 1960) sobre el tema: "Trabajadores y sindicatos frente a las transformaciones del proceso productivo en la industria italiana".

32. Cfr. Antonio Tato, *Ordinare la struttura della retribuzione secondo la logica e i fini del sindacato*, en "Política e economia" febbraio-marzo 1961, pp. 11-23.

La creciente incidencia social inmediata de la esfera de la producción es subrayada en toda investigación marxista. Paul M. Sweezy en *La Teoría del Desarrollo Capitalista*, nos ofrece una demostración aun hoy completamente válida (véase sobre todo p. 265 y sig.). Sweezy cita este párrafo de Rosa Luxemburg en *Reforma o Revolución*: "El 'control social'... se interesa no en la limitación de la propiedad capitalista, sino, por el contrario, en su protección. O hablando en términos económicos, no constituye un ataque a la explotación capitalista, sino más bien una normalización y regularización de esta explotación" (Sweezy cit., p. 276; cfr. *El capital*, T. I, cap. X, par. 6, a propósito de la legislación inglesa sobre la limitación de la jornada de trabajo).

33. Cfr. Spesso cit.: "Auspiciar... mayores consumos culturales no tiene sentido si luego no se puede considerar como factible la utilización de esta cultura por parte del individuo precisamente en su actividad creativa y fundamentalmente, en el proceso de trabajo... Los mismos consumos de un individuo están totalmente condicionados por su posición en la actividad productiva... Las 'necesidades esenciales' (la cultura, la salud) nacen, se precisan, se afirman en el rechazo de las *work rules*, en la toma de conciencia obrera del significado y del rol del trabajo", pp. 9-10). La representación de la alienación en el neocapitalismo como alienación del consumidor es al mismo tiempo una de las ideologías corrientes más ridículas y difundidas.

34. Cfr. Paul Cardan, *Capitalismo e socialismo*, en "Quaderni di unità proletaria", n. 3. Es necesario subrayar que tal interpretación es utilizada por Cardan para expresar, en polémica con el marxismo, un punto de vista revolucionario.

35. La representación de la sociedad comunista como una sociedad de "abundancia" de bienes (aunque no solamente materiales) y de "tiempo libre" es muy común en las ideologías soviéticas y deriva como es obvio, de la negación de una efectiva regulación social del proceso de trabajo. Las ilusiones "tecnológicas" intervienen hoy en auxilio de estas ideologías. Para Strumilin, por ejemplo, "las funciones directivas de los procesos de producción" se identifican con el control "técnico", con el "más elevado contenido intelectual" del trabajo vuelto posible por el "desarrollo de la técnica con sus milagrosos mecanismos automáticos y las máquinas electrónicas 'pensantes'" (Cfr. *Por el camino del comunismo*, Moscú, 1959). ¡Y así la automatización permitirá realizar una sociedad realmente "afluente", de consumidores de "tiempo libre"! (Cfr. nuestra nota 24). Como ejemplo de una típica deformación de los textos de Marx sobre este punto, cfr. Georges Friedman, *¿Dónde va el trabajo humano?*, trad. cast. Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 19... p. donde la reapropiación del producto y del contenido del mismo trabajo por parte del obrero ¡se identificada con el "control psicofisiológico del trabajo"!

#### MICHELE SALVATI y BIANCA BECCALLI La división del trabajo

1. En el Mayo francés aparece toda la gama de estas críticas: por un lado, las más directamente conectadas con la organización del trabajo, como las que surgen de las luchas de los técnicos, muy "concretas" pero a la vez muy ambiguas por su interés en la ejecución y racionalización de la organización productiva. Por otra parte, están las críticas más generales y "culturales", que cargan sobre los hechos distintivos de la vida cotidiana, las relaciones entre los individuos, la familia, etc. Entre la gran cantidad de material sobre este tema, resulta útil ver el análisis de A. Touraine, *Le mouvement de mai ou le communisme utopique*, ed. du Seuil, 1968, [hay edic. en esp.: Signos, 1970] que considera y trata de evaluar ese "retorno a la utopía" en una situación en

la que nuevos estratos sociales desarrollan una nueva forma de impugnar a la organización productiva.

2. El padre de esta ideología es Maw Weber. Este modo de ver el desarrollo de la sociedad contemporánea ejerce influencia sobre muchos sectores del análisis social. Desde el punto de vista de este artículo, puede interesar particularmente el libro de C. Kerr, J. T. Dunlop, F. H. Harbison, C.A. Myers, *Industrialism and Industrial Man*, Cambridge, Mass., 1960, [hay edic. en esp.: Eudeba, 19...] en el que trata de mostrar cómo los distintos tipos de protesta obrera y de movimientos revolucionarios dieron origen, finalmente, a sociedades distintas de aquellas surgidas del dominio incontrovertible de la burguesía liberal y del fascismo.

3. Cf. Baran, *Il surplus e la teoria marxista dello sviluppo*, Feltrinelli (reimpresión). 1970, y Baran-Sweezy, *Il capitale monopolistico*, Einaudi, 1968. [Hay edic. en esp. de ambos libros: F.C.E. 1959 y Siglo XXI, 1969, respectivamente] Sobre el "revisonismo teórico" de Baran y Sweezy, cf. la nota de Santi y Salvati en *Problemi del socialismo*, septiembre 1968, n° 34.

4. Cf. el excelente artículo (anónimo) en el n° 5-6 de *Il Manifesto*, 1969, *Debattito sui tecnici. La divisione del lavoro in fabbrica* y el artículo de S. Bologna y F. Ciafaloni, "I tecnici come produttori e come prodotto" en *O.P.*, n° 37, marzo 1969.

5. Cada sociedad mínimamente compleja implica división del trabajo. Por consiguiente, con la expresión "trabajo dividido" nos referimos por antonomasia a las formas de división del trabajo que se desarrollaron a partir de la revolución industrial, en la industria y en las grandes organizaciones.

6. No se trata, es cierto, de las placenteras ocupaciones de "cazador", "pescador", "pastor" y "crítico" que Marx menciona en un famoso pasaje de *La ideología alemana*, donde salir de caza por la mañana, pescar por la tarde y después de la cena hacer crítica, en la medida en que uno quiera, da idea de una vida muy lograda y bella. Sellar expedientes por la mañana, trabajar en un torno por la tarde... es mucho menos sugestivo.

7. Cuando no las imponen necesidades económicas muy contingentes o ambos motivos, como en el caso de la reciente zafra en Cuba.

8. A. Pizzorno, "Accumulation, loisirs et rapports de classes," en *Esprit*, junio, 1959.

9. La expresión "recambio orgánico" (*Stoffwechsel*) es de Marx. Cf. A. Schmidt, *Il concetto de Natura in Marx*, Laterza, 1969, p. 70 y ss.

10. Cf. la reseña de Salvati a *Monopoly Capital*, de Baran y Sweezy, *Classe e Stato*, n° 5. Sin embargo toda esta problemática (trabajo productivo e improductivo, usos de esta distinción en condiciones de desarrollo industrial) deberá ser estudiada más rigurosamente.

11. Se puede encontrar una amplia bibliografía en R. Richta, *La via cecoslovaca*, Milán, 1968. El clásico F. Pollock, *Automazione*, ha sido reeditado recientemente por Einaudi.

12. Richta, *op. cit.*, pp. 31 y 32.

13. Los defectos de planteo de Richta -con todo, un texto muy interesante-

te- se hacen más manifiestos. Cf. la crítica de J. Semprun en el último número (nº 2, 1970) de *Il Manifesto*.

14. Una interpretación moderna de este tipo es la de Godelier *Rationalité et nationalité dans l'économie*, Maspero, 1966. [Hay edic. en español de Siglo XXI, México, 1967] Cf. la crítica expuesta en la reseña del libro en *Problemi del Socialismo*, mayo 1967, nº 18.

15. Otro aspecto, menos evidente, de la no-neutralidad de la ciencia deriva del hecho de que la misma estructura epistemológica de las disciplinas científicas depende de la efectiva praxis de investigación. Por lo tanto dependerá de los objetivos que las relaciones sociales de producción proponen a los científicos. Solo ellos pueden establecer cuán profundamente gravitará esta "relatividad".

16. En la célebre novela de A. Huxley, como se recordará, se logra imponer una "división del trabajo" de tipo tradicional a través del control de los procesos genéticos.

17. Cf. G. Barile y M. Paci, *La qualificazione del lavoro nell'industria lombarda*, I.L.S.E.S., Milán, 1969, en especial la introducción de M. Paci.

18. Una interesante reconsideración heterodoxa la constituye el ensayo de F. Stame, en el nº 4 de *Classe e Stato*.

19. El libro reciente de J. Markiewicz-Lagneau, *Education, égalité et socialisme*, Anthropos, París, 1969 [Hay edic. en español de Siglo XXI, de España, Madrid 1971] aporta una rica bibliografía sobre la estructura de las desigualdades sociales en los países socialistas. Una reseña sobre este tema, acerca del cual existe una enorme cantidad de material, se encuentra también en el artículo de F. Parkin, "Class Stratification in Socialist Societies", en el *British Journal of Sociology*, XX, 4, diciembre de 1969.

20. Cf. W. Wesolowski, *The Notions of Strata and Class in Socialist Societies*, en *Social Inequality*, a cargo de A. Beteille, Penguin Modern Sociology Readings, 1969.

21. R. Dahrendorf, *The Nature and Types of Social Inequality*, en *Social Inequality*, op. cit., p. 27.

22. R. Dahrendorf, *ibidem*.

23. Cf. *Classe, potere, status*, a cargo de R. Bendix y S. M. Lipset, Marsilio, 1969, vol. I.

24. Cf. R. Dahrendorf, op. cit. También el reciente e importante trabajo de G. E. Lenski, *Power and Privilege*, Mc Grow-Hill, Nueva York, 1966.

25. En el penúltimo número (1970) de *Il Manifesto*.

26. Excelentes ejemplos de la ideología soviética aparecen en I. Fetscher, *Marx e il marxismo*, Sansoni, 1969, apéndices I y II. La experiencia de los soviets fue reconsiderada recientemente por Lisa Foa (en los dos últimos números de *Il Manifesto*) que ofrece alguna bibliografía primordial.

27. Cf. M. Salvati, "Rivoluzione culturale e partecipazione politica", en *Classe e Stato* nº 3.

28. D. M. Richman, *Industrial Society in Communist China*, Random House, Nueva York, 1969.

29. Cf. los trabajos de Schmidt y Fetscher ya citados.

30. Cf. el artículo citado de F. Stame.

31. *Grundrisse der Kritik des politischen Oekonomie*, Dietz Verlag, Berlín, 1953, pag. 89.

32. *Stato e Rivoluzione*, en *Marx-Engels-Marxismo*, obras selectas de Lenin, último volumen, Ed. Rinascita, pag. 334.

33. Lenin, *ibid.*, pag. 323.

## ANTONIO LETTIERI

### Notas sobre Calificaciones, Escuela y Horarios de Trabajo

1. La *job evaluation* provoca por definición un abanico muy amplio de posiciones retributivas. En la Italsider había 24 clases para los obreros y 16 para los empleados y las categorías especiales, la artificialidad de esta jerarquización chocaba de manera cada vez más evidente con la tendencia presente entre los trabajadores hacia una reducción de las desigualdades retributivas.

2. Los seis niveles propuestos en la plataforma correspondían sustancialmente a un primer nivel de ingreso, a tres niveles sucesivos comunes para obreros y empleados, a dos niveles superiores para empleados y técnicos. La profundización ulterior de la plataforma surgida en el curso mismo de la lucha entre capas más amplias de empleados y técnicos demostraba que los seis niveles propuestos implicaban una compresión de su actual abanico retributivo considerado excesivo o en todo caso no realista. En este contexto, el sindicato fijó en ocho niveles el punto de caída para un acuerdo, lo que constituyó precisamente el resultado alcanzado.

3. La encuesta está sintetizada en el libro *I lavoratori studenti. Testimonianze raccolte a Torino*, por G. Levi Arian, G. Alasia, A. Chiesa, P. Bergoglio, L. Benigni; *Introduzione* de V. Foa, Einaudi, Torino, 1969.

4. Cf. "I giovani come classe", de John y Margaret Rowntree, *Problemi del Socialismo*, números 28-29.

5. N. Cacace y M. D'Ambrosio (ISRIL), *Domanda e offerta di Laureati in Italia*, suplemento al Nº 2 de *Futuribili*.

6. CENSIS, *Le strutture formative al 1975*, Roma 1966.

7. Véase el informe de A. Asor Rosa en el seminario sobre *Formazione della forza lavoro e sbocchi professionali*, Roma 29/30 de mayo de 1970, mimeografiado.

8. S. Garavini, "Le nuove strutture democratiche in fabbrica e la politica rivendicativa", en *Problemi del Socialismo*, Nº 44.

## ANDRE GORZ

### Técnicos, especialistas y lucha de clases

1. En efecto, los pasajes a los que hago referencia pueden tener gran validez para los teóricos reformistas o "revisionistas". Además, es preciso recordar,

antes de reproducir las citas, que la distinción entre trabajo productivo e improductivo siempre está hecha desde el punto de vista del capital, que no implica ningún juicio de valor en lo que se refiere al interés "intrínseco" o a la utilidad para el no-capitalista que puede presentar una actividad llamada productiva, y que no pretende definir lo que es productivo en el marco de otro modo de producción.

Marx denomina productivo a todo trabajo productor de plusvalía y que contribuye, por lo tanto, directamente a reproducir el fondo sobre el cual es pagada su propia reproducción (su salario). Es llamado improductivo todo trabajo, aunque sea asalariado y opresivo, que no produce plusvalía —aun si es indispensable para la realización de ésta (vendedores, agentes de publicidad, etc.) o para la circulación del capital (empleados de banco)— o si crea condiciones para la producción capitalista, como en el caso de la investigación independiente y la enseñanza, por ejemplo.

En relación con el "trabajador colectivo productivo", Marx escribe: "Como con el desarrollo de la *subsunción real del trabajo en el capital* o del *modo de producción específicamente capitalista*, no es el obrero individual sino cada vez más una *capacidad de trabajo socialmente combinada* lo que se convierte en el *agente real* del proceso laboral en su conjunto, y como las diversas capacidades de trabajo que cooperan y forman la máquina productiva total participan de manera muy diferente en el proceso inmediato de la formación de mercancías o mejor aquí de productos —éste trabaja más con las manos, aquél más con la cabeza, el uno como director (*manager*), ingeniero (*engineer*), técnico, etc., el otro como capataz (*overlooker*), el de más allá como obrero manual directo e incluso como simple peón—, tenemos que más y más *funciones de la capacidad de trabajo* se incluyen en el concepto inmediato de *trabajo productivo*, y sus agentes en el concepto de *trabajadores productivos*, directamente explotados por el capital y *subordinados* en general a su proceso de valorización y de producción. Si se considera el *trabajador colectivo* en el que consiste el taller, su *actividad combinada* se realiza materialmente (*materialiter*) y de manera directa en un *producto total* que al mismo tiempo es una masa total de mercancías, y aquí es absolutamente indiferente el que la función de tal o cual trabajador, mero eslabón de este trabajador colectivo, esté más próxima o más distante del trabajo manual directo". ("*Resultate des unmittelbaren Produktionsprozesses*", Das Kapital, I. VI Kapitel (inédito) UNK, Francfort, 1969, p. 65). (Hay ed. esp.: *El capital*, libro I, capítulo VI (inédito)).

"Por ejemplo, ... las ayudas (*Handlanger*) en una fábrica nada tienen que ver con el trabajo directo del material. Los trabajadores que supervisan a los que se dedican directamente a ese trabajo se encuentran todavía un paso más alejado. El ingeniero tiene una relación diferente y trabaja principalmente con su cabeza, etc. Pero el conjunto de los trabajadores, que poseen capacidades de esos productos, del mismo modo que —si se considera el conjunto del proceso de producción— intercambian su trabajo contra capital y reproducen el dinero de los capitalistas como capital. ... El rasgo característico del modo de producción capitalista consiste en separar los diferentes trabajos, o sea también los trabajos intelectuales y manuales (...) y atribuirlos a personas diferentes, lo que no impide, sin embargo, que el producto material sea el producto común

de esas personas (...). (El subrayado es mío) *Theorien über Mehrwert*, I. Teil, Berlin, 1956, p. 374 s.

Se observará que la última frase, subrayada por mí, limita considerablemente las posibilidades de explotación "revisionista" de los análisis que la preceden.

2. Esta es una de las tesis básicas de Herbert Marcuse. Yo la considero fundamentalmente justa sin adherir, sin embargo, a todos los análisis con los cuales Marcuse la sustenta ni a las conclusiones políticas que extrae de ella.

3. Este es uno de los temas centrales de *El capital monopolista* de Paul Baran y Paul Sweezy.

4. Se trata de una posición común a todos los componentes de la izquierda revolucionaria, aun cuando privilegien niveles diferentes: "utopía concreta", contracultura, "cambiar la vida", guerra ideológica, lucha armada, programa de transición o programa comunista.

5. La ambigüedad de este tema en *El hombre unidimensional* de Herbert Marcuse reside en que pasa sin ningún tipo de recaudo de la crítica histórica de la tecnificación a una crítica de la esencia de la tecnología y de la actitud técnico-científica en general. Allí se observa cómo el capitalismo y la tecnología se desarrollan uno por el otro, engendran el reino y la ideología de los medios sin abordar lo que, a nuestro criterio, es el problema fundamental: ¿la indiferencia con respecto a los fines es propia de la actividad técnico científica en general, en virtud de la actitud específica (llamada "objetividad", "neutralidad-ética", "*wertfreiheit*" en alemán) que ella requiere? ¿O esta indiferencia está determinada, al nivel de la actividad técnico-científica entre otras, por la separación, en la división capitalista del trabajo, entre actividad, medios y objetivos, teoría y práctica, ciencia y pueblo y por la producción sistemática (por medio de la selección y el adiestramiento) de ese tipo de individuo "indiferente a los objetivos" que corresponde más precisamente a la idea que el capital se hace de la actividad técnico científica que a la lógica interna de ésta?

6. Conclusión que sugiere Charles Bettelheim en *Calcul économique et formes de propriété*, Maspero, 1970. Véase también Jean Daubier, *Histoire de la Révolution culturelle chinoise*, Introduction, Maspero, 1970.

7. Es en lo que Marx ilustra en los *Grundrisse* con el siguiente razonamiento: "Si el trabajo necesario se redujera ya a 1/1000, el plusvalor total sería = 999/1000. Si la fuerza productiva se multiplicara ahora por mil, el trabajo necesario se reduciría a 1/1.000.000 de día de trabajo y el plusvalor total importaría 999.999/1.000.000 de un día de trabajo. ... por lo tanto habría aumentado en 999/1.000.000. ... es decir que el excedente total, con la multiplicación por mil de la fuerza productiva, ni siquiera habría aumentado en 1/11" (*Grundrisse*, p. 244).

8. Véase al respecto Karl Heinz Roth in K. H. Roth y Eckhard Kanzow, *Unwissen als Ohnmacht*, cap. I, 1.3.1., édition Voltaire, Berlin, 1970.

9. El caso de la industria farmacéutica es típico al respecto. El lanzamiento de nuevos productos, llamados "especialidades", permite a la firma que posee su exclusividad realizar durante un cierto tiempo (mientras detente el monopolio de ese tipo de producto) superganancias del orden del 1.000% de costo de producción. Las nuevas especialidades, cuya eficacia terapéutica con frecuencia no es mayor que la de las anteriores (casi siempre se trata de asociaciones,

condicionamientos o presentaciones nuevos o de productos nuevos terapéuticamente equivalentes a los anteriores) pero cuyo precio es generalmente mucho más elevado, son objeto de una propaganda intensa destinada al cuerpo médico y son progresivamente utilizados en sustitución de los productos anteriores que acaban por ser retirados de la venta. Las superganancias realizadas gracias a las nuevas especialidades son a su vez reinvertidas en parte en la investigación de nuevos productos, etc.

10. Según un informe realizado en 1965 por la Comisión Anti-trust del Senado norteamericano, el total de los gastos de investigación en los EE.UU. es distribuido del siguiente modo entre los diferentes tipos de investigación:

- 1% para la investigación fundamental, es decir para la adquisición de conocimientos científicos propiamente dichos;
- 3% para la investigación aplicada, es decir para la exploración de las posibilidades de aplicación industrial de los nuevos conocimientos científicos;
- 26% para la investigación tecnológica, es decir para el estudio de los procedimientos y de los nuevos productos cuya posibilidad ha revelado la investigación aplicada;
- 70% para el desarrollo, es decir para la actualización o el "perfeccionamiento" de los productos y de los procedimientos de producción industrial.

11. Por haber descuidado o subestimado la dimensión de la *praxis* que produce la "tecnología", la ciencia y todas las mercancías, Marcuse, a diferencia de Marx, pudo presentar a la "sociedad tecnológica" como un sistema sin fallas y a sus trabajadores como seres totalmente integrados a ella.

12. Cf. Marx, en los *Grundrisse*, p. 584: "La ciencia, que obliga a los miembros inanimados de la máquina —merced a su construcción, a operar como un autómata, conforme a un fin, no existe en la conciencia del obrero, sino que opera a través de la máquina, como poder ajeno, como poder de la máquina misma, sobre aquél. Y en el capítulo VI (póstumo) del tomo I de *El capital*, Marx anota que la ciencia se separa "de hecho de la habilidad y el saber del obrero individual, y aunque si se atiende a su génesis son a su vez el producto del trabajo, aparecen en general, allí donde ingresan al proceso laboral, como incorporadas al capital... Y en realidad, toda esa utilización, fundada en el trabajo social, de ciencia, fuerzas naturales y productos del trabajo en grandes masas, no aparece ante el trabajo sino como *medios de explotación* del trabajo... y por tanto como *fuerzas* pertenecientes al capital... Y de esta suerte el desarrollo de las fuerzas productivas *sociales* del trabajo y las condiciones de estos desarrollos se presentan como *obra del capital*, ante las cuales no sólo el obrero individual se conduce pasivamente, sino que operan en oposición a él." (p. 81).

13. Stephen Marglin, *What do bosses do? The origins and functions of hierarchy in capitalist production*, Harvard University.

14. Como lo demuestra Stephen Marglin en el trabajo citado, la búsqueda de la eficacia técnica máxima nunca fue la preocupación esencial del patrón capitalista. La industria no se desarrolló sobre la base de técnicas nuevas y más eficaces. Por el contrario, las técnicas nuevas (mecanización, máquina a vapor) sólo cobró vigencia luego de la concentración de la producción artesanal en grandes manufacturas. La razón de esta concentración no era la superioridad

técnica de las manufacturas —los telares eran los mismos que los de los artesanos— sino la voluntad de los patronos capitalistas de:

- controlar y vender ellos mismos la producción total de los tejedores y a vender por su lado una parte de su producción;
- obligar a los tejedores a trabajar un mayor número de horas y más intensamente de lo que hubiesen aceptado si hubiesen seguido siendo dueños de sus herramientas;
- apropiarse de todas las innovaciones técnicas a fin de beneficiarse con ellas para la maximización de su ganancia;
- finalmente, y sobre todo, organizar la producción de modo tal que los productores inmediatos ya no puedan subsistir sin un patrón capitalista.

15. Aquí se trata de las principales características que combinan, en grados preconizadas generalmente por "consultores" que poseen una formación psicológica y que, como construyen su carrera personal sobre los éxitos que obtienen, insisten sobre la particularidad de su fórmula (y de su "filosofía") y no sobre las características comunes a todas las fórmulas de ese tipo. Sin embargo, reconocen casi siempre que la destrucción de las barreras jerárquicas, la des-especialización de las funciones, la liquidación de las relaciones de mando, la auto-organización de los colectivos de producción, la transparencia al menos aparente de los objetivos comunes y de los métodos para alcanzarlos son condiciones esenciales —y difícilmente compatibles con las "prerrogativas patronales"— del éxito.

16. Véase al respecto, el artículo de Antonio Lettieri sobre la simultánea de los métodos de producción y de la Escuela.

17. Este es, evidentemente, un argumento suplementario *en favor* (y no en contra) de las experiencias o de los intentos de autogestión técnica obrera *en tanto que prácticas de lucha* (huelgas con autogestión de "la herramienta", autodeterminación del proceso de trabajo, de las cadencias, etc.).

18. Según el *Business Week* del 17 de octubre de 1970, p. 59. Es evidente —y ese portavoz obrero probablemente no esté equivocado— que la batalla no podrá ser ganada a nivel de una sola fábrica y ni aun de todo un trust.

19. Al final de una monografía de empresa en la cual describe la resistencia insuperable de un gran taller de herramientas y de fresadores ante las diversas tentativas de imponerles normas de rendimiento, William Foote Whyte escribe: "Parece que aquí la dirección está tan preocupada por someter a los obreros a su control que pierde de vista su supuesto objetivo. Un visitante no prevenido de la fábrica se sorprendería al enterarse de que ese objetivo es *asegurar la producción*. Es cierto que si se hubiese podido aplicar algunos de los reglamentos descriptos anteriormente, el resultado habría sido una disminución de la producción." *Money and Motivation*, Harper Torchbooks, New York, 1970, p. 65-66.

20. Recuerdo que aquí sólo se trata de industrias mecanizadas o de mano de obra, donde los trabajadores técnicos y obreros manuales mantienen una relación jerárquica, y no de las industrias automatizadas donde los trabajadores técnicos supervisan solamente una "maquinaria" compleja.

21. "Sur l'autocontestation des intellectuels", en *Les Temps Modernes* No 295, février 1971.

22. El término "profesional" es empleado aquí, como en Edoarda Masi, en el sentido de "profesionalismo": una calificación se convierte en profesional cuando el que la posee basa en su ejercicio un status especial y niega ya sea su posesión o, con mayor frecuencia, el reconocimiento a todos los que no poseen el título escolar o la función que institucionaliza su ejercicio.

23. Cf. Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron, *La Reproduction*, ed. du Minuit, 1970.

24. Las escuelas de ingeniería no deben ser confundidas con las universidades tecnológicas, instituciones de élite, muy selectivas, y que forman cuadros de mando. Las "Grandes Ecoles" francesas deben, por su función, ser asimiladas a las Universidades tecnológicas: selección rigurosa, estudios prolongados, espíritu de cuerpo elitista... No forman parte de la Universidad en Francia por razones históricas y no funcionales. Por escuelas de ingeniería se debe entender las escuelas técnicas superiores o profesionales superiores, de enseñanza no prolongada, cuyo título no tiene el prestigio de un título universitario y cuyo programa es generalmente establecido bajo el control de las Asociaciones patronales.

25. Eckhard Kanzow describe del siguiente modo las escuelas de ingeniería alemanas, descripción que es aplicable también a las escuelas de nuestro país: hasta cuarenta horas de enseñanza obligatoria por semana, ritmo muy rápido de los cursos, numerosos deberes obligatorios para hacer en la casa. Para satisfacer todas las exigencias, el estudiante necesitaría disponer de más de 24 horas por día. Disciplinas rígidas, exámenes frecuentes, comportamiento autoritario de los profesores, todo contribuye a la uniformización del rendimiento y del comportamiento de los alumnos. "Triunfar" en este sistema quiere decir solamente "sobrevivir". "Los mismos estudios son un conglomerado de procesos de formación muy diferentes, sin relación entre sí. Jamás fue desarrollado ningún programa coherente. De lo que se trata casi exclusivamente es de aprender de memoria datos, fórmulas y de adquirir la suficiente capacidad como para asimilar rápidamente conocimientos fragmentarios. La consecuencia es muy lógica: la imposibilidad de una comprensión que vaya más allá de un saber especializado, la incapacidad de aprender por sí mismo, la total carencia de espíritu crítico relativo a su propia especialización, de pensamiento y de capacidad de decisión autónomas, de la facultad de elaborar por sí mismo fórmulas, etc.

Ese tipo de formación inculca al individuo el comportamiento que la empresa espera de él... El resultado es un "suboficial" de la producción acrítico, encasillado en un molde, limitado, capaz de adaptarse rápidamente y de ejecutar lo que le ordenan los "oficiales superiores de la producción".

"Los estudiantes de las escuelas de ingeniería provienen en gran parte de los sectores sociales escasamente representados en las universidades. Si la clase dirigente hubiese suprimido, en beneficio de las clases menos privilegiadas, la actual selección elitista de las universidades reforzando el carácter escolar y disciplinario de éstas, habría con frecuencia explicitado su función social. Pero no podía hacerlo: la Universidad se habría convertido en un foco de agitación social. La expansión de las escuelas de ingeniería representaba, pues, una

situación de compromiso: el privilegio cultural era atemperado en un dominio que la clase dirigente dominaba totalmente (clases no demasiado grandes, más, los estudiantes de las escuelas de ingeniería debían poder ser fácilmente corrompidas por la promesa de una promoción social rápida."

Además, E. Kanzow describe las escuelas profesionales técnicas para adultos que, bajo el control de la patronal alemana (B.D.A.) están destinadas a realizar "la igualdad de posibilidades" ofreciendo un escalafón de promoción a los trabajadores que revelaron "dotes científico-prácticas". Al respecto, Kanpatronal: "La formación perfeccionada de los hombres que exige la racionalización de la producción siempre será concebida de modo tal de conservar la jerarquía de la empresa. La jerarquía de la empresa que se modifica bajo los efectos del progreso técnico debe ser estabilizada por un escalafón promocional que funcione a la manera de una escala, cada uno de cuyos escalones abre el acceso a ciertas posiciones en la empresa... Dado que la liquidación de las clases implica la igualdad, ésta sólo puede ser realizada -además de por medio de la supresión de algunas diferencias sociales que perduran (sic)- por la supresión de las diferencias ideológicas (resic)." Citado de K. H. Roth y E. Kanzow, *op. cit.*, p. 224-226 y 171.

26. Al respecto, véase más adelante el testimonio de Charlie Brown.

27. Citados en el estudio de Samuel Bowles.

28. De allí surge la idea, defendida por Antonio Lettieri en el artículo ya citado, de que los estudios son *trabajo improductivo forzado* que tiene como finalidad (entre otras) ocultar la desocupación de los jóvenes.

29. Desde ese punto de vista, los alumnos de las escuelas profesionales, técnicos e ingenieros están mucho mejor situados que los liceístas y estudiantes de las universidades para estimular el surgimiento de una vanguardia revolucionaria de masas. Los estudiantes y los liceístas los consideraron durante mucho tiempo como alumnos dóciles y apáticos. En realidad, la radicalización política comenzó en las universidades y liceos y sólo después se extendió a las escuelas técnicas superiores o profesionales. Este desfase en el tiempo es totalmente normal. La explicitación ideológica de un nuevo radicalismo nunca se produce primero en los sectores que sufren la mayor opresión e inseguridad. Siempre comienza en los sectores que disponen de una autonomía intelectual y material: en los granjeros y pequeños propietarios antes que en los jornaleros agrícolas, en los obreros más o menos calificados antes que en los peones y los O.S., etc.

Ese desfase en el tiempo no significa que el sector que se radicaliza posteriormente se radicaliza menos rápida y profundamente una vez que comenzó el proceso. En el medio estudiantil, la mejor ilustración de este hecho fue proporcionada por los alumnos de las escuelas profesionales superiores y los alumnos de las "escuelas de ingeniería" de Alemania occidental. Su movimiento principal, la SVI (Studentenverband deutscher Ingenieurschulen) entró en acción en dos oportunidades, en marzo de 1968 y en abril de 1969, cuando la insurrección de los estudiantes universitarios estaba en su apogeo. Las dos veces su movimiento fue más masivo (70 a 90% del total de los alumnos) y más teñaz que el de los estudiantes universitarios: huelgas ilimitadas

tadas de los cursos, negativa a rendir examen, ocupación de edificios públicos, eliminación de los dirigentes burocráticos, elaboración colectiva en grupos de trabajo de programas y métodos de formación diferentes, organización de "escuelas paralelas" y, sobre todo -cosa que los estudiantes universitarios sólo lograron excepcionalmente- penetración en las fábricas para explicar la huelga a los obreros y discutir con ellos sus objetivos.

La plataforma de la huelga general de la primavera de 1969 comienza con una resolución en la cual la SVI declara: "La economía está dirigida por un pequeño grupo reaccionario de capitalistas cuyo objetivo es la acumulación de capital y la maximización de la ganancia. . . Para perpetuar el sistema económico han sido desarrolladas formas sutiles de dominación tales como la estructura jerárquica de las empresas, una escala predeterminada de calificaciones, la fabricación deliberada de imbéciles especializados (Fachidioten). . . El sistema de formación está sometido a las exigencias de racionalización de la industria, encargado de fabricar lo más eficazmente posible y de proporcionar un material humano estrictamente especializado y cuyo rendimiento en tanto que factor de producción pueda ser calculado previamente. . . De allí los objetivos de la huelga. No basta con exigir mejoras reformistas que sólo mantendrán o hasta racionalizarán ese sistema social que está en quiebra. Por eso, interrumpiendo este semestre, nos sustraeremos al proceso de formación. Hacemos huelga para rechazar este sistema económico (. . .), lo que significa que debemos llevar la agitación a las empresas."

El peligro para el sistema puede ser medido por la brutalidad de su reacción: supresión de las becas de estudio a los huelguistas, incorporación anticipada en el ejército, circular de las asociaciones patronales recomendando la no contratación de huelguistas, represión policial (sobre todo en Berlín, donde los estudiantes estaban más aislados políticamente) etc. Sin embargo, escribe Kanzow, "los estudiantes saben que nuevas manifestaciones y huelgas de masas deberán enfrentar la totalidad de los medios y de las fuerzas represivas de que dispone el poder y saber que ese tipo de enfrentamiento no puede resultar victorioso. La lucha contra la clase dominante y su aparato de poder sólo puede triunfar si consigue integrarlo a los conflictos de clase que se anuncian." Citado por E. Kanzow, en K. H. Roth y E. Kunzow, *op. cit.*, p. 237-244.

Armando de Palma <i>La organización capitalista del trabajo en "El capital" de Marx</i>	1
Raniero Panzieri <i>Sobre el uso capitalista de las máquinas</i>	41
Michele Salvati - Bianca Beccalli <i>La división del trabajo. Capitalismo, socialismo, utopía</i>	57
<i>La división del trabajo en la fábrica</i>	107
Antonio Lettieri <i>Notas sobre las calificaciones, la escuela y los horarios de trabajo</i>	133
André Gorz <i>Técnicos, especialistas y lucha de clases</i>	151
<i>Notas</i>	183



Tirada: 4.000 ejemplares  
Impreso en Edigráf, Delgado 834, Buenos Aires, en marzo de 1974